

GLENN COOPER

EL ÚLTIMO DÍA



Lectulandia

El agente del FBI O'Malley tiene que hacer frente al caso más complicado de su trayectoria profesional cuando la humanidad, finalmente, logra resolver su mayor interrogante: ¿Qué hay tras la muerte? ¿Y si fuese verdad que hay otra vida? ¿Continuaríamos viviendo de la misma manera que hasta el momento?

El mundo atraviesa por la crisis existencial más severa de la que tenemos memoria. El gran interrogante acerca de la muerte se ha esclarecido y el hombre ha sacado a la luz la verdad. Y ahora tendrá que hacerle frente antes de llegar al último día.

Lectulandia

Glenn Cooper

El último día

ePub r1.2

sleepwithghosts 23.05.14

Título original: *Near Death*
Glenn Cooper, 2012
Traducción: Miguel Marqués
Diseño de cubierta: Davide Nadaline

Editor digital: sleepwithghosts
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Tres días

El telón de fondo era el típico en una noticia televisada de corte religioso: el ornamentado Duomo de Milán, un abigarrado bosque de agujas y pináculos alzándose contra el cielo pálido.

El corresponsal de RAINews 24 OKM, Moreno Stasi, se acicaló cuidadosamente ante el espejo que sostenía su realizadora, Daniela Persano. Era finales de marzo pero hacía una temperatura impropia de la época. Había elegido una chaqueta demasiado abrigada. Estaba sudando y de mal humor.

Echó un vistazo alrededor y contempló cómo los turistas de la plaza miraban embobados a la cámara.

—Que no se metan en el plano, por favor —gruñó.

—No te preocupes —respondió la realizadora. Llevaban trabajando años juntos y conocía bien su carácter.

Ya habían grabado suficientes entrevistas con vecinos y turistas. Para completar la noticia solo necesitaban el telón de fondo y un cierre.

—Cuando quieras —anunció Persano.

El reportero agarró con decisión el micrófono, clavó la mirada en el objetivo y comenzó a hablar cuando el cámara se lo indicó.

—Les habla Moreno Stasi desde Milán para saber qué piensan sus ciudadanos sobre la crisis que ha puesto patas arriba la ciudad, el país y gran parte del mundo. Y no hay mejor lugar para ello que el antiguo Duomo, símbolo religioso y cultural, al que muchos acuden a rezar, a reflexionar, a debatir sobre la agitación reinante y el cataclismo que se cierne sobre todos nosotros. —Se detuvo—. ¿Está bien? ¿Demasiado melodramático?

—No, está bien —aseguró Persano, tratando de mostrarse positiva—. Continúa.

Stasi se aclaró la garganta.

—El reloj, ese reloj de internet del que todo el mundo está pendiente, avanza en su cuenta atrás. Quedan solo tres días. ¿Qué ocurrirá entonces? Eso es lo que todo el mundo quiere saber. Hoy hemos preguntado a los milaneses si han probado la Apoteosis o si conocen a algún amigo o ser querido que la haya tomado. Y también hemos querido saber qué creen que ocurrirá el último día.

El corresponsal bajó el micrófono y se lo pasó a Persano.

—Un momento, por favor. —Encendió un cigarro y dio unas cuantas caladas, lo apagó contra la suela del zapato y lo dejó en el suelo, junto al pie—. Muy bien,

vamos con el cierre.

—Preparados —anunció de nuevo Persano.

Stasi se humedeció los labios y recuperó el gesto anterior a la interrupción.

—Así pues, en las inmediaciones del gran templo milanés hemos entrevistado a personas con miedo, personas esperanzadas y a otras que simplemente no salen de su asombro. Nadie sabe qué pasará el domingo por la tarde, pero algo es seguro: muchos asistirán a misa y rezarán a Dios esa mañana. Porque jamás en nuestra historia reciente ha sido Dios tan importante. Moreno Stasi, Milán.

—Muy bien —dijo Stasi mientras encendía de nuevo el cigarro—. Mandadlo a Antonio para que lo edite.

—¿A Antonio? —preguntó la realizadora, sorprendida.

—¿Qué ocurre?

—Pensé que lo sabías.

Stasi negó con la cabeza, repentinamente atemorizado.

—Antonio se suicidó anoche.

Stasi dio una profunda calada.

—Santo Dios, otro más no.

Meses antes

Los perros los habían olido. Empezaron a ladrar y aullar en cuanto salieron al pasillo. Todavía tenían por delante tres puertas cerradas con llave. Al pasar junto a las jaulas, los beagles, enloquecidos, se levantaron sobre las patas traseras, aplastando los carnosos hocicos negros contra la malla metálica. La estancia desnuda se inundó de agudos gañidos.

El hombre más bajo de los dos se tapó los oídos con las manos e hizo una mueca.

—¿Puedes hacer que se callen? —gritó.

El más alto se puso en jarras y se dirigió a los animales en tono serio.

—A mi amigo Thomas le gustaría que dejarais de ladrar. —Hablaba con un acento algo nasal, de Liverpool, suavizado por los años vividos en Estados Unidos. Sus palabras no surtieron efecto y él se encogió de hombros—. Pues no, no se quieren callar. Pero se calmarán, no te preocupes.

Abrió la puerta e hizo pasar a Thomas a la siguiente estancia. Era una habitación insonorizada y los ladridos quedaron amortiguados. Thomas se relajó un poco cuando parpadearon las luces fluorescentes y pudo reconocer un entorno familiar. Una mesa de operaciones de acero inoxidable. Equipo anestésico. Un monitor cardíaco. Utensilios quirúrgicos. Medicinas.

—¿Ves? —dijo Alex—. Ya te había dicho que era un quirófano de verdad.

—La mesa es demasiado pequeña.

—No te preocupes. Me las arreglaré.

Thomas se quitó la chaqueta y comenzó a recopilar las cosas que necesitaba de estantes y cajones, para colocarlas luego sobre una bandeja auxiliar.

Alex siguió con la mirada a Thomas, un tipo menudo al que ya le clareaba el pelo. Le llamaban la atención los dedos, largos y afeminados. Ya se había fijado en ellos antes, le recordaban a los de esos pianistas capaces de cubrir una octava o más con una sola mano.

—¿Está todo, verdad?

—Espera —respondió Thomas—. ¿Dónde está el equipo para punciones?

Alex señaló uno de los armarios.

Thomas rompió el precinto, rasgó el envoltorio y se colocó unos guantes quirúrgicos antes de inspeccionar la delgada aguja Quincke.

—Es para uso veterinario. Pero servirá, ¿no? —inquirió Alex con gesto sombrío.

—Tiene el tamaño justo.

—Bien. Hay que darse prisa. Voy a preparar los tubos.

Mientras Thomas terminaba de organizar su espacio de trabajo, Alex cogió unos tubos de muestra y los marcó con un rotulador negro. En el primero escribió A. W. CERO y en el segundo, A. W. 2 MINUTOS. Marcó los siguientes cuatro con incrementos de quince segundos. El último decía A. W. 3 MINUTOS. Se imaginó a sí mismo en su laboratorio a la mañana siguiente, analizando esos seis valiosísimos tubos, repletos de fluidos de su propio cuerpo.

Thomas había terminado de preparar el equipo pero permanecía en pie, inmóvil, mirando fijamente la bandeja auxiliar con los instrumentos.

—¿Estás listo? —preguntó Alex.

—Sí, supongo que sí.

—¿Qué pasa?

—Escucha, Alex...

—Va a salir bien. No te preocupes. —Escupió las palabras, que sonaron más a orden que a consuelo—. Me quito solo la camisa, ¿de acuerdo?

Thomas asintió con la cabeza.

Alex se desnudó hasta la cintura. Era alto y delgado y se le notaban las costillas. Se dio cuenta de que Thomas miraba fijamente el extenso parche de piel endurecida y rugosa que le cubría hombro y espalda.

—¿No te había hablado de mis quemaduras? —preguntó.

—No.

—Otro día. —Se recogió con una goma elástica el pelo, largo hasta los hombros—. ¿Preparado?

Thomas cubrió la mesa de operaciones con una sábana verde.

—Necesito que te tumbes mirando a la puerta, sobre tu costado derecho.

—De acuerdo —contestó Alex, y quedó frente por frente de un gran reloj cuyo segundero avanzaba sin remisión.

La mesa no estaba pensada para seres humanos así que le costó mantener el equilibrio. La cabeza casi asomaba por un extremo. Se sentía seguro con las rodillas apretadas contra el pecho, aunque no especialmente cómodo. La comodidad, en cualquier caso, no era en ese momento una de sus prioridades. Thomas le adhirió los electrodos al pecho y el monitor comenzó a emitir un agradable pitido al compás de su corazón. Cuando empezó a explicar lo que iba a hacer, Alex le interrumpió. No necesitaba que le comentasen la jugada. Quería retirarse a algún lugar lejano, dentro de sí mismo.

«Controla la respiración.

Busca tu centro.

Eres una mota en el universo, polvo en el viento».

Sintió cómo Thomas le aplicaba un yodo inesperadamente frío sobre la espalda y

le cubría el torso con una gasa estéril. Thomas era incapaz de dejar de hablar.

—Vas a sentir un pinchazo.

El agudo dolor de la inyección de lidocaína en la parte baja de la espalda duró unos segundos y se disipó.

—Necesito que aprietes más las rodillas contra el pecho. La barbilla también. Voy a insertar la aguja entre la L3 y la L4.

—Por Dios santo, Thomas. Ahórrate la charla. He hecho esto más veces que tú. —Respiró profundamente, contuvo el aire unos segundos y luego exhaló—. Vamos.

Sintió una presión indolora y la extraña certeza de que le estaban introduciendo una aguja de diez centímetros entre las vértebras y hasta la médula espinal. Se oyó claramente un pequeño estallido cuando la aguja perforó la duramadre, la resistente funda que envuelve la médula.

Thomas tiró del émbolo y una gota del cristalino fluido espinal de Alex brotó de la base de la aguja y quedó ahí suspendida, debido a la tensión superficial.

—Estoy recogiendo la muestra cero. —Varias gotas de líquido viscoso se deslizaron por la jeringa—. ¿Estás bien?

—Mejor que nunca —rezongó Alex.

Thomas empujó entonces el émbolo para contener el flujo.

—Ya tengo la muestra —anunció Thomas.

Alex respiró hondo y dejó escapar algo parecido a un suspiro.

—Muy bien, empieza el espectáculo. —Se palpó el bolsillo delantero de los vaqueros con cuidado de no mover la espalda perforada, estirando un poco la pierna para poder introducir la mano—. Debí haber sacado esto antes.

Del bolsillo extrajo una bolsa de plástico transparente y un rollo de cinta aislante.

Thomas estaba detrás de Alex, así que este no le veía la cara. Sí podía oír al hombrecillo resollando por la nariz, con la renuencia de un caballo que no quiere salir del establo. Se dio cuenta de que Thomas necesitaba conversación.

—¿Estás listo, Thomas?

—No quiero que lo hagas.

—Ya hemos hablado todo esto. No podemos echarnos para atrás a estas alturas.

—Ya lo sé, pero tengo miedo.

—No tengas miedo. No me va a pasar nada.

—Me estoy arrepintiendo.

—Ya te he pagado.

—Te devolveré el dinero.

Alex oyó la voz de Thomas flaquear. Le repugnaba aquello. Odiaba a los hombres con ese defecto, pero entendía que enfurecerse no haría sino dar al traste con todo.

—Te prometo que todo saldrá bien. Soy fuerte y estoy sano. Puedo aguantar tres minutos sin dificultad. Cuatro sí sería un problema.

—¿Y si algo sale mal?

—Todo saldrá bien. Asegúrate de que obtienes la primera muestra a los dos minutos y después tres más, una cada quince segundos. Luego me quitas todo esto de encima y nos vamos a tomar una cerveza. Estamos haciendo nuestra pequeña contribución a la historia, tú y yo, juntos, esta noche. ¿No te parece emocionante?

—No lo sé. Quizá.

—¡Bien! Vamos a terminar con esto. Tú tranquilo, y no pierdas de vista el reloj.

Alex no esperó respuesta. Mejor ejercer presión y forzar los acontecimientos. El segundero del reloj se acercaba a su cénit. Sin pensarlo dos veces, Alex se colocó la bolsa de plástico en la cabeza y se la ajustó alrededor del cuello con varias vueltas de cinta aislante. La aguja acababa de marcar el segundo doce.

—¡Hora cero! —gritó desde dentro de la bolsa de plástico transparente, que se empañó al instante.

Thomas se acercó a la cabecera de la cama para poder observar el rostro de Alex sin dejar de mirar el monitor cardíaco. Lo que vio lo horrorizó: los jadeos, la bolsa inflándose y desinflándose contra la boca abierta.

—¿Estás seguro de que quieres seguir? —gritó Thomas.

Alex asintió. Estaba seguro.

Veintitrés años.

Veintitrés años después, seguía viendo las llamas y oyendo el siseo del plástico ardiendo.

Luchar contra el pánico por la falta de aire era más difícil de lo que había imaginado. Tenía que mantener la calma, quedarse inmóvil, obligarse a sucumbir.

El miedo era sobrecogedor. El plástico caliente y húmedo se le metía en la boca al tratar de inspirar. No quedaba aire en la bolsa. Su cuerpo estaba programado para sobrevivir, para arrancarse la bolsa de la cara, pero su mente era más fuerte. Tenía que llegar hasta el final. Tenía que descubrirlo.

A través del plástico cubierto de vaho vislumbró por un instante a Thomas, que lo miraba con los ojos desorbitados, tan aterrorizado como él mismo lo estaba. Escuchó gritos distantes pero no distinguió las palabras. Estaba cerca, sentía que llegaba.

«Sé fuerte».

Hubo una sombra gris, como si alguien hubiese atenuado la luz, y entonces el miedo comenzó a desvanecerse.

Negrura. Negrura total, ni un fotón de luz.

La negrura lo rodeaba. Flotaba en ella. Volvía a ser un feto y la oscuridad era el líquido amniótico.

Se dio cuenta de que respiraba, de la luz. Levantó una mano y se tocó la frente. Tenía la cara y el pelo mojados. Ya no tenía la bolsa puesta. Estaba tumbado de espaldas sobre la mesa. Las largas piernas le colgaban. Estaba completamente

desorientado y confuso, y entonces vio a Thomas, sentado en un taburete junto a él, desolado, los ojos arrasados en lágrimas. En el regazo tenía una mascarilla de oxígeno.

—¿Has conseguido las muestras?

Thomas guardó silencio.

—¿Las has conseguido? —repitió Alex incorporándose. La cabeza le martilleaba. No debería haber perdido la conciencia así. Algo había salido mal.

—No.

—¿Cómo que no?

Thomas lloró.

—No he podido llegar hasta el final. Pensaba que te morías.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Cuarenta segundos, quizá cincuenta.

—¿Nada más?

—Lo siento. No he podido. He roto la bolsa. Te he puesto oxígeno.

Alex se levantó con las piernas temblorosas, empujándolo con su estatura el menudo cuerpo de Thomas.

—¿Me estás diciendo que he pasado por este infierno para nada?

—¡Creía que te morías!

Alex notó que le brotaba la rabia como nunca en su vida. Una rabia arrasadora, criminal. Jamás había golpeado a un hombre, pero por primera vez sintió el reflejo de apretar el puño y arquear el brazo. Descargó el golpe sobre el rostro de Thomas, justo en la mejilla, acompañándolo con todo el peso de su cuerpo. El dolor del impacto le hizo replegar el brazo y le devolvió la sensibilidad.

«¿Qué he hecho?»

Thomas emitió un patético gemido de sorpresa inmediatamente antes de caer del taburete y sucumbir a la ley de la gravedad. Impactó con el lado opuesto del rostro contra el borde redondeado de uno de los bancos de pruebas. Hubo un desagradable ruido de hueso partiéndose. Thomas dejó escapar un corto lamento y se desplomó. Convulsionó durante no más de diez segundos y después quedó inmóvil.

Alex se arrodilló junto a él y lo llamó por su nombre, zarandeándolo. El cuerpo estaba inerte. La pupila derecha era ya un disco frío y negro y la otra empezaba también a dilatarse. Una bolsa de sangre cada vez mayor le ahogaba el tronco del encéfalo.

El pulso era ya débil. Podría tratar de reanimarlo, pero necesitaba ayuda. Buscó su móvil. Tenía el pulgar sobre la tecla del número de urgencias. Entonces vio el reloj y de manera automática calculó los segundos aproximados que habían pasado desde el golpe. Su rabia volvió. Odiaba a esa execrable criatura que estaba muriendo a sus pies.

Se levantó y buscó en la mesilla la aguja de punción, que aún relucía húmeda de sus propios fluidos. Llenó la jeringa de solución salina dos veces para lavar la aguja y a continuación recogió los tubos de muestra que no se habían utilizado, sin quitar ojo al reloj.

Había pasado un minuto, le quedaba otro minuto completo.

Colocó el cuerpo de Thomas de costado y le subió la camiseta. Las vértebras le sobresalían dándole a su espalda aspecto de cola de reptil. Buscó un espacio entre dos vértebras e introdujo la aguja bajo la piel.

No tardó en topar con algo duro. Hueso. Lo intentó otra vez, y otra. No era capaz de plegar el cadáver lo suficiente como para que el espacio intervertebral quedara al descubierto. Lo intentó de nuevo, pero volvió a pinchar en hueso. Le empezaron a temblar las manos.

El segundero del reloj llevaba recorridos casi dos minutos. Alex siguió intentándolo desesperadamente pero acabó tirando la toalla enfurecido.

En uno de los bancos de pruebas había una caja de plástico. La abrió y extrajo una herramienta de acero inoxidable. La batería la hacía muy pesada.

Se colocó a horcajadas sobre Thomas. Sus pensamientos se habían desbocado en una lucha cuerpo a cuerpo contra sus emociones.

Dos minutos y diez segundos. Se le acababa el tiempo.

Apretó el interruptor del taladro quirúrgico, que cobró vida con un zumbido. La mano le vibraba, llena de vida. Se sentó sobre las nalgas de Thomas y acercó la broca a dos dedos del cráneo.

«Hazlo».

Cerró los ojos y empujó con fuerza.

Cyrus O'Malley se sentía un extraño. Aquella no era su iglesia. Se sentó en el banco de atrás, junto al pasillo, para salir discretamente si cambiaba de parecer. Los fieles eran de avanzada edad: pálidas y arrugadas señoras con velo y señores bien alimentados con panzas que sobresalían por encima del cinturón. Había muy pocos niños. Aquello era a la antigua usanza. A la usanza medieval.

Aún no estaba seguro de por qué había cedido al impulso de buscar una parroquia que celebrase misa según el rito tridentino. Hoy día se pueden contar con los dedos de las manos. El Concilio Vaticano II zanjó esa cuestión de una vez por todas y la misa de los domingos pasó a ser desde entonces un acontecimiento abierto, en el que se hablaba en el idioma de los fieles al son de las guitarras. Todo muy descafeinado. Él necesitaba una medicación más dura.

El latín resonaba en el interior de la vetusta iglesia. La madera olía a antiguo. Cyrus permaneció sentado, sintiéndose arropado por la vieja religión, que aliviaba sus terminaciones nerviosas como manteca sobre una quemadura. El sacerdote era sorprendentemente joven; su voz casi femenina, el cuerpo amplio y redondo.

*Pater noster, qui es in caelis,
sanctificetur nomen tuum.
Adveniat regnum tuum;
Fiat voluntas tua,
sicut in caelo et in terra.
Panem nostrum quotidianum da nobis hodie,
et dimitte nobis debita nostra,
sicut et nos dimittimus debitoribus nostris;
et ne nos inducas in tentationem,*

Padre nuestro,
que estás en los cielos,
santificado sea tu nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad
así en la tierra como en el cielo.
El pan nuestro de cada día dánoslo hoy;
perdónanos nuestras deudas,
así como nosotros perdonamos
a nuestros deudores;
no nos dejes caer en la tentación,

Y Cyrus y el resto de la congregación entonaron con una sola voz:

Sed libera nos a malo.

Y líbranos del mal.

«Libra a Tara del mal», pensó. Líbrala, Señor. Líbrala.

Fuera, el anaranjado sol naciente bañaba una fresca mañana de otoño. Cyrus se resistía a marchar, ajeno al resto de feligreses pero sintiéndose acogido por ellos. Escuchaba a la gente mayor haciendo planes para almorzar. Él no tenía ninguno. Ante él se extendía el resto de un domingo vacío. Las paredes de papel de fumar de su apartamento se le caían encima. Intentaría leer, pero jugaban los Patriots y el partido se oiría desde las casas de los vecinos de uno y otro lado. No tenía sentido pedirles que bajaran el volumen, para ellos era el acontecimiento de la semana. Los auriculares lo solucionaban solo en parte; las palmas y los gritos se oían igual. Ese sería un buen día para llevar a Tara al cine y luego tomar un helado. Pero no estaba siendo el fin de semana de su vida precisamente. Probablemente cogería el coche, elegiría un punto cardinal y quemaría algo de gasolina. Pasaría quizá por alguna librería y luego buscaría una cafetería tranquila.

El sacerdote alzó la mirada y se despidió de un grupo de fieles. Había visto al atlético desconocido, un hombre de su edad, treinta y largos, cuarenta como mucho, extrañamente guapo y apuesto. ¿Qué hacía merodeando solo a las puertas de una iglesia desconocida? Había en él una melancolía que despertó el instinto misionero del sacerdote.

Aunque Cyrus era un hombre corpulento, su actitud le empequeñecía: los pesados hombros caídos bajo la chaqueta beis, los ojos entrecerrados clavados en el suelo, un rictus en la boca. El sacerdote se le acercó con abierta curiosidad, la casulla flameando por la brisa.

—Hola, soy el padre Donovan.

—Cyrus O'Malley. Encantado de conocerle, padre.

El sacerdote se le acercó amistosamente. El aliento le olía a vino sacramental.

—¿Es usted pariente de Bob O'Malley, de Needham?

—No, que yo sepa.

—No le hemos visto por aquí antes.

—Es la primera vez que vengo. —Vaciló y no supo explicarse más allá de cuatro palabras—. Es por el latín.

—Me alegra que sepa apreciarlo. No es frecuente.

—*Forsitan non, tamen ego utor lingua latina* —respondió Cyrus.

El sacerdote dio un respingo de sorpresa.

—No veía a nadie que supiera hablar latín con fluidez desde el seminario. ¿Es usted lingüista?

Cyrus sonrió ante la pregunta.

—No precisamente. Soy agente del FBI.

—Vaya, qué sorpresa, he de confesar... ¡Bueno, nos acabamos de conocer y ya andamos con confesiones! ¿Asiste usted a misa regularmente en alguna otra parroquia, Cyrus?

—A medias. Antes iba a St. Anselm, en Sudbury.

—El padre Bonner. Muy buenas homilías. Entonces le gusta a usted la misa en latín. Es usted escandalosamente joven para tener tales predilecciones.

—Me recuerda a mi niñez.

—¿Dónde creció?

—En Brighton. St. Peter.

—Se crió usted en la zona entonces. Bien, nos encantará verlo por aquí de nuevo, Cyrus —dijo el sacerdote, despidiéndose con la mano de otros fieles que ya se marchaban—. Bajará considerablemente nuestra media de edad.

El teléfono de Cyrus comenzó a sonar.

—Cójalo —invitó el sacerdote posando la mano en su hombro—. Ha sido un placer.

En la pantalla del teléfono se leía AVAKIAN. Cyrus no pudo evitar imaginar a Pete con su polo de golfista, los velludos antebrazos al aire.

—¿Qué tal, Pete? ¿Cómo estás golpeando hoy? —saludó.

—Me están saliendo muy largas y a la izquierda. No meto una bola en la calle. ¿Qué haces tú?

—Rezar.

—Yo también. Por mis *putts*.

—¿Qué quieres?

Para ellos, la displicencia era una muestra de amistad.

—Solo ponerte sobre aviso. Stanley nos tiene preparado algo nuevo. Mañana nos pondrá al tanto.

—No lo voy a aceptar.

—Le dije que dirías eso. Juega de pena al golf, pero no es mal tipo. Es bastante empático.

—Pero...

—Pero nada. Ya está hablado, Cyrus. Ha estado tratando de protegerte pero no tiene opción, dice. Esto es la lotería y ha salido nuestro número.

Cyrus suspiró ruidosamente. Avakian lo oyó pese a las voces de sus tres compañeros, que pedían burritos para desayunar en el restaurante del campo de golf.

—¿De qué se trata? —preguntó Cyrus.

—Podría ser un caso importante.

—¿Qué va a ser esta noche, cariño?

Hizo la pregunta como si tomase un pedido en un puesto de comida para llevar. El hombre del coche volvió a mirarla inexpresivo.

—No sé. Lo de siempre.

—¿Qué es lo de siempre? —preguntó con impaciencia—. Yo no soy vidente.

Era una chica blanca, de veintipocos, con algo de sobrepeso y mucha base de maquillaje sobre la cara picada de acné. Llevaba carreras en ambas medias, desde el tobillo hasta bajo la falda. Hacía horas que su perfume había perdido el aroma y olía a tabaco.

—A lo mejor una mamada.

—Cincuenta dólares. ¿Te vale?

El hombre dudó un instante de más y eso incomodó algo a la chica.

—Sí.

—¿Qué pasa? —inquirió, estudiando de nuevo al potencial cliente.

Metió la cabeza por la ventanilla y escrutó su rostro mientras ronroneaba mecánicamente su oferta con voz sensual e impostada. Ningún indicio de peligro. Un hombre inofensivo, al menos lo suficiente como para subir con él al coche. Era un tipo de aspecto limpio, rostro hermoso y amplio y pómulos prominentes que enmarcaban sus rasgos: frente ancha, grandes ojos marrón claro y una mandíbula que sobresalía levemente. Llevaba el pelo castaño y largo recogido en una coleta. Y manos limpias, no de bruto. Parecía un tipo culto, en absoluto lo habitual entre su clientela. La chica tenía el hábito de echar un ojo al asiento trasero. Los asientos cubiertos de envoltorios de comida rápida, ropa vieja, herramientas llenas de grasa y bultos tapados con mantas no traían nada bueno. El del coche de aquel tipo estaba impoluto.

—Nada, no pasa nada —insistió este, arrancando el coche y alejándose del arcén tras comprobar los retrovisores, con el intermitente puesto como un alumno de autoescuela.

A las dos de la mañana no circulaban apenas coches por Massachusetts Avenue. Las calles brillaban tras la lluvia de la tarde. La chica se arrebujó en su chaqueta. Él se dio cuenta y, caballeroso, encendió la calefacción.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella.

—No quiero aparcar en plena calle. Un amigo tiene un garaje en Cambridge. No quiero caer como Hugh Grant.

—¿Cómo quién?

—Es un actor inglés. Lo pillaron in fraganti en su coche.

—¿Tú eres de allí? De aquí no, eso seguro.

—Sí. Eso me dicen, que no parezco de aquí —respondió.

—Conozco sitios seguros donde aparcar. No tenemos que ir hasta Cambridge.

—No está lejos. Es justo al otro lado del puente.

La chica torció la boca, desafiante.

—No me gusta mucho la idea de meterme en un garaje.

El hombre detuvo el coche en un semáforo y esbozó una leve sonrisa.

—Lo entiendo. Lo que ocurre es que tengo un cargo importante y no puedo arriesgarme a que me pillen. Te pagaré cien. Pero si no te sientes cómoda, te puedes bajar aquí mismo. No hay problema.

La chica buscó un cigarrillo y lo encendió sin preguntar siquiera.

—De acuerdo, pero no me pidas cosas raras. Mañana es mi cumpleaños.

El hombre sacó el dinero del bolsillo de la camisa y se lo entregó cortésmente.

—Confía en mí.

Abrió la ventanilla para que saliera el humo y puso en marcha el coche en dirección al río.

La chica se fijó en sus nudillos. Estaban blancos por la fuerza con que agarraba el volante. Era algo que ya había visto antes. Muchos clientes llegaban tensos como ballestas y no se relajaban hasta apenas unos segundos antes de eyacular.

Al poco, dejaron Memorial Drive y entraron en el barrio de Cambridgeport, con sus calles estrechas y apretadas. Flanqueaban la calzada dos filas de coches, bajo cuyos parabrisas asomaban permisos de aparcamiento. Se trataba de un vecindario residencial, una claustrofóbica jungla de edificios de tres pisos, casas unifamiliares y bloques de apartamentos bajos, la mayoría a oscuras, salvo por algunos estudiantes o insomnes que tenían aún la luz encendida. El hombre giró dos veces a la izquierda, luego a la derecha, y redujo la marcha hasta casi detenerse frente a una casa de dos plantas, blanca con postigos negros.

—¿Es aquí? —preguntó la chica.

El hombre asintió, metió el coche en el ancho camino de entrada y dijo que volvería en un segundo.

La chica esperó en el coche en marcha mientras el hombre abría la puerta del garaje.

—Donde yo vivo no podrías hacer eso —dijo la chica cuando este regresó.

—¿El qué?

—Dejar un garaje abierto.

—Este barrio es seguro.

No era tanto un garaje como un cobertizo. Y bastante estrecho: de aparcar justo en mitad, el conductor no podría abrir la puerta del todo. La chica se percató

enseguida de que, por su lado, la pared casi tocaba la carrocería. Estaba atrapada. Encendió nerviosa otro cigarro y, mientras, su cliente salió como pudo del coche, encendió una luz y cerró la puerta del garaje.

—Listo —dijo al regresar. Parecía más relajado. La chica dejó el cigarro en el cenicero—. Fumas mucho.

Ella hizo caso omiso y alargó la mano en dirección a la entrepierna del hombre. Este le pidió que esperase.

—¿Por qué?

—Primero quiero hablar.

—¿Quieres hablar?

—Sí.

—¿Sobre qué?

—Sobre cualquier cosa.

La chica hizo un mohín de fastidio.

—El tiempo es oro. Tengo que volver al barrio.

El hombre tenía preparados otros cien dólares en billetes de veinte, bien doblados en un fajo, como si lo hubiese previsto. Ella cogió el dinero con suspicacia y se lo guardó rápidamente en el bolso.

—Muy bien. Tú dirás —dijo con aire condescendiente.

El hombre contestó con calma que era él quien pagaba y que quería que hablase ella. La chica se encogió de hombros y preguntó si prefería algún tema en concreto. Para su sorpresa, el hombre propuso que hablara sobre su cumpleaños.

La sugerencia la hizo sentir incómoda.

—¿Por qué mi cumpleaños?

—Cuéntame cómo fue el mejor cumpleaños de tu vida.

La chica recogió el cigarro del cenicero y dio una profunda calada.

—Eres un tío bastante raro. Lo sabes, ¿verdad?

—Da igual cuántos años cumplieras —agregó con suavidad—. El mejor cumpleaños que recuerdes. Quiero que me lo cuentes.

Ella aceptó el envite y se quedó callada unos instantes, rebuscando en su memoria. Anunció por fin que ya sabía, apretando los labios con resolución.

—Mis cumpleaños siempre se mezclan con Halloween, caen muy cerca. Recuerdo cuando cumplí ocho años, en Bangor, sabes dónde, ¿no? Mis tíos tenían un granero detrás de su casa y después de cenar mis padres me dijeron que íbamos a tomar la tarta con ellos. Cuando llegamos, en vez de entrar en casa me llevaron al granero. Mi madre abrió la puerta. Estaba oscuro, pero habían colocado un montón de sonrientes calabazas de Halloween, todas con su vela encendida dentro. Y había también una pancarta grande que decía FELIZ CUMPLEAÑOS, CARLA, y todos mis tíos y mis primos estaban allí. Y también había una tarta.

—Carla —repitió él. Ella se estremeció al escuchar su nombre—. ¿Cómo te sentiste?

—Querida —contestó tras reflexionar un instante.

—¿Qué ocurre?

—Mi madre murió unos años después de aquello.

El hombre dijo que lo sentía. «Tengo frío», murmuró a continuación, enfundándose unos guantes de cuero. La chica no se percató y dio otra honda calada al cigarro. La densa nube de humo rebotó contra el salpicadero y se le metió en los ojos. La chica los cerró esperando a que cediese la irritación y en ese momento de oscuridad vio aquel granero mágico y a su madre sonriendo. Perdida en sus recuerdos, feliz y triste, parpadeó un par de veces y regresó reacia al asiento del pasajero del coche de su cliente.

Volvió a abrir los ojos y las manos del hombre se cerraron sobre su cuello.

Los dedos se le enterraban en la carne, aplastando dolorosamente la laringe.

«Esto no puede estar pasando.

Esto no tenía que terminar así».

Sustituyeron al dolor el pánico y la desesperación por respirar. No podía inspirar ni espirar.

Entonces decidió rendirse. Sin luchar, sin ofrecer resistencia alguna.

Notó que los brazos le colgaban inertes.

Llegó a sentir extrañeza por cómo estaba abandonando la existencia, tan fácilmente, hasta que se dio cuenta de que se encontraba cautiva de la voz de ese hombre, de esa voz hipnótica que la arrullaba mientras él le quitaba la vida, pronunciando estas palabras sin cejar en su empeño: «Carla, escúchame. No te enfades, no te asustes. Ahora mismo te estoy queriendo como nunca te han querido. Como en aquel cumpleaños. Esto es amor, pequeña. Te estoy dando amor. Tu madre te está dando amor. Sé que me estás oyendo. Ahora quiero que vayas con ella».

La chica podía ver el esfuerzo físico en los ojos abiertos de par en par del hombre. Casi se solidarizaba con el dolor exquisito que debía de estar sufriendo en las manos ya trémulas. En sus momentos finales supo que él estaba haciendo lo que podía para que lo último que oyese fueran dulces palabras.

—Ve con ella. Ve con ella. Ve con ella.

Entonces, en el último instante, la chica vio a un hombre poseído por algo deliciosamente maravilloso, algo que le suavizaba los rasgos y le humedecía los ojos.

—Tú eres la afortunada —dijo el hombre con voz ensoñadora.

«¿A qué te refieres?», se preguntó ella antes de dejarse caer en la inconsciencia.

Inglaterra, 1988

Alex se acurrucó junto a su hermano mayor en el asiento trasero del Vauxhall Cavalier de sus padres. Nadie se atrevía a abrir la boca. Él estaba más que decepcionado, pero su padre se había hundido en un estado de agonía muda y rabiosa. Su madre mantenía la misma postura rígida e incómoda desde que Dickie le había mandado callar, treinta kilómetros antes. Su delito: ofrecerle servilmente un sándwich. El anochecer los engullía a medida que avanzaban hacia el norte por la autopista M6, envuelta ya en penumbra.

Ese tibio día de primavera había empezado con la promesa de un resultado indudablemente arrollador. Dickie Weller entró atropelladamente en el cuarto de los chicos cuando aún no había ni amanecido y los dos se habían puesto ya la equipación rojiblanca del Liverpool. Estaban locos por montarse en el coche y emprender el largo viaje hasta Londres para ver a su equipo, campeón de liga, jugar en Wembley contra el humilde Wimbledon. La final de la FA Cup, contra el Wimbledon, ¡por favor! Aquello sonaba a chiste. Todo el mundo se preguntaba cómo el Wimbledon se las había arreglado para ganar al Luton en semifinales. El resultado del encuentro, en cualquier caso, estaba cantado.

Aun así, ni los Weller ni los miles de seguidores del Liverpool tenían ganas de sorpresas. No les disgustaba la idea de aguardar pacientemente a que concluyese el tiempo reglamentario y obtener una victoria limpia que quedara para siempre en los anales de la historia deportiva.

Justo antes del comienzo del partido, los niños se apretaban uno contra otro en las gradas de la afición del Liverpool, tratando de empujarse para ver mejor la verde y reluciente hierba. Escucharon con una sonrisa el estruendo de abucheos y afrentas contra los pobres jugadores del Wimbledon, que saltaron al campo con equipación azul y se agruparon en el lado contrario del gigantesco y abarrotado estadio. Su padre, alto y fornido, el gorro rojo siempre puesto, agitaba el brazo como un general que pasara revista al ejército contrario.

—¿Estáis orgullosos de vuestro padre, entonces? —Los niños asintieron—. No olvidaréis este día en mucho tiempo —gritó para que le oyeran bien.

Había ganado las cuatro codiciadas entradas de tribuna en un concurso organizado por la cervecera Boddingtons: su pub era el que más pintas de cerveza Cains había tirado de todo el condado de Merseyside. El premio al Mejor Propietario de Pub del Año colgaba sobre la chimenea de su local, The Queen's Arms, junto a

una fotografía en la que un sonriente ejecutivo de la cervecera de Manchester le hacía entrega de las entradas. A los niños siempre les habían gustado el revuelo y la frivolidad de vivir encima de un pub enormemente popular. Durante las fases previas de la competición, con la vista puesta ya en Wembley, su padre les contagió toda la energía que desprendía desde que había saltado a la fama.

Se acercaba el descanso y Alex, de diez años, se agachó para recoger el banderín, que se le había caído. Justo en ese momento, Sanchez, del Wimbledon, cabeceaba una falta tirada por Wise. Uno a cero. Alex dio un respingo ante el rugido de la grada y vio el rostro helado y la mirada furiosa de su padre, y a su madre casi haciendo pucheros. Su hermano Joe, cinco años mayor, le asestó un fuerte puñetazo en el hombro, como si el gol hubiese sido culpa suya, por no estar mirando.

En el minuto quince de la tensa segunda parte, Beasant, del Wimbledon, se hizo un hueco en la historia: era el primer portero que detenía un penalti en una final de copa. Su parada sentenció el partido. El Liverpool desaprovechó la oportunidad de alcanzar un empate que le hubiera dado impulso, se vino abajo y fue incapaz en la media hora restante de superar la presión y evitar la humillante derrota.

Pitido final. El padre de Alex tenía los puños apretados de ira. No podía creer cómo un día perfecto para el clan de los Weller podía haberse fastidiado de manera tan desastrosa. Durante el doloroso camino de vuelta al coche a Alex le ardían los ojos. Odiaba aquella mirada de desesperación en el rostro demudado de su padre y el quebradizo silencio de su madre. Y, para sus adentros, reprochaba a su hermano que fuera capaz de obviar la derrota sin apenas un pestañeo y ponerse a charlar con un par de rubias que llevaban la camiseta roja del Liverpool.

En el viaje de vuelta, pasado Birmingham, Alex dejó caer la cabeza contra la ventanilla. Contemplaba adormilado la hipnótica procesión de faros que avanzaban hacia ellos por el otro carril de la autopista cuando, de repente, notó que su padre frenaba para ajustar la velocidad del coche a la de un pesado camión que acababa de acceder a la autopista por el carril lento. Justo detrás del camión, un Volvo familiar redujo la marcha y sus luces de freno se encendieron. Su padre pisó también el freno unas cuantas veces para no acercarse demasiado al Volvo. Juró entre dientes y comprobó en el retrovisor que podía meterse en el carril central. Pero no. Una Yamaha pasó a toda velocidad a escasos centímetros del coche y se quedó a la altura del Volvo.

El conductor del Volvo había pensado también en adelantar al camión y la moto debía de estar justo en su punto ciego, porque no dejó de desplazarse lateralmente hasta empujarla. Se desató así una fatídica serie de acontecimientos que se multiplicarían en el tiempo y cambiarían el mundo de manera inesperada y extraña.

El lateral del Volvo terminó por tocar la rueda trasera de la moto, que se vio impulsada hacia el carril rápido y después a la mediana. El piloto cayó y se golpeó el

cuello. El conductor del Volvo reaccionó instintivamente dando un volantazo a la izquierda y regresó al carril lento, embistiendo el morro del Vauxhall de Dickie Weller.

En el momento del impacto, Dickie se percató de lo que ocurría y soltó un taco. Catástrofe.

Alex vivió los siguientes segundos con una rara sensación de lentitud. Había montado en avión una vez, en unas vacaciones familiares a la isla de Tenerife. La sensación del coche levantándose del suelo le recordó al momento del despegue. Su padre siempre había pensado que los cinturones de seguridad eran otro invento más de un estado excesivamente paternalista. Ninguno de ellos lo llevaba puesto. El coche empezó a dar vueltas de campana.

Al principio, Alex se sintió más fascinado que alarmado. La repentina ligereza y el estar cabeza abajo dentro del coche que no dejaba de girar le recordó al parque de atracciones. Por fin, llegó el terrible estruendo del golpe contra el arcén, y con él el pánico. Luego la nada.

Hasta que...

El coche parecía estar de nuevo en pie, las cuatro ruedas sobre el suelo.

Alex reconoció el dolor, un dolor insoportable en la pierna izquierda y un confuso zumbido en la cabeza. Tenía el asiento del copiloto sobre el regazo. Lo aplastaban su peso y el del cuerpo de su madre.

Esta emitió un gemido grave y animal que lo asustó. Vio su brazo inerte entre los asientos. La sangre chorreaba desde la preciosa pulsera que se había puesto para la ocasión. A su padre no se lo oía. Dickie tenía la cabeza contra el volante, con el gorro del Liverpool milagrosamente puesto aún.

Por algún motivo, Alex no podía dejar de pensar en su hermano, que ni siquiera estaba en el coche.

—¡Joe! ¡Joe!

La luna trasera se había hecho añicos y el aire fresco de la noche entraba ululando.

El fuego prendió con un fuerte chasquido y el coche se levantó unos centímetros para volver a caer rebotando sobre los neumáticos.

La gasolina se había empezado a filtrar y se había encendido en algún lugar por debajo del asiento del conductor, para extenderse luego hasta el depósito. Tras la espantosa explosión, Alex empezó a notar el calor y los pulmones se le comenzaron a llenar de malolientes vaharadas de humo de gasolina.

Y acto seguido aparecieron las llamas, azules y amarillas.

Alex se intentó revolver, pero tenía las piernas atrapadas. La parte inferior de su cuerpo parecía enterrada en cemento. El plástico del salpicadero y del interior de la puerta comenzó a crepitar como una tira de beicon en la parrilla.

Las llamas le lamían la espalda y su camiseta de poliéster comenzó a derretirse con un inquietante siseo. Percibió el olor sulfuroso a pelo quemado.

Pero un instante después de que se apoderase de él la angustia, antes de abrasarse, todo cambió.

Ya no estaba en el coche.

Ya no dolía.

Flotaba por encima de la autopista, mirando hacia abajo con irresistible curiosidad infantil.

El viejo coche familiar había quedado destrozado y lo invadían las llamas. Vio a Joe sobre la hierba, en el arcén, alejándose a rastras del coche. «¡Vamos, Joe!», quiso gritar. «¡Ya casi estás!» Se habían parado algunos coches y unas cuantas personas se acercaban.

De repente, la escena que se desarrollaba a sus pies se oscureció como si se la hubiera tragado la niebla. Ahora Alex flotaba sobre un disco plano de negrura, perfectamente circular, que súbitamente adquirió tres dimensiones. Aunque no veía nada, nada en absoluto, no tenía miedo, cosa extraña en él, que aún necesitaba dejar encendida una lucecita para dormir. Notó que empezaba a moverse y que todo se estrechaba. Se sintió fluir como aceite de motor a través de un largo embudo.

Su cuerpo de niño de diez años comenzó a desplazarse a velocidad increíble. O quizá él estaba quieto y era el túnel negro el que se movía alrededor. Hubo un viento intenso, atronador, similar al de las tormentas sobre el mar de Irlanda, que en invierno golpeaban Liverpool. Parpadeó asombrado mientras las paredes oscuras del túnel cobraban vida en forma de fogonazos brillantes, como empedradas de diamantes pulidos.

Al fondo se encendió una luz. Una luz auténtica que creció y creció hasta formar otro círculo perfecto. Finalmente, su cuerpo se vio lanzado a una blancura pura y esponjosa. Era una sensación reconfortante, como cuando salía del baño y su madre lo arropaba en una enorme y mullida toalla, recién sacada de la secadora.

La blancura se fue haciendo traslúcida y de repente el chico se encontró en una gran llanura verde. El suelo parecía ceder levemente bajo sus pies, pero estaba seguro de que no era hierba. El cielo, si es que aquello era cielo, era del celeste más claro, como si un pintor hubiese vertido una única gota de pintura azul en un barreño de agua limpia.

Escuchó algo que le hizo recordar.

Emocionado, como cuando de niño corría escalera abajo la mañana de Navidad, se dirigió con paso tranquilo hacia un atrayente rumor de agua.

No se parecía a ningún río que hubiera visto antes. De hecho, no parecía agua, sino una veloz corriente de luz que centelleaba y se rompía en remolinos contra varias piedras relucientes. Esas piedras formaban una pasarela de unos doce metros

de ancho que cruzaba de orilla a orilla. Más o menos la distancia del penalti del Liverpool trágicamente fallado.

Cuando miró por primera vez hacia la orilla opuesta no vio más que una ilimitada planicie de frío verdor que se extendía bajo aquel cielo azul claro. Aquella nada, no obstante, parecía ofrecer una promesa infinita. Se sintió atraído por la otra orilla, cada vez más excitado.

La segunda vez que miró vio a un hombre.

Un hombre grande, que agitaba los brazos lleno de felicidad.

—¿Papá?

—¡Alex!

Solo oyó su nombre entre el fragor de la corriente.

—¿Qué ha pasado, papá?

—Me he muerto, hijo.

—¿Qué? —preguntó, acercándose la palma a la oreja para intentar entender.

—¡Me he muerto!

Alex no sintió temor. Hizo bocina con las manos.

—¿Y yo qué hago?

—¡Ven! ¡Ven aquí, chico!

Dickie agitaba los brazos como cuando su hijo daba sus primeros pasos sobre la alfombra del salón o como cuando empezó a pedalear sin ruedines, bamboleándose de un lado a otro.

Las piedras formaban un camino serpenteante entre los veloces rayos de luz. Parecían resbaladizas pero Alex estaba seguro de que podría saltar de una a otra y no deseaba otra cosa más que que su padre lo rodease entre sus brazos expectantes. Deseoso, pero con cautela, colocó el pie izquierdo sobre la primera piedra.

Su padre parecía feliz, como si el Liverpool hubiese conseguido arrancar un dos a uno al Wimbledon. Él también se sentía feliz, sobrecogido por una sensación de dicha pura, más poderosa que cualquier otra que hubiese experimentado durante su corta vida.

Estaba a punto de dar el paso, pero no pudo despegar el pie derecho de la orilla.

Algo tiraba de él hacia atrás, lejos del río.

—¡Eh!

Todo se alejó a velocidad de vértigo. Regresó al túnel, que recorrió entonces en sentido contrario, de vuelta a la autopista, de vuelta al accidente, de vuelta al coche ardiendo. Cuando llegó allí, vio cómo lo sacaban a rastras por la puerta trasera derecha. Alguien le tironeaba de los hombros y sintió un agudo dolor en todo el cuerpo. Le rasgaron el pecho violentos espasmos de tos.

Hombres gritando.

Alex miraba a los ojos de un desconocido con barba.

—¿Me oyes, chico?

Dejó de toser durante un instante.

—Por favor, dejadme volver —acertó a decir.

No quería estar allí. Deseaba desesperadamente volver al lugar en el que había estado.

El extraño parecía confundido.

—Te vas al hospital. La ambulancia está al llegar. No te muevas. Apoya la cabeza sobre mi chaqueta.

—Quiero volver con mi padre —repitió el niño con voz rasposa, entre tos y tos.

El hombre echó una mirada a un corro de personas que sacudían la cabeza en torno al cuerpo roto del padre. Otros rodeaban arrodillados a su madre y discutían cómo hacer un boca a boca. Todos se encontraban más o menos cerca del coche completamente envuelto en llamas, aunque a distancia prudencial. Alguien gritó que su hermano había aparecido arrastrándose en el bosque, junto a la calzada.

—Lo siento, hijo —dijo el hombre con voz temblorosa—. Tú estás bien. No te ha pasado nada.

Alex trató desafiante de incorporarse.

—¡Quiero volver!

—Tú no vas a ninguna parte. Quédate quieto hasta que llegue la ambulancia.

Entonces, el chico se tumbó de nuevo sobre el suelo, ladeó la cabeza y sollozó:

—Quiero volver.

Cyrus sostenía una de las fotografías de la escena del crimen en la mano. La examinó detenidamente y después la colocó sobre una pila que no cesaba de crecer. Avakian no dejaba de traer fotos nuevas. Decenas de instantáneas de una chica caucásica en una cuneta, atractiva si no fuera cadáver. No tardó en descubrir el cuerpo una cuadrilla de mantenimiento de la autopista. El frío aire otoñal había conservado bien la carne. Desde algunos ángulos parecía como si a la chica la acabaran de despertar con una buena noticia. No habría inconveniente si la familia quería dejar el féretro abierto.

Cyrus se sentó en la pequeña mesa redonda, que apenas cabía en el despacho de Avakian. Ese espacio era un modesto homenaje a su veteranía. El despacho de Cyrus era aún más pequeño, una caja de zapatos: en el armario de su ex mujer cabían más cosas. Apartó la mirada de las fotografías un instante y contempló por la ventana el paisaje lunar del Government Center, el área de edificios municipales de hormigón, aún más grises entonces por la lluvia que no daba tregua. Suspiró, inhalando involuntariamente el perfume que llevaba su compañero: ese estomagante olor especiado, día tras día, mes tras mes, año tras año. Avakian era animal de costumbres: las mismas corbatas de rayas, la misma bolsa con el mismo almuerzo todos los días, las mismas historias despectivas sobre su mujer y sus hijos. Era calvo como una bola de billar y fornido. Una bala hecha de carne, con la nariz chata de boxeador pendenciero y perilla y bigote bien cuidados, veteados ya de gris.

Ambos compartían más de una década de historias el uno al lado del otro. La oficina no tenía un sistema oficial de emparejamientos pero la ampliación de los departamentos de contraterrorismo y contrainteligencia que trajo el 11-S había supuesto recortes en los de robos y delitos con violencia. Cyrus siempre había tratado de impedir que lo transfiriesen a otro lado. El FBI tenía especialistas a patadas: contables, abogados, expertos en informática, en política internacional... Él era ante todo un poli bien valorado, como Avakian. La creciente escasez de agentes que dieran batalla al delincuente común hizo que Cyrus se viera trabajando codo con codo con Avakian la mayor parte del tiempo. No es que le importase. Avakian le aportaba muchas cosas, la mayoría de ellas agradables.

—Estas últimas son de la autopsia.

Estudiar las fotos de una chica abierta en canal, tirada en el hormigón, no le hacía gracia a Cyrus ni en los días más luminosos. Y ese día no tenía la moral precisamente por las nubes. Apretó los dientes y extendió la palma de la mano, renuente. La primera imagen mostraba un perfil de la cabeza. Tenía rasgos agradables: la nariz

levemente respingona, una barbilla bonita. El adjunto del forense le había afeitado en la sien derecha un rectángulo de pelo rubio platino. Sobre el cuero cabelludo descansaba una regla metálica. En el centro del trozo de piel descolorida se abría un pequeño agujero, perfectamente redondo y negro. La siguiente imagen era un primerísimo plano del agujero, que parecía tener una profundidad infinita. Un accidente extraño, fuera de lugar en el cuerpo de un ser humano, que emanaba una maldad indescriptible.

Trató de ahuyentar aquella imagen haciendo una pregunta de andar por casa.

—¿Qué anchura tiene? ¿Cinco milímetros? ¿Tres?

Avakian tenía el informe en la mano.

—Como los demás. Una broca del tres de las que se pueden comprar en cualquier ferretería.

Minot se les acercó por detrás y los observó enfrascados en el trabajo por unos segundos. Su ropa desprendía aroma a tabaco de pipa y los dos hombres se percataron al instante de su presencia. Minot preguntó cómo iba.

Avakian anunció con tono inexpresivo que iban a hacer una pausa para almorzar.

Minot tenía un aura académica. Era difícil imaginarlo superando las pruebas de tiro o el recorrido de obstáculos en Quantico. Se hallaba al límite de lo raquítrico, bendecido o maldecido por un veloz metabolismo que le daba la figura de un adolescente pero le hacía tan friolero que siempre vestía un chaleco de punto bajo la chaqueta, incluso en verano. Su pelo, ralo pero cuidadosamente peinado, iba perdiendo color, y llevaba unas gafas de montura rosácea que enmarcaban unos ojos siempre húmedos. El conjunto le daba un aspecto de banquero bostoniano ya entrado en años, no de alguien con pistola en el escritorio y placa en el bolsillo.

Posó la mano sobre el brazo de Cyrus, como lo había hecho el sacerdote la víspera.

—¿Cómo está tu hija? —preguntó.

—Está en casa. Sigue estable.

Minot señaló los documentos.

—Ojalá no tuviera que asignaros esto.

Cyrus se encogió de hombros mostrando comprensión.

—Es un caso extraño, ¿no os parece? —preguntó Minot.

Avakian le entregó la fotografía del cráneo perforado y luego otras imágenes de la autopsia de dos jóvenes negras con el mismo tipo de herida.

—El tipo que haya hecho esto es un enfermo —dijo Minot, carraspeando—. ¿No lo hacía también Jeffrey Dahmer? ¿Taladrar el cuerpo de sus víctimas?

Cyrus conocía los detalles de aquel caso. Siempre recordaba ese tipo de cosas.

—Les inyectaba ácido en el lóbulo frontal. Quería convertirlas en esclavos sexuales, pero no era muy buen científico. Murieron todas.

—¿Hay algo por el estilo en estos casos?

—Los forenses creen que no se les administró ninguna sustancia.

—¿Y entonces?

Avakian se acarició la calva con los dedos separados, como peinándose el pelo que no tenía.

—Habrà que ver, Stanley —sentenció.

Después de comer salieron en coche. Tenían que empezar por algún sitio, así que decidieron hacerlo por la última víctima, Carla Louise Goslinga, prostituta de veintiún años de Boston cuyo cadáver se había encontrado el viernes anterior en Hooksett, New Hampshire. El hecho de que el cadáver se hallase al otro lado del límite estatal confería al asunto escala federal. En cualquier caso, la investigación tenía visos de convertirse en un caos jurisdiccional. La primera víctima había sido hallada en unos terrenos de propiedad estatal a orillas del río Charles, en Newton, así que quedaba en manos de la policía estatal de Massachusetts. La segunda fue encontrada en un descampado de Columbia Point, cerca de la biblioteca John Fitzgerald Kennedy, con lo que se hacía cargo homicidios de Boston. El tercer caso impuso la participación del FBI, así que todo el mundo se había apresurado a entregar la información disponible a los federales. Y con ella los gastos y dolores de cabeza que suponía investigar a un asesino en serie.

Era un viaje corto desde Boston, dirección norte, por la autopista I-93. Iban en uno de los coches oficiales y conducía Avakian, que escuchaba embobado un programa de deportes de la radio, mientras Cyrus, con los brazos caídos sobre las rodillas, contemplaba con miraba perdida el monótono paisaje, a través de los limpiaparabrisas en movimiento. Apenas una semana antes, aquellos bosques estaban en su clímax de verdor, pero la humedad y la penumbra de la tarde apagaban la paleta de colores. Avakian le farfullaba a la radio e insultaba a los locutores. Cyrus había desconectado. Oía su verborrea muy a lo lejos.

Cuando cruzaron el límite con New Hampshire, Cyrus sacó el informe de la policía estatal de ese estado, en el que se detallaba dónde se había encontrado el cadáver exactamente. Tenían que pasar muy cerca del lugar, así que decidieron dar una vuelta, aunque terminasen con los bajos de los pantalones empapados.

Cuando pasaron la salida a la carretera 3A, Cyrus apagó la radio y Avakian renegó con un bufido.

—Estamos a cuatro kilómetros —replicó—. Hay un lago más o menos grande. Mejor si no nos lo pasamos.

—Puedo conducir y escuchar la radio a la vez. A eso llevo, todavía —gruñó Avakian.

—Esa porquería te pone muy nervioso —dijo, refiriéndose al fútbol americano.

—No sabemos avanzar con el balón. Nos hace falta equilibrio.

—Y que lo digas. A ti, seguro que sí.

—Lo que tú digas —atajó Avakian—. El espabilado de mi compañero me dice que yo necesito equilibrio. A mí me gustan los deportes estadounidenses. Pura pasión. A ti te gustan las bibliotecas. Dime quién de los dos es el normal y quién necesita ayuda profesional.

Cyrus indicó a Avakian que saliera de la carretera y aparcara en el arcén. Entre el bosque cubierto de niebla se dibujaba la orilla del lago Pinnacle.

Encontrar el lugar donde había aparecido el cuerpo fue pan comido, pues del tronco de un árbol cercano colgaba un fragmento de cinta policial amarilla. Cyrus buscó una fotografía panorámica que mostraba el cuerpo en una hondonada cercana a la calzada. Encontraron por fin el lugar exacto, junto al lateral cubierto de hierba de la carretera, al pie de un talud y en mitad de un rodal de tierra encharcado.

Cyrus señaló la autopista.

—No tuvo más que aparcar en el arcén, sacar el cuerpo del coche, arrastrarlo un metro y tirarlo por la ladera. Tardaría menos de un minuto.

—No encontraron huellas de neumáticos —informó Avakian—. Hay demasiada hierba y la semana pasada estaba seca.

—Tampoco hubo testigos —añadió Cyrus—. Probablemente viniese de madrugada, cuando apenas hay tráfico.

Los dos se estaban calando.

—Bueno, ya hemos visto el sitio —dijo Avakian, dando la vuelta para regresar al coche. Pero Cyrus no se movió. Estaba intentando decidir si entrar o no en el charco.

—Ya peinaron el sitio ellos —imploró Avakian—. ¿Te crees que vas a encontrar la cartera del asesino ahí dentro? Por Dios.

De vuelta en el coche, Cyrus hizo una hipótesis sobre lo ocurrido, mientras Avakian se secaba la cabeza con un pañuelo de tela.

—El asesino recogió a la chica cuando hacía la calle. Probablemente no tuvo sexo con ella. La estranguló, le taladró la cabeza por la razón que fuera, trajo el cuerpo hasta aquí y paró el coche donde primero se le ocurrió. Esperó a que no pasara ningún otro coche y la arrojó lo suficientemente lejos para que el cuerpo no fuese descubierto hasta pasado cierto tiempo. Cogió el siguiente cambio de sentido y puso rumbo de vuelta a Massachusetts.

—¿Por qué crees que no hubo sexo?

—Porque no intentó esconder el cuerpo. Podría haberlo enterrado, haberlo tapado con algo o haberlo arrastrado otros veinte metros para tirarlo al lago. Eso parece indicar que estaba convencido de que no encontraremos ADN suyo en el cuerpo. —Reflexionó un instante como cuestionando sus propias palabras—. Aunque quizá me equivoque. Podría haber usado condón —añadió abruptamente con tono menos vehemente.

Avakian gruñó y volvió a encender la radio.

—Tú sigue pensando. Yo me encargo de conducir. —Subió el volumen—. Vamos a dejar de lado los egos.

Llovía a cántaros y Avakian se negó a dejar el coche en el aparcamiento del Holiday Inn de Concord. Lo metió bajo la marquesina, bajó del coche y le mostró la placa al botones. El joven no dijo palabra y salió corriendo a contar a sus compañeros que había llegado una pareja de agentes del FBI.

El médico forense adjunto que había llevado a cabo la autopsia de la chica durante el fin de semana estaba en un congreso. Dada la escasa antelación con que lo habían avisado, propuso reunirse con los agentes en el hotel. Todos los forenses del sur de New Hampshire y sus colaboradores se habían encerrado en ese congreso campestre. Durante toda la jornada tratarían de venderles un gestor de bases de datos que supuestamente les haría la vida más fácil. El doctor Ivan Himmel, no obstante, había farfullado por teléfono, a modo de monólogo interior, que su software de siempre no tenía nada de malo y que el estado de New Hampshire no daba una a derechas.

El médico parecía más que agradecido de que uno de los organizadores del congreso le sacara de la sala de conferencias. Se acercó a Cyrus y a Avakian como un cachorro feliz y los acompañó hasta una mesa, junto al mostrador donde esperaban a los congresistas el café y la merienda.

—Les dejo el honor de estrenar los cruasanes —invitó exultante—. No se corten. Corre de mi cuenta.

Era el típico señor mayor que parece no haber superado la adolescencia. A sus rollizos sesenta y cinco años iba engalanado como una pieza de época —pajarita roja y tirantes sobre camisa de manga corta— pero tenía gestos juveniles. Mojaba las cookies en el café y se limpiaba las migas de los labios regordetes con el dorso de las manos cubiertas de manchas de la edad.

Sorbió el café y se disculpó de nuevo por recibirles en aquel lugar, para acto seguido lanzarse a una diatriba interminable contra el gobierno estatal. Cyrus cogió el toro por los cuernos en cuanto la cordialidad se lo permitió.

—¿La causa de la muerte fue estrangulamiento, verdad?

—Sí. Tenía la laringe rota. La estrangularon con las manos, por delante. Los moratones se correspondían con dos pulgares. No es nada fácil matar a alguien así, a menos que esté drogado o borrachísimo.

—No han recibido el informe toxicológico aún, ¿cierto? —preguntó Avakian.

—¿Está de broma? Esto es New Hampshire. ¿Saben ustedes qué presupuesto tenemos? Los malditos burócratas se gastan el dinero en software que no necesitamos y en los laboratorios falta hasta lo más básico.

Cyrus terció antes de que se fuera por las ramas.

—¿Qué fue antes, el estrangulamiento o la herida de la cabeza?

—Mire, si estaba consciente en el momento del ataque, yo diría que fue estrangulada y luego le taladraron la cabeza. Al cien por cien. —Imitó con la mano un taladro colocándose un dedo contra la sien y emitió un prolongado sonido gutural, que hizo a los dos agentes mirarlo seriamente, sin ninguna intención de reírle la gracia—. Es imposible clavarle una broca en la cabeza a nadie sin al menos un poco de forcejeo. Y no había signos de que la atasen. Si la drogaron, entonces todas estas suposiciones dejan de tener sentido. Por otro lado, si cuando la taladraron aún le hubiera latido el corazón aquello habría sido un surtidor. En la escena del crimen no encontramos sangre, pero definitivamente a la chica no la mató el taladro. Tampoco había mucha sangre en el pelo ni en el cuero cabelludo, así que cuando el tipo la trepanó probablemente estaba ya muerta o fibrilando.

—¿La tre... qué? —inquirió Avakian frunciendo el ceño.

—Le agujereó la cabeza —repitió Himmel lentamente como si le estuviera hablando a un niño. Cyrus se dio cuenta de que su compañero quería atizar al médico.

—Cuéntenos más cosas sobre el agujero —instó Cyrus al vuelo.

—Llevo mucho tiempo trabajando en esto y puedo decir que no había visto nunca nada parecido. Va más allá de la trepanación. Supongo que lo vieron en mi informe. Sondeé un tramo de unos dos o tres milímetros de diámetro, que desde el orificio de entrada, en el parietal, atravesaba todo el lóbulo parietal izquierdo, hasta el ventrículo lateral del mismo lado. —Himmel se recostó en la silla, a la espera de un murmullo de interés.

—Explíquese, doctor —rogó Cyrus.

—Los ventrículos son unas cámaras que hay en el interior del cerebro, donde se produce el líquido cefalorraquídeo que luego circulará alrededor de la masa encefálica y la médula espinal. Ese fluido protege el cerebro y amortigua los golpes.

—¿El tipo quería retirar o quería ingresar? —preguntó Avakian.

—Buena pregunta. —El médico parecía sorprendido—. Tendremos que esperar al informe toxicológico y los cortes de tejido. A primera vista a mí no me pareció que se hubieran inyectado sustancias extrañas. Ni agentes cáusticos ni nada por el estilo.

—Tampoco se inyectó nada en los demás casos —apuntó Avakian.

—¿Qué otros casos?

Cyrus creía haber mencionado esos otros casos por teléfono, aunque quizá no lo hubiera hecho. Se reprochó no haberlo recordado. No era propio de él.

Sonó su móvil. Lo sacó del bolsillo interior de la chaqueta y vio que era Marian. Lo silenció, lo volvió a guardar y dejó que le vibrara contra las costillas unos segundos más.

—En los últimos seis meses se han encontrado otras dos prostitutas en Massachusetts, estranguladas y con la cabeza agujereada por una broca del tres —

explicó—. Ambas presentaban un conducto que según se cree se realizó con una aguja, hasta el centro del encéfalo. Tengo imágenes de las autopsias, si quiere verlas.

Himmel le arrebató las micrografías de las manos y comenzó a examinarlas cuidadosamente justo en el momento en que se clausuraba la sesión de la tarde y sus colegas comenzaban a entrar en la sala. Un hombre caminó con paso artrítico hasta la mesa en que se hallaban y se sentó sin esperar a que lo invitaran. Tendría la misma edad que Himmel, aunque era más delgado y de rostro enjuto. Otro señor de pelo blanco a las puertas de la jubilación.

—¿No te vas a poner un café? —le preguntó Himmel.

El hombre alargó la mano para cogerle una galleta a Himmel y preguntó:

—¿Sigue Stanley Minot en la oficina de Boston?

—Es nuestro jefe —respondió Cyrus.

—Mándale saludos de Lennie Adler.

Himmel se interpuso.

—Le dije a Lennie que el FBI vendría a verme. Pues bien, aquí lo tienen, haciendo gala de su característica pericia social. Me da vergüenza, pero tengo que reconocerlo: es amigo de toda la vida. Yo llevo el condado de Merrimack y él el de Rockingham. Lennie, ¿por qué no dejas de comerte mis galletas?

Adler lo ignoró y echó un vistazo a las fotografías esparcidas sobre la mesa.

—¿Qué es esto?

Himmel sonrió, enseñando su hermosa dentadura manchada de café.

—Me parece que me he metido en un caso de asesinatos en serie muy interesante —se jactó—. El viernes me tocó una de las víctimas. Estas son de otros casos, en Massachusetts. Qué... ¿te mueres de envidia, eh?

Adler refunfuñó, cogió una de las brillantes fotografías y rebuscó entre los bolsillos hasta que dio con unas gafas de ver. Observó la sección ampliada del tracto creado supuestamente por una aguja al atravesar la amarillenta masa encefálica.

—Dime que no le taladraron el parietal —dijo dejando a un lado la foto.

Cyrus se irguió, rígido. Se sentía extrañamente desorientado, como si estuviera siendo objeto de algún ingenioso truco de salón.

—¿Cómo lo sabe?

—Hace dos meses tuve un caso como este.

—¿Qué? ¿Una puta estrangulada? —preguntó Avakian, igualmente sorprendido.

—No, no. Era un joven con el cráneo fracturado. Un enfermero. Se le encontró en la I-95, justo a este lado del límite estatal. La policía de Seabrook no tiene nada de nada. Cero. —Adler robó otra galleta y contempló con suficiencia a los agentes boquiabiertos—. Les podría interesar, ¿no?

El teléfono de Cyrus empezó a vibrar de nuevo. Lo sacó y miró la pantalla: otra vez Marian. Se lo pensó dos veces antes de volver a ignorar la llamada.

—Discúlpenme un momento. Tengo que cogerlo —anunció a la mesa.

Escuchó y la respiración comenzó a acelerársele.

—¿Por qué no me llamaste cuando ocurrió? —preguntó con la garganta encogida, para a continuación exhalar un prosaico «joder»—. Estoy a una hora de allí. Voy para allá.

Cyrus recorrió automáticamente los enmarañados pasillos, como una rata de laboratorio que conociera bien su complejo laberinto. Accedió al ala de neurología de la novena planta y de inmediato lo reconocieron en el mostrador de enfermería. Acusó el nudo en el estómago, asqueado por el olor demasiado familiar a fluido corporal, disimulado tras el desinfectante con aroma a limón.

—¿Dónde está? —preguntó.

A la enfermera no pareció incomodarle su brusquedad.

—Nueve uno nueve —se limitó a responder, haciéndose cargo.

En la puerta, Cyrus se dio cuenta de que se trataba de una de las habitaciones de aislamiento. Recordó vívidamente que hacía unos meses había ocupado esa misma habitación. Había un vestíbulo herméticamente cerrado donde dejar el abrigo y colocarse mascarilla, guantes, calzas y bata de celulosa. Se dispuso a ejecutar el ritual e intentó saludar furtivamente a su hija a través del cristal, pero una mujer embatada le tapaba la vista de la cama. Era más delgada que Marian: otra pieza más en el interminable carrusel de médicos, enfermeras e interinos.

La mujer terminó lo que fuera que estuviese haciendo y cuando se separó de la cama, la niña se asomó y buscó la mirada de Cyrus al otro lado del vidrio. Saludó débilmente con un triste gesto que decía «aquí estoy otra vez».

La mujer entró en el vestíbulo y se quitó la mascarilla.

—Hola —saludó—. ¿Es usted el padre de Tara?

Cyrus asintió, manteniendo el equilibrio sobre una pierna mientras se colocaba la calza. No reconoció a la mujer. Un rostro como aquel no lo habría olvidado.

—Soy la doctora Frost —se presentó con tono liviano, casi musical.

Tenía más edad y se mostraba más segura que los estudiantes de medicina o los residentes, pero era una mujer joven. Se quitó los guantes y empezó a desatarse la bata mientras él hacía lo contrario. Se respiraba algo extrañamente íntimo en esa situación: un hombre y una mujer vistiéndose y desvistiéndose en un pequeño cuarto como aquel.

—¿Es usted de neurología? ¿De infecciosos? —preguntó Cyrus.

—Soy psiquiatra.

Cyrus se quedó sin aliento.

—¿Qué le ocurre? —preguntó.

—Bueno, ya sabe, esta mañana tuvo una crisis y la han vuelto a ingresar con fiebre y una analítica bastante floja.

—Quiero decir psicológicamente —apremió.

—Desde el punto de vista emocional, nada fuera de lo común.

—Entonces, ¿por qué ha venido?

—Ya he visto a Tara antes. Su madre pidió una consulta durante su último ingreso.

—¿Una consulta? ¿Para qué?

—Le estoy ayudando con sus miedos —respondió con franqueza.

Cuando la doctora se quitó la bata saltó a la vista que era menuda, de cintura estrecha. En la foto de la identificación que llevaba prendida al bolsillo aparecía aún más joven, una novata de larga melena que le desaparecía tras los hombros. Ahora llevaba el pelo corto, con un peinado más profesional aunque del mismo color que en la imagen: el de la luz a través de un ámbar muy antiguo. Poseía la belleza natural de esas mujeres que solo necesitan una pincelada de maquillaje, tan distinta de la de Marian, que habitualmente se extendía una capa sobre otra. La psiquiatra hizo frente a la evidente ira de Cyrus con luminosos ojos azules y una cautivadora mezcla de firmeza y fragilidad, que traslucía en su modo de apretar la pequeña mandíbula.

Aun así, Cyrus se le acercó enfadado, imponiéndose de súbito como una amenazadora presencia dentro del estrecho espacio del vestíbulo y colocándose la mascarilla para ocultar el temblor de los labios.

—¿A qué se refiere con miedos? —preguntó casi a voz en grito. Redujo el volumen pensando en Tara—. ¿Tiene esto algo que ver con la muerte?

La mujer se mantuvo firme y dijo suavemente:

—Su hija tiene un tumor cerebral terminal. Es joven pero sabe lo que hay. Por mi experiencia le puedo decir que a los niños les ayuda expresar sus sentimientos y sus miedos.

—Le voy a decir una cosa —espetó a través de la mascarilla en un gruñido atenuado—. Mi hija no se va a morir. No quiero que venga a verla más.

La doctora había terminado de quitarse el resto del equipo estéril. Cerró la papelería manteniendo la compostura y dio una respuesta fría, profesional.

—Creo que esto deberán hablarlo usted y la madre de Tara.

—Estamos divorciados.

—Eso no quiere decir que no puedan tomar juntos una decisión responsable sobre su hija. Y quizá también deba hablar con Tara. Lo único que a mí me interesa es su bienestar. —Tenía la mano sobre el pomo de la puerta—. Un placer conocerlo. Tara habla de usted todo el tiempo.

En cuanto entró en la habitación, su hija, de ocho años, apenas un pájaro entre las sábanas, lo regañó con un gorjeo.

—¿Por qué le estabas gritando a Emily?

—¿Así se llama?

—Emily Frost —respondió la vocecilla—. Como Jack Frost.

—Yo no estaba gritando.

Le estaban transfundiendo sangre y además tenía una vía con una bolsa de antibiótico ya agotada. Tenía mal aspecto. La piel traslúcida, blanca y delgada como papel de arroz. Pero hasta cuando se ponía enferma, hasta despojada de su sedosa cabellera, su carita de ángel enfadado lucía hermosa. Tenía a Freddy, el osito rosa que siempre la acompañaba, junto a ella, tapado con la sábana. Tara era ya mayor para los peluches, pero su enfermedad le había supuesto una regresión de unos cuantos años.

—Es mi médico de morirse —dijo.

A Cyrus se le cortó el aliento. Se alegró de llevar puesta la mascarilla.

—Ese tipo de médico no te hace falta para nada —exclamó, inclinándose para acariciarla.

Entre sus dedos y la piel de la niña se interponía una frustrante barrera de látex. Comenzó a lanzar preguntas mundanas: cuándo empezaste a encontrarte mal, cómo estás ahora. Cualquier cosa para cambiar de tema, pero ella volvió a ello con inocente insistencia.

—¿Por qué le has dicho a Emily que no venga más a verme?

—¿Me has oído? —La niña asintió con todo el énfasis que pudo, levantando la cabeza de la almohada—. Voy a hablarlo con mamá. ¿Dónde está?

—Se fue cuando llegó Emily. Dijo que tú ibas a venir. ¿Tienes ahí tu bolígrafo? —Cyrus asintió—. ¿Y papel?

—Voy a buscar. ¿Para qué?

—¿Jugamos al tres en raya?

Su juego favorito. Él estaba más que dispuesto a cerrar la boca y jugar.

Cuando por fin se quedó dormida, la página estaba ya repleta de cruces y circulitos. Salió en silencio y se quitó la bata cuidadosamente. En el mostrador de enfermería dejó un mensaje para la madre de Tara: ESTOY EN LA CAFETERÍA.

En el bufé, llenó la bandeja con lo primero que tuvo a mano y buscó una mesa solitaria. No quería escuchar a los jóvenes médicos y enfermeras hablar sobre sus pacientes ni contar historias de familias destrozadas.

Lo que sí oyó fue la distintiva cadencia de los tacones de Marian golpeando el enlosado de la cafetería. No tuvo ni que levantar la mirada. Conocía a la perfección ese paso urgente: ella siempre se movía rápido, con pasos cortos y rápidos, arrogantes; la zancada constreñida por la sempiterna falda de tubo. Levantó la vista de su sopa y en lugar de los ojos dolidos de una madre preocupada se topó con el enfado hirviente que, por otro lado, ya había previsto.

Sabía cómo funcionaba la mente de Marian: cada vez que Tara sufría una recaída o una complicación, la culpa era de él. El cáncer venía de su lado de la familia. El hijo de un primo suyo también padecía un tumor cerebral. Los genes malos eran los suyos, y todo lo que él hiciera quedaría lejos de satisfacer sus expectativas. Ahora, él

estaba matando a la hija de ambos. Muchos tumores cerebrales infantiles eran curables; el suyo no, y estaba en un grado avanzado. En su día la operaron y consiguieron extraer la mayor parte del tumor, ralentizando así el proceso, pero el cáncer había vuelto. La quimioterapia alargaba el tiempo de vida, pero con costes. La niña sobrevivía gracias a transfusiones y antibióticos. Todo ese horror por culpa de la baja calidad de los genes O'Malley.

Por supuesto, si se le ocurriese verbalizar esos pensamientos ella lo acusaría de ingenuo y ordenaría a su abogado que presentase una moción ante el tribunal en la que cuestionaría su aptitud para mantener la custodia compartida. Sin embargo, esos malditos ojos suyos, ardientes como dos mínimas brasas, le tenían convencido de que la loca era ella.

Marty, su nuevo marido, cumplía con todos sus deberes conyugales. Su estilo de vida, de habitual próspero, cumplía en cada detalle con el del típico banquero exitoso de Boston centro. Hacían una bonita pareja, observó Cyrus despectivamente. Ambos dedicaban mucho tiempo a sus guardarropas y a su cuidado personal. Como Tara no siempre se encontraba bien como para desplazarse al apartamento de su padre, el abogado de este peleó una orden judicial que le permitía a Cyrus pasar ocasionalmente la tarde o un día del fin de semana con Tara, en casa de ellos, mientras Marian y Marty pasaban el día fuera. Mientras ella dormitaba, Cyrus se paseaba por la casa de cinco dormitorios, lujosamente enmoquetada, como quien estudia la escena de un crimen, examinando con avidez la vida que vivían. Marty tenía mucha ropa bonita: un armario entero lleno de trajes italianos y jerséis de cachemira.

Pero lo que en realidad llamaba la atención de Cyrus eran el lavabo y los armarios del baño de él. Marty usaba muchísimos productos. Un auténtico campeón de la metrosexualidad que gastaba tantas cremas y mascarillas para piel y pelo como su mujer. A Marian siempre le habían fastidiado los austeros hábitos de Cyrus ante el espejo: pastilla de jabón, desodorante y pasta de dientes. Más o menos eso era todo. En Marty encontró a un auténtico sabueso de balneario: justo lo que quería.

Mejor para ella.

Marty era diez años mayor. Sienes grises, en buena forma, gran jugador de tenis. Pero Cyrus no pudo evitar chasquear la lengua la primera vez que vio una receta de Viagra en el botiquín. Parecía estar muy pendiente de no quedarse sin suministro.

Mejor para ella.

—¿Quieres sentarte? —invitó Cyrus.

Marian agitó la cabeza vigorosamente. Llevaba tanta laca que no se le movió ni un mechón de brillante pelo negro.

—¿Cómo eres capaz de comer, Cyrus? —preguntó con desdén.

—Pues yo tengo un poco de hambre —anunció Marty, esperanzado. Pero ella lo

calló con un bufido. Cyrus casi sintió lástima por el pobre hombre.

Marian tenía el bolso tan apretado contra el pecho que parecía que fuera a romperse.

—¿Se ha cansado estando contigo? Estaba dormida como un tronco.

—Claro, la he llevado a patinar.

Ella hizo caso omiso.

—Me has dejado un mensaje. ¿Qué querías?

—He conocido a la doctora Frost. No quiero que Tara la vuelva a ver.

—Es la mejor. La ha recomendado el doctor Thorpe.

—Tara no necesita ese tipo de médico.

—Los expertos no piensan igual. ¿Tú eres experto?

—Yo soy su padre.

—¡Y yo su madre!

Marty se retiró a la seguridad de su iPhone mientras los dos viejos rivales se tiraban los trastos a la cabeza.

—Se supone que este tipo de decisiones debemos tomarlas juntos —insistió Cyrus.

—Esto no es algo sobre lo que se pueda discutir, Cyrus. Es el protocolo para pacientes como ella.

—¿Y eso qué quiere decir?

—No me hagas pronunciarlo. —Empezó a llorar y sacó un pañuelo de papel para evitar que se le corriera el rímel.

Cyrus empujó su bandeja y se puso en pie. Solo le repitió una frase:

—Tenemos que tomar estas decisiones juntos.

Marty trató torpemente de mediar.

—Parece que a Tara le cae bien.

—No irá a verla más. Y punto.

Marian dejó de llorar con una rapidez que desafiaba la fisiología común.

—Entonces será mejor que digas a Allan que se ponga en contacto con Jan para llevar el asunto al juez Sugarman.

—Muy bien. Eso haré. Voy a subir a despedirme. En diez minutos estaré fuera.

Todas las llamadas a su abogado le suponían un coste enorme, tanto económico como emocional. Pero tendría que pelear duro con Marian por aquello. No quería que Tara hablase de aquel tema, no quería que lo pensase siquiera.

No quería que la muerte se acercara a su pequeña.

El suelo estaba lleno de cajas de mensajería cuyos contenidos se esparcían sobre la mesa. La policía de Seabrook, estado de New Hampshire, se había apresurado a empaquetar y enviar todos los papeles y pruebas que tenían sobre el asesinato de Thomas Quinn, varón blanco de treinta y cuatro años.

A fin de agilizar la investigación, Cyrus y Avakian decidieron dividir para vencer. Avakian se quedó los dos casos de Massachusetts y Cyrus los dos de New Hampshire. Las tareas de coordinación implicaban un par de copas a última hora del día en el pub Kinsale, cerca del Government Center. Avakian se conformaba con un par de cervezas antes de coger la autopista de vuelta a casa. Cyrus no tenía hora. Se tomaba un tercer vodka y luego paseaba por las estrechas calles flanqueadas de farolas del barrio de Beacon Hill, hasta que se le pasaba la borrachera. Entonces regresaba a su oscuro apartamento y a su microondas desvencijado que apestaba a palomitas y a salchichas.

Más allá de las diferencias obvias entre Thomas Quinn y las tres prostitutas, a Cyrus no le cabía duda de que las cuatro muertes eran obra del mismo asesino. En el caso Quinn, la policía no había hablado públicamente sobre el agujero en la cabeza, así que no era uno de esos casos en que un asesino copia a otro. La proximidad espacial y temporal y la marca de autor en forma de perforación craneal vinculaban innegablemente los cuatro asesinatos.

El cuerpo de Quinn había sido descubierto por un conductor que se había detenido en el arcén de la autopista para cambiar una rueda pinchada. Después de que faltase a su turno en el hospital Beth Israel Deaconess de Boston se dio el aviso de desaparición. Era enfermero anestesista. La policía local acudió a su casa de Hampton Falls, en el sur de New Hampshire. Forzaron la puerta pero no encontraron nada raro. La autopsia mostró que la causa de la muerte había sido un enorme hematoma subdural provocado por una fractura craneal. De no ser por el obsesivo método del doctor Leonard Adler, la herida por taladro del lado contrario de la cabeza quizá habría pasado desapercibida. A la prensa se le ocultó ese grotesco detalle para garantizar la integridad de la investigación.

La policía había hecho un trabajo de chinos a fin de ampliar información sobre la vida de Quinn. Soltero y homosexual, sin relación estable. Era solvente y estaba al día en los pagos de la hipoteca y demás. No tenía antecedentes y según la policía no compraba drogas ni las consumía. Ninguno de sus amigos y parientes sabía de relaciones conflictivas ni de amenazas. No escondía su sexualidad y era habitual de unos cuantos locales de ambiente de Boston. La hipótesis oficial era que había tenido

un encuentro sexual al azar con un psicópata asesino.

La policía se había centrado en el registro de llamadas de su móvil, especialmente en las últimas llamadas que había realizado el supuesto día de su muerte, un jueves. Ese día había hecho doble turno de cirugías ortopédicas en quirófano. Su teléfono se había mantenido inactivo durante toda la mañana, pero a las tres de la tarde se produjo un torbellino de llamadas con otros dos números: un móvil perteneciente a un estudiante de posgrado de la Universidad de Boston llamado Davis Fox y un fijo de la facultad de Medicina de Harvard, asignado al investigador Alex Weller.

La policía había entrevistado a ambos. Fox contó que había mantenido una breve relación con Quinn el año anterior. Las cosas se habían enfriado entre ellos pero seguían siendo amigos. Weller al parecer no mantenía lazos sentimentales con la víctima, pero tenían en común ciertos intereses, que también compartían con Fox. Los informes policiales se mostraban ambiguos al respecto. Cosas de intelectuales. Ni Fox ni Weller habían visto a Quinn ese jueves y ninguno de los dos quiso especular sobre su dramático final. La policía había peinado los lugares que Quinn solía frecuentar en Boston, pero nadie lo había visto desde el sábado anterior.

Cyrus logró concertar una cita con Davis Fox en la cafetería de la Universidad de Boston, en plena hora del almuerzo. El lugar estaba abarrotado de jóvenes que entraban y salían. Se preguntó cómo sería capaz de encontrar a Fox entre la muchedumbre. Permaneció de pie bajo el cartel colgante que indicaba la entrada al bufé, esperando. Se empapó del estrépito estudiantil y de esa vida que él vagamente recordaba, en la que no había lugar para tantas cosas que hacían de su existencia actual un lugar opresivo como una húmeda jungla infestada de malaria.

Era más fácil que Fox encontrase a Cyrus, el adulto de pelo corto y bien afeitado, ataviado de traje y gabardina, y así fue. Era un joven mulato con vaqueros de pitillo remetidos por dentro de las botas y tocado con una bufanda de resplandeciente lana, vistosamente colocada alrededor del cuello. Se acercó y preguntó:

—¿Es usted el agente del FBI?

Ostentaba los modos airosos del moderno y el cuerpo de un modelo masculino algo disipado. No era muy guapo: tenía ojos pequeños y una boca demasiado grande.

Encontraron una mesa para dos y apenas se habían sentado cuando sonó el móvil de Fox.

—Sí, ya estoy con él. Te llamo luego.

Cyrus quiso saber de inmediato de quién se trataba pero contuvo su curiosidad. Comenzó con las preguntas más sencillas y rutinarias. Fox le contó que lo habían entrevistado hacía cosa de un mes y que ya había contado a la policía todo lo que sabía, etcétera, etcétera. Cyrus dejó que hablara sin interrumpirle hasta que él retomara el turno. Le gustaba comprobar por dónde cogía la gente cuando no se le indicaba el camino. Después de tantos años, si alguien le hubiera dado cien dólares

cada vez que ese método se hubiese probado eficaz, hoy estaría viviendo en un barrio mejor.

Cyrus probó a sondear más hondo. Examinó el rostro del joven mientras hablaba: llevaba largas patillas y el pelo hirsuto pero cuidado, a la moda; lucía una barba incipiente y un botón de pelo bajo el labio inferior. Tenía los lóbulos perforados con tantos aretes de oro que Cyrus se sintió incómodo. Trató de no mirarlos.

Cuando Fox hablaba sobre Thomas Quinn, Cyrus percibía sinceridad. Llevaba muchos años sobre el terreno y se fiaba de esas intuiciones. Con respecto a los detalles del crimen, Fox sabía, como todo el mundo, que Quinn había aparecido con un agujero en la cabeza. Quizá conociese los aspectos más macabros del caso, pero ciertamente no se ofreció a explicitarlos.

Fox era estudiante de segundo curso de posgrado y se había especializado en psicología experimental. Había conocido a Quinn hacía casi dos años. Los presentó un amigo común, Alex Weller. Cyrus gruñó al escuchar el nombre. Era su siguiente cita. Fox contó que no había notado nada raro en Quinn la última vez que hablaron por teléfono, que lo oyó quizá algo cansado y estresado después de un día de mucho ajetreo. No hablaron sobre si tenía planes esa noche.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste? —preguntó Cyrus. Había mucho ruido en la cafetería. Le pareció que estaba casi gritando.

—En casa de Alex, la noche del sábado anterior.

—Háblame de ese Alex.

—Es un tipo estupendo, genial. Un médico e investigador realmente brillante. Cuando estaba estudiando la carrera leí uno de sus artículos y me puse en contacto con él por correo electrónico. Al final entablamos amistad.

—¿Enseña en la facultad de Medicina, cierto? —preguntó Cyrus, conociendo ya la respuesta.

—Sí. En el Hospital Infantil. No me sorprendería que un año de estos le dieran el Nobel por su investigación sobre lesiones cerebrales.

—Lesiones cerebrales —repitió Cyrus—. Qué oportuno. ¿Qué hicisteis en su casa?

Por primera vez, el joven se enderezó. Se puso rígido.

—Un par de veces al mes se reúne en su casa de Cambridge un grupo para charlar sobre ciencia y filosofía. Él es, digamos, el organizador. —Cyrus quería saber más, pero Fox se mostraba vacilante—. Usted va a hablar con Alex ahora. Que le cuente él.

—¿Cómo sabes que voy a hablar con él?

—Me lo ha dicho.

—¿Ha sido él quien te ha llamado antes?

Fox asintió. No quería que pareciera que estaba ocultando información así que

añadió:

—Mire, no hay ningún misterio. Lo único que ocurre es que Alex quiere que los simposios sean un evento privado, por muchas razones. Si tiene más preguntas después de verlo a él, cualquier pregunta, llámeme. Estaré encantado de ayudarle. Pero lo cierto es que él es quien mejor puede informarle.

Cyrus se fijó en que cada vez que hablaba de Weller, Fox bajaba un poco la mirada y también la voz. ¿Qué ocurría? Parecía reverenciarlo. ¿O era otra cosa?

Si lo que quería Fox era tranquilizar al agente con sus respuestas, había fracasado totalmente. A Cyrus le satisfizo que contase la verdad sobre su relación con Thomas Quinn. Para sus adentros se decía que el chico probablemente no sabía nada acerca del asesinato. Pero cada vez que hablaba de ese tal Weller, a Cyrus le vibraban como locas las antenas, y ni siquiera lo había conocido aún. El informe policial sobre la entrevista con Weller era plano, minimalista, aburrido. La historia real debía de ser mucho más interesante.

Cuando estaba a punto de irse dejó una tarjeta de visita sobre la mesa.

—Ya que tu amigo Alex está tan interesado en mi paradero, dile que voy camino de su laboratorio —espetó con gesto adusto al chico, que lo miró alejarse con preocupación.

Cyrus recorrió Longwood Avenue y dejó atrás el Hospital Infantil. Tenía la mirada clavada en el parachoques del coche de delante. Se negaba a dirigir la mirada hacia los edificios. Si había un lugar en el mundo que odiase era aquel. Tara seguía allí. La visitaría después. Por el momento, debía dejar de pensar en ella.

Recorrió otro tramo de calle, aparcó en una plaza para discapacitados frente al Vanderbilt Hall, la residencia universitaria de la facultad de Medicina, y colocó la identificación del FBI sobre el salpicadero.

La entrada del campus de la Facultad de Medicina, apodado hacía tiempo el Gran Cuadrángulo Blanco, se encontraba al otro lado de Longwood Avenue. La flanqueaban dos grandes jarrones de piedra. Cyrus suspiró profundamente ante la imponente vista de los cinco grandes edificios de mármol que rodeaban la explanada de hierba, atravesada por estudiantes que caminaban resueltamente. Nunca dejaría de reprocharse su escasa formación académica.

Sus comienzos habían sido halagüeños, pues le fue concedida una beca en el Boston College que cubrió buena parte del gasto total. Un par de empleos en el campus y una modesta aportación de sus padres pagaron el resto. Le resultaba triste reconocerlo, pero consideraba sus dos años en el Boston College el cénit de su vida. Los edificios cubiertos de hiedras, los libros de la biblioteca y su perfume a generaciones pasadas, los elevados ideales, las horas y horas leyendo frases hermosas. Le dolía recordar ese tiempo.

El verano anterior a su segundo año, su padre se metió en el tipo de problema que

puede arruinar a una familia durante generaciones. Lo acusaron de propasarse sexualmente con una mujer a la que había dado el alto en la carretera de madrugada. En primera instancia, aquello era algo que un hombre de familia de toda la vida como el sargento O'Malley jamás habría hecho. Pero entonces esa primera acusación se complicó con otra más grave. El sargento amenazó a la mujer y esta lo grabó. Su carrera en el cuerpo de policía de Boston terminó con la misma velocidad con que poco después una bala suicida le atravesaría la sien.

Cyrus era su hijo mayor, el varón responsable. Se tomó un año sabático, consiguió un trabajo, ayudó a pagar facturas, a sus hermanos y hermanas, a una madre devastada que se enclaustró en la iglesia. El año se convirtió en dos años y los dos años en tres. Jamás volvería a pasear por aquel sombrío campus. Sus libros se quedaron en cajas de cartón. Necesitaba un trabajo mejor pagado para seguir manteniendo a sus hermanos y hermanas, así que los compañeros de su padre tiraron de un par de hilos. Superó las pruebas de acceso con la puntuación máxima y entró en el cuerpo de policía de Boston. No era algo que deseara realmente. Nunca lo había deseado, pero lo hizo.

Con lúgubre determinación decidió que si ese iba a ser su trabajo, debería hacerlo bien, mejor que su padre.

Los policías más inteligentes llegaban a detectives. Y los detectives más inteligentes a veces llegaban al FBI.

Pero él siempre tuvo la sensación de que había dejado una parte de sí en el campus del Boston College y jamás olvidó su abandono académico. Su ex mujer había estudiado en Wellesley y sus antiguos vecinos en Harvard. Stanley Minot llevaba siempre puesta su insignia de la fraternidad Phi Beta Kappa de la Universidad de Columbia. Y en la oficina del FBI de Boston trabajaban muchos agentes especiales con títulos de las mejores universidades del país. Incluso Avakian había destacado como estudiante en la Universidad de Massachusetts. Él trataba de tomárselo con filosofía, pero los momentos como ese le traían recuerdos desagradables. La boca se le llenaba de un amargor de café solo y sin azúcar.

La grandiosidad del Gran Cuadrángulo sobrecogía y entristecía a partes iguales. Imaginó cómo debían de sentirse esos estudiantes, caminando por el césped cubierto de hojas de arce doradas como el éxito, apresurándose por llegar a alguno de esos anfiteatros desde cuya parte superior apenas se distingue al profesor, preparados para escuchar la clase vespertina desde la altura que dan los siglos de tradición.

En otra vida quizá. En esta no.

Alex miró por la ventana de su despacho y divisó al hombre en el Gran Cuadrángulo. Tenía que ser el agente del FBI. Tomó un sorbo de agua para humedecerse la garganta, que le quemaba de los nervios. Tenía un par de minutos

para prepararse. Lo tenía todo que perder y nada que ganar, pero ¿qué opción quedaba sino seguir la corriente, hacerse el despistado y, en el peor de los casos, simular indignación?

¿Por qué no lo dejaban en paz? Si comprendieran lo que estaba en juego le dejarían terminar su trabajo tranquilamente. A lo largo de la historia, las grandes mentes siempre han sido perseguidas. Le quedaba poco, pero necesitaba tiempo.

Un poco más de tiempo.

Tras cruzar un alargado vestíbulo en el que el mínimo ruido reverberaba, Cyrus abrió y cerró una decena de puertas hasta que encontró la placa que buscaba: Alex Weller. Golpeó con los nudillos contra el cristal esmerilado y entró. Tres técnicos de laboratorio bañados en fría luz fluorescente levantaron la mirada de sus bancos de pruebas. Uno de ellos era un chico en la veintena con una larga bata blanca y la piel muy estropeada.

—¿Se ha equivocado? —preguntó displicente. Hablaba con un acento algo barriobajero y hacía gala de una rudeza tensa que no se ajustaba a la atmósfera elevada de un laboratorio universitario.

—Busco a Alex Weller.

—¿Lo está esperando a usted? —El hombre llevaba su nombre cosido con hilo rojo sobre la bata: Frank Sacco.

En cuanto le dijo que era del FBI, Sacco se dirigió apresuradamente a un despacho cerrado. Los otros técnicos, dos jóvenes orientales, bajaron la cabeza y siguieron a lo suyo.

El laboratorio era un lugar más propio del Viejo Mundo, en una de las plantas del edificio que aún no habían sido remozadas. La estancia mantenía la tarima de madera e incluso encimeras de piedra de talco de principios de siglo, pero estaba repleta de aparatos electrónicos e instrumentación de última generación. Cyrus olisqueó involuntariamente los vapores de acetona suspendidos en el aire. Cada pocos segundos lo estremecía un agudo zumbido vibratorio, cuando alguna de las jóvenes colocaba un tubo de muestra en el agitador mecánico.

Sacco volvió y señaló sin decir palabra hacia la esquina del fondo del laboratorio. Alex Weller estaba en la puerta de su despacho, forzando una sonrisa con los brazos cruzados sobre el pecho. Era un hombre larguirucho, de treinta y largos. Llevaba el pelo recogido en una coleta que le daba un aspecto algo hippy y vestía vaqueros informales, jersey y zapatillas de deporte. A Cyrus no le costó reconocer el acento británico. Su forma de hablar le hacía pensar en Ringo Starr. Weller dio rienda suelta a su verborrea.

—Davis Fox me hizo llegar su mensaje. Bienvenido. ¿Debo llamarle señor O'Malley, agente O'Malley o simplemente Cyrus?

Cyrus se erizó al ver cómo Weller trataba de ponerse al mando.

—Agente especial O'Malley.

El hombre se encogió de hombros dando a entender un «como usted quiera».

—Bueno, yo seré más informal. Alex, sin más.

Alex cerró la puerta, ofreció asiento a Cyrus y se deslizó de nuevo tras su escritorio. El recargado despacho era increíblemente pequeño, tan atestado de revistas y papeles que parecía casi hecho a propósito.

—Disculpe el desorden —se excusó, apoyando los pies sobre el único hueco que quedaba libre en su mesa. Las suelas de las zapatillas estaban muy desgastadas. Parecía que el tipo corría, y mucho.

—No sé en qué podría ayudarle. Como le dije, ya hablé con la policía en su momento.

Cyrus se quitó torpemente la gabardina, sin ponerse de pie, y la colgó del respaldo de su silla.

—Usted fue la última persona que habló con Thomas Quinn, por móvil. Esperaba que quizá pudiera contribuir en algo más a la investigación.

—¿Se ha descubierto algo?

—Podría decirse —respondió Cyrus enigmáticamente, tratando de sonsacar algún tipo de respuesta de su interlocutor, verbal o no. Alex, sin embargo, se mantenía impasible—. Me gustaría que detallase cómo fueron las últimas conversaciones telefónicas con Thomas. Ese jueves habló con él a las tres y cuarto durante más o menos un minuto y de nuevo a las cinco y veinte durante tres minutos.

Cyrus detectó una especie de mueca.

—Con mucho gusto, aunque antes me gustaría saber, por curiosidad, por qué se ha metido el FBI en esto. Yo me crié en Gran Bretaña, creo que no entiendo demasiado bien cómo funcionan estas cosas aquí.

Cyrus no estaba dispuesto a seguirle el tono festivo, así que respondió tajante:

—La policía nos ha pedido ayuda. ¿Qué hay de esas llamadas, pues?

Alex se volvió a encoger de hombros y explicó que ambas llamadas tuvieron que ver con la planificación de la reunión del sábado siguiente. Thomas ayudaba a organizar los simposios quincenales que se celebraban en su casa. Habían hablado sobre quién asistiría y sobre si habría un orador invitado, y habían tratado la siempre importante cuestión de los aperitivos. Si no le fallaba la memoria, su primera llamada se interrumpió porque Thomas tuvo que atender algún asunto en la sala de reanimación. Retomaron la conversación en la segunda llamada, mientras Thomas conducía hacia su casa, ya por la tarde.

—¿Vio usted a Thomas en persona en algún momento del jueves o el viernes?

—No —respondió Alex con vehemencia.

Cyrus observó su cuaderno. Había escrito la palabra «simposio» en mayúscula y

la había subrayado doblemente.

—Cuénteme más cosas sobre los simposios. ¿Qué son exactamente?

Alex gesticuló ampulosamente, como si fuera a impartir una clase magistral.

—Bien, un simposio es una reunión de intelectuales que comparten algún interés y se juntan para...

Cyrus lo cortó irritado e hizo un comentario sarcástico. Quizá no había llegado a graduarse, pero sabía lo que era un simposio.

—Me refiero a sus simposios. ¿Qué es lo que debate usted en su casa con esos otros intelectuales con los que comparte intereses?

Alex esbozó una sonrisa inocente.

—A mis amigos y a mí nos interesa cualquier asunto relacionado con la filosofía, la religión y la biología. En concreto, nos fascina la visión que las distintas culturas tienen del más allá. Es un tema con el que he coqueteado desde que estaba en la universidad. Hace varios años fundé una pequeña sociedad privada, la Sociedad Uróboros. No es más que una asociación para el fomento del debate.

—¿Qué quiere decir «uróboros»?

—El uróboros es un antiguo símbolo mitológico: una serpiente que se muerde su propia cola. Representa el eterno retorno, la vida después de la muerte, la renovación del yo, la inmortalidad... Puede sonar pretencioso, lo sé, pero créame, yo no lo soy. Como símbolo, el uróboros abarca todos nuestros intereses.

—La inmortalidad y la vida después de la muerte... ¿A eso se dedican los neurólogos en sus ratos libres?

—Este neurólogo sí, al menos. La intersección entre ciencia, filosofía y religión es borrosa pero fascinante. Me interesa profundizar justo en ese punto.

—¿Qué tipo de investigaciones realiza usted?

Alex se mojó los labios.

—Estudio el comportamiento del cerebro bajo presión. Cuando sufre falta de oxígeno o algún tipo de traumatismo. La frontera entre la vida y la muerte.

—¿Son estudios teóricos? ¿Prácticos?

—Bueno, estamos en una facultad de medicina. Yo soy neurólogo pediátrico. Divido mi tiempo entre la atención al paciente y la investigación. Me concedieron una beca de investigación sobre nuevos medicamentos para el tratamiento de lesiones cerebrales. Pero lo que realmente me motiva es la tanatobiología, la biología de la muerte. La muerte no es algo instantáneo, ¿sabe? Los humanos somos máquinas complejas. Cuando se nos apaga, ocurren muchas cosas en secuencias específicas, a nivel celular y molecular. Al comprender mejor la muerte quizá podamos comprender mejor también la vida.

—Si usted lo dice —replicó Cyrus arqueando las cejas—. ¿Qué tipo de gente asiste a sus simposios?

—De todo tipo. Biólogos, psicólogos, estudiantes de filosofía, diletantes, algún que otro teólogo...

—Thomas era enfermero. ¿Qué aportaba?

—Era un tipo interesante, muy perspicaz. No era un ratón de biblioteca, pero su especialidad lo había convertido en un ávido observador de la vida y la muerte. Discutía incluso con intelectuales doctorados.

—¿De qué se habla en esos debates?

—¿Qué tiene que ver con el asesinato de Thomas? —Cyrus le lanzó una mirada heladora—. Por curiosidad —se vio empujado a añadir Alex.

—No sé si tendrá algo que ver. Podría —explicó Cyrus, tratando de controlar su impaciencia—. Un chico fascinado por la muerte que poco antes de morir llama por teléfono a otro tipo también fascinado por la muerte. No lo sé. Quizá suene descabellado, pero me pica la curiosidad.

—Mientras no crea usted que yo tengo algo que ver... —dijo Alex con jovialidad impostada—. Verá, en los simposios debatimos sobre muchas cosas: ¿qué deducir de las diferencias existentes entre las distintas visiones que cada cultura tiene del más allá? ¿Por qué se parecen las llamadas experiencias cercanas a la muerte, incluso en culturas distintas? ¿Tienen una base biológica o son una experiencia espiritual? ¿Existe Dios? Esta es una de las habituales. Lanzamos preguntas de peso y tras el debate nos damos cuenta de que las respuestas que proponemos son más bien livianas, lo cual garantiza que los debates se seguirán celebrando durante una buena temporada.

Cyrus decidió subir de marcha e hizo una serie de preguntas rápidas. Inquirió si Thomas había tenido algún conflicto importante con alguno de los participantes y si podía consultar una lista de las personas que solían acudir a su casa. Se interesó también por los posibles enemigos de Thomas y preguntó si sabía de actividades ilícitas en que este estuviese metido. Por fin, preguntó si conocía la relación entre Thomas y Davis Fox.

Las breves y anodinas respuestas de Alex no aportaron nada. Pero entonces Cyrus lo sorprendió con la guardia baja.

—¿Conoce a alguna prostituta?

Alex bajó los pies de la mesa.

—¿Qué?

—Prostitutas. ¿Conoce a alguna? ¿Ha usado alguna vez sus servicios?

Por primera vez, Alex se mostró indignado.

—¡Por supuesto que no! Tengo pareja. ¿Por qué me pregunta eso?

Sonó el teléfono de Cyrus. Pretendía ignorarlo pero vio que era Marian, así que lo cogió, escuchó lo que tenía que decirle y contestó:

—Estoy a un par de manzanas del hospital. Te veo allí en diez minutos.

Cyrus colgó y se apresuró a despedirse.

—Gracias, doctor Weller. Tengo que marcharme. Es probable que necesite hablar con usted de nuevo.

Alex se puso de pie y por un momento lo contempló desde lo alto, hasta que el propio Cyrus se levantó. La indignación de Alex parecía haberse desvanecido.

—¿Va usted al Hospital Infantil? —preguntó con voz tranquila, casi sacerdotal. Cyrus se puso la gabardina sin dar respuesta—. ¿Tiene usted un hijo ingresado?

Cyrus asintió mecánicamente. Weller lo miró con expresión extraña y rebuscó en el bolsillo superior de una bata blanca que tenía colgada de la puerta. Sacó un taco de hojas de papel, cada una de ellas encabezada con un nombre y garabateada a mano. Las fue pasando una a una, como buscando los comodines de una baraja, hasta que encontró la que quería. Cyrus no tenía ni idea de qué tramaba.

—Su hija se llama Tara O'Malley, ¿verdad?

Fue como si le hubieran golpeado en el costado con un bate de béisbol. Cyrus notó una angustia. Le zumbaron los oídos. Asintió de nuevo.

—Su cirujano, Bill Thorpe, me pidió que la viera. Yo fui quien le ajustó la medicación para las crisis. Conozco a su mujer.

—Ex mujer —puntualizó Cyrus automáticamente, tratando de encontrar algo que decir.

—Bien, esto es algo embarazoso... —dijo Alex—. ¿Quiere que lo acompañe?

Cyrus alcanzó el pomo de la puerta. Quería salir del edificio y respirar el aire frío.

—Mi hija acaba de sufrir otra crisis —dijo.

—Voy a hacer una llamada. Me aseguraré de que un asistente la vea enseguida. Quizá, dadas las circunstancias, deba ponerla en manos de uno de mis colegas.

Cyrus tragó y asintió.

—Sí, estaría bien.

—Déjeme que le diga una cosa —agregó Alex—. Es una niña encantadora. Absolutamente encantadora.

Era tarde y el ala de neurología estaba en silencio. Cuando siendo niño Alex visitaba a sus abuelos en Gressingham, un pequeño pueblo de Inglaterra, él y su hermano solían colarse en la iglesia a medianoche. La pesada puerta de roble que daba acceso a la vieja torre normanda estaba siempre abierta, así que realmente no cometían ningún delito. Pero los atraía el aroma a peligro que desprendía aquella diablura. Dentro de la nave de la iglesia, oscura y estrecha, se respiraba un aire húmedo y muerto. Alex acariciaba la suave piedra del púlpito y susurraba nervioso a su hermano, que siempre oía ruidos provenientes de la gran tumba que se levantaba en la capilla. Embebido en esos recuerdos recorrió el ala de neurología.

Se detuvo ante la habitación 919 y miró alrededor para comprobar si había alguien más en el pasillo. Nadie. Entró y se puso en silencio la bata, los guantes y la mascarilla.

Tara O'Malley estaba dormida. Ahora la llevaba otro neurólogo pero él, a la luz de los hechos, se sintió de nuevo atraído hacia ella. Ya no era paciente suya. Era la hija de un hombre que lo perseguía.

Alex hojeó los partes médicos. Llevaba varios días sin ataques y sus analíticas mejoraban. La infección remitía y pronto estaría en casa de nuevo. Pero su última resonancia resultaba inquietante. El tumor volvía a las andadas.

Alex se inclinó sobre ella. Sus labios regordetes se separaban con cada inspiración. Bonita como una muñeca de porcelana, pensó. Cyrus O'Malley iba a echarla de menos.

Era una gris tarde de sábado, a finales de otoño, y las últimas hojas de los árboles revoloteaban junto a los ventanales, acumulándose luego en la explanada del Gran Cuadrángulo. Alex estaba solo en su laboratorio. El pelo se le erizaba de emoción: le gustaba estar allí, en soledad. Se desinhibía, corría de banco a banco, de reactivo a reactivo, de máquina a máquina, murmurando, tarareando canciones que no se podía sacar de la cabeza, esperando que el cromatógrafo de líquidos escupiera la información. Sin miradas entrometidas. Sin charlas insustanciales. Sin preguntas aparentemente inocentes.

Estaba a punto.

Lo sentía.

No era videncia ni intuición. Él era un muy buen científico, lisa y llanamente. Comparaba su empresa con uno de esos grandes laberintos formados por círculos concéntricos: se comienza en la entrada y se dibuja a lápiz el camino hasta llegar justo al centro. El aire parecía pesar, pero él sentía la mente ligera. ¿Alcanzaría ese día el centro de su laberinto?

Cada serie de muestras lo acercaba un poco más. Cada experimento servía para arrancar otro trocito de aquel manto de roca que ocultaba la piedra preciosa.

El pobre de Thomas Quinn no había muerto en vano. Se reconfortó en ese pensamiento. Con sinceridad. La muestra de líquido cefalorraquídeo que le sacó a los dos minutos de morir había devuelto un pico, no demasiado alto pero aun así revelador, en 864,73 m/z. En la muestra extraída a los tres minutos, el pico se salía de la tabla.

854,73.

Para Alex, no había cifra más importante en el mundo, esa relación carga-masa que su espectrómetro de masas devolvía una y otra vez. A través de ella se manifestaba aquella sustancia, su «bella enmascarada». Ese resultado le llamó la atención dos años antes: apareció una y otra vez en un experimento con ratones maravillosamente sencillo. La idea se había abierto paso como un fogonazo, eureka, tan obvio a posteriori que le dolía haber tardado tanto en dar con ello. Envalentonado, comenzó a escalar la pirámide evolutiva. Las ratas presentaban ese mismo pico. Y los gatos. Y los perros. Y los monos.

¿Y el hombre?

Necesitaba un voluntario.

Él mismo. ¿Quién si no? Al menos ese era el plan. Necesitaría la ayuda de Thomas, sin duda. Thomas era leal y discreto, y formaba parte del círculo más íntimo

de Alex. El compañero ideal para un experimento con no pocas implicaciones éticas.

Después de aquella terrible noche en el laboratorio canino, Alex pasó dos semanas en un estado en el que se alternaban desesperación y éxtasis. Había asesinado a un hombre. Según su limitado conocimiento de la ley sería homicidio involuntario. En cualquier caso, Thomas estaba muerto y él tenía la culpa. Cuando encontraron el cuerpo casi se volvió loco de preocupación. Le daba pánico mirar la prensa. Luego llegó aquella angustiada llamada de la policía y la entrevista con aquel detective, un tipo bastante simplón que había intentado buscarle las vueltas y que por suerte se había limitado a farfullar entre dientes.

Sí, los datos validaban a la perfección su hipótesis. Hasta el punto de sentirse liberado de culpa, exultante. ¡Thomas también presentaba ese valor! Justo como él había predicho. Pero ese era solo el comienzo del viaje. ¿Qué molécula merodeaba por ahí, con una relación carga-masa de 854,74 m/z? Necesitaba conocer su composición. Su función biológica. ¿Era aquel su Santo Grial? No tenía sentido tratar de aislarla en otras especies menores. Al final habría tenido que hacerlo en el hombre, igualmente.

Para conocer toda la verdad.

Por la noche, despierto y arropado por la calidez soñolienta de Jessie —¿cómo podía un cuerpo tan pequeño emitir tanto calor?—, en su mente se despertaba un corro de científicos debatiendo entre sí de buena gana, argumentando los pros y contras del próximo paso en la investigación. Él no era un asesino. Era biólogo. No era un Mengele. Era científico. ¿Era correcto sacrificar a unos pocos para alcanzar un bien mayor? ¿Justificaba el fin los medios? Y aunque la respuesta fuera sí, ¿tendría estómago para hacerlo?

¿Podría seguir mirándose al espejo?

En cualquier caso, no se sentía capaz de tomar la decisión. Se convenció, tratando desesperadamente de desligarse de todo aquello, de que debía dejar que alguien resolviese por él. Entonces, una noche, escrutando la oscuridad del techo, tuvo la impresión de que alguien, una entidad trascendente, le arrebatava la responsabilidad de las manos. Se vio a sí mismo como títere. Controlaban sus movimientos hilos invisibles. Su conciencia quedó alterada y él se convirtió en observador externo y pasivo. Se observaba a sí mismo vistiéndose, conduciendo hasta el laboratorio, firmando en el mostrador de seguridad, recogiendo tubos de muestra e instrumentos, escabulléndose por una puerta trasera, montando en el coche para recorrer las calles.

La chica negra era rellenita y poco atractiva y eso, por perverso que pareciera, le fue de ayuda. Ella sería la elegida. Se escuchó a sí mismo invitarla al coche y vislumbró el tramo de carretera que, salvando el río, conducía hasta su cochera. Se imaginó estrangulándola, encajando sus golpes hasta que dejase de pelear. Entonces, sin pasión alguna seguiría los procedimientos médicos: perforar el cráneo, entrar en

los ventrículos. La gratificante sensación del cristalino líquido cefalorraquídeo llenando la jeringa.

Cuando terminó, creyó que se echaría a temblar. Pero no. Mantuvo la calma. Tenía que deshacerse de un cuerpo y procesar unos cuantos tubos de muestra en el laboratorio. Fue al meterse de nuevo en la cama, junto a Jessie, cuando entró en una agitación incontrolable. Jessie se despertó, convencida de que Alex estaba teniendo una pesadilla, pues lo abrazó y arrulló hasta que volvió a quedarse dormida. Mientras, él seguía luchando contra los temblores, en vela hasta el amanecer por temor a reproducir el asesinato en sueños.

Pero todo fue resultando cada vez más fácil.

Los siguientes dos asesinatos fueron réplicas perfeccionadas del experimento. Pudo borrarlos de la mente de un día para el otro e hizo menos caso a las noticias que aparecieron. Cada nuevo conjunto de muestras lo acercaba un poco más a su objetivo. Sabía cada vez más cosas sobre el pico misterioso. Había pulido la metodología y averiguado cómo fraccionar las muestras. Se imaginaba un cazador cercando a su presa poco a poco, obligándola concienzudamente a salir de la espesura hasta que apareciese ante la mira de su arma. Arquearía el dedo entonces sobre el gatillo duro y frío.

Había descubierto mucho con las muestras de Thomas y de las primeras dos mujeres. Tenía grandes esperanzas en que las muestras de la tercera prostituta, la chica de las calabazas de Halloween, le permitieran fraccionar el pico misterioso en una alícuota pura. De ahí, podría obtener una estructura. De la estructura, la síntesis. De la síntesis a la biología. Y de la biología a las respuestas. Respuestas de verdad. Sí, se dijo de nuevo, como siempre: el fin justifica plenamente los medios.

Para algo así, no hay duda de que los justifica.

La chica de las calabazas era la más joven. Aquello fue emocionante. Thomas tenía treinta y largos. Las primeras dos prostitutas rozaban la treintena y sus picos misteriosos fueron más altos. Lo mismo había observado en animales. Los ejemplares jóvenes presentaban picos más altos en ese mismo valor. La chica de las calabazas era la más joven hasta el momento: veintidós.

Sin embargo, ese don nadie de Cyrus O'Malley había interrumpido su ensoñación y lo había devuelto al mundo del miedo y el peligro. O'Malley claramente había sabido unir los puntos entre Thomas y el resto de las víctimas, algo en realidad inevitable. Pero no parecía tener nada concreto entre manos. Estaba preguntando al azar. De lo contrario, ya habría mostrado sus cartas. Alex había tomado todas las precauciones posibles: guantes para evitar rastros de ADN, asientos de cuero y alfombrillas de plástico en el coche para que no quedasen fibras. La broca y las agujas pasaban obsesivamente por el autoclave. Las jeringas terminaban convertidas en un pegote de plástico derretido. Se aseguró de que todo quedara atado y bien

atado, al menos por el momento. Cosa importante si la chica de las calabazas iba a ser la última.

Él rezaba porque fuese la última.

¿Y la deliciosa ironía de que la hija de su perseguidor fuera paciente suya? Era un triángulo, pensó. ¡No, un círculo! ¡Como el uróboros! O'Malley tenía el poder que le confería su placa del FBI, él tenía poder como médico de Tara, y ella, la hija enferma, tenía poder sobre su padre. Una serpiente que se traga su propia cola. Así debía ser, pensó. Era cosa del destino.

Su cromatógrafo de líquidos Agilent era instrumentación de última tecnología. Lo había adquirido con la última beca otorgada por el departamento de Salud y era capaz de aislar compuestos desconocidos dentro de mezclas complejas e identificarlos por espectrometría de masas. Siguió durante toda la tarde el avance del proceso a través de la interfaz gráfica. Cuando comprobó que se estaba procesando la fracción seis se acercó al banco de pruebas. Dejó de tararear y permaneció frente al monitor en silencio, vigilando la cuenta atrás como quien espera el lanzamiento de un cohete. Treinta segundos. Quince segundos. Diez segundos. Contuvo el aliento. Tres segundos.

854,73.

La fracción era pura. No había más picos.

Y la muestra era muy abundante. Una muestra purísima y muy abundante de su bella enmascarada.

Recordó el rostro de la chica de las calabazas.

Cuanto más joven mejor.

Dejó escapar el aire y sintió una maravillosa liviandad.

Podía dejar de matar.

Alex corrió los muebles del salón y echó al suelo almohadas y cojines, formando un círculo imperfecto. Esas tardes de sábado lo eran todo para él, pero ese día le costó dejar de pensar en el tubo de plástico con tapa de rosca que había dejado enfriándose en el frigorífico, junto a un cartón de huevos.

Su casa estaba amueblada con gusto. No había nada demasiado caro, pero todos y cada uno de los objetos habían sido cuidadosamente elegidos. No era una casa grande; tenía el tamaño aproximado de la casa de Liverpool en que se había criado: salón, comedor, cocina y dormitorio principal en la planta baja y dos habitaciones de invitados arriba. Un pequeño jardín trasero con espacio suficiente para un pequeño huerto de verduras y plantas aromáticas, amén de una barbacoa.

Podían encontrarse a lo largo y ancho de la casa varias piezas admirables: objetos artísticos, imágenes en madera y bronce de dioses hindúes, máscaras africanas, cerámica china y, sobre la chimenea, ocupando el lugar de honor, una excelente reproducción decimonónica de un dibujo proveniente del tratado de alquimia de Theodoros Pelekanos, del siglo xv: un uróboros, en tonos dorados y rosáceos. Y libros, claro está, estantes y estantes de libros sobre arte, religión, ocultismo, mitología, filosofía, antropología y ciencias naturales. Materialmente, Alex no aspiraba a más. Se sentía más que satisfecho. Desde el punto de vista económico, ya había conseguido lo que su padre tras una vida de duro trabajo. Con eso se conformaba.

Jessie estaba en la cocina preparando hummus. Esa era su mayor contribución a los simposios, según ella misma. En varias ocasiones había dejado claro a Alex que se sentía intelectualmente abrumada por aquellas mentes de alto octanaje que orbitaban alrededor de él. Normalmente guardaba silencio durante las reuniones y se ocupaba de que no faltara de comer, de que no faltaran la cerveza y el vino blanco bien fríos y de atender a cualquier incidente en sus noches más aventureras.

Alex se acercó a ella discretamente y la observó unos instantes mientras bregaba con la batidora. Lo inundó una poderosa oleada de amor. Su pelo anaranjado oscuro, del color del fuego, se le derramaba sobre el suéter negro. Era una niña perdida, una década menor que él, a la que rescató de una librería de Harvard Square, entre cuyos libros él había estado curioseando, un domingo hacía tres años. Cuando se acercó a la caja para pagar las ediciones de bolsillo que había decidido llevarse, se topó al otro lado del mostrador con ese rostro ovalado de piel lechosa, ojos verde jade y labios como cerezas, enmarcado en una cascada de tirabuzones encendidos, como de musa prerrafaelista. Quedó cautivado.

Jessie era una chica de Boston que había dejado la universidad y navegaba a la deriva en un plácido mar de trabajos de poca monta, aguantando a un compañero de piso tras otro, todos poco de fiar. Jamás había tenido a alguien como Alex. Él entró en su vida como una bola de jugar a los bolos, rodando a toda velocidad, arramblando con todo. Ella se dejó arrastrar feliz y aterrizó de cabeza en su primer círculo de influencia. Alex lo era todo para ella: padre, hermano, profesor, amigo, amante. Lo idolatraba completamente y le pedía poco, agradecida por cada uno de los días pasados a su lado. Y él la quería y la protegía como a una delicada planta de invernadero.

Alex se acercó por detrás, tomó sus pequeños pechos en las palmas de las manos y rebuscó con la nariz entre su pelo para besarla.

—¿A qué viene eso? —dijo ella, riendo sorprendida.

—Es amor.

—Me gusta. ¿Cuántas personas vienen hoy?

—En realidad nunca lo sé seguro. Hace buen tiempo, así que unas quince, más o menos.

—Sigo echando de menos a Thomas.

—Yo también —respondió Alex, apartándose de ella.

—Has trabajado todo el día —le regañó ella—. Échate una hora. Te serviré una copa de vino.

Él la besó de nuevo en el pelo.

—No sé qué haría sin ti.

—No tienes por qué hacer nada sin mí, si no quieres.

El primero en llegar fue Davis Fox. Besó a Jessie en ambas mejillas, a la europea. Alex se dio cuenta enseguida de que Davis quería hablar con él. Le pidió que lo acompañara a su dormitorio y cerró la puerta.

—¿Estás bien? —preguntó Alex.

—Un poco cabreado.

—¿Por?

—Ese agente del FBI me ha vuelto a llamar.

—¿Cuándo?

—Esta tarde. Me preguntó cuándo íbamos a celebrar el siguiente simposio.

Alex palideció, aunque trató de mostrarse despreocupado.

—¿Sí? ¿Y qué le dijiste?

—Le dije que te lo preguntase a ti y entonces me pidió tu número de móvil. Cuando le dije que no me parecía oportuno dárselo, me replicó que lo encontraría de cualquier otro modo y que yo no me estaba mostrando muy cooperativo. Así que terminé dándoselo. Espero que no te suponga ningún problema.

Alex alcanzó su móvil, que estaba apagado sobre la mesilla de noche. Cuando lo

encendió, llegó un mensaje de voz de un remitente desconocido.

—Mucho ruido y pocas nueces —murmuró Alex—. Esperemos que agarren al asesino de una vez. A ver si dejan de perder el tiempo con nosotros.

Alex animó a Davis a que bajase a la cocina y se sirviese una copa de vino y acto seguido se sentó en la cama para escuchar el mensaje de voz. Era O'Malley: quería asistir a uno de los simposios y hablar con los participantes sobre Thomas. «Hace falta valor», pensó.

Alex notó una náusea de odio. O'Malley seguía acechando. Aún escuchaba su voz pertinaz. Presa de la ira, se imaginó devolviéndole la llamada para gritarle que lo dejase en paz de una vez. Que lo hiciese por su hija. La amenaza haría que O'Malley desapareciera del mapa. Lo convertiría en un sueño.

Ahora todo tendría que acelerarse. Estaba ante el umbral. No se le negaría lo que buscaba, no. Cada hora y cada día que se interponían entre él y la respuesta eran preciosos. Cada minuto malgastado, una tragedia. Deseaba haber podido cancelar el simposio para adelantar, pero eso era impensable.

El resto de participantes fue llegando de uno en uno o en parejas.

Frank Sacco, su joven y chulesco técnico de laboratorio, se sentó solo. Nunca interactuaba mucho, se notaba que no se encontraba en su salsa. Alex se lamentó durante mucho tiempo de haberlo invitado en su día. No era buena idea mezclar los asuntos del laboratorio con sus otros intereses, especialmente en ese momento. Pero lo hecho, hecho estaba. No podía pedirle a Frank que dejara de acudir sin levantar sospechas.

Larry Gelb era un profesor de filosofía de aspecto angelical. Venía de la Universidad Brandeis y se presentó con su novia coreana, una antigua alumna mucho más joven que él. Traía una boina al estilo del Che que se quitó y dejó caer sobre uno de los cojines. Arthur Spangler, bioquímico de pelo rizado y decimonónicas y pobladas patillas, enseñaba en la facultad de Medicina de la Universidad Tufts. Se abalanzó sobre el hummus y luego fue preguntando a todo el mundo si alguien tenía un porro. La sala se llenó de viejos amigos y colegas de las universidades más selectas de Boston. Todos se solazaban en la compañía mutua y Alex los arropaba con sus abrazos de oso marca de la casa, que administraba con aire distraído.

Spangler se acercó furtivamente a Alex y con la boca llena de patatas fritas preguntó:

—¿Hay algún fármaco recreativo esta noche, Weller?

—A menos que alguien tenga guardada alguna sorpresa, me temo que no, Art. Nos las arreglaremos con productos fermentados. Jessie guarda bastantes en la cocina.

—Qué lástima. ¿Quién va a hablar?

—Larry trae un artículo interesante sobre no sé exactamente el qué.

—Se te está yendo un poco de las manos, Weller. Tendrás que hacer valer las cuotas que pagamos.

—¿A qué cuotas te refieres? —preguntó Alex sonriendo.

—Vale. Tienes tazón. No pagamos cuotas —dijo Spangler, dándose la vuelta, de nuevo a la caza de marihuana.

Erica Parris, estudiante de posgrado de la facultad de Teología de Harvard, se quitó la bufanda y se acercó directamente a Alex, arrastrando literalmente de la manga a un joven. Ella tenía las mejillas encendidas por el largo paseo a orillas del río Charles y exudaba su habitual sexualidad, tan terrenal. Alex le había confesado una vez a Gelb que Erica le recordaba a uno de esos arquetípicos talismanes de la fertilidad.

—Alex, ¡he traído a alguien nuevo! Este es Sam Rodríguez —anunció entusiasmada.

El iniciado era un portorriqueño delgado y fibroso con incipientes rastas que prometían un peinado espectacular. Sus hermosos rasgos parecían cincelados, aunque aparentaba no poca sorpresa ante aquel entorno desconocido.

—Hola, Sam. Soy Alex Weller. Estás en tu casa.

Alex no estaba de humor para hacer migas con nuevos talentos, pero Sam le devolvió una mirada aguda y segura de sí que le dejó una impresión instantáneamente positiva.

—Yo soy Sam. Mis amigos me llaman S-Rod.

Alex le palmeó la espalda.

—Si nos hacemos amigos, espero que me dejes llamarte Sam. A mí me pareces un Sam más que un S-Rod.

—Vale, tío. Veremos.

—¿Conoces a Sam desde hace mucho, Erica?

—Unos tres cuartos de hora. Nos hemos conocido en los escalones de la biblioteca Widener. Yo venía ya para acá.

—De acuerdo, muy bien. Sírvete vino o cerveza. Están en esa habitación. Brindaremos por los nuevos invitados —propuso educadamente—. Supongo que Erica te ha hablado de nuestros simposios.

—Más o menos. Suena heavy.

—¿Qué es lo que te ha llamado la atención?

—Las piernas, tío. Para ser sincero, las piernas. Eso es lo que me ha llamado la atención —dijo, señalando las botas de caña alta de la chica. Ella le dio un cachete en el hombro, juguetona.

—Me gusta que seas sincero, Sam —gruñó Alex—. ¿Estudias en Harvard?

—Segundo curso —asintió.

—¿Qué estudias?

—Informática.

—Bien, veamos si conectas con el tipo de asuntos que nos interesan aquí, Sam. Si es así, quizá nos volvamos a ver. De lo contrario, al menos habremos puesto en común posturas al respecto de las piernas de Erica.

Cuando todos los cojines estuvieron ocupados y el círculo se cerró, Alex se sentó junto a Jessie sobre un almohadón rojo de poca altura. Para crear ambiente, atenuaron la luz. De fondo sonaban los hipnóticos ragas electrónicos de Govinda. Una nube de sándalo se elevaba en el centro de la habitación, proveniente de varias varillas prendidas.

—Bienvenidos, bienvenidos todos —comenzó Alex. Esa noche no se sentía tan expansivo como en otras ocasiones, pero el espectáculo debía continuar—. Tenemos hoy a un nuevo amigo con nosotros, Sam Rodríguez, de Harvard, que no tiene ni idea de en qué se ha metido. Di hola, Sam.

Sam saludó con la mano.

—Hola —dijo el resto al unísono devolviendo el saludo.

—Sam, en nuestro nombre, sé bienvenido a la Sociedad Uróboros, así llamada en honor a la mítica serpiente...

—... que se come su propia cola, ¿cierto? —interrumpió Sam.

—Os prometo que no le he contado nada —rezongó Erica.

—Sí, así es, Sam. Te has ganado una matrícula de honor. El uróboros simboliza el infinito y la inmortalidad, la serpiente que se destruye y se resucita a sí misma. En este cónclave de ratones de biblioteca nos gusta especular con la idea de que la vida es solo un breve segmento de un viaje mucho más largo, interesante y complejo. Hablamos sobre los conceptos de cielo e infierno y sobre otras manifestaciones de la vida ultraterrena. No somos confesionales, algunos de nosotros no tenemos ni un pelo de creyentes. A menudo tratamos las experiencias cercanas a la muerte como laboratorio para el estudio de la conciencia postvital. De hecho, algunos de nosotros hemos sufrido, para bien o para mal, ese tipo de experiencias. Y nos dedicamos a aburrir a los demás contándolas una y otra vez. De nuevo, para que Sam lo sepa, que levanten la mano los que formamos parte de ese club.

Alex levantó la mano bien alto. Lo acompañaron una mujer de gafas de pasta negra y gesto grave llamada Virginia, abogada de patentes, y otros dos hombres.

—Charlamos, meditamos. A veces, algunos consumimos sustancias ilegales como marihuana, ketamina, salvia, ayahuasca o LSD, con el fin de facilitar la meditación y vivir experiencias extracorporales.

—Ahí estoy con vosotros. ¿Qué hay en el menú de hoy? —dijo Sam con una sonrisa.

—Hoy solo charlaremos, me temo. Tenemos el botiquín vacío. Luego haremos un poco de meditación. Pero en primer lugar, Larry Gelb va a compartir con nosotros un

artículo sobre arquetipos circulares en las experiencias cercanas a la muerte que os va a fascinar, estoy convencido. Así que voy a cerrar el pico y voy a dejar que Larry nos sorprenda. Está deseándolo.

Gelb se lanzó acto seguido a hablar, con tal entusiasmo y energía que no pudo quedarse sentado. Al poco se levantó de un salto y permaneció de pie en el centro del círculo, dando vueltas como una bailarina de caja de música, entregándose a partes iguales a todos los oyentes.

Comenzó describiendo la experiencia cercana a la muerte que según Platón vivió un soldado llamado Er, que contaba haber visto un eje cósmico de luz, el cual sostenía ocho esferas que giraban en torno a la tierra.

—Desde aquellos lejanos tiempos de Platón, la imagen de la esfera, el círculo o el mandala se repite una y otra vez en las experiencias cercanas a la muerte —explicó Gelb.

Mientras hablaba, los pensamientos de Alex chocaban entre sí como moléculas en movimiento browniano, saltando del orador a Davis, de Davis a Jessie, de Jessie a Sam, el chico nuevo, de Sam a Thomas Quinn, a Cyrus O'Malley, a la chica de las calabazas y por fin al tubo que esperaba en el frigorífico. Entonces, una violenta ensoñación lo hizo estremecer. O'Malley aparecía en su cocina y le impedía el paso. Alex se imaginó empujándolo salvajemente, pisándole el cuello y hundiéndole el taladro quirúrgico en el cráneo.

Ahuyentó la perturbadora imagen y se percató de que Gelb estaba terminando. Ahora hablaba despacio, con tono grave.

—Regreso, amigos y amigas, como un disco rayado —¡otra imagen circular!— al hecho indiscutible de que la repetición de esos mismos símbolos y arquetipos en todas las culturas, a lo largo de los tiempos, es prueba fehaciente de la existencia de un inconsciente colectivo. Os desafío además a rebatir lo siguiente: tras ese inconsciente colectivo se vislumbra la presencia de Dios.

El simposio terminó y la gente se fue marchando. Alex se echó en la cama. Con el cuerpo rígido, miraba fijamente al techo, a kilómetros de distancia de Jessie, que se acurrucó junto a él, adormilada y soñadora.

—¿Qué te ha parecido Sam? —preguntó él.

—Me ha caído bien.

—A mí también. Lo estuve observando mientras meditábamos. Se metió mucho en el asunto, parecía estar viviéndolo con intensidad. Yo diría que rebosa intensidad en todo lo que hace.

—¿Crees que volverá?

—Espero que sí. Dependerá de si Erica se acuesta con él o no hoy.

—¿Y tú? —preguntó ella riendo—. ¿Quieres acostarte conmigo hoy?

Alex volvió la cara hacia ella y apoyó la mejilla en el puño.

—Jessie, esta noche tengo que hacer una cosa.

Jessie se quedó callada ante su súbita expresión de seriedad.

Alex se mantuvo en silencio unos momentos y le apartó tiernamente un mechón de los ojos a Jessie.

—Creo que estoy a punto de descubrir algo muy importante en el laboratorio. Solo tengo una manera de saberlo. ¿Me vas a ayudar?

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Qué quieres que haga?

—Quiero que seas mi ángel de la guarda.

Alex saltó de la cama y regresó con el tubo de plástico y una pipeta de laboratorio. Se sentó de nuevo en el borde de la cama y le mostró a Jessie el tubo para que lo mirase de cerca. Contenía un poco de líquido transparente.

—¿Qué es?

—Quizá no sea nada. Quizá algo importante. Quizá lo que llevo toda la vida esperando.

Jessie gateó hasta su lado y se sentó junto a él, frotándose los ojos para espantar el sueño.

—¿Es peligroso?

—No sabría decirlo. Podría no causar efecto alguno. Podría presentar una farmacología potente. Necesito que me vigiles. ¿Lo harás? —La chica vaciló pero terminó asintiendo—. Si pierdo la conciencia, vigila la respiración y el pulso, ya te he enseñado cómo. Si la frecuencia respiratoria baja de cuarenta o excede ciento cincuenta, tenemos un problema también. Tendrás que llamar a urgencias y decir que he sufrido una sobredosis de salvia. Por Dios santo, no le cuentes a nadie lo que he hecho en realidad. Si vomito, vigila que pueda seguir respirando. Si me ves asustado, consuélame. Eso es todo.

—Es mucho.

—Lo siento.

Ella le acarició el rostro.

—Tienes que hacer lo que creas correcto, Alex. Lo tengo muy claro. Soy yo la que está ahí cuando tienes pesadillas. Pero... —Alex esperó a que terminase—, por favor, no te vayas.

—No me voy a ningún sitio —respondió él besándola en la mejilla.

Alex no dudó ni un segundo. Con mano experta, extrajo con la pipeta un diezmililitro exacto de fluido transparente. Abrió la boca y dejó caer una fría gota bajo la lengua.

Al intervalo de tiempo entre el consumo del fármaco y el inicio del viaje Alex lo llamaba «la pista de despegue». Cuando presentaba a los neófitos sustancias que producían estados alterados de conciencia, explicaba siempre que la pista de despegue era el lugar en el que prepararse física y emocionalmente. Como un piloto que esperase la señal.

Hay que estar preparado.

Mantener la atención sobre el entorno.

Revisar la lista de comprobaciones de seguridad. Como los pilotos.

¿Quién va a cuidar de ti? ¿Están las ventanas cerradas? ¿Está la puerta cerrada con llave? ¿Hay una botella de agua a mano?

Con algunas sustancias, la pista de despegue era un momento bastante predecible. Sabías muy bien cuánto tiempo tardarías en despegar. El LSD podía llevar una hora. La ayahuasca, un par de minutos.

De su hermoso y puro compuesto 854,73 no sabía nada. Ni cuándo haría efecto, ni siquiera si haría efecto. Podría llevar a un callejón sin salida que no tuviera nada que ver con la experiencia cercana a la muerte. Quizá fuera lo que estaba buscando pero el cuerpo no lo absorbiera oralmente. Alex imaginó que lo más seguro era colocarse una gota bajo la lengua, así la molécula entraría en el cuerpo a través de los abundantes capilares. Y si no, tendría una segunda oportunidad, cuando tragase el líquido y este alcanzara el estómago. Si el experimento no daba resultado, quizá debiera intentarlo de nuevo esnifándola o, en el peor de los casos, inyectándosela. Con todos los riesgos que eso podría suponer.

Atrás quedaban las especulaciones.

Se descalzó y se puso cómodo. Respiraba tranquilamente, tumbado bocarriba en su cama, la cabeza apoyada sobre una suave almohada de satén. Llevaba una camiseta ancha, gastada ya tras cientos de lavados. Se desabotonó los vaqueros para aflojar la presión sobre la cintura. Se quitó el elástico de la coleta y dejó que el pelo le cayera sobre los hombros.

Jessie permanecía tumbada a su lado, de perfil. La importante tarea que Alex le había encomendado le quitó el sueño de un plumazo. La luz era perfecta. Se mostró tranquila por él, pero a la vez trataba de mantener la mente despierta por si tuviera que ponerse en acción, llamar por teléfono o colocarlo en el suelo para hacerle un masaje cardíaco, como le había enseñado.

Alex la abrazó tiernamente por la cintura. Para que se sintiera más segura. Para darle las gracias. Para expresarle su amor.

La calle estaba silenciosa. No pasaban coches a esa hora. Las ventanas del dormitorio estaban entornadas y el frescor de la noche bendecía la habitación. Alex se sentía a sus anchas, en total tranquilidad. Notaba un agradable hormigueo.

«Estoy listo para lo que venga».

Llegó como el gato que acecha al pájaro. Esperó, esperó y golpeó.

En un instante se encontraba tumbado junto a Jessie, pensando en atraerla hacia sí para besarla y al instante siguiente su visión se alteró violentamente, tanto que a cualquier otra persona le habría asustado. Pero él se mantuvo sereno.

Ya conocía ese mundo al revés. Flotar, volar, observar. Cuando era niño. En la autopista.

Había soñado con aquello y siempre había sabido que volvería a sentir alguna vez lo que aquel día. Seguramente cuando fuese a morir. Pero preferiblemente antes.

Y ese momento había llegado. Una ingravidez vivificante y embriagadora que le llevó a un lugar desde el que podía contemplarse a sí mismo. Flotaba a muy baja altura. Distinguía el dibujo que las venas azules hacían en la piel de sus propias manos, como una geografía de ríos crecidos. Desde donde se encontraba podía ver además toda la cama y el resto de la habitación, cuyos límites se difuminaban como si mirase a través de un ojo de pez.

Se sintió atraído hacia su cuerpo. Conocía muy bien el rostro y el cuerpo de Jessie, pero verse a sí mismo, no en el espejo ni en foto, verse como ser humano vivo, respirando, le parecía extraño. Desasosegante. Fascinante.

Tenía los ojos cerrados y Jessie le susurraba, tocándole la frente, siguiendo su respiración.

—Alex, ¿estás dormido? —preguntaba—. ¿Estás bien?

Pero él no respondía.

«Me gusta mi cara —pensó, suspendido en el aire—. No soy guapo ni feo. Es agradable. Es una cara agradable. Sé lo que he hecho. Pero sigo siendo un buen hombre. Y ahora ha merecido la pena. Por mí. Por Thomas. Por esas chicas».

Alex salió de su ensoñación y cuando Jessie se disponía a buscar torpemente la carótida, ocurrió. Justo como recordaba.

Una neblina negra oscureció la cama. Amorfa al principio, tomó luego forma perfectamente circular y se oscureció hasta adquirir el negro más negro que hubiese visto nunca.

Tomó aire profundamente. Pronto estaría viajando.

En el momento en que sus pulmones se llenaron al máximo, el disco negro se hizo tridimensional y se convirtió en un túnel. Avanzó a través de él a velocidad inimaginable, aunque no sentía esfuerzo alguno ni fricción. No caía de cabeza ni de pie. Era más bien como en caída libre, brazos y piernas extendidos, aunque sin que interactuase con su cuerpo fuerza física alguna. Se sentía perfectamente cómodo,

relajado, libre de cualquier miedo. En sus oídos resonaba el rumor sosegado del aire en movimiento, pero él no lo sentía sobre la piel.

Las paredes del túnel cobraron vida con cegadores fogonazos y centelleos, como luciérnagas de muy alto voltaje. No tenía sentido de la dirección. No sabía si caía, si se elevaba o si se desplazaba lateralmente. Se le ocurrió que quizá su cuerpo se encontraba inmóvil y era el túnel el que se movía. El tiempo también se había hecho insondable. Parpadeó durante un segundo y no supo si había transcurrido un momento o la eternidad.

Por fin, atisbó lo que estaba esperando ver, un punto de luz fija, a lo lejos, que crecía poco a poco. Era incapaz de arrancar los ojos de aquella luz, que se le antojaba atrayente y acogedora como un faro en mitad de la niebla más imposible. El punto creció hasta el tamaño de una persona. Alex entró en ese disco de luz pura y todo el movimiento se detuvo.

Se encontraba en un mar de blancura, tan impenetrable que no podía verse siquiera las extremidades.

Inhaló fuertemente para tratar de sentir la blancura en la garganta, pero no notó nada. No era vaporosa ni fría. No sabía a nada ni evocaba nada.

Y entonces, esa blancura se deshizo y se hizo más pálida, hasta lo traslúcido, y fue capaz de distinguirse las piernas y las manos extendidas. Finalmente vio un suelo.

Era verde y extenso, llano e ilimitado. Tenía un solo color, el de una brizna de hierba perfectamente primaveral. Pero no era hierba, era solo color. Cuando trató de dar un primer paso, el terreno no le pareció firme ni esponjoso. No sintió nada bajo los pies desnudos.

Desde la planicie verde se elevaba un horizonte de blancura levemente azulada, reminiscente del cielo claro de la mañana, pero inerte. Otra extensión de color sin sustancia.

Alex aguzó el oído.

¡Se oía!

El sonido que había intentado revivir en su mente mil veces. El gorjeo más dulce que hubiese escuchado nunca.

En un primer momento avanzó por el verdor a buen paso, pero cuando el rumor se hizo más fuerte echó a correr en un alegre trote, como un niño que atravesara un campo de vuelta a casa, hambriento y sediento después de jugar todo el día.

Cuando vio el encantador riachuelo de aguas refulgentes, se detuvo a observar. Le era muy familiar, pues hacía tiempo que lo llevaba impreso en el ojo de la mente. Las piedras negras y brillantes lo llamaban. Su interposición a la corriente era sin duda el origen del murmullo, pero la sustancia del río parecía luminosa en lugar de líquida. Quizá, pensó, el sonido existía únicamente para hacer las piedras más atractivas a quien en ese momento se encontraba rodeado de tierra desconocida.

Al otro lado del río, la llanura verde y uniforme se prolongaba hasta fundirse con el horizonte celeste claro. Una infinita extensión de nada.

Y entonces en esa nada apareció algo.

Una forma reducida, a una distancia inconmensurable, que poco a poco fue creciendo hasta que, forzando la vista, Alex distinguió una figura humana que caminaba hacia él.

Por primera vez, esa calma total fue reemplazada por una creciente excitación.

«Por favor, por favor, que sea él».

Y cuando comprobó que era él, el pecho se le agitó y notó cómo los párpados se le empapaban.

El hombre se detuvo en la orilla contraria del río. Dickie Weller seguía vistiendo su ridículo gorro del Liverpool y su chaqueta de ante favorita. Llevaba el gorro de lana roja encasquetado en la sólida cabeza. Aunque los separaba el río, Alex pudo distinguir una expresión orgullosa en su rostro rubicundo y rollizo.

Dickie agitó los brazos con entusiasmo y voceó por encima del rumor del río.

—¡Alex!

Era difícil hablar entre sollozos. No pudo decir más que una palabra.

—¡Papá!

—¡Eres todo un hombre! —gritó Dickie—. Eras un chaval y te has convertido en un hombre.

Alex asintió.

—¡Ven! ¡Ven conmigo, hijo!

—¡Quiero ir contigo!

Dickie gesticulaba suavemente con una mano, como un agente de tráfico que ordenase a un conductor avanzar en un cruce.

—¡Ven, entonces!

Aunque Alex no dejaba de verter lágrimas, pudo dejar de sollozar porque dentro de él crecía una felicidad que terminó convirtiéndose en un impulso físico, más poderoso que ninguna otra cosa que hubiera sentido antes, de forma natural o inducida por sustancias químicas.

Dio un paso y se quedó de pie en la primera piedra negra. El placer no hizo sino aumentar.

—¡Muy bien! —gritó Dickie—. ¡Sigue!

Le sorprendió sentir la superficie de la piedra bajo las plantas de los pies. Era la primera impresión táctil de toda aquella experiencia. Aunque parecían frías y lisas, resultaban cálidas y secas. Alex saltó seguro de sí mismo a la piedra siguiente.

A mitad de camino, se detuvo a observar el río. La corriente era veloz e iridiscente. Sofocó la tentación de tocarla con el dedo. La orilla opuesta lo llamaba.

Dickie gritó de nuevo para animarlo.

—¡Estás a mitad de camino!

—Voy, papá. Ya llego.

Y entonces justo a la mitad ocurrió algo.

Aunque nada cambió visualmente, la llanura que se extendía a espaldas de su padre pareció adquirir otra dimensión.

¡Había algo ahí fuera!

Una presencia. Algo más que el mero indicio de algo, más que una idea, algo terroríficamente maravilloso.

Una piedra más.

Y otra.

El placer era indescriptible. Un millón de orgasmos rasgando todas y cada una de las células de su cuerpo, el clímax final de unos fuegos artificiales de locura.

Bajó la mirada. Tres piedras para llegar al final. Tres pasos y pisaría el otro lado. Tres pasos y estaría de nuevo entre los brazos fornidos de su padre. Tres pasos y se confundiría con aquella presencia sobrecogedora del horizonte.

Dickie sonreía con los brazos extendidos.

—¡Alex!

—¡Papá!

Quiso saltar a la penúltima piedra, pero no pudo mover el pie. Estaba como atrapado en un lodo espeso.

La sonrisa de Dickie se desvaneció.

—¡Vamos, hijo! ¡Tú puedes!

Alex tiró con todas sus fuerzas pero no pudo avanzar.

—¡No puedo! —vociferó.

—¡Sí, sí puedes!

Horrorizado, notó una fuerza que lo absorbía, que tiraba de él alejándolo de las piedras.

—¡No! —gritó de nuevo, pero era incapaz de detenerse. Su padre se hacía más pequeño, la presencia menguaba, el placer y la alegría abandonaban su ser.

La marcha atrás adquirió una velocidad estremecedora. Se encontró de nuevo en el túnel centelleante, avanzando ahora a toda velocidad en sentido contrario, cayendo, cayendo, cayendo sin remisión, de vuelta a su dormitorio, de vuelta a su cama. De repente, se encontraba otra vez en sí, tumbado, mirando a Jessie, que clavaba sus ojos asustados en él.

—Alex, gracias a Dios. No sabía qué hacer. Estaba a punto de pedir ayuda.

Alex pestañeó y miró alrededor. Tenía el rostro arrasado de lágrimas.

—¡Estaba allí! ¿Lo entiendes? ¡Estaba allí!

—¿Dónde?

—¡Allí! ¡Al otro lado!

Alex se echó a temblar. Ella lo abrazó y lo acunó con cariño maternal.

—No pasa nada, amor. Ya estoy aquí, contigo.

—¿Jessie?

—¿Sí?

Le vinieron a la boca las mismas palabras de hacía mucho tiempo, pero en la voz de un hombre, no de un niño.

—Quiero volver.

Era el día del alta. En los primeros tiempos de la enfermedad de Tara, las altas venían cargadas de esperanza y promesa. Una operación. Una nueva terapia. La vida que seguía.

Pero las últimas altas habían sido como suspiros difíciles. Las cosas estaban claras: le estaban dando una vuelta tras otra al reloj de arena y la arena se agotaba, una y otra vez.

Cyrus esperó en la puerta de la habitación mientras las enfermeras le retiraban la vía intravenosa y la ayudaban a vestirse. El estómago se le encogió —reflejo pavloviano— al golpeteo de los tacones de Marian por el pasillo.

Marian llegaba sola. Su marido se habría quedado varado tras algún enorme escritorio del centro de la ciudad. La mujer resopló cuando lo vio y con su usual incapacidad para evitar el comentario cáustico protestó diciendo:

—Sabías perfectamente que iba a venir yo a recogerla.

—Me ha pillado cerca del hospital.

—Supuestamente a ti te toca verla el sábado. Ya que estás aquí ahora, quizá estés dispuesto a cedernos parte de ese tiempo del fin de semana.

—Vamos, Marian. No me hagas esto —pidió enfadado, aunque con un punto suplicante en su voz.

—Tenemos un acuerdo impuesto por el juez. —Y añadió un generoso chorreón de sarcasmo—. Sé perfectamente que te da para entender la sentencia. Después de todo, sigues trabajando con el FBI, ¿no?

Ah, otra vez lo del FBI. Al principio, cuando eran novios, y durante los primeros años de matrimonio, a ella le agradaba bastante su trabajo. Su compañero era el protector de los inocentes, el azote del culpable. Le encantaba cómo se quitaba la pesada funda con la pistola cuando volvía del trabajo. Muy viril, muy sexy.

Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que los agentes federales no son en absoluto buen partido, económicamente hablando. Su casa era muy pequeña, los muebles anodinos, las vacaciones siempre dentro del país, las alhajas de pocos quilates. Había meses en los que sus ingresos por inversiones inmobiliarias excedían el sueldo de él. A ella le habían enseñado que el hecho de que una mujer ganara más que su marido resultaba ofensivo. El descontento se le metió bajo la piel como un parásito. Ella lo alentó a trabajar en el sector privado. Conocía una empresa bostoniana incluida en el Fortune 500 que buscaba a un director de seguridad. La encolerizó que Cyrus ni siquiera se planteara solicitar el puesto. Una semilla de decepción germinaba ya en el suelo húmedo de su mente.

—Ya casi estamos —avisó una enfermera desde la puerta entornada.

Marian seguía renegando.

—Por cierto —dijo repentinamente—, ¿tú has tenido algo que ver con que el doctor Weller ya no esté ocupándose de Tara?

—Indirectamente —respondió—. Fue decisión suya.

—¿Por qué?

—No puedo explicártelo. No tiene nada que ver con Tara.

—Es un médico excelente. Así que sí que tiene que ver con Tara. Quiero que vuelva a ocuparse de ella.

—Imposible —replicó Cyrus, vehemente.

—Explícame por qué —insistió ella.

—No puedo. Se trata de un caso que estoy investigando.

Marian se disponía a contraatacar, pero apareció Tara, esquelética, tambaleándose. Los vaqueros se le escurrían y un gorro de lana le cubría la cabeza sin pelo. Nunca peleaban delante de ella: se colocaba cada uno de ellos su máscara feliz y esperaban, como en una competición, a ver quién se ganaba la primera sonrisa, la bendición de la primera caricia.

—¡Papá!

Al acuclillarse para abrazar a su hija, Cyrus vio cómo Marian tensaba la mandíbula. Tara desapareció entre sus brazos, tan menuda, tan delgada. Había salido victorioso pero no pensaba meter el dedo en la llaga. Soltó a la niña y suavemente le dio la vuelta hacia Marian. Esta la besó en la frente, aguantando las lágrimas.

—Vámonos a casa, cariño —dijo la madre.

—¿Viene papá también?

—Yo tengo que ir a trabajar, cielo. He venido a sacarte de este agujero. —Ella abrazó su oso de peluche e hizo un puchero—. Iré a verte el sábado —añadió.

—¿Hoy qué día es?

—Jueves. Si te apetece, iremos a dar un paseo.

—No sé si podrá salir de casa —advirtió Marian.

—Ya veremos —concluyó Cyrus con una sonrisa cansada—. Ya veremos.

Cualquiera que hubiese observado a esos padres empujando la diminuta silla de ruedas de su hija a través del vestíbulo del hospital habría pensado que eran matrimonio: una pareja atractiva mimando a su hija enferma. Cyrus estaba deseando ver marcharse a Marian y se relajó cuando por fin se despidió de ellos para ir a buscar el coche al parking. Él esperó con Tara en la acera. Hacía frío, pero ella estaba bien abrigada y el aire fresco parecía vivificarle.

—¿Qué quieres hacer cuando llegues a casa? —preguntó.

—Quiero ver mi nueva casa de muñecas.

—¿Sí?

—Mamá me dijo que Marty me iba a regalar una. ¡Ojalá sea grande!

—Conociendo a Marty, seguro que es enorme —le aseguró Cyrus.

Cyrus acomodó a Tara en el asiento trasero del Mercedes de Marian, le puso el cinturón de seguridad, la besó en la mejilla y se despidió con la mano. Cuando se dirigía al garaje, oyó que alguien lo llamaba.

—¡Señor O'Malley!

Era Emily Frost. Vestía una gabardina azul marino y tenía las mejillas sonrosadas.

—¿Se ha marchado Tara? —preguntó.

Cyrus se mostró más frío que el gélido aire matinal.

—Ahora mismo. Se la ha llevado su madre.

Se dieron cuenta de que ambos llevaban la misma dirección, así que caminaron juntos en un incómodo silencio, hasta que ella rompió el hielo.

—Fui a verla hace un rato. Estaba muy contenta de volver a casa.

—Sí, estaba muy contenta —gruñó él.

La psiquiatra tomó aire.

—Sé que usted y su esposa no están de acuerdo en algunos aspectos del tratamiento de Tara. Pero le doy las gracias por permitir que siga viéndola.

Entraron en el parking. Cyrus tenía que pagar, ella tenía una tarjeta. Él señaló al cajero para indicar que se iba por su lado.

—No he cambiado de idea. Sigo estando en contra de que usted la vea, pero usted le cae bien a Tara. Y no tengo estómago para llevar el asunto a los tribunales. Mi esposa tiene una cuenta corriente más grande que la mía.

—Bueno, en cualquier caso le doy las gracias. Es una niña muy especial.

Dicho eso, lanzó un escueto adiós y entró en el ascensor.

Mientras descendía por la rampa en espiral del parking, Cyrus consultó los mensajes de trabajo en su Blackberry. Tenía un correo electrónico en el que Avakian le confirmaba la cita en Cambridge. Le quedaba el tiempo justo para llegar.

En el segundo piso del parking se dio de bruces con una cola de cuatro o cinco coches. Comenzó a tamborilear en el volante impacientemente y leyó tres o cuatro mensajes más. Las luces rojas de freno de los otros coches seguían brillando por delante. Trató de descubrir cuál era el problema y se dio cuenta de que uno de los coches estaba tratando de salir o de entrar en una de las plazas, y que el siguiente estaba tocándolo y bloqueaba las rampas, tanto de subida como de bajada. Al parecer se habían dado un toque. Cyrus consultó la hora y profirió un juramento. Ya tenía coches detrás, así que también él estaba atascado.

Bajó la ventanilla y sacó la cabeza para ver mejor. Un hombre gritaba enfadado. No le gustaba lo que estaba oyendo. No era nada agradable en un hospital, menos aún en uno infantil. Empezó a removerse su sangre de policía.

Salió, se acercó al lugar del accidente y tuvo que reprimir una sonrisa. Una

gabardina azul. Una cabellera rubia. La doctora Frost había embestido saliendo de la plaza de parking a un tipo que bajaba por la rampa.

La sonrisa se desvaneció cuando se fijó en el hombre que la abroncaba, un tipo de veintilargos con el pelo engominado. Su reluciente BMW había quedado algo maltrecho: un faro roto y el capó abollado. El tipo tenía la mirada ida y las venas del cuello a punto de estallar, e insultaba a la doctora Frost con el decoro de un matón de barrio.

—Eh, colega —le llamó Cyrus—. Cuida esa lengua. Esto es un hospital infantil.

Emily había mantenido la compostura, tratando de aplacar al tipo y proponiéndole ocuparse del papeleo cuanto antes, pero se mostró aliviada con la aparición de Cyrus.

—¿Y tú qué cojones tienes que decir? —le espetó el joven a Cyrus levantándole el dedo.

Cyrus mantuvo el paso hacia él.

—¿Ves a qué me refiero? Este sitio está lleno de niños enfermos y padres con problemas. Lo que menos falta les hace es esto. Intercambiad los números y listo.

—Vete a tomar por culo, tío. Se me ha echado encima y me ha embestido.

—Lo siento, pero venías por la rampa a toda velocidad —se defendió Emily.

—Esta zorra no debería tener coche.

Cyrus avanzó con un par de zancadas hasta que quedó nariz con nariz con el hombre. Aunque media cabeza por encima.

—Le estás hablando a la médico de mi hija.

El joven quedó confundido por el tono amenazadoramente tranquilo de Cyrus.

—Largo de aquí, tío. Me da igual quién sea esta tía. Esto me va a costar mil dólares de franquicia.

—La factura del médico te va a costar mucho más, chaval —dijo Cyrus con tono llano, observando cómo el joven levantaba el puño—. Por no hablar de las costas judiciales si te atreves a soltar esa mano.

—Señor O'Malley, por favor. No pasa nada —exclamó Emily—. Voy a llamar a seguridad y listo.

Cyrus se sacó de la manga la vieja maniobra policial, fuera de lugar quizá ya para un agente del FBI, pero que le proporcionaba una instintiva satisfacción. Se retiró la gabardina y la chaqueta para dejar ver la culata de la pistola contra el pecho.

—No hace falta llamar a nadie, doctora Frost.

—¿Y tú qué eres? ¿Policía o algo así? —inquirió el joven, dando un paso atrás.

—Policía o algo así, sí. Y te voy a preguntar una cosa. Este parking es para visitantes del hospital. A mí me parece que tú no has venido a ver a nadie. ¿Qué haces aparcando aquí entonces, chaval?

—Soy gerente regional de un mayorista de alcohol —explicó solícito, mirando fijamente el arma—. Tengo clientes en el barrio.

—Muy bien, señor gerente —rezongó Cyrus—. Coge la información del seguro de la doctora y a correr. Ya.

En menos de un minuto, el BMW arrancaba y el resto de coches comenzaron a ascender en lenta procesión la rampa. Cyrus volvió a paso ligero a su coche para desbloquear la rampa de bajada. Pero antes, Emily le dio las gracias contemplándolo con una mezcla de admiración y ternura.

Él sonrió de vuelta, dejó caer un breve gesto de despedida y se marchó.

Las oficinas de los servicios de información de la Universidad de Harvard se encuentran en el Centro Holyoke, una muestra de la arquitectura de los sesenta que contrastaba con el antiguo ladrillo rojo de Harvard. Cyrus entró como una ráfaga de viento, aunque no llegaba desastrosamente tarde. Avakian y el resto intercambiaban tarjetas y no habían pasado de la charla informal.

Llenaban la pequeña sala de conferencias el vicedecano de Tecnologías de la Información, un teniente de la policía del campus y el director tecnológico de las instalaciones que Harvard tenía en Soldier's Field Road. Estaban partiéndose de risa con alguna anécdota de Avakian. En mitad de la mesa reposaban dos llamativas carpetas negras.

Cyrus se disculpó, se presentó y abrió la reunión dando las gracias. Admitió acto seguido que la universidad no tenía por qué responder ante su petición de información, pues, dado que era una institución privada, estaba en su derecho de no hacerlo. Si colaboraban, se simplificaría el proceso de citaciones y probables argumentaciones y se superarían más fácilmente los obstáculos de las primeras fases de la investigación.

El vicedecano quiso hacer algunos comentarios y convocar otra reunión para más adelante.

—Mire, agente especial O'Malley, a la universidad le interesa colaborar con las fuerzas de seguridad en todo momento, siempre que le sea posible. Y nuestro reglamento nos obliga a proteger a todos nuestros empleados y estudiantes, hasta donde podamos. Si tenemos una manzana podrida, debemos saberlo.

—Estoy absolutamente de acuerdo. Especialmente en una investigación por homicidio —terció el teniente de policía.

Cyrus ofreció una respuesta casi instantánea.

—La investigación acaba de iniciarse. Es demasiado pronto aún para señalar sospechosos. Lo que queremos es asegurarnos de que podemos descartar al doctor Weller como sujeto de interés y buscar datos y pistas más productivas en otro sitio.

Al poco, Cyrus y Avakian se quedaron solos con el director tecnológico, un hombre joven que parecía haberle pedido prestadas la camisa y la corbata a alguien para la ocasión. Este explicó cómo funcionaban los sistemas: después de las seis de la

tarde y durante los fines de semana, todos los empleados de la facultad de Medicina tenían que pasar la tarjeta de identificación por los mostradores de seguridad de todos los edificios del complejo de investigación de Longwood Street, tanto al entrar como al salir. Y en las áreas sensibles, como los laboratorios con riesgo biológico y las instalaciones para animales, las entradas y salidas se registraban veinticuatro horas al día. Sobre la mesa dispuso los registros impresos de entradas y salidas del edificio en que trabajaba el doctor Weller de los últimos dos meses, por orden cronológico. Para facilitarles el trabajo, había resaltado en rojo los datos concernientes a Weller. Se mostró orgulloso del programa, diseñado por él, que permitía extraer ese tipo de datos. Cyrus alabó su trabajo y el joven se mostró feliz como si le hubieran colgado una medalla honorífica del FBI.

Había cuatro fechas que interesaban a Cyrus especialmente: las noches en que supuestamente Thomas Quinn y las tres prostitutas habían sido asesinados. Avakian se colocó sus gruesas gafas de leer y se dispuso a repasar las dos primeras fechas. Cyrus se encargó de las dos más recientes. Se enfrascaron en las carpetas mientras el director tecnológico hacía algo en su portátil. Media hora después habían terminado.

—No he encontrado nada —lamentó Avakian—. Weller es un puñetero adicto al trabajo. Se pasó en el laboratorio las dos noches, desde las siete de la tarde hasta las cinco o las seis de la mañana. A esa hora marcó la salida. Entró y salió en varias ocasiones de las salas donde tienen a los animales, pero imagino que eso no es nada anormal.

—Lo mismo ocurre con las otras dos noches —anunció Cyrus cerrando su carpeta y volviéndose hacia el director de TI—. ¿Hay alguna manera de ordenar estos datos para ver si en los últimos seis meses trabajó en más ocasiones hasta la madrugada?

—Sí, claro. Denme un par de días.

Cyrus se mostró pensativo.

—¿Hay alguna manera de salir del edificio sin pasar por el mostrador de seguridad?

—No sabría decirle. Nunca he estado en ese edificio —contestó el joven—. Yo trabajo en una sala de servidores a kilómetros de distancia.

—¿Sabe si hay circuito cerrado de televisión en el edificio?

—El Gran Cuadrángulo está cubierto casi en su totalidad. Pero en el interior de los edificios no hay tanta cobertura. Creo que está previsto en el presupuesto del año que viene, pero no lo podría asegurar.

Eso era todo. Tenían la misma información sobre Weller que al inicio de la investigación. Cyrus llamó al ascensor.

—¿Y ahora qué? —preguntó Avakian.

—Tengo mucho interés en acudir al simposio de la semana que viene.

—¿Simposio? —espetó Avakian arrugando la gruesa nariz—. ¿Ya te las estás

dando de intelectual otra vez?

—No. Yo no. Pero hay unos cuantos que sí. Se dedican a darse palmaditas en la espalda y a beber vino blanco.

—Tú mismo, colega —dijo Avakian entrando con paso decidido en el ascensor—. Mis fines de semana son para el fútbol americano.

No era suficiente, ni de lejos.

Alex había creído que tenía suficiente fluido de la chica de las calabazas para realizar los estudios estructurales necesarios. Pero se equivocaba.

Iba haciendo progresos, progresos innegables. El pico misterioso en 854,73 m/z cedía poco a poco a la fuerza bruta de su ciencia. Los análisis estructurales de compuestos desconocidos no eran su campo pero obviamente no podía pasar alegremente a sus colegas expertos muestras provenientes de una víctima asesinada. De modo que aprendió por su cuenta el método y pidió prestadas máquinas que no tenía en su laboratorio.

Lo que había aprendido le permitía estar seguro de al menos una cosa: la fracción era un péptido, una cadena más bien breve de aminoácidos. Pero ¿qué aminoácidos? ¿En qué secuencia, con qué configuración? Necesitaba investigar más sobre el pico misterioso. Necesitaba más de ese líquido precioso.

Más allá de las exigencias impuestas por el análisis químico, él también deseaba más. Por otras razones que le quemaban por dentro, como metal fundido: una bola incandescente, imposible de sofocar, imposible de ignorar.

Así pues, como cautivo por un sueño inquieto, terminó patrullando las calles oscuras y vacías de la ciudad durante una de las primeras nevadas fuertes de la temporada.

La chica tenía el pelo y los hombros salpicados de copos de nieve que se empezaron a fundir uno a uno cuando subió al cálido interior del coche. Alex no pudo echarle un vistazo en condiciones hasta después de una manzana. Era la más guapa y tenía un parecido desconcertante con Jessie. Si hubiera sido pelirroja quizá se habría visto tentado a dejarla en el siguiente semáforo con veinte dólares en el bolsillo, por las molestias. Pero tenía el pelo castaño. Y era joven. No más de veinte, pensó.

Era una parlanchina, una auténtica cotorra, según se describió ella misma. Mantuvo una cháchara nerviosa y constante hasta que él metió el coche en la cochera de Cambridge, cerró la puerta y volvió a sentarse junto a ella. La chica dejó claro que no iba a seguirle el rollo con lo de hablar primero. No le gustaba la situación y quería ponerse al asunto cuanto antes. Mientras él balbucía algo, ella decidió tomar la sartén por el mango, le bajó la bragueta, le desabotonó los calzoncillos y se inclinó sobre él.

Pero Alex no quería dejar su ADN en la boca de la chica.

Justo en el momento en que los labios de ella rodeaban su pene flácido, Alex dio un respingo y la agarró de los hombros, empujándola contra la puerta del copiloto.

—¡Eh! —gritó la chica, asustada y dolorida—. ¿Qué coño haces, tío?

Alex no supo qué decir.

En su lugar, lanzó como dos proyectiles sus manazas contra ella pero la chica estaba demasiado lejos como para cogerla por sorpresa, así que no consiguió agarrarla bien del cuello. La chica se zafó de él y desató un contraataque físico y verbal que desconcertó a Alex por su ferocidad. Brazos, manos y uñas se revolvían a velocidad endemoniada. Los chillidos le perforaban el tímpano con un torrente desordenado de blasfemias y ruidos animales.

—Tranquila, tranquila, tranquila —imploró ciegamente, con los ojos apretados para protegerse las córneas de las uñas afiladas como hojas de afeitar de la chica. Él estaba echado sobre la consola de entre los asientos y trataba de encontrar apoyo en la puerta del piloto. Las manos se abrieron paso por fin hasta su objetivo y lo asieron firmemente. Alex palpó el cartílago plano de la garganta, duro y agradable al tacto, y apretó. Con esta no se inventaría ningún cuento de despedida. Era una mujer demasiado determinada, demasiado batalladora. No habría canción de cuna para... (ni siquiera sabía su nombre).

De repente cesaron el braceo y también los puñetazos. Alex saboreó algo que debía de ser sangre, la suya. No quedaba mucho. Consultó entonces su reloj para marcar la hora cero y zanjar el asunto.

Por fin, abrió los ojos para verle la cara en sus últimos momentos de conciencia. Se lo debía.

La chica lo miraba llena de odio.

Algo le quemaba.

Se sintió súbitamente envuelto en una nube de dolor siseante y abrasador.

Los ojos le escocían tanto que tuvo que soltar a la chica para frotárselos.

A través de la cortina de lágrimas consiguió agarrar algo, un objeto que parecía algo así como un pintalabios de color negro.

Lo había gaseado.

La chica se retorció para librarse de él. Antes de que él pudiera reaccionar, se coló entre los dos asientos y saltó al de detrás con la agilidad de un tigre escapándose de su jaula.

Tosiendo y mascullando, Alex intentó hacerse de nuevo con ella. Con la mano izquierda la agarró del cinturón bajo empedrado de bisutería, herramienta de seducción convertida ahora en punto flaco. El cuero iba bien ajustado a la cadera, lo que permitió a Alex tirar de la mujer con fuerza y alejarla del tirador de apertura de la puerta de detrás.

Se agarró al cinturón como si le fuera la vida en ello y lo usó como punto de apoyo para saltar al asiento de detrás, donde consiguió por fin echarse sobre ella. En ello, los vaqueros y los calzoncillos se le habían bajado hasta los muslos. Si alguien los hubiese pillado en ese momento, pensaría que estaban en mitad de un calentón, a

punto de hacerlo a cuatro patas.

Pero aquello no era amor.

Alex se las arregló para rodearle el cuello con el brazo derecho, lo suficiente como para poder hacer palanca con el codo, entregándose a esa parte primitiva de su cerebro que sabía instintivamente matar.

Tiró del cuello de la chica hasta casi desencajar las vértebras y los gritos se hicieron guturales. Con el forcejeo, la rebeca de lana de ella le quedó a la altura de la cara. Aprovechó para enjugarse contra ella los ojos que aún le lagrimeaban.

Ella comenzó a sacudirse como una yegua enfadada tratando de desmontar a su jinete. No parecía que la estuviese matando. Ese cuerpo desbordaba fuerza y vitalidad.

Alex arqueó la espalda para ganar estabilidad. Alargó la mano libre y con los dedos trató de alcanzar la frente, la nariz, la boca apretada, hasta que encontró la barbilla de la chica, clavada en su bíceps. Consiguió colar tres dedos bajo la mandíbula de la chica. Tiró y con toda la fuerza de ambos brazos consiguió colocar el fino cuello en el ángulo apropiado.

No fue un chasquido. Los ligamentos fueron cediendo suavemente, uno a uno. El cuerpo de la chica se convirtió en un espasmo. Sintió en los muslos orina caliente.

Aflojó. El cuerpo quedó inmóvil.

Alex comenzó a toser y a dar arcadas conforme se relajaban los músculos de brazos y hombros. Se frotó los ojos otra vez en la rebeca de la chica pero se detuvo al instante, preguntándose si las lágrimas contenían ADN. Se subió apresuradamente los pantalones, de súbito horrorizado por estar desnudo de cintura para abajo.

Se incorporó. Inhaló y exhaló ruidosamente hasta que por fin cayó en mirar el reloj.

¿Cuántos segundos habían pasado?

¿Treinta?

Le temblaba todo el cuerpo.

Apenas tenía dos minutos y medio para ir por el taladro a la estantería y extraer las muestras.

Quiso vomitar, meterse en la ducha. Quiso estar lejos, muy lejos de aquel coche.

Cerró los ojos unos segundos.

«¡Vamos, Alex! ¡Recomparte, tío!

O esta chica habrá muerto por nada».

Era difícil imaginar una mañana más hermosa.

El aire era frío y seco, vivificante. Sobre varios centímetros de nieve impoluta había cuajado una capa de escarcha que el sol hacía resplandecer como si alguien hubiera esparcido por el suelo miles de gemas. Colina abajo, el agua quieta del lago reflejaba al detalle los árboles desnudos del bosque circundante. Un halcón remontaba el vuelo, resistiéndose solitario a emigrar a climas más cálidos.

Cyrus prestaba atención solo a medias al equipo de forenses del laboratorio estatal de New Hampshire. Malhumorado, imaginó que echaba a andar por el camino que pasaba cerca del lugar donde trabajaba el equipo, que se internaba en el sotobosque y vagaba entre las hileras de abedules, arces y robles desnudos.

*Yo el bosque hondo y fusco veo risueño...
Mas en cumplir promesas tengo empeño
y millas debo andar antes del sueño,
un largo andar para llegar al sueño.*

Tara jamás conocería la felicidad y la tristeza de la poesía.

Nunca la besaría un chico, nunca montaría a caballo, nunca metería los pies en el agua verdosa y tibia del mar Caribe.

Los que trabajaban en la escena del crimen le indicaron que habían terminado y comenzaron a guardar su equipo y a desenrollar una bolsa para cadáveres. Cyrus se quitó un guante y extendió la mano para ayudar a Ivan Himmel a subir la cuesta nevada. El viejo resbalaba igualmente y Avakian saltó a la zanja para empujar mientras Cyrus tiraba de él.

—No es la edad —se justificó Himmel cuando recuperó el equilibrio—. Ya era torpe de joven. ¿Podemos volver a mi coche para hablar sobre esto? Tengo los pies helados.

—¿Entonces? ¿Tenemos otro caso o no? —inquirió Avakian.

—Sí. Hay un agujerito hecho con una broca, como los demás.

—¿Estrangulamiento? —preguntó Cyrus.

—Esto parece más bien un cuello roto. Diría que es una avulsión por extensión a la altura de la C2, pero os lo confirmaré cuando la tenga en la mesa. Era una chica muy atractiva, por cierto.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí fuera? —preguntó Cyrus.

—Bastante. Se ha quedado hecha un bloque de hielo —respondió Himmel, caminando fatigosamente hacia la autopista—. Tendré que descongelarla antes de

poder hacer cálculos. Ah, y le han hecho una manicura bastante poco delicada. Probablemente arañó a su agresor. Encontraremos el ADN en algún otro sitio, de todos modos.

Pasaron junto a los pescadores que habían encontrado el cadáver y estaban a punto de rebasar la cinta policial cuando un agente los llamó desde la zanja. Los tres hombres se volvieron.

—¡Eh! ¡Venid a ver esto! —voceó el hombre.

Cuando levantaron el cuerpo, aún bocabajo, se había desprendido de la rebeca una capa de nieve y hielo. Alguien había recortado limpiamente un trozo cuadrado de lana.

—Dejó rastros de su ADN y se llevó las pruebas —dijo Cyrus bajando la mirada para protegerse de la claridad—. Y además le cortó las uñas. Es cuidadoso, el cabrón.

—Terminaremos por echarle el guante —trató de reconfortarlo Avakian.

Sin embargo, esa observación benevolente de su compañero no hizo sino irritarlo. Apeataba a impotencia. Pensó en Alex Weller recostado en la butaca de su despacho, apoyando con engreimiento los pies sobre el escritorio. No tenía pruebas, solo una corazonada que, no obstante, por el momento le bastaba. Algo le urgía terriblemente a resolver el caso cuanto antes. ¿Por qué? ¿Para evitar que alguna otra puta acabase tirada en una cuneta? Apartó de su mente el rostro de Weller, que reemplazaron los dulces rasgos de Tara. Le revolvía el estómago que aquel hombre hubiese auscultado a su pequeña. Que la hubiese tocado. Lo vio entonces claro como el día. Quería poder decirle a su hija: «Papá ha atrapado a un tipo muy malo y lo ha metido en la cárcel». Jamás le diría que era su médico, el de la coleta. No tenía por qué saberlo. Pero quería comprobar cómo se le iluminaba la cara, escuchar esa risita, orgullosa de lo listo que era su padre. Quería decírselo antes de que fuera demasiado tarde.

—No, no vamos a tardar tanto en cogerlo —saltó Cyrus.

No podían entretenerse. Conocían la identidad de la víctima, pues el asesino la dejó en bandeja: la había arrojado con el bolso puesto, y dentro de él su cartera y un spray de pimienta vacío. El trozo de tela cortado, las uñas cortadas, el siquiera tratar de ocultar el cuerpo... Todo eso decía mucho sobre la seguridad que el asesino tenía en sí mismo. Como en los demás casos, el asesino se mostraba convencido de que el cuerpo no daría información alguna sobre él.

—Esta chica plantó cara —opinó Avakian según cruzaban el límite de Massachusetts.

—Ojalá le doliera, y mucho —replicó Cyrus—. Ojalá le haya arrancado los ojos con las uñas.

—¿Sigues pensando que es Weller?

—Ya sabes que sí. Quiero comprobar cómo se le ha quedado la cara.

—Ha dejado el cuerpo otra vez en el lago Pinnacle. ¿A cuánto, a treinta metros

del anterior? ¿No te parece increíble?

Cyrus se pasó la lengua sobre los labios agrietados.

—Al matar a esta chica se vio fuera de su zona de confort. No lo tuvo fácil. Quizá le entró la prisa. Quizá estaba cansado o herido. Quizá le dio miedo. Ya conocía este sitio. La ley del mínimo esfuerzo. Un lugar cómodo para una noche incómoda.

Avakian emitió un refunfuño de aprobación ante la teoría de su compañero y volvió a sintonizar la emisora deportiva, que no dejó de sonar en todo el camino de vuelta al sur. Cyrus se abandonó al blanco y frío paisaje.

El tono de llamada que dan las líneas de teléfono de Inglaterra tenía para él algo de terapéutico. Escuchándolo se sentía expectante pero no ansioso. Era un sonido familiar, acogedor. Le evocaba el sabor del té con leche, el aroma a bacalao rebozado. Sonaba a cabras balando en la ladera de una colina verde.

El tono se interrumpió y sonó una voz ronca:

—¿Diga?

—Hola, Joe —saludó Alex.

—¡Joder, no me lo creo! ¡Hermanito!

—Has vuelto, ¿eh?

—En carne y hueso y con todo en su sitio, pelotas incluidas.

—¿Cuándo llegaste a casa?

—Hace algo más de una semana.

—Te dejé un mensaje y no me lo devolviste.

—Ya. No se me da bien eso. Todavía tengo un libro que saqué de la biblioteca con doce años.

—¿Cuándo te vuelven a llamar?

—Lo he dejado. Les he dicho que me dejen en paz. ¡Seis putas misiones, tío! Ya estoy mayor para estas cosas.

—No me lo creo.

—Pues créetelo. Se acabaron los estercoleros tercermundistas. Del aeropuerto de Luton no paso.

—Joder, me alegro de oírte —dijo Alex melancólico.

—¿Estás bien, Alex? Te noto cansado.

—Estoy bien.

—Sigues con... ¿cómo se llamaba?

—Jessie. Sí, ahí seguimos.

—Debe de ser retrasada mental.

—Ven a Boston —pidió Alex bruscamente.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? Quédate con nosotros. No vienes desde hace la tira. No conoces

mi casa.

—Ya te he dicho que acabo de llegar. Tengo muchas cosas que poner en orden.

—Te echo de menos.

—Entonces tendrás que venir tú, tío. He conocido a una chica que tiene muchas amigas solteras. Estarás bien atendido.

—No te voy a convencer, ¿no?

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Joe—. No estarás intentando decirme que te quedan dos meses de vida o alguna hostia así...

—No, estoy bien. De verdad.

—Bueno. De acuerdo, entonces. Si tú estás bien, yo estoy bien. Todo está bien, joder.

Alex se enteró del nombre de la chica por la prensa. Bryce. Puso el tubo al trasluz. El fluido 854,73 de Bryce, transparente y puro. Una buena cantidad. Gracias a la juventud de la chica y al cuidado que había puesto en el proceso de purificación.

Cada gota, una dura pelea.

La chica había luchado por su vida con uñas y dientes. Cuatro días después del asesinato, Cyrus O'Malley lo llamó para verse de nuevo. Esa mañana, tras escuchar el mensaje de voz, Alex se abalanzó sobre el espejo del baño para inspeccionarse el rostro. La hinchazón había bajado pero las cicatrices seguían ahí. Estaban curándose, pero se distinguían perfectamente. A Jessie le contó que se había resbalado en el hielo y había caído de boca. Ella siempre lo creía. Lo arrulló para confortarlo y le aplicó con ternura crema antibiótica.

O'Malley no se lo tragaría tan fácilmente. El agente le había dicho que lo esperaba en el laboratorio.

El armarito del baño rebosaba tubos y frascos de Jessie. Empezó por un rasguño especialmente largo y feo que le cruzaba la mejilla. Primero untó un poco de base de maquillaje, luego una pizca de polvos y, para terminar, un par de pasadas con la técnica del papel higiénico de Jessie. La cicatriz desapareció y lo mismo hizo con las demás.

La reunión con O'Malley fue breve, pero se le hizo eterna. Estaba seguro de que el agente del FBI escrutaba su rostro, pero las luces fluorescentes del despacho estaban apagadas. La luz natural y el maquillaje ayudaron al engaño. La conversación giró en torno al paradero de Alex la noche en que Bryce Tomalin fue asesinada. Cuando este respondió que había pasado toda la noche trabajando en un experimento, creyó percibir que O'Malley fruncía ligeramente el ceño. Este volvió a preguntar si podía acudir a un simposio, pero Alex eludió la cuestión argumentando que no se celebrarían más hasta después de Año Nuevo. Cuando O'Malley se marchaba, Alex preguntó educadamente por Tara. O'Malley respondió con un seco «está bien». Y eso

fue todo.

A Alex le llevó un cuarto de hora reponerse del encuentro, sentado en silencio ante su escritorio. Solo entonces pudo proseguir con las tareas del día.

Estaba convencido de que en esa ocasión contaba con cantidad suficiente de compuesto como para finalizar el análisis. Es decir, si se controlaba y no consumía demasiado para sus viajes personales. Una colega que trabajaba en el laboratorio situado al otro lado del Gran Cuadrángulo, especializado en péptidos y proteínas, le concedió acceso, fuera de horario de oficina, al sistema Applied Biosystems Voyager. Con él podría hallar la huella peptídica.

Una vez reunidos los datos suficientes, se dispuso a recorrer el lento camino en pos de la identificación de la esquiva estructura. Usaría el sistema Agilent XCT Plus para hacer una espectrografía de masas con trampa de iones. Una noche dio paso a la siguiente. Los datos no tenían sentido, las cosas no encajaban. Necesitaba ayuda pero temía pedirla. No cejaría en su empeño, aun en solitario.

En esa época del año anochecía pronto. Jessie y él cenaban temprano pero fuera ya reinaba la oscuridad. Aquella noche, Alex estaba poco hablador y Jessie no lo importunó. Comieron en silencio, como dos monjes trapenses. Cuando hubieron terminado, Alex ayudó a quitar la mesa.

—¿Tienes que volver al laboratorio esta noche? —preguntó ella.

—No, esta noche no.

—¿Qué te pasa, entonces? —preguntó—. Estás de mal humor. Te lo noto.

—¿De mal humor? No.

—Le estás dando vueltas a algo.

—Siempre le estoy dando vueltas a algo.

Jessie soltó el cepillo de fregar los platos, se secó las manos y las apoyó sobre el pecho de él.

—Tienes otra muestra, ¿verdad? Quieres probar otra vez.

Él la besó.

—¿Hay alguien en el mundo que me conozca mejor que tú?

Jessie sonrió.

—No, nadie. ¿Cuándo quieres hacerlo?

—Ahora. Los platos pueden esperar.

Alex se tumbó en la cama y Jessie se echó obediente a su lado, la cabeza apoyada en la palma de la mano. Él le colocó el flequillo tras la oreja para poder ver mejor su rostro. En ocasiones, estudiaba la cara de Jessie cuando ella no miraba. Sus ojos verdes y húmedos desprendían una tristeza que se volatilizaba cada vez que él se dejaba mimar. Alex llenaba un vacío profundo, un abismo en Jessie. Sin él, ¿dónde estaría? ¿Cómo se las arreglaría? Aquella era una pregunta abstracta. Él la necesitaba tanto a ella como al revés.

Alex tenía en la mano una pipeta.

—No debería tomarla yo —dijo suavemente.

—¿Por qué no?

—Deberías probar tú.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque te quiero.

A Jessie las palabras de Alex la subyugaban.

—Me da miedo.

—No tienes por qué tenerlo. Quiero compartir contigo la felicidad que se siente.

Jessie frunció el ceño como una niña pequeña.

—¿No me pasará nada?

—No.

Ella dejó escapar un suspiro triste y solícito.

—De acuerdo.

Alex apenas le concedió tiempo para arrepentirse.

—Abre la boca. —Vertió las gotas bajo la lengua de la chica y cuando hubo tragado la besó—. Ven, deja que te ponga cómoda.

La incorporó, le desabotonó la blusa, se la quitó y le desabrochó el sujetador. Tras besar ambos pechos, le alargó una de las camisetas limpias que usaba para dormir. Jessie se la puso. Él la ayudó a quitarse los vaqueros y la tumbó bocarriba. Los rizos rojos inundaron la almohada, también roja.

Con su voz más tranquilizadora y amorosa, Alex la animó a cerrar los ojos y respirar lenta y profundamente. Luego la tomó de la mano, la miró y esperó diez minutos, hasta que ella se relajó y aflojó los muslos.

—¿Jessie? —susurró.

Alex la acarició primero, para acto seguido zarandearla por los hombros.

La respiración se le había acelerado, al igual que el pulso. Pero parecía tranquila. Alex le levantó un párpado y observó el tranquilo verdor del ojo. La reacción de la pupila ante la luz era normal.

Se sintió impelido a mirar al techo. Si ella lo miraba flotando por encima de la cama debía ver lo tranquilo y feliz que él se sentía.

—Te quiero —dijo mirando hacia arriba.

Y regresó a vigilar sus constantes, a protegerla durante su viaje.

De repente cayó en la cuenta de que aquello era también un experimento, aunque la sujeto fuera Jessie. Y él seguía siendo un científico. Se apresuró a comprobar la hora y la garabateó en un cuaderno que sacó de un cajón: el tiempo de «la pista de despegue», el ritmo cardíaco y respiratorio, el color de la piel, la temperatura.

Jessie movía levemente los dedos, como tratando de agarrar algo, y tenía espasmos en las pantorrillas. Alex lo anotó, y transcribió fonéticamente cada uno de

los sonidos que ella emitía: ah, uh, hum, uf.

Tras quince minutos más de tranquilidad, Jessie comenzó a mostrarse inquieta y la mirada beatífica se vio reemplazada por un gesto torvo. Entonces, empezó a retorcerse violentamente. Alex la sostuvo y le habló, explicándole que todo estaba bien y que él estaba a su lado.

¿Adónde la habría llevado su viaje? ¿Estaría en mitad del puente de piedras, negándose a volver? ¿Estaría siendo absorbida?

Y entonces regresó. Miraba a Alex fijamente, con los ojos verdes de par en par. Cuando reconoció el rostro de él rompió a llorar.

—Alex...

—Estoy aquí, Jessie.

—Yo... Yo en mi vida... —trató de decir, pero se ahogó en sus propios sollozos y empezó a toser.

Alex la incorporó, le palmeó suavemente la espalda y la abrazó.

—Te entiendo perfectamente. O eso creo. Cuando puedas, me lo cuentas.

—He estado allí —acertó a pronunciar por fin.

—¿Cómo ha sido? ¿Bonito?

—Sí.

—¿Cómo te has sentido?

—Más feliz que nunca. Más que feliz. No tengo palabras.

—¿Has visto a alguien?

Asintió y volvió a sollozar. Alex esperó a que la chica reuniese fuerzas.

—A mi abuela.

—¿A tu abuela Martha?

Ella volvió a decir que sí con la cabeza.

—No me sorprende. —Alex conocía bien la historia de su familia. La abuela Martha era la única que había tratado a la pequeña Jessie con ternura.

Jessie se enjugaba las lágrimas con pañuelos de papel que le pasaba Alex.

—Estaba guapísima. Y muy contenta de verme. Quería que cruzara. Casi lo consigo —dijo con voz deshecha.

Alex apretó el puño tras la espalda, triunfante.

—Lo sé. ¿Cómo de cerca has estado de ella?

—He llegado hasta la última piedra.

Alex entornó los ojos.

—¡Más cerca de lo que estuve yo!

Bryce era la más joven, pensó. Cuanto más joven, mejor.

—Y... Alex —dijo Jessie tras un momento.

—¿Qué?

—Creo que ahí estaba Dios.

Tenía la cara en forma de violonchelo. Su rostro era amplio, ancho por abajo, pero era demasiado joven para tener carrillos. Llegarían no obstante con los años y la prosperidad. La barba, recortada y negra, crecía espesa sobre unas mejillas carnosas y bronceadas. Se mesaba la densa masa capilar con talante deliberadamente pensativo, como si ese gesto de gravedad teatral fuera a disimular su juventud. Tenía ante sí una única hoja de papel.

—¿Entonces? ¿Qué te parece? —le preguntó Alex.

Miguel Cifuentes era un tipo cercano, de los que desprenden un aire familiar incluso ante quienes los tratan por primera vez. Alex lo había conocido tres años antes en la cafetería del edificio. Miguel se presentó amigablemente y se sentó en su mesa sin mediar invitación.

Contó a Alex que era químico orgánico y estaba recién llegado de México D. F., donde acababa de obtener su doctorado por la Universidad Nacional Autónoma de México. Había llegado a Harvard para trabajar en el laboratorio de un legendario biólogo molecular, Martin Longacre. Dejó puntualmente claro a Alex que él era uno de los mejores químicos jóvenes del mejor programa en química de la mejor universidad de México. Paradójicamente, fue capaz de hacer todas esas declaraciones sin arrogancia ni presunción. Su jovial seguridad en sí mismo, entonces y más tarde, resultaba enormemente cautivadora.

Cifuentes habló por fin.

—Una molécula interesante.

—Sí, lo es.

La estructura química que aparecía en la página se había generado por ordenador, tras incontables horas de duro trabajo. Alex llevaba estudiándola dos días con tal intensidad que le ardía la retina. La veía en el espejo por las mañanas. La veía en el parabrisas del coche. La veía flotando delante de él cada vez que cerraba los ojos.

«Cinco aminoácidos, los ladrillos de la vida, enlazados entre sí, formando una cadena circular. ¡Circular, por increíble que parezca! ¡Como el uróboros! ¡La perfección!»

—¿Qué es? —preguntó Cifuentes.

Alex tenía preparada la respuesta, cierta solo a medias.

—Se trata de un nuevo neuropéptido. O eso creo, que es nuevo. No encuentro nada parecido en las bases de datos en línea. Proviene del líquido cefalorraquídeo de ratones y perros.

—Y ¿por qué es importante?

—Normalmente aparece en cantidades indetectables. Pero se produce en abundancia durante los momentos previos a la muerte.

—¿Qué otra cosa cabría esperar de ti, eh? —farfulló Cifuentes.

—Sí, eso mismo me pregunto yo —contestó Alex, siguiéndole la corriente.

—¿En qué área es activa? ¿Alguna idea?

—He detectado un nuevo receptor en el área límbica del cerebro. Pero todavía es pronto. Ni siquiera he presentado la patente. Parece que los péptidos se ponen a enlazarse como locos en la amígdala y el hipocampo.

—Ah... Las áreas más primitivas del cerebro. La «sede del alma» —recordó Cifuentes radiante.

—Justamente —respondió Alex—. Estoy impresionado. Y con razón, supongo.

—Y ¿cuál es el objetivo de esos receptores? —insistió Cifuentes, agradeciendo el aplauso.

—Todavía tengo que averiguarlo. Pero estoy muy emocionado —explicó Alex, esquivo.

El químico agitó la mano sobre el gráfico que tenía delante.

—Bueno, es un pentapéptido cíclico. Cinco aminoácidos distintos con un peso molecular de 650, aproximadamente. Tendré que creerme eso de que es algo nuevo. Desde luego, es la primera vez que lo veo.

Alex golpeó la página con la punta del dedo índice.

—¿Podrías recrearla?

—¿El qué?

Alex sacudió la cabeza confundido y volvió a señalar el gráfico.

—La molécula.

—A ver. Creo que toca dar una clasecita de química —dijo el mexicano con su característica pomposidad benévola—. El compuesto tiene cinco centros quirales, ¿ves? —Cifuentes sacó un bolígrafo y señaló uno tras otro los cinco átomos de carbono del anillo—. Cada uno de estos carbonos puede tener orientación arriba o abajo, cis o trans. Son reflejos unos de otros. Con cinco centros quirales, hay treinta y dos conformaciones moleculares distintas. Así que si me preguntas si puedo sintetizar la molécula, tengo que responder con otra pregunta: ¿cuál exactamente?

—Cielo santo —bisbiseó Alex, haciendo patente su frustración.

—Bueno, la cosa no es tan terrible —añadió Cifuentes—. No todas las conformaciones serán estables. Si tuvieras tragaderas suficientes, podría hacerte una introducción a la física conformacional. El caso es que existen algunas combinaciones que hipotéticamente no pueden existir en la naturaleza.

—¿Cuántas?

—Tendría que estudiarlo, pero a ojo calculo que al menos diez o doce pueden ser físicamente imposibles o improbables.

—¿Cuáles serían las más probables? —se interesó Alex, con un leve tono de esperanza renovada.

—Mira, si tuviera tiempo podría crear un modelo y clasificar las conformaciones por probabilidad. Pero no tengo tiempo ahora para hacer algo así.

Alex recordaba vagamente la última charla de cafetería que habían mantenido.

—¿Cuándo vuelves?

—En menos de un mes. Y, güey, estoy bien ocupado tratando de terminar con todo. Entre el profesor Longacre y mi esposa me tienen hasta la madre.

—Necesito tu ayuda, Miguel —rogó Alex—. Eres el mejor químico de péptidos que conozco.

—Gracias por reconocerlo —respondió Cifuentes con una sonrisa—. Pero me temo que no voy a poder dedicarle tiempo a esto ahora. Quizá cuando monte mi laboratorio en el D. F. Dame tres meses, quizá medio año, y estaré encantado de trabajar contigo. ¿Está okey, carnal?

Alex recordaba con exquisito detalle cómo el químico andaba perpetuamente quejándose sobre su situación económica. Cifuentes y su mujer tenían que apretarse el cinturón. Vivían de la beca posdoctoral de él, porque ella no tenía opción de conseguir permiso de trabajo. Los hijos pequeños tampoco le dejaban tiempo, de todos modos. Aunque Miguel provenía de una familia de clase media, razonablemente acomodada —su padre era dueño de una rentable fábrica de calzado—, hasta que no llegó a Boston no se percató de lo poco que ganaba en comparación con sus colegas estadounidenses.

Alex escrutó los ojos castaños del joven y tuvo una idea repentina.

—¿Has alquilado apartamento ya en México?

—Sí. Entramos en enero.

—¿Es bonito?

—Más bonito que lo que tenemos aquí, en Jamaca Plain. Pero sigue siendo un cuchitril.

—¿No vas a tener buen sueldo?

—Güey, soy profesor interino. ¿Qué voy a hacerle? María intentará volver a trabajar, pero tendremos que pagar a una *nanny*, así que tampoco nos saldrá muy a cuenta. Llevará un tiempo, pero lo conseguiré. Los profesores con plaza viven bastante bien en México y, quién sabe, quizá en algún momento abandone el barco y me vaya a trabajar a una farmacéutica para hacer dinero de verdad.

Alex tendió en ese momento la trampa.

—¿Cómo te irían veinte mil dólares? ¿Harían más fácil la mudanza?

No podría sacarlos de su beca para algo así, pero tenía algún dinero ahorrado. El químico se enderezó en su silla.

—¿Veinte mil dólares? ¿De dónde?

—Míos.

—¿Por hacer lo que me pides?

—Quiero que sintetices este péptido. La configuración más probable.

—¿Cuánto necesitarías?

—Unos cuantos miligramos, como mínimo. Si fuera posible, algún gramo.

—¿Para cuándo?

—Para cuanto antes. Por supuesto, antes de que te vuelvas a México. Te doy diez mil hoy y otros tantos cuando termines el trabajo.

—¿Me vas a dar diez mil dólares hoy?

—¿Te interesa?

Cifuentes volvió a mesarse la barba y susurró:

—Dios mío, no sé si el día tiene horas suficientes para sacar todo adelante.

Alex tenía un cheque en blanco en la cartera. Llevaba guardado un tiempo y lucía un poco gastado. Lo desdobló y empezó a escribir el nombre del químico en el espacio «Páguese por este cheque a».

Cifuentes se humedeció los labios, como si pudiese saborear el dinero.

—¿La has bautizado ya?

—Le he puesto un apodo informal. Compuesto uróboros.

El químico se encogió de hombros con indiferencia y le arrancó el cheque de las manos a Alex cuando este se lo puso ante los ojos.

Cyrus despidió a Marian y Marty con un saludo militar cuando se marcharon.

La puerta del garaje zumbó, rugió el motor del coche y adiós. Tendría a Tara para él solo durante tres horas. Esperó egoístamente que no durmiese todo el tiempo.

Se había arrebujado bajo edredones de plumas y sábanas de franela y raso. Cyrus entró en su habitación y se acercó al pie de su enorme cama, desde donde la observó respirar a través de los labios reseco. Tenía los ojos cerrados y unos auriculares puestos. El dormitorio estaba repleto de juguetes y animales de peluche. Parecía un escaparate de grandes almacenes: años de regalos acumulados dolorosamente en un breve período de tiempo. Tarjetas de crédito gastadas por el uso con el único fin de aliviar el dolor. Cyrus se compadeció por un segundo del bueno de Marty: el tipo probablemente no sabía hacer otra cosa.

Tara abrió los ojos con un pestañeo y se quitó los auriculares.

—¡Hola, papá!

—Siento haberte despertado.

—No estaba durmiendo.

—¿No?

—No.

—Parecía que sí.

—Estaba haciendo un ejercicio de los de Emily.

—¿Qué ejercicio?

—Me dio una grabación para el iPod. ¿Quieres oírla?

Cyrus entornó los ojos con suspicacia, se colocó los auriculares y escuchó la voz de la doctora Frost. Le hablaba a Tara, pronunciaba su nombre con voz calma, sugerente e hipnótica.

«Tara, ahora quiero que respire hondo, desde el abdomen. Suelta el aire y escucha el sonido que produce al salir. Cuando estés lista, toma aire de nuevo. Déjalo salir, haz un ruido como el del viento. Cada vez que tomas aire te sientes más tranquila. Ahora, deja que tu respiración se haga más lenta. Cada vez que dejes salir el aire, piensa: “Tranquila”. Que esa sea tu palabra mágica. “Tranquila”. Toma aire y suéltalo. Haz ese ruido con la boca. Di tu palabra mágica, cada vez. Libérate de todo. De los pensamientos negativos. Libérate de ellos. Bien. Ahora, Tara, imagina un lugar en el que te sientes segura y relajada. Da igual que sea al aire libre o en una casa, o que sea un lugar imaginario. Ahora vas a ir a ese sitio. Cuando llegas a él, ves las formas y los colores de ese lugar especial, como en una fotografía. Y ahora empiezas a escuchar los sonidos de ese lugar especial. Y ahora puedes sentir su tacto.

Respira profundamente. Deja que la felicidad de ese lugar especial se extienda por tu cuerpo. Disfrútala. Deja que te alimente, que te calme. Quédate ahí el tiempo que quieras. Y recuerda: puedes volver cuando lo desees».

Cyrus se quitó los auriculares. No le parecía que aquello fuera demasiado destructivo.

—¿Es todo así?

—Sí.

—Y ¿cuál es tu lugar especial?

—Mi habitación antigua.

—¿Qué habitación?

—Ya sabes, la que yo tenía en nuestra casa, cuando mamá y tú estabais casados.

El antiguo dormitorio de Tara, en Sudbury, era la mitad de grande que aquel y bastante oscuro. Tenía menos juguetes y no había televisión ni Wii ni PlayStation. Era sin más el dormitorio de una niña de cinco años que no había perdido a sus padres. Ese era su lugar especial.

Cyrus se volvió para que su hija no lo viera llorar. Se enjugó las lágrimas con las palmas de la mano, sorbió la nariz y preguntó a Tara si quería jugar a algún juego de mesa.

A la mitad de la partida de serpientes y escaleras llamó Avakian. Cyrus dejó que saltara el contestador. Más tarde bajó a la cocina a por un zumo para Tara y un café para él, y devolvió la llamada.

—He hablado con el director de tecnología de Harvard —informó Avakian—. Weller estuvo en su laboratorio durante toda la noche de la muerte de Bryce Tomalin.

—Qué raro —respondió Cyrus con seriedad—. ¿Se ha encontrado algún patrón en las fechas de las noches que pasa en el laboratorio?

—Nada demasiado convincente. En los últimos tres meses ha pasado una decena de noches completas en días en los que no se han producido homicidios, que sepamos. Se diría que el tipo es un adicto al trabajo.

—Quizá lo sea —opinó Cyrus—. Pero también es otras cosas. ¿Cómo va el otro proyecto?

De repente, empezó a sonar el teléfono de la cocina.

—Poco a poco. ¿Cuándo vienes a la oficina? —preguntó Avakian.

A través del altavoz empezó a reproducirse el mensaje de voz.

—Buenas tardes, señores Taylor. Soy la doctora Frost, llamo desde el hospital infantil. Solo quería interesarme por Tara y quería...

—Me tengo que ir —dijo Cyrus, colgando de golpe a Avakian y descolgando el auricular del teléfono de la cocina.

—Hola, doctora Frost, soy el padre de Tara, Cyrus O'Malley, ¿cómo está? —saludó abruptamente.

Ella vaciló por un instante, tratando de reponerse de la sorpresa, imaginó él.

—¡Señor O'Malley! Llamaba para ver cómo está Tara.

—Cuando vine a visitarla esta mañana estaba escuchando su grabación.

—Vaya. ¿La escuchó usted también?

—Sí.

—¿Y?

—Muy relajante. Casi me quedo dormido.

—Bueno, en parte esa es la idea —respondió ella riéndose—. Con los niños solo hablamos sobre la muerte cuando preguntan. No exploramos sus sentimientos al respecto. Tara no lo ha sacado a colación explícitamente. Habla de ello con rodeos.

—¿A qué se refiere?

—Por ejemplo, la semana pasada me preguntó qué es lo que haría usted cuando ella no estuviese.

—Dios mío —masculló él—. ¿Qué le dijo usted?

—Le dije que su papá estaría muy triste durante un tiempo pero que la llevaría en su corazón para siempre.

Las lágrimas brotaron de nuevo de los ojos de Cyrus.

—Sí, para siempre —contestó.

—Claro que sí. —Cyrus oyó cómo ella tomaba aire—. Nunca le agradecí debidamente por intervenir el otro día, cuando choqué con el coche.

—No tuvo importancia. Ese tío era un capullo. Tengo buena mano con ese tipo de gente.

—Aun así, gracias. Fue muy caballeroso.

—Quizá podríamos tomar un café un día de estos —propuso Cyrus sin pensar. Las palabras salieron solas. Transcurrió entonces uno de esos breves instantes que parecen durar años.

—Sí, por qué no.

Mientras subía las escaleras se preguntó: «Por favor, Cyrus. ¿Acabas de proponer una cita?».

La última semana de diciembre llegó y trajo un clima seco y gélido. Ningún frente rondaba Nueva Inglaterra. El día de Navidad no vestiría de blanco.

El laboratorio de Alex estaba silencioso. Sus colegas investigadores visitaban a sus familias en sus respectivas ciudades y Frankie Sacco no tenía trabajo suficiente que justificara su cansina presencia. Alex lo había mandado a casa con una palmadita en la espalda, asegurándole que él mismo se encargaría de fichar por él, para que no dejaran de pagarle.

Alex llegó temprano. Tenía por delante todo un día de experimentos mentalmente programados. Había hecho progresos con respecto al receptor límbico, que en sus notas designó LR-1. Había reunido bastantes pruebas de que se trataba de un nuevo receptor sigma de tipo dos. El descubrimiento era electrizante. Durante varios años había mantenido la opinión de que ese tipo de receptores neuronales, poco conocidos, podrían desempeñar cierto papel en las experiencias cercanas a la muerte. El compuesto uróboros interactuaba en cantidades inferiores al picomol con el receptor LR-1: incluso en concentraciones diminutas, casi inmensurables, se mostraba tremendamente activo. Alex tenía la corazonada de que algo importante lo aguardaba.

Con el laboratorio para él solo y liberado de inhibiciones, se dejó atrapar por la melancolía y empezó a tararear un popurrí de villancicos. De niño había cantado con su hermano en un coro que recaudaba limosna para los necesitados en Liverpool. Recordaba perfectamente el rostro de su padre durante los conciertos que daban en el pub. Cuando entonó el villancico favorito de Dickie Weller, «Good King Wenceslas», se le nubló el alma, ya frágil de por sí.

*Sire, the night is darker now,
And the wind blows stronger.
Fails my heart, I know not how,
I can go no longer.*^[1]

Alex cerró los ojos y vio a su padre de pie, al otro lado del río de luz. Sí, parecía feliz, pero estaba solo. Una figura solitaria en una vastedad inaprensible. Deseaba tan ardientemente estar junto a él que le dolía. No tenía más 854,73. Lo había agotado en los experimentos. No sabía nada de Cifuentes más allá de un mensaje de correo electrónico en el que le contaba que seguía tratando de resolver algunos problemas de sintetización. No tenía modo de volver a ver a su padre, pues.

¿O quizá sí?

No era la primera vez que tenía ese pensamiento. En otras ocasiones lo había

ahuyentado de su mente, pero el día gris, el laboratorio vacío, la cercanía de la Navidad, fecha siempre aciaga desde el accidente... Todo ello se conjuraba contra él. Sobre su escritorio tenía un afilado abrecartas. Nada le impedía sentarse en su cómodo sillón de oficina, abrirse limpiamente las arterias de la muñeca, contemplar el cielo una última vez. En cuestión de minutos estaría allí, en brazos de su padre. Para siempre.

Sería rápido y fácil. Desaparecerían todos los problemas, todas las luchas, la culpa por los asesinatos. Jessie entristecería y a Joe no le quedaría ya familia directa. Él por su parte dejaría a medio camino su investigación, sin llegar a obtener respuestas. Pero qué más daba.

Arrastró los pies como un robot hacia el despacho, hacia la hoja afilada. Al menos se daría el lujo de sostener el abrecartas en la mano y pensarlo dos veces. Quizá lo devolvería al cajón. Quizá no.

Su cuerpo se tensó al oír un tamborileo urgente contra el vidrio de la puerta.

—Entre —gritó Alex automáticamente.

Tras la puerta del laboratorio apareció Cifuentes, sonriendo cansado. Cuando vio que no había nadie más, sacó una cajita envuelta en papel de regalo rojo satén, adornado con un lacito dorado adhesivo.

—¡Feliz Navidad, Alex!

—¡Miguel! No te esperaba.

—Bueno, carnal, es la época del año en que la gente tradicionalmente intercambia regalos. Ten.

Alex aceptó el paquete.

—Qué apuro. Yo no tengo regalo para ti.

—Oh, yo creo que sí que lo tienes. Diez mil dólares.

Alex rasgó el papel.

—Dios santo. ¿Esto va en serio? ¡No tenía ni idea de que habías terminado! —balbució Alex.

En la caja de cartón había un frasquito con tapón de rosca, lleno en tres cuartas partes de finos cristales del color de la nieve.

—Algo más de nueve gramos —presentó ufano Cifuentes.

—¡Dios santo! —exclamó Alex—. ¡Esto es una barbaridad!

—Soy un muy buen químico, Alex. Y me he dejado la piel en esto. He hallado un método que da resultados excelentes. Aposté por la configuración isomérica más estable de las posibles, que alterna grupos funcionales cis y trans. Esta es la estructura —explicó mientras extraía de una carpeta un papel del tamaño de una fotografía.

Alex se sentía abrumado.

—Increíble. Es realmente increíble. Jamás podré agradecértelo lo suficiente, Miguel. —Parpadeó varias veces porque se le habían saltado las lágrimas—. Me has

salvado la vida, ¿lo sabes, amigo?

—Claro que sí. —Rió entre dientes Cifuentes—. Escúchame, tengo que irme. Mi mujer me va a matar. Me he pasado la noche en el laboratorio finalizando la purificación.

Alex le pidió que esperase un momento. Entró apresuradamente a su despacho y sacó del cajón del escritorio una chequera. Ahí estaba el abrecartas, tan reluciente que en su hoja se veían reflejados sus propios ojos oscuros.

Acarició el filo de la hoja y pidió a su padre paciencia.

A un kilómetro de allí, Cyrus miraba la hora en una cafetería de Brookline Avenue, nervioso como un adolescente. Se había sentado en una acogedora mesa alejada de la puerta y se templaba las manos con un café bien oscuro. Emily se retrasaba apenas unos minutos pero Cyrus no podía dejar de preguntarse si no lo habría plantado.

Llegó forrada de arriba abajo, el rostro medio oculto tras una bufanda que se quitó camino de la mesa, dejando al aire dos mejillas escarchadas. Se sentó en el banco corrido, saludó a Cyrus y le explicó que prefería dejarse el abrigo puesto hasta entrar en calor.

—Hace un frío del demonio —acordó Cyrus.

—Yo siempre tengo frío —se justificó ella—. Es la sangre sureña.

Cuando llegó su capuchino, ya se había quitado los guantes y el resto de la ropa de abrigo y habían dejado el tema del tiempo.

—Me alegro de verla —dijo Cyrus.

—Se me ha complicado todo un poco, lo siento. Una de las compañeras del servicio se ha roto una pierna. Nos ha costado recolocar a sus pacientes.

Cyrus observaba a la doctora dar sorbos a su capuchino. Una de las veces se dejó un bigote de espuma y él trató de evitar sonreír.

—Escúcheme —dijo Cyrus—. Le debo una disculpa.

—¿Por qué?

—Por tratarla como la traté la vez que nos conocimos. No estuvo bien.

—No tiene que disculparse, señor O'Malley.

—No, en serio. Reaccioné sin pensar.

—Es muy comprensible.

—¿Eso cree?

—No hay nada peor que la enfermedad de un hijo. Nada. Las reglas del civismo quedan legítimamente derogadas.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Cyrus sonriendo.

—Bueno, no para siempre —respondió ella entre risas—. Pero, en serio, estoy convencida de que todo habría ido mejor si usted y su ex mujer hubiesen tomado

conjuntamente la decisión de consultarme sobre el caso de Tara. No vio venir el golpe.

—Es cierto.

—¿Cómo está? —preguntó.

Cyrus se frotó las palmas, un tic nervioso que había adquirido hacía poco. Reparó en lo que estaba haciendo y se detuvo.

—Se va desvaneciendo un poco cada día. Como una fotografía al sol. Se nos va.

No quería llorar, pero no pudo evitar que los ojos empezaran a picarle. Ella contestó alargando la mano y tocando la suya. Fue un gesto momentáneo, pero esos tres dedos fríos sobre su piel resultaron extrañamente reconfortantes.

También los ojos azules de ella se humedecieron.

—Lo siento tanto —lamentó—. Es una niña tan dulce... Te parte el corazón.

«No se lo está inventando —pensó Cyrus—. Quiere a mi hija, también».

—No quiero que se vaya —musitó él.

—Ya lo sé.

Cyrus apartó la mirada y trató de centrarla en un autobús que pasaba. Tomó todo el aire que pudo, entrecortadamente, y añadió:

—«Lo por ti percibido hace tu amor más fuerte, para bien amar lo que pronto tendrás que perder».

Ella lo miró inquisitiva.

—Qué bonito. ¿Qué es?

—Shakespeare. El soneto setenta y tres, si no recuerdo mal.

—¿Un agente del FBI que lee a Shakespeare?

—Me especialicé en literatura en la universidad. Bueno, aunque no terminé.

—Es usted un hombre interesante, señor O'Malley.

—Puedes tutearme.

—Solo si tú me tuteas también.

—Trato hecho. —Se tomó unos momentos para continuar—. ¿Quieres que volvamos a quedar algún día?

Ella sonrió pero negó con la cabeza.

—No creo que debamos, Cyrus.

—¿Estás viendo a alguien?

—¡A tu hija, Cyrus! Es paciente mía.

—No estoy muy al tanto del reglamento en estos casos —admitió—. ¿Si quedásemos estaríamos infringiendo algún tipo de código ético?

—Sí —afirmó ella con suavidad.

—Bueno, yo no quiero infringir códigos éticos. ¿Qué tal si me concedes otro café, después de Año Nuevo? ¿Habría algún problema?

—Será un placer —respondió ella con ojos vivos.

Cyrus pidió la cuenta.

—¿Conoces a un neurólogo llamado Alex Weller? —preguntó repentinamente.

Emily asintió.

—Sí, claro. Trabaja en el infantil. Sé que vio a Tara cuando las crisis. ¿Por qué preguntas?

—Curiosidad. ¿Lo conoces personalmente? ¿Cómo es?

—No lo conozco mucho en realidad. No tenemos mucha relación. Parece muy centrado en su trabajo. Solo lo he visto una vez fuera del hospital.

—¿Dónde?

—Me invitó una vez a su casa, hace un par de años. Oyó una charla mía acerca de las nuevas maneras de interpretar *Sobre la muerte y los moribundos*, el libro de Kübler-Ross. Al parecer organiza desde hace tiempo simposios sobre ese tema.

—La Sociedad Uróboros.

—¿La conoces? —preguntó frunciendo el ceño.

—¿Qué te pareció?

—Para ser sincera, me encantó. Resultaba algo inquietante, un poco secretista para mi gusto. Tenían un enfoque algo hippie de la muerte. Creo que tomaban drogas para entrar colectivamente en estados alterados de conciencia. Aunque cuando estuve yo no hubo nada de eso. La verdad es que esas cosas no me van.

—¿No crees que un tipo como él quizá no debería estar atendiendo a niños?

Emily se levantó y se puso el abrigo.

—No lo sé. No creo que se le pueda juzgar por esa anécdota de su vida extralaboral. En el infantil tiene una reputación impecable. ¿Por qué te preocupa?

—No, es mera curiosidad. Me ha llamado la atención últimamente, digamos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jessie.

—Adivina.

Alex la había sorprendido llegando pronto a casa. Jessie estaba pasando la aspiradora por las alfombras, y él se coló y quitó el enchufe. Jessie se dio un buen susto, pero él la consoló con un abrazo de oso que convirtió el grito de terror en risa nerviosa.

Alex la condujo a la cocina. Sobre la mesa desenvolvió uno de los trozos de papel de regalo y apareció ante los ojos de ambos un montoncito de cristales blancos. Un estornudo y acabarían todos por el suelo.

—¿Es uróboros?

—Sí.

—Dios santo, Alex —dijo maravillada—. ¿Lo has probado ya?

—Todavía no.

—¿Cuándo?

—Ahora, siempre que tú quieras volver a hacer de ángel de la guarda.

—Pues claro. ¿Cuánto vas a tomar?

—Será un tiro al aire. Hay tantas malditas variables... Según mis cálculos, medio miligramo equivaldría a la dosis líquida.

—¿Quedará algo para mí? —preguntó anhelante.

Alex sacó otro trozo de papel del bolsillo de la camisa.

—¿Cómo voy a dejar a mi amor en dique seco?

Jessie lo besó y con el sabor de su brillo de labios en la lengua lamió los cristales del papel y la llevó de la mano al dormitorio.

El corazón le dio un vuelco. Todo era igual: la ingravidez, el túnel, la luz, la tierra verde claro, el gorjeo del río de luz.

Y entonces apareció Dickie Weller con su gorro rojo, saludándolo como la otra vez, tan atrayente como la otra vez.

Alex se sintió sobrecogido de felicidad al colocar el pie sobre la primera piedra del río. Entre el rumor de la turbulenta corriente oyó la voz resonante de su padre alentándolo a continuar. A medio camino, Alex lanzó una mirada más allá de Dickie, buscando la presencia en el horizonte. Intuyó esa otredad, no tan poderosa como la recordaba. Pero definitivamente allí había algo. Algo asombroso, divino. Tenía que acercarse.

Sin embargo, pese a las suplicantes exhortaciones de su padre y su necesidad irresistible de alcanzar la otra orilla sus pies se quedaron de nuevo enterrados en una de las piedras. No podía hacer nada. Ningún esfuerzo físico ni mental le bastó para arrancar el pie de la superficie de la piedra y levantarlo hacia la siguiente.

Y entonces, de nuevo la impotencia y la frustración de sentirse arrastrado lejos del río y del verdor, de vuelta al túnel y a la cama, en la que se despertó resollando.

—¡Alex! —exclamó Jessie—. Se terminó. ¡Ya estás aquí! —Ella lo abrazaba. Alex notó su aliento cálido sobre el rostro.

Empezó a llorar, subyugado por una combinación perfecta de alegría y tristeza.

—Ha sido todo igual —masculló—. He visto a mi padre. Y el río. Pero...

—¿Pero qué?

—Fue asombroso, Jessie. No puedo decir otra cosa. Pero no me pude acercar tanto a la otra orilla. No he sentido la intensidad de esa presencia más allá del horizonte. Era todo igual pero algo más desvaído. Aunque aun así ha sido igualmente increíble. No me entiendas mal. No tengo palabras.

Alex se bebió un vaso de agua fría en cuatro tragos ansiosos. El agua se le derramaba por la barbilla y sobre el pecho.

—¿Tienes hambre? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—¿Puedo tomar un poco yo ahora?

Él la besó en la frente.

—¿Quieres ver a tu abuela, verdad?

—Me muero de ganas.

Alex se arrastró sobre el colchón para levantarse de la cama.

—Dame un momento para que me recupere. Luego te toca a ti.

Estaba acariciándole el brazo cuando Jessie parpadeó varias veces hasta cerrar los ojos. Alex mantuvo contacto con ella durante todo el viaje. Su rostro era un libro abierto. A través de su expresión atisbaba lo que estaba viviendo: la excitante aceleración a través del túnel, el placer al descubrirse en aquel otro reino, el éxtasis del río, el consuelo de encontrar a su abuela y por fin el impacto de deshacer todo el camino, de vuelta a la cama. La experiencia duró poco menos de treinta minutos. Mientras estuvo bajo el influjo del compuesto, él mismo había perdido completamente la noción del tiempo. No le habría extrañado en absoluto que su viaje hubiese durado un segundo o una semana.

Alex veía cómo los párpados de ella empezaban a moverse y quiso estar allí cuando los abriese. Ella lo reconoció y él le dedicó una sonrisa y un leve beso en los labios.

—Hola —saludó.

—Hola.

—¿Estás bien?

La chica asintió.

—Me ha pasado lo mismo que a ti, Alex. No pude acercarme tanto. Mi abuela quería que fuera con ella, pero yo no podía.

—Exacto...

—Ha sido increíble, pero no como la otra vez. La otra vez fue mejor. Aunque ha sido alucinante.

Jessie empezó a sollozar. Él la estrechó entre sus brazos, tratando de reconfortarla.

—No te preocupes, amor mío. Ya estás en casa.

—No, Alex. Esta no es mi casa. Mi casa está allí —se lamentó Jessie cerrando los ojos.

El primer avance real en el caso se produjo después de mucho trabajo. La idea de Cyrus era bastante sencilla: sabían las fechas probables en que se habían producido los asesinatos. Aunque no era sospechoso —los indicios eran endeble—, Alex Weller seguía siendo un sujeto al que vigilar. Había pasado cada una de las probables noches de asesinato por el mostrador de seguridad de su laboratorio, pero ¿y si hubiese sido capaz de salir a hurtadillas del edificio? Podría haber recogido a las prostitutas en el South End, matarlas y deshacerse del cadáver. No había hecho todo aquello a pie. Debía de haber utilizado un coche.

En el interior de su despacho, Avakian había colocado un caballete con un mapa de Boston. Se habían delineado en rojo las rutas más probables entre el complejo

médico de Longwood Avenue y el South End, y con chinchetas de color negro marcaron las cámaras de vigilancia. Un asistente del fiscal del distrito en Boston había dictado requerimientos para que los operadores de las cámaras entregasen las grabaciones de las noches pertinentes. El resultado fue un monte Everest de datos.

No había manera de saltarse aquello. Los cientos de horas de imagen tenían que ser escaneadas por ojos humanos en busca de un Honda blanco, un sedán, el coche de Alex Weller. Y una cosa era dar con el coche, pero otra muy distinta poder aislar una imagen en la que se distinguiera la matrícula.

Cyrus convenció a Minot y este firmó la solicitud que permitiría traer a un par de agentes especiales jubilados para echar una mano. Así, por una modesta tarifa, Harriet Hillman y Timothy Bell, dos ex agentes de la oficina de Boston, aceptaron escudriñar aburridas imágenes en blanco y negro de calles nocturnas en un cuarto oscuro, café en mano.

Dos días después de Navidad, Hillman estaba observando la grabación de una cámara situada sobre uno de los parkings del hospital Beth Israel Deaconess. Pulsó el botón de pausa para echarse unas gotas de colirio. Se enjugó los ojos con un pañuelo de papel y se dio cuenta de que en el encuadre aparecía la mitad de un coche blanco.

—¡Tim! —gritó.

Su compañero de tareas casi salta de la silla. Al instante, acordó con ella que, en efecto, se trataba de un Honda Accord, en cuya matrícula se distinguían claramente tres cifras. Era el coche de Weller. La fecha era 23 de octubre; la hora, las 1.18 de la madrugada. Esa noche había sido asesinada Carla Goslinga.

Al día siguiente, Cyrus y Avakian se presentaron sin previo aviso en el laboratorio de Alex. Si no estaba, lo buscarían en su casa de Cambridge. Cyrus quería mantener el factor sorpresa para cogerlo con la guardia baja.

Frank Sacco estaba lavando probetas en uno de los fregaderos y cuando abrió la puerta llevaba todavía una toalla en la mano. Gruñó audiblemente al comprobar quiénes eran y les pidió que esperasen. Su jefe, explicó, estaba al fondo.

Los tres hombres llenaban el ya atestado despacho de Weller. Parecían absorber todo el oxígeno disponible. Cyrus y su compañero estaban de pie mientras Alex permanecía sentado, observándoles con una suspicacia cansada. Avakian se dispuso a cerrar la puerta, pero Alex dijo que no le importaba que estuviese abierta. Sacco se encontraba trabajando en un banco de pruebas cercano. Avakian se encogió de hombros y la dejó abierta.

—Queríamos hablar con usted sobre la noche del 23 de octubre —anunció Cyrus.

—¿Por qué? ¿Qué ocurrió esa noche?

—Usted nos contó que estuvo trabajando toda la noche aquí —comenzó Cyrus.

—¿Eso les conté? No sé, tendría que consultar mi agenda. No tengo la mejor de las memorias para esas cosas.

—Adelante, pues. Compruébelo —exhortó Avakian.

Alex suspiró y abrió un calendario en su ordenador.

—Sí, esa noche estuve trabajando —contestó impasible tras un suspiro y unos pocos clics.

—¿Toda la noche? —inquirió Cyrus—. ¿No salió del laboratorio en toda la noche?

—Toda la noche. Estuve trabajando en un experimento.

—¿Cómo explica esto entonces?

Cyrus sacó una fotografía con la hora marcada. En ella aparecía el coche de Weller en la esquina de Brookline Avenue con Francis Street.

Alex la estudió detenidamente y mientras lo hacía, Cyrus escrutó su expresión. No dejó entrever nada más allá de un ceño fruncido.

Por fin, Alex habló.

—Me temo que no sé cómo explicar esto.

—¿Es su coche? —preguntó Avakian sórdidamente.

—Sí, parece que sí.

—Usted lo aparca en el aparcamiento para profesores de Longwood Avenue.

Alex asintió.

—¿Estaba el coche en el aparcamiento al día siguiente, cuando fichó la salida? —insistió Avakian.

—Supongo que sí, claro —contestó Alex con un hilo de voz—. Al menos eso recuerdo.

Cyrus se inclinó sobre el escritorio y arrebató la fotografía de las manos de Weller.

—Voy a preguntárselo otra vez. ¿Cómo explica esto?

Cyrus empezaba a sentirse victorioso. Estaba a un paso de obtener una causa probable que le permitiese requisar el coche para llevar a cabo un estudio forense completo.

Alex tomó aire profundamente y parecía que iba a insistir en su confusión, cuando asomó en el despacho Sacco.

—Siento entrometerme —explicó con su fuerte acento barriobajero—. No he podido evitar escuchar lo que estaban diciendo. Alex, ¿no te acuerdas? Esa fue la noche que me llevé tu coche a mi casa en Revere, para mirarle los frenos.

A Alex se le iluminó el rostro.

—¡Ah, sí! Ahora me acuerdo. Gracias por escuchar. Normalmente no lo considero una virtud, pero dadas las circunstancias ha resultado útil.

—Pero tú ¿qué eres? ¿Técnico de laboratorio o mecánico? —preguntó Avakian, con gesto de hartazgo.

—Sé algo de coches —replicó Frank con una amplia sonrisa—. Me saco un

sobresueldo con eso.

—¿Puedes demostrar lo que estás diciendo? —preguntó Cyrus.

Frank se encogió de hombros.

—Creo que tengo las pinzas y los discos originales del Honda en mi garaje. ¿Los quieren?

—Sí, los queremos —dijo Cyrus con tono no demasiado amable.

Cuando los agentes del FBI se hubieron marchado, Alex llamó a Frank al despacho.

—Gracias, Frank.

—No hay de qué.

—¿Por qué lo has hecho? Arreglaste los frenos en septiembre pasado.

—Tú has hecho muchas cosas por mí, Alex. Olvídalo.

—Estos tipos me están haciendo la vida imposible por no sé muy bien qué.

—No tienes que darme explicaciones —desestimó Frank, haciendo un gesto con la mano.

—Te debo una —agradeció Alex—. Te debo una bien gorda, tío.

—Estoy seguro de que encontrarás una manera de pagármelo —respondió Frank esbozando media sonrisa.

El día 31 se presentó muy frío. Al anochecer empezaron a caer unos pocos copos planos que fueron adquiriendo volumen. Los primeros flecos de una tormenta como está mandado, de las que llegan a Massachusetts por el noreste. La noche se cerró y el viento arreció. La nieve empezó a acumularse y había previsión de más nevadas. Por toda la ciudad se iban al garete los planes de celebración y los bostonianos se acomodaban para recibir el nuevo año en casa.

Avakian se sacó de la manga el típico plan de barrio para la velada. Mandó a su hija de catorce años a hacer de canguro de los hijos de los vecinos e invitó a estos a tomar un martini mientras veían una película.

Emily Frost se había presentado voluntaria para hacer guardia en el ala de psiquiatría del Hospital Infantil. No veía en ello mucho sacrificio. No bebía, tenía pocos amigos en Boston y lo cierto es que no le habían propuesto demasiados planes emocionantes que se hubiese visto obligada a rechazar. Su compañera de piso, cirujana pediátrica, iba a pasar la noche en casa de sus padres en Nueva York, así que tenía el apartamento para ella sola. Se apoltronó en un cómodo sillón con el biper en el regazo y un libro. Últimamente le interesaban los sonetos de Shakespeare, que ahora hojeaba por encima mientras fuera caía la nieve.

La ventisca había obligado a Marian y Marty a cancelar el plan de cenar en un restaurante. Además, Tara tenía unas décimas de fiebre. Marian iba de aquí para allá, tomándole la temperatura a la niña cada hora. Esta tenía en realidad bastante buena cara y Marty trató de convencer a su mujer de que evitase meterlos a los tres en una tormentosa excursión a urgencias, a menos que fuese absolutamente necesario.

Cyrus estaba en su apartamento, dando cuenta de unas cuantas cervezas. Como de costumbre, la música brasileña se filtraba a través de los finos tabiques. Él había puesto Bach para contrarrestar. La televisión estaba apagada, como la mayor parte del tiempo. Su lectura de esa noche sería *El rey Lear*, la tragedia que más le gustaba, tan desdichada en su esencia que pensó que le haría ver de otra manera su propia desgracia. Se topó con un fragmento conocido: «Como moscas a merced de muchachos traviesos somos para los dioses; nos matan para su diversión».

Cerró el libro y lo dejó a un lado, frotándose los ojos con la palma de la mano.

«¿No somos más que eso? —pensó—. ¿Moscas a merced de muchachos traviesos? ¿No hay ningún sentido más allá? ¿Qué hay de Dios? ¿Qué hay de Su voluntad? Y si Él tiene un plan mayor, ¿qué razón tiene la enfermedad de Tara?»

Quizá, en contra de sus creencias más íntimas, la oscura realidad era bien sencilla: el destino no era más que azar. Dios era una invención del hombre, construida para

dar falsas esperanzas. El gran arquitecto no existía. Tara, su pequeña, no era más que una mosca aplastada por esos muchachos traviesos, zumbando furiosa sobre el alféizar con un ala rota, luchando por conservar la vida.

Alex y Jessie se habían tumbado cómodamente en la cama, sobre el edredón. Ambos estaban emocionados. Alex tomaría primero y después Jessie: sujetos voluntarios de un grandioso experimento que tenía como fin determinar la dosis adecuada de uróboros. Si medio miligramo los llevaba hasta la mitad del río quizá un miligramo entero les permitiría avanzar más. Pero no. Doblaron la dosis pero seguían sin poder pasar de la mitad.

Así que probaron a aumentar la dosis una vez y otra. Con dos miligramos y medio, Alex pasó horas inconsciente. Jessie pasó la noche histérica, comprobando las constantes de Alex, preguntándose si debía llamar a una ambulancia. Pero no hizo nada por miedo a que los descubrieran y no poder tomar el compuesto nunca más. Cuando se recuperó, reiteró adormilado el parte habitual: pese a su duración, la experiencia había sido la misma. Sí, maravillosa, asombrosa, pero no mejor que la vivida con aquellas dosis inferiores de líquido puro que tomaron la primera vez. El éxtasis era menor.

Así que se propusieron seguir una pauta: tomarían solo un pellizco minúsculo de cristales, medio miligramo. Cada viaje era un prodigio. Nunca se cansaban. Cuando volvían no podían hablar de otra cosa ni pensar en otra cosa que no fuese la siguiente vez y la siguiente y la de más allá.

Eso no impedía, sin embargo, que Alex Weller siguiera dándole vueltas a la cabeza.

El compuesto natural era mejor que el sintético. Y cuanto más joven la persona «donante» más profunda la experiencia.

Quedaba trabajo por hacer, pues. Necesitaba más muestras, víctimas más jóvenes. Había creído estúpidamente que la matanza había terminado, que la sustancia artificial valdría. Se había equivocado. Tenía que seguir investigando.

Y la noche de Fin de Año tuvo el pensamiento más oscuro de todos.

«Soy pediatra.

»Veo casos incurables a diario. Niños que van a morir.

»Puedo ayudarles a llegar a un lugar mejor».

En particular le interesaba una niña. Una niña encantadora a la que ya no se le podía ayudar. Una niñita cuyo padre lo estaba persiguiendo a él e intentaba echar por tierra uno de los estudios científicos más importantes de todos los tiempos.

Tara O'Malley.

Jessie lo llamó por su nombre e interrumpió su reflexión. Alex abrió la boca y dejó que ella depositara amorosamente los cristales sobre su lengua. Estrenaría el

Año Nuevo con un feliz viaje al otro lado. Otra fiesta desgarradoramente maravillosa junto a Dickie Weller.

En el vestíbulo se amontonaba una pila de botas y zapatos, en mitad de un charco de nieve fundida que no dejaba de crecer. Alex revoloteaba nervioso por su salón, deteniéndose apenas un momento con cada uno de sus invitados. Habían acudido todos los habituales: Davis Fox, Arthur Spangler, Larry Gelb y su joven pareja, Lilly, Frank Sacco y Erica Parris.

Spangler se le acercó tanto que Alex no pudo evitar sentir su aliento a tabaco de pipa y caramelos de menta.

—No tendrás algo para nosotros esta noche, ¿no, Alex? Es Año Nuevo, ya sabes. No sé si tendré estómago para otra conferencia sobre arquetipos.

—Ya veremos, Art —respondió Alex—. No quiero que te lleves un chasco.

Spangler le pidió que no se mostrara tan fastidiosamente enigmático pero en ese momento Alex vio entrar a alguien y dejó al profesor con la pregunta en el aire.

Para su sorpresa, Sam Rodríguez había vuelto. Palmeó al joven en la espalda a la vez que lo saludaba.

—Me alegro de verte, tío.

—Sí. Voy a darle a esto otra oportunidad —dijo sin quitar la vista de encima al trasero redondeado de Erica.

—¿A Uróboros o a Erica? —preguntó Alex.

—Déjame en paz, tío —le contestó Sam, riéndose entre dientes.

—Bueno, en cualquier caso me alegro de que hayas venido. Jessie está en la cocina. Dile que te ponga algo de beber.

A las ocho en punto, Alex pidió a todo el mundo que ocupara su lugar en los cojines del suelo, que formaban ya el tradicional círculo. Ese día eran catorce. Se sentó a horcajadas sobre su almohadón y guiñó un ojo cómplice a Jessie, en referencia a su secreto compartido.

—Feliz Año Nuevo a todo el mundo —felicitó con voz potente—. Espero que estéis pasando buenas fiestas y etcétera, etcétera. Creo que este va a ser un año interesante para nuestro pequeño grupo, un año de cambios vitales. Empezando por esta noche. —Hizo una pausa dramática y escudriñó los rostros iluminados por las velas. Le agradó comprobar que todo el mundo atendía en silencio—. Todos los presentes compartimos un interés: tratamos de averiguar cómo encaja la vida en el universo. ¿Hay algo más, aparte de esto que vemos, más allá de este intervalo de tiempo que vivimos sobre la tierra, entre el nacimiento y la muerte? Bien, todos sabéis cuál es mi opinión al respecto. Y todos los que han vivido experiencias cercanas a la muerte opinan igual. Creemos que hay más. Llamadlo «otra vida»,

llamadlo «cielo» o como queráis. En cualquier caso, no hemos llegado a esta creencia a través del adoctrinamiento religioso. Hemos llegado porque algunos hemos compartido —y todos hemos leído sobre ello— experiencias muy intensas que han cambiado nuestras vidas y nos han empujado a extraer profundas conclusiones. Como sabéis, aquí, en nuestros simposios, se ha hablado mucho sobre estas experiencias. Hemos estudiado el inconsciente colectivo junguiano, hemos estudiado mitologías, textos sagrados, literatura científica... Cualquiera cosa que nos acercara un poco más a la respuesta. También hemos explorado por nosotros mismos, hemos tomado sustancias tratando de acercarnos un poco más a la línea que separa vida y muerte, para echar un vistazo al otro lado. Esas sustancias, no obstante, se han probado rudimentarias. Casi primitivas, diría. El LSD, la salvia, la ayahuasca, la ketamina. Reconozco que fue divertido, pero las experiencias que vivimos fueron muy variadas y heterogéneas. Me temo que aquello no eran más que falsas aproximaciones a la experiencia cercana a la muerte. Sin embargo, amigos y amigas, esta noche todo eso va a cambiar.

Arthur Spangler no pudo contenerse. Estaba hiperactivo, casi saltando sobre su cojín.

—Por Dios, Alex. Habla ya. Nos tienes en ascuas. ¿Qué es lo que tienes?

Alex rió y entró en su dormitorio. Cuando regresó traía un vaso lleno de unos finos rollos hechos con papel de regalo, que parecían dulces. Lo del envoltorio había sido idea de Jessie. A él le había encantado. Sus cristales presentados de esa forma tan elegante.

—Esto es lo que tenemos.

—Muy bien, ¿y qué es? —preguntó Gelb.

—Yo lo llamo «compuesto uróboros». La mayoría de vosotros sabéis que he investigado el origen biológico de las experiencias cercanas a la muerte más comunes, que muchos humanos han vivido. Y creo que lo he encontrado. Se trata de un compuesto químico producido naturalmente por el cerebro en el momento de la muerte. Parece que es común a varias especies de mamíferos.

La expresión de Frank Sacco denotó sorpresa, casi dolor. Alex leía la decepción en su rostro: le habían ocultado experimentos llevados a cabo en su propio laboratorio.

Sam Rodríguez levantó la mano educadamente, como si estuviera en clase.

—¿También a los humanos?

Alex mantuvo una intrigante expresión y respondió afirmativamente.

—Ese sería un experimento complicado, Sam. A menos que te quieras presentar voluntario. Para aislar el compuesto químico en primer lugar hay que privar al cerebro de oxígeno, como se hace con los animales. Algo que con bastante certidumbre un comité ético jamás aprobaría. Dicho esto, puedo decirte que tienes

delante a dos personas que han tomado esta sustancia y van a hablar sobre ella. — Alex le pidió a Jessie que se pudiera en pie y la rodeó con el brazo—. Ambos la llevamos consumiendo varias semanas. Podemos decir que es la experiencia definitiva. No hay nada que se le parezca. Nada.

—Yo no puedo explicar con palabras lo hermoso que es —asintió Jessie.

Spangler no cejó en los aspavientos y la impaciencia.

—Pero bueno, ¿cómo es, Weller? ¡Cuéntenos algo más!

—No, no voy a contar nada más. Y te voy a decir por qué —replicó Alex—. Aquí tenemos suficiente para todos. Si lo queréis probar, Jessie y yo quedaremos a vuestro cuidado. Cuando volváis del viaje, compararemos experiencias. No quiero condicionaros previamente.

—¿Cuánto dura el viaje? —preguntó Erica.

—Con la misma dosis que os vamos a ofrecer hoy, Jessie y yo hemos viajado algo menos de una hora. Sube bastante rápido, en cualquier caso.

Hubo preguntas sobre seguridad, efectos secundarios, etcétera.

Alex escuchó pacientemente las dudas y preocupaciones de sus compañeros e insistió en que no iba a mentir. Reconoció que dos personas no eran una muestra muy amplia. Aun así, ni él ni Jessie habían sufrido efectos secundarios, siquiera con dosis más altas. Pero no podía garantizar nada. El riesgo existía. Todo el mundo debía aceptarlo. Quien tuviera miedo o se preocupase demasiado debería dejarlo pasar y ayudarlos a ellos. Ocurriese lo que ocurriese, exigió a todo el mundo que mantuviera el secreto, como era costumbre cuando consumían drogas en grupo.

Recorrió el corro preguntando a cada uno de los invitados si querían probar o no. Spangler aceptó de inmediato, con alegría casi infantil. Gelb aceptó con un torvo gesto de escepticismo. Lilly, su novia, dijo sí también, obediente. Erica y Sam no dudaron en apuntarse. Virginia Tinley, la abogada de patentes, con gafas de culo de vaso y pelo recogido en una coleta bien ajustada, argumentó sus pros y contras en voz alta para conocimiento general. Le asustaban las drogas y no tomaba ni aspirinas para el dolor de cabeza, pero era una de las personas del grupo que habían vivido una auténtica experiencia cercana a la muerte. Ocurrió en la consulta de su médico, tras una inyección. Sufrió un grave choque anafiláctico con parada cardíaca. Había flotado, había entrado en el túnel, había visto la luz y se había sentido libre y feliz por primera vez en su vida. Pero hasta ahí. Consiguieron reanimarla y al poco tiempo estaba de vuelta, convencida del significado profundo de aquella experiencia. Pero en ese momento sorprendió a todo el mundo cuando dejó a un lado el debate consigo misma, miró a Alex a los ojos y dijo sí.

Davis Fox también aceptó entusiasmado. Cuando fue el turno de Frank, el joven asintió con la cabeza pero no se guardó el reproche.

—No puedo creer que me ocultaras esto, Alex. Trabajamos juntos, por favor.

Alex conservó la sonrisa mientras pensaba: «No, Frank, tú trabajas para mí, y fue un error involucrarte en el proyecto uróboros». Pero sus palabras fueron otras.

—Lo siento, tío. Ha sido uno de esos proyectos que tenía que cerrar a toda costa. Lo vas a disfrutar.

Solo tres personas declinaron la invitación. Una reservada alumna del MIT, coreana; un arquitecto, futuro padre de un niño que nacería en una semana y que no quitaba ojo de encima a su iPhone, pendiente de la potencial noticia de un parto inminente; y un profesor de anatomía de la facultad de medicina de la Universidad Tufts que se mostró incapaz de superar el miedo a tomar una droga desconocida.

Alex invitó jovialmente a los no participantes a integrarse en las filas de los cuidadores y asignó a cada uno dos o tres personas a las que vigilar.

Bajó la música mientras Jessie colocaba las velas en lugar seguro. Entonces, como un sumo sacerdote que hiciese una ofrenda, fue rodeando el círculo e invitando a unos y otros a coger su dosis.

—¿Qué hacemos con esto, Weller? —demandó Spangler, olfateando el tubito de papel.

Alex dio en voz alta las explicaciones oportunas.

—Abrid uno de los extremos y depositad el contenido sobre la lengua. Tened cuidado. Son solo unos pocos cristales. Está algo amargo, pero no demasiado. En su mayor parte se disolverá. Tragad cuando sintáis la necesidad y el resto lo ingeriréis.

Nadie se atrevía a ser el primero. A la luz tenue de las temblorosas velas, unos y otros jugueteaban con sus paquetitos y atendían a lo que hacían los demás. Sam Rodríguez, harto al parecer de la indecisión general, exclamó «¡que le den!», arrancó con los dientes el extremo del envoltorio azul y se echó los cristales en la boca.

—Sabe a un chicle ácido que se hubiese estropeado. Ya está hecho: ¡los que no os lo metáis sois unos rajados! —anunció tras tragar, cruzando los brazos y dirigiendo una desafiante mirada al resto del círculo.

Uno a uno los participantes respondieron al reto, vaciando los paquetitos en la boca y tragando. Jessie repartió vasitos de papel con agua fría para quitar el amargor y los cuidadores tomaron posiciones tras las personas que tenían a su cargo. Alex susurró tiernamente a Jessie que luego les tocaría a ellos.

Alex no olvidaría esa hora siguiente durante el resto de su vida.

Siempre atento a la faceta científica, trató de anotar todos los detalles, aunque en última instancia la tarea se demostró imposible. Había nueve individuos: demasiadas observaciones, demasiadas horas y minutos que apuntar. Tiempo pasado hasta el primer pestañeo involuntario, tiempo pasado hasta la postración, ritmo cardíaco y respiratorio, reacción pupilar, expresión facial, tics. Gemidos, suspiros, palabras sueltas. También debía ocuparse de tranquilizar a los tres nuevos cuidadores y hacerles saber que no debían preocuparse por quienes se habían quedado tumbados

en el suelo sin reaccionar, que todo marchaba correctamente. La chica coreana empezó a llorar y Jessie terminó pasando más tiempo calmándola que con las tres personas que tenía a su cargo: Gelb, su novia, Lilly, y Virginia, cuyas gruesas gafas milagrosamente se mantuvieron en su sitio todo el tiempo.

Alex se interesó especialmente en la expresión. Intentaba interpretar perseverante las curvas de la boca, el arqueado de las cejas, la humedad en los ojos. Lo que ocurría en sus cabezas. Sam mantuvo la mayor parte del tiempo una pícara sonrisa. Erica tenía una expresión apacible pero no cesaba de hacer breves movimientos corporales, como un cachorro dormido. Gelb dibujó un gesto inquisitivo que no era demasiado distinto de su expresión habitual. A Lilly, que se había acurrucado junto a él, le corrían lágrimas sobre las suaves mejillas. La que más le preocupaba era Virginia. El pulso le había subido a ciento cuarenta, respiraba rápido y se quejaba en voz alta, pero no parecía dolor sino más bien placer. «Dios santo —bisbiseó a Jessie con media sonrisa—, creo que Ginny va a tener un orgasmo». Pero las viscerales respuestas de la chica no alcanzaban el clímax, aunque se mantenían en un punto de elevada intensidad. Alex comprobó nervioso sus constantes una y otra vez. Cuarenta minutos más tarde, expresó abiertamente su inquietud por la persistente taquicardia. «Ojalá hubiera manera de hacerla volver, Jessie —susurró de nuevo—. Esto es demasiado para ella. Me estoy empezando a preocupar».

Entonces, poco antes de la hora, uno tras otro fueron regresando, parpadeando desorientados mientras aterrizaban, de vuelta al salón de Alex. Este hizo todo lo posible por registrar la hora del final del viaje y las reacciones de cada uno en el momento de recuperar la lucidez, sin alejarse demasiado de Virginia, que aún lo tenía preocupado. La mujer seguía totalmente inconsciente, pero el pulso, aunque rápido, no había perdido intensidad. Era fuerte y regular, y ella presentaba buen color.

Sam había sido el primero en marchar y fue el primero en regresar. Se despertó con una mirada de sorpresa y trató de levantarse, pero le temblaban las piernas así que volvió a dejarse caer sobre el almohadón. Su mirada vagó en busca de Alex, que más tarde recordaría entre risas sus primeras palabras: «Hostia. Puta. Tío. Hostia. Puta». El joven entonces enterró la cara entre las palmas, incapaz de ahogar los hipidos.

Jessie corrió a su lado, le masajeó los hombros y le susurró al oído.

—No te preocupes, ya sabemos cómo es. Todo está bien.

El siguiente fue Gelb. El tipo siempre había tenido algo de travieso. Él era siempre el gato que se había comido al canario. Se levantó en shock e instintivamente alargó el brazo para despertar a Lilly, que aún dormía.

—¡Lilly! —gritó—. ¡Despierta! ¡He estado con mi madre! ¿Me has oído? ¡Mi madre! ¡Estaba ahí!

Alex se le acercó y lo tomó de la mano.

—Lilly no tardará en despertar, Larry. Hay que esperar unos minutos.

—Dios santísimo, Alex, jamás, nunca en mi vida había vivido nada así.

—Lo sé, Larry. Toma, bebe un poco de agua. Hablaremos sobre todo ello pronto. Espera a que se despierte Lilly. Cuando lo haga tienes que estar ahí.

La siguiente fue Erica. Llegó sollozando de alegría. Luego Spangler, aturdido. A continuación, Frank, tratando visiblemente de contenerse y no demostrar sus sentimientos en público. Después, Melissa Cornish, una joven profesora de la universidad Northeastern; Vik Pai, estudiante de posgrado de la facultad de Teología de Harvard; Steve Mahady, profesor de ciencias de Boston. Todos, menos Virginia, estaban ya conscientes y en la sala resonaban estas palabras: «Oh, ¡Dios mío! ¡Por favor! ¡Mi madre! ¡Mi padre! ¡Mi hermano! ¿Lo has visto? ¡Había un río! ¡Ha sido increíble! ¡No tenía ni idea de que iba a ser así! ¡Por Dios, Alex!».

Virginia era la última. Jessie y los cuidadores se ocuparon de los recién despiertos y Alex volvió al lado de la chica, rezando en silencio por que regresara. Entonces, a la hora y cuarto de la ingesta, despertó la joven como un torbellino, dando golpes y gritando cual posesa, hablando sobre la gloria que había visto, ¡la gloria de Dios! Alex la abrazó fuerte, no para consolarla, sino porque temía que tropezase y se hiciese daño.

—¡Estaba Patty! ¡Estaba Patty! ¡Estaba allí, con Dios, estoy segura! ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —vociferaba.

—Me alegro por ti, Ginny —dijo Alex—. De verdad, me alegro mucho por ti. ¿Quién es Patty? ¿Quién es, cariño?

—¡Mi hermana! ¡Mi hermana gemela! Murió hace veinticinco años. Oh, Dios mío, ¡me estaba llamando! Por favor, ¡déjame volver, Alex! ¡Tienes que ayudarme a volver!

La mujer rozaba la histeria. Los gritos y empujones desconcertaron al resto, que aún intentaba asimilar sus propias experiencias. Alex pidió a Jessie que la agarrase y fue corriendo a por la botella de ponche navideño, que habían dejado en la cocina. Sirvió unos cuantos dedos en un vaso y obligó a Virginia a beberlo de un trago. Ella tosió e intentó escupir, protestando y diciendo que no bebía alcohol, pero al final tragó y fue calmándose poco a poco.

Por fin, se hizo la calma en el salón. Algunos se habían quedado mudos, otros hablaban a trompicones. Alex se levantó y se dirigió al grupo, con las manos hundidas en los bolsillos y la cabeza ligeramente inclinada. Se sintió repentinamente agotado.

—Hola a todos. Bueno... ¿Qué os ha parecido? Esto es diferente a cualquier otra cosa, ¿no es cierto? Soy consciente de que habéis vivido cosas muy profundas y de que quizá queráis reflexionar sobre ello en soledad. Pero me parece importante que no deshagamos el grupo aún y que dediquemos un momento a comparar notas, a

hablar sobre lo vivido. Así es como aprenderemos. Así encontraremos la luz.

Comenzaron las historias. Voces apagadas y lágrimas vertidas fueron prodigándose en torno al círculo. La solemnidad de la noche ayudó a extraer conclusiones.

Todas las historias eran la misma.

Todos y cada uno de ellos describieron al detalle el mismo viaje.

La única diferencia la marcaban el hombre, la mujer, el niño o la niña que esperaban al otro lado del río de luz. Spangler había visto a su hermano Phil, muerto en Vietnam. Sam, a su padre, al que mató un atracador siendo él niño. Gelb vio a su anciana madre, que había muerto de un derrame hacía quince años. Lilly encontró a su abuela, fallecida hacía una década en Taiwan. Para Erica fue su tía favorita, que tanto la había mimado siempre, hasta su reciente muerte por cáncer. Davis encontró a su abuelo Clark, el hombre más bueno que había conocido nunca. Y Virginia contó entre lágrimas que su hermana gemela se había caído en un lago helado, hacía mucho tiempo, y describió el dolor que seguía sintiendo todos y cada uno de los días de su vida. Todos mencionaron la misma sensación: había algo más, al otro lado de la llanura infinita. Algo maravilloso e importante.

Solo Frank Sacco no quiso hablar. Mantuvo los labios apretados, como una ostra que se negara a abrirse, y una postura incómoda, retorcida. Alex se mostró cuidadoso con él y lo dejó estar. Lo observó sin embargo furtivamente el resto de la noche, tratando de dilucidar qué ocurría tras esa máscara de reticencia.

Cuando terminó de hablar la última persona del grupo, Erica levantó la mano.

—¿Sabéis lo que ha sido? La apoteosis. La apoteosis absoluta.

Entre murmullos de aprobación, Spangler se puso en pie, con un audible crujido de rodillas.

—Por Dios santo, Weller: yo he sido fundamentalmente ateo durante toda mi vida adulta. Pero ¿sabes lo que pienso ahora? —Alex negó con la cabeza y esperó a que Spangler continuase. Este se enjugó las lágrimas saltadas, bruscamente—. Nunca pensé que yo fuera a decir algo así jamás, pero creo que esta noche, aquí, en este lugar, hemos demostrado que después de la muerte hay vida.

A Virginia Tinley le temblaban tanto las manos que no era capaz de sacar las llaves de su casa del bolsillo. Descorrió los cerrojos, encendió la luz y fue directamente a su dormitorio. Era muy meticulosa haciendo la cama: sábanas color melocotón perfectamente extendidas y tres filas de almohadas con volantes, amén de un alce de peluche, el juguete más querido de su infancia.

No le preocupaba lo que pudieran pensar los hombres de una mujer de treinta y cinco años que tenía un muñeco de peluche en la cama, porque jamás ninguno había entrado en su dormitorio. No es que le faltara el deseo: había dos compañeros del bufete de abogados que le gustaban bastante. Era más bien que, al parecer, los hombres no se sentían atraídos por ella. Pero había dejado de preocuparse por aquello y había llenado su vida con las cosas que le hacían feliz: libros, cine, sus vacaciones anuales en la isla de San Bartolomé y su extrañamente maravillosa Sociedad Uróboros, que le había proporcionado la manera de explorar su lado espiritual.

Ni siquiera ella misma esperaba terminar tomando la sustancia ofrecida por Alex. Siempre se había negado a probar las drogas que se consumían en la Sociedad, hasta la marihuana. No le gustaba la sensación de estar colocada y le obsesionaba la idea de meterse en algún problema y terminar perdiendo su licencia de abogada y su empleo. Sin embargo, aquella noche vio algo salvaje en la mirada emocionada de Alex que le hizo dejar atrás las precauciones. Tuvo una corazonada muy en lo hondo al respecto de esos cristales y, contra todo pronóstico, al final abrió la boca y se los tragó.

Se quitó enérgicamente los zapatos, se dejó caer en la cama y se acurrucó sobre las almohadas, con el alce de peluche entre los brazos. Olía a viejo y a infancia, esos mismos aromas que recordaba de su hermana. Virginia seguía teniendo las gafas puestas. Se las quitó y descuidadamente las dejó caer. Rebotaron en el colchón y cayeron al suelo, pero no le importó.

Cuando cerró los ojos volvió a ese lugar. Emergió del túnel y accedió a la llanura verde, caminando anhelante hacia el rumor del río. ¡Qué alegría! ¡Qué arrebató! El cuerpo se le estremecía. Cuando revivió la visión de su hermana, esa niña ideal, al otro lado del río... el placer se hizo tan intenso que empezó a doler.

¡Patty!

Allí estaba. Una feliz niña de diez años, saltando y corriendo a lo largo de la orilla del río como una mañana de Navidad, agitando los brazos enérgicamente en dirección a Ginny. Estaba tan guapa y tenía la misma buena cara que el día que se hundió bajo el hielo para no volver jamás.

Virginia abrió los ojos. Estaba de vuelta en su habitación. Creyó que iba a llorar,

pero no lo hizo. Se incorporó y empezó a quitarse la ropa. Una vez desnuda, abrió el grifo del baño. Añadió sales de baño y contempló las burbujas crecer.

Nunca se paseaba por su apartamento desnuda, ni siquiera estando sola. Pero en esa ocasión lo hizo, y mientras se llenaba la bañera preparó una infusión.

Metió un pie cuidadosamente en el agua y se sumergió despacio, hasta la nuca. Sacó el brazo entre la espuma para coger la taza que había colocado en el borde de la bañera.

Sonrió. Un placer perfecto. El agua caliente y jabonosa, el vigorizante té al azahar, la visión de su hermana sonriente. Por primera vez en su vida se sintió plenamente feliz.

Junto a la taza había un cuchillo de cocina. Lo aferró y sin dudar un segundo hizo un profundo corte a través de la muñeca hasta que empezó a brotar la sangre. Dejó la muñeca hundirse en el agua. La espuma no tardó en tomar un tono rosáceo.

No dolía.

Era maravilloso.

—Ya voy, Patty —dijo—. Ya voy.

—Ella ya no quiere más quimio. Y yo no quiero que le den ningún ciclo más —dijo Marian con insistencia.

Cyrus apretó el teléfono pensando en el cuello de Marian. Trató de modular la voz. Si él estallaba, ella estallaría. Y sería el punto final de la conversación.

—Pero acabas de decir que según el escáner las cosas están peor.

El astrocitoma volvía a crecer. La medicación no hacía efecto.

—Ya hemos pasado por esto antes, Cyrus. No pueden hacer nada más por ella.

—Todos los días salen cosas nuevas. Tú eres la experta en internet. ¿Qué dicen los puñeteros blogs sobre tumores cerebrales? ¿No hay nada nuevo?

—Lo hemos probado todo —dijo, rompiendo en un llanto torrencial—. ¿Es que no lo entiendes? ¡Lo hemos probado todo!

Y con eso colgó, dejándolo con la palabra en la boca.

Cyrus se quedó mirando fijamente el teléfono y colgó el auricular. La cegadora luz del sol se derramaba sobre su escritorio. No le interesaba en absoluto contemplar ese azul y frío cielo, así que echó los estores.

La documentación sobre los asesinatos del taladro permanecía intocada frente a él. El caso seguía vivo, pero se enfriaba. No tenía nada sobre Alex Weller más allá de una profunda sospecha. El caso prioritario era ahora una serie de atracos a bancos en el sur de la ciudad. Por desgracia, Avakian y él tenían que ir a entrevistarse con el director de una de las oficinas en una hora. Tendría que intentar no pensar en Tara, apartarla a un rincón de su mente para poder seguir funcionando. Se sentía mal al respecto, pero ¿qué podía hacer? ¿Cerrar el tinglado, pedir la baja médica, sentarse en su porquería de apartamento y emborracharse desde por la mañana con un libro en el regazo?

Alex pasó el día después del simposio en un estado vertiginoso, casi de descontrol. No había abierto siquiera el plástico del periódico dominical. Ni Jessie ni él habían comido apenas. Cuando se cansaron de hablar sobre lo ocurrido la víspera, Jessie rogó a Alex que le dejase tomar uno de los paquetitos que habían quedado. Mientras él la vigilaba, siguió escribiendo furiosamente en uno de sus cuadernos del laboratorio. Tenía que quedar constancia científica de todo lo que había pasado la noche anterior.

«Algún día —pensó escudriñando los párpados agitados de Jessie—, se hablará de esta noche de sábado en Cambridge, Massachusetts, como de una de las grandes

fechas de la historia de la humanidad». Esa posibilidad le tenía cautivado y se regodeaba una y otra vez en ello con pomposidad. Aunque ¿de verdad era algo tan grandioso?

El ser humano ha vivido obsesionado con la idea de la vida después de la muerte desde los albores de la historia, y probablemente desde antes. Pese al esfuerzo denodado de grandes filósofos occidentales —Santo Tomás de Aquino, Descartes, Leibniz, Kant, Hegel— por demostrar la existencia de Dios, la única «prueba» que existía al respecto eran unos cuantos argumentos bien elaborados, impresos sobre papel. La fe de los creyentes manaba de fuentes culturales y religiosas. De pruebas empíricas no, eso por descontado.

¿Había cambiado la noche del sábado todo aquello? ¿Cómo podría si no una mente racional explicar el hecho de que un grupo de hombres y mujeres de diferentes creencias —cristianos, judíos, agnósticos, ateos— compartieran una experiencia, no ya parecida, sino idéntica, bajo los efectos de una sustancia extraída del cerebro humano en el momento de la muerte?

No obstante, después de tantas embriagadoras emociones, Alex se había sentido turbado por alguna razón. Ese día, lunes por la mañana, seguía dándole vueltas a la cabeza. Su laboratorio bullía de actividad pero él se encerró en su despacho, encorvado sobre su ordenador, leyendo al vuelo revistas científicas en línea, tomando abundantes notas, apuntando referencias e ideas.

¿Por qué era la experiencia de la vida después de la muerte más intensa con el compuesto natural? Ninguna de las personas que había probado el sintético había logrado pasar de la mitad del río. ¿Por qué? ¿Por qué Jessie y él habían tenido una percepción mucho más vívida de la presencia divina? Esa «apoteosis», como había descrito Erica..., ¿por qué ellos la habían sentido aún más intensamente?

Alex releyó una y otra vez los comentarios que Miguel Cifuentes había hecho sobre los isómeros. Ahí, pensó, debía de hallarse la respuesta. Cifuentes había optado por la opción más probable de entre una decena o más de isómeros del péptido, según criterios químicos, físicos y probabilísticos. Podría haberse equivocado en su elección. O quizá era aún más complicado. ¿Y si en los estertores de la muerte el cerebro producía varios isómeros a la vez?

El timbre del teléfono interrumpió sus cavilaciones. Alex lo miró irritado y decidió dejarlo sonar hasta que saltara el contestador, pero vio que era Davis Fox.

—¿Qué tal, Davis?

—Alex, ¿te has enterado ya? —Davis parecía alterado.

—¿De qué?

—¡Ha muerto Ginny!

Alex respiró hondo.

—¿Qué ha pasado?

—Me ha llamado Erica. A ella se lo dijo Liam. Se ha cortado las venas. Una amiga de Ginny, que no es de la Sociedad, la encontró anoche, después de intentar contactar con ella. Dios santo, Alex, ¿estás pensando lo que yo?

—¿Que fue el compuesto?

—Sí.

A Alex se le atropellaban los pensamientos. No podía quitarse de la cabeza ese *déjà vu*. En algún momento había considerado la posibilidad de que ocurriese algo así. Era como si ya supiese que había ocurrido.

—¿Quién más lo sabe? En la Sociedad, me refiero —inquirió Alex, tratando de eludir la pregunta de Davis.

—No estoy seguro. Si quieres hago un par de llamadas.

—Sí, por favor. Y luego llámame.

Pero Davis no colgó enseguida. Estaba claro que quería decir algo más.

—Alex... Yo no he podido dejar de pensar todo este tiempo en lo del sábado. Quizá Ginny haya hecho lo correcto.

Por toda respuesta, Alex farfulló algo, colgó y cogió el abrigo. Hacía demasiado calor allí dentro. Necesitaba dar un paseo, pensar un poco al fresco. Sus becarios de posdoctorado chinos le sonrieron mientras él atravesaba el laboratorio. Frank Sacco le lanzó una mirada esquiva y al instante volvió a enfrascarse en su trabajo. Llevaba toda la mañana evitando a Alex, tal y como había hecho la noche del sábado, cuando se escabulló sin decir palabra.

Alex dio unas cuantas vueltas al Gran Cuadrángulo, aplastando con sus botas de senderismo los cristales de sal que habían esparcido para derretir la nieve. Antes del sábado, jamás había dedicado a Ginny ni dos minutos de reflexión. Era inteligente, suponía, pero aburrida. Una mosquita muerta. No estaba formada en los campos que le interesaban a él y rara vez aportaba nada interesante a los debates. Lo único que la hacía atractiva era que pertenecía al club de los que habían vivido muy de cerca la muerte. Su experiencia había sido de las buenas. Él le daba credibilidad.

Ginny. Suicidio.

Le había llamado la atención su exagerada reacción al compuesto. Su caso había sido extraño y en ciencia siempre se aprende de los casos extraños. Su viaje había durado más que ninguno y además había tenido un despertar violento. Estuvo cerca de perder el control. Quería desesperadamente regresar con su hermana gemela. Lo suplicó.

Y entonces decidió quitarse de en medio, por su cuenta. Lo decidió y así lo hizo, la maldita. Alex suspiró y recordó de nuevo el momento en que él tuvo en la mano el afilado abrecartas, considerando hacer exactamente lo que ella.

Siguió caminando hasta que se le durmieron las orejas por el frío helador. Volvió a su abarrotado despacho y se dejó caer pesadamente en el sillón con el cuerpo

abotargado. Había tanto que hacer. Tantas preguntas, tantos experimentos. Se pondría con ellos esa noche, cuando el laboratorio quedase vacío. Lejos de ojos indiscretos. Había terminado por disfrutar del trabajo nocturno.

Con los nudillos rozó sin querer el lomo de su cuaderno de notas, que había dejado descuidadamente encima de la mesa. En uno de los estantes había una taza de café llena de gomas elásticas. La vació y sacó una pequeña llave de cobre que había escondida entre las gomas, con la que abrió el cajón inferior de su escritorio. Dejó el cuaderno dentro y entonces se dio cuenta de que el frasco no estaba.

El frasco del péptido. ¡No estaba!

Rebuscó frenético en el cajón, luego por todo el escritorio, por fin a lo largo y ancho del despacho. Sintió que la garganta se le cerraba. ¡Tenía que estar en algún sitio! Nadie más sabía de su existencia. Nadie tenía la llave. El sábado por la mañana había estado allí para calcular las dosis que luego tomarían en la Sociedad. Estaba seguro, completamente seguro, de que había vuelto a meter el frasco en el cajón y de que había cerrado con llave. Había tomado todas las precauciones. Era algo que le obsesionaba, como tantas otras cosas desde que era un asesino. Trató de controlar la respiración y volvió a rebuscar en el despacho.

Entonces cayó. Frank.

¿Quién si no?

Él tenía acceso. El sábado probó el compuesto. Además, llevaba toda la mañana comportándose de manera muy extraña. Alex salió al laboratorio y llamó al joven con la voz más seca y asertiva que pudo.

—¿Qué ocurre, Alex? —preguntó Frank con la mirada baja.

—Falta una cosa de mi despacho. ¿Sabes algo?

—¿Que falta una cosa? ¿El qué? —preguntó Frank, a la defensiva.

—Eso da igual. ¿Tú has entrado en mi despacho?

—No.

—¿Te has sentado en mi escritorio?

—¡No!

—¿Estuviste en el laboratorio ayer?

—¡No! ¿De qué me estás acusando, Alex?

—Si me estás mintiendo, Frank, que Dios se apiade de ti.

—No te estoy mintiendo. Y, si no te importa, me tengo que ir.

Alex miró a Frank fijamente a los ojos, aunque este evitó a toda costa el contacto visual.

—Te voy a preguntar una cosa, Frank. El sábado por la noche todo el mundo habló menos tú. ¿Cómo fue tu experiencia?

—Fue buena.

—¿Buena?

—Sí, como la de todos los demás. Más o menos igual.

—Ginny Tilney ha muerto. Se ha suicidado.

Frank por fin alzó la mirada y miró a Alex de hito en hito.

—No fastidies.

—Sí, Frank.

—¿Me puedo ir? Es la hora del almuerzo.

Alex hizo dos llamadas. La primera, a seguridad. Preguntó a la guarda si podía consultar el registro para comprobar si uno de sus empleados había estado o no en el laboratorio el sábado. La guarda respondió que ella no tenía acceso a los datos del fin de semana y que hablaría con su supervisor. Pero Alex se mostró reticente. No quería llamar la atención. Le pidió que lo olvidase, que no era importante.

La segunda llamada fue una conferencia internacional.

Al otro lado resonó la voz grave de Miguel Cifuentes.

—¡Pero si es Alex Weller! ¡Feliz Año Nuevo!

—Feliz Año Nuevo, Miguel. ¿Qué tal la vuelta a casa, amigo?

Charlaron unos minutos. Alex hizo un esfuerzo por tocar todos los temas intrascendentes y por fin le preguntó si había terminado de montar ya su laboratorio en el D. F.

—Sí, está ya funcionando. ¿Por qué?

—¿Te acuerdas del pentapéptido que me hiciste?

—Claro.

—Voy a necesitar más. Cuanto antes.

—¿Cuánto más, compadre?

Alex hizo un gesto torvo con la boca.

—Todo el que puedas.

El siguiente fue el más fácil.

En esa ocasión Alex no tuvo sentimientos encontrados acerca de lo correcto e incorrecto, el bien y el mal. Tenía una misión que cumplir. Se arrogaba la autoridad necesaria para disipar cualquier incómodo dilema moral. Cada mañana despertaba con la sensación, cada vez más vívida, de que ocupaba el epicentro de la grandeza. Como Fausto en mitad de su círculo mágico, supo que se le había revelado otro mundo, en la confluencia entre fe, religión, filosofía y ciencia. Ideas elevadas, visionarias, descomunales, que empequeñecían cualquier vida humana. Además, no había duda, ninguna en absoluto, de que su víctima le daría las gracias si supiese lo que le aguardaba unos minutos después de que su corazón dejase de latir.

El medicamento había dejado adormilada a la chica, que no hacía más que dar cabezadas en el asiento del copiloto. Alex le preguntó la edad. Ella respondió que tenía dieciocho años, aunque parecía más joven. Esperó que lo fuese. En la cochera, la chica tenía ya los ojos cerrados y la barbilla hundida en el esternón cuando Alex regresó al coche tras cerrar la puerta. No quiso despertarla. Se puso los guantes y la estranguló. Había perfeccionado la técnica y también notaba más fuerza en las manos. Ese cuello era el más delgado de todos. La chica se revolvió poco y cayó rápido. La tumbó junto al coche, extrajo las muestras, la metió en el maletero forrado de polietileno y volvió a sacar el coche.

Cuando bajaba marcha atrás por la entrada a la cochera dirigió una mirada a la ventana oscura de su dormitorio. Allí estaba Jessie, soñando. Él estaba cansado. Deseó estar acurrucado junto a ella. Era una persona deliciosa junto a la que dormir.

En esa ocasión había reflexionado más detenidamente sobre cómo deshacerse del cuerpo. No quería tener que vérselas de nuevo con Cyrus O'Malley. Tenía cosas más importantes de las que ocuparse. El cadáver de esa chica tendría que tardar más tiempo en aparecer.

Condujo hacia el sur y entró en el estado de Rhode Island. Tuvo la idea del plan al recordar una excursión a la playa que Jessie y él habían hecho el mes de noviembre de dos años atrás, a unas aisladas casas de vacaciones en Narragansett, que en esa época del año estarían tristemente cerradas a cal y canto. Encontró en la oscuridad un grupo de esas casas, escogió una y forzó la puerta. Para no dejar huellas se colocó bolsas de plástico sobre los zapatos, las ajustó con gomas elásticas, arrastró el cuerpo de la chica hasta el dormitorio y lo metió debajo de una cama desnuda. Se congelaría. Ni un olor hasta primavera. Y la primavera quedaba muy lejos.

Cuando se levantó del frío suelo de madera se le cayeron unas cuantas monedas

del bolsillo del pantalón. Maldijo varias veces y tanteó los tablones de madera en la oscuridad. Después de un minuto buscando bajo la cama se convenció de que las había recuperado todas. Salió y cerró la puerta. Tenía que volver a su laboratorio para procesar el líquido cefalorraquídeo. Tenía planeados muchos experimentos con los isómeros del compuesto uróboros. Y si al final sobraba algo lo quería para él.

Días después había terminado con las purificaciones y análisis. Había hallado la respuesta.

El compuesto uróboros que había extraído de su última víctima era una mezcla de al menos seis isómeros. Uno de ellos coincidía con el que había creado Miguel. La naturaleza le volvía a demostrar su complejidad: el cerebro moribundo producía varios pentapéptidos, semejantes pero con sutiles diferencias entre sí. Quizá había más de una llave que abriese el cerrojo de su receptor LR-1. O quizá existían variantes del receptor, cada una de ellas con su llave. Exhausto, llegó a la conclusión de que le llevaría años comprender al detalle tal mecanismo biológico.

No obstante, en su imaginación fantaseaba con el efecto del compuesto extraído de la chica, puro y natural. Era la más joven hasta la fecha. Tras los experimentos había quedado una única dosis. Una noche se la tomó, lleno de anhelo, bajo el ojo vigilante de Jessie.

En esa ocasión alcanzó la última piedra.

Tenía a Dickie al alcance de la mano cuando voló de regreso al túnel. Lo tuvo tan cerca que pudo distinguir el tono rosado de sus mejillas, la barba de dos días. ¡Estuvo desesperadamente cerca del contacto físico! Y pese a la profunda decepción de ese final de viaje, se sintió plenamente dichoso cuando regresó. Jamás se había sentido tan profundamente eufórico. Algo puro y poderoso lo esperaba al otro lado.

Cuando se le terminaron las palabras, cayó derrengado y feliz entre los brazos de Jessie y se quedó dormido.

La noche del día siguiente, Alex se presentó a medianoche en el hospital infantil. Se deslizó por los pasillos en penumbra del ala de neurología. Había acudido directamente desde su laboratorio, recorriendo en el aire gélido a paso vivo las pocas manzanas. Fue cuidadoso e hizo las cosas paso a paso. Para guardarse las espaldas, salió del edificio de su laboratorio por el muelle de carga y descarga que había en la parte de atrás, por donde también regresaría. Si todo iba bien, en menos de una hora estaría de vuelta en su banco de pruebas, procesando una muestra preciosísima.

En esta ocasión no habría cadáver del que deshacerse.

No tenía que pasar por delante del mostrador de enfermería para llegar a la habitación de Paulo. En el pasillo no había nadie. Abrió calladamente la puerta.

Paulo Couto tenía cuatro años y un gran tumor cerebral inoperable. Era brasileño, hijo de inmigrantes indocumentados al que tardaron demasiado en atender. Los médicos, en ese punto de la enfermedad, no podían hacer otra cosa que dar algo de radiación y administrar medicación contra los ataques, así como dosis elevadas de esteroides para paliar la inflamación cerebral. Habían quedado a cargo del niño los neurocirujanos. Y, concretamente, Alex. La medicación antiepiléptica funcionaba de la forma esperada pero no eran sino paños calientes. Al niño no le quedaba mucho tiempo.

La última maniobra había sido una derivación ventriculoperitoneal para desviar la acumulación de fluido del encéfalo hacia el abdomen, a fin de evitar el coma y la muerte. Eso le daría unos días, quizá unas semanas.

Alex palpó suavemente el tubo de plástico que corría justo por debajo de la piel, desde el cuello y a lo largo de la pared torácica, para entrar en el peritoneo por debajo del diafragma. Cuando auscultó el blando vientre, el chico se despertó, parpadeando confuso.

—Hola, Paulo. ¿Cómo estás? —El niño sonrió y señaló la coleta de Alex. A los críos les encantaban su pelo largo y su divertido acento. Atento, Alex sacudió la cabeza, agitando la cola como si fuera un caballo—. Solo quería ver si estabas bien. Vuelve a dormir.

El niño se removió bajo las sábanas y volvió a quedarse dormido.

La puerta estaba cerrada.

Ninguna enfermera lo había visto entrar en el ala.

En el bolsillo llevaba una jeringa.

Tres minutos.

Alex estudió el rostro del niño, hinchado por los esteroides.

Sería muy sencillo taparle la boca con su amplia mano y apretarle a la vez la nariz.

A los tres minutos, introduciría la delgada aguja de la jeringa en el catéter de la derivación y extraería unos pocos centímetros cúbicos de líquido cefalorraquídeo. Dejaría una cicatriz diminuta sobre la piel, indistinguible.

El niño no estaba monitorizado, así que descubrirían lo ocurrido en la siguiente ronda, al comprobar sus constantes.

En las indicaciones de tratamiento decía «no reanimar».

Se harían llamadas telefónicas. Dirían que tuvo un final pacífico. Un buen final. Sus padres rezarían y afirmarían que estaba en un lugar mejor.

Y tendrían razón.

Jessie había ido a ver a una amiga y Alex se había quedado solo en casa.

Lavó los platos de la cena y limpió la cocina. Cuando hubo terminado, abrió el

frigo y buscó el tubo de plástico que había traído del laboratorio.

Ya en el dormitorio, se quitó los zapatos y se recostó. Notó el frío del tubo en la mano.

Todo había ido sobre ruedas. Alex había recibido una llamada esa mañana diciendo que Paulo Couto había fallecido durante la noche. Una muerte esperada.

Él estaba listo. Sería la última prueba antes de pasar a la siguiente fase. Esa noche obtendría respuesta a la última gran pregunta.

¿Qué experiencia viviría con el pentapéptido natural producido por el cerebro de un niño?

Había consumido el compuesto uróboros tantas veces que no le preocupaba estar solo en casa bajo sus efectos. Pero, por si acaso, redactó una breve nota para Jessie que dejó sobre la cómoda del dormitorio.

Se vació el tubo en la boca y esperó. Iba a obtener la respuesta que tanto anhelaba.

En breve se encontró en la orilla del río de luz, observando cómo Dickie lo llamaba gesticulando. En esa ocasión avanzó sobre las piedras con paso suave y seguro. El placer se incrementaba con cada zancada.

Le quedaban cuatro piedras. Tres. Dos. Se quedó de pie justo en la última piedra, a apenas un par de palmos de su padre.

—¡Vamos, niño! —le llamó de nuevo Dickie—. ¡Solo te queda una piedra! ¡Ya casi estás! ¡Tú puedes!

Su corazón estalló de alegría cuando notó que podía levantar el pie derecho del suelo.

Con el izquierdo pisó la orilla opuesta.

Y luego posó el otro pie.

Estaba allí.

Y entonces le echó los brazos a su padre. Encontró un cuello cálido, palpitante de sangre.

—¡Hola, niño! —le escuchó saludar.

Había alguien detrás de Dickie.

No veía quién era, pero sentía una presencia. Un poder abrumador.

Su padre estaba a punto de abrazarlo a él, pero...

Una fuerza lo arrancó de él. Fue literalmente arrebatado de los brazos amorosos de su padre y arrastrado de nuevo al túnel, de vuelta luego a su dormitorio.

El paso de un mundo al siguiente había sido vertiginoso. La crueldad del retorno le hizo llorar.

Las lágrimas brotaban desde lo más profundo de su alma. Cuando Jessie regresó a casa, una hora más tarde, Alex seguía llorando, abrazado a sus rodillas, balanceándose adelante y atrás.

A pocas calles del estadio de los Red Sox, en un loft de Kenmore Square, se daba una fiesta. La había organizado una pareja de artistas australianos para celebrar un contrato que su pequeña empresa había firmado con una compañía de software para encargarse de su diseño publicitario. Una riada de amigos y colegas deambulaban por aquel cavernoso espacio en el quinto piso de lo que antiguamente había sido una fábrica de pinturas.

La música reverberaba en las paredes y los graves palpitaban, haciendo temblar los listones del antiguo suelo de madera. Daban las once y el loft estaba hasta la bandera. Decenas de urbanitas se apretaban contra las mesas de comida y bebida, picoteando entre platos y cuencos de delicias australianas. Los vasos rebosaban cerveza Fosters y vinos blancos de Australia, que parecían no acabarse nunca. Todo el loft se agitaba entre desinhibidos cuerpos que bailaban al ritmo de la música.

La anfitriona se empinaba para gritar al oído de su marido que había mucha gente a la que no conocía de nada. Él gritó algo de vuelta, pero ella hizo señal de no oírlo. Él hizo bocina con las manos y vociferó otra vez: «¿Qué más da que no los conozcamos?».

Una chica delgada con un escueto vestido bailaba sola frente a un enorme ventanal flanqueado por dos palmeras de interior. Se había hecho con su propia botella de vino y cada dos o tres pasos interrumpía su baile para dar un trago. Cuando echaba atrás la cabeza, la larga y oscura melena le tocaba la cintura.

Un joven llevaba observándola varios minutos. El ritmo de la música y las dos palmeras que rodeaban a la chica le hicieron imaginarse un depredador en la selva. Se acercó discretamente y cuando estaba ya muy cerca dio un paso adelante alargando el brazo con el vaso vacío. Ella lo miró con ojos algo miopes, limpió la boca de la botella con el pulgar y le sirvió vino hasta derramarlo. Él retiró el vaso riendo y dio tres largos tragos. Volvió a alargar el vaso y ella lo volvió a llenar. Al poco bailaban entre las palmeras y él no tardó en darle un beso, entre las hojas.

—¿Cómo te llamas? —gritó él.

—Jennifer. ¿Y tú?

—William. ¿Quieres que vayamos a un sitio más tranquilo? —propuso.

Sin mediar palabra, la cogió de la mano y la condujo entre la muchedumbre, recorriendo el perímetro del loft y probando a abrir una puerta tras otra hasta que encontraron un dormitorio. Sobre la cama se levantaba una montaña de abrigos. El joven cerró tras de sí la puerta con llave. Era un tipo fuerte, así que la aupó como si fuera una niña pequeña y la tiró sobre la ropa amontonada. Ella se deshizo en risitas;

de fondo sonaba la música amortiguada de la fiesta. Él se le echó encima y la desnudó de cintura para abajo, y la pareja fue hundiéndose entre la ropa.

Minutos después apareció de entre la montaña un brazo y acto seguido una pierna.

—Ha sido genial... —dijo ella algo mareada.

—¿Quieres seguir pasándolo bien? —preguntó él.

—Sí, claro. ¿Cómo?

—Un amigo me ha pasado una cosa nueva. Seguro que nunca la has probado.

—¿Algo para meterse?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—La llaman Apoteosis, creo.

La chica se echó a reír de nuevo.

—¿A quién no le apetece hacer algo apoteósico? ¿Qué es lo que hace?

—Supuestamente te produce una especie de subidón espiritual. Como el ácido, pero más suave. Mi amigo me contó que tuvo el mejor viaje de su vida. Yo estoy esperando la ocasión perfecta para probarlo. ¿Te apetece?

Ella dio un pícaro golpe de melena.

—Sí, claro. Hay que probarlo todo. Al menos una vez.

Él todavía llevaba la chaqueta puesta. Sacó dos delgados cartuchos de papel rojo. Buscó al pie de la cama su copa de vino, aún medio llena, vertió el contenido de ambos cartuchos en la copa y removió.

—¿Compartimos? —propuso.

Bebieron la mitad cada uno y volvieron a echarse sobre los abrigos.

—¿Cuánto dura el colocón? —preguntó la chica.

—Se me olvidó preguntar.

—¿Eres amigo de los Gibbon? —preguntó.

—¿Quiénes son los Gibbon?

—¡Los anfitriones!

—No. He venido con un amigo de ellos. ¿Y tú?

—Estuve de prácticas en su empresa el año pasado. Cuando terminé el primer curso en la EDRI.

—¿Qué es la EDRI?

—La Escuela de Diseño de Rhode Island.

—¿Eres artista?

—Quiero serlo.

—Qué guay —respondió él—. En serio, me encanta.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la chica.

—William. William Treblehorn.

—¿Ni Bill ni Billy, ni Will ni Willy? —preguntó juguetona, dándole golpecitos en el pecho con el dedo.

—No. William.

—Entonces no te dejaré que me llames Jenny. Para ti seguiré siendo Jennifer.

Continuaron charlando y bromeando hasta que al final ambos cayeron inconscientes.

Ante la puerta del dormitorio se había congregado un corro de invitados que charlaban vivamente. Un hombre trataba de accionar el picaporte y golpeaba la puerta con el puño.

—Probablemente sea alguien borracho que se ha quedado K. O. —supuso por fin.

—Muy bien, pero yo necesito mi abrigo.

—Es más de la una y media. Tenemos que irnos.

—Voy a ver si Bernie tiene la llave.

Los invitados llevaron al anfitrión de la manga hasta la puerta. Él lo intentó de nuevo.

—No sé dónde diablos está la llave de esta puerta. Nunca la cerramos —explicó, tambaleándose levemente por el alcohol—. A ver si Nan sabe dónde carajo las guardamos.

Al momento estaba de vuelta, trastabillando pero enseñando orgullosamente la llave.

—Tengo la mejor mujer del mundo —exclamó, mientras trataba de introducir la llave en la cerradura. Por fin, la puerta se abrió.

De la habitación salió una vaharada de aire frío. El ventanal aladaño a la cama estaba abierto de par en par y el viento entraba con un aullido. El golpe de frío obligó al dueño de la casa a cerrar momentáneamente los ojos y parpadear unas cuantas veces.

—¡Dios mío! —exclamó cuando los pudo abrir.

Junto a la ventana había un joven completamente desnudo. Miraba hacia abajo con ojos idos. El pelo rubio le flameaba hacia atrás. El joven se giró al oír la voz de Bernie y se encontró con un montón de cabezas asomadas a la puerta.

—¿Qué coño pasa aquí? —inquirió Bernard.

William se descompuso y cayó de rodillas, sollozando.

—¡He visto a mi abuelo! ¡Lo he visto!

—Sí, claro que sí, colega. ¿Por qué no te vistes y te largas de mi casa? ¿Me ayuda alguien a encontrar la ropa de este tío?

—¡Ella también vio a alguien! —gritó.

—¿Ella? ¿Quién?

—Se llamaba Jennifer. ¡Me dijo que había visto a Dios!

—Vale, tranquilo. Y ¿dónde está, Jennifer?

—Dijo que quería volver y quedarse allí para siempre.

—Vale, muy bien. —El hombre que estaba buscando la ropa del chico avisó de que no la encontraba—. Pues como no encontramos tu ropa, te vas a tener que poner un abrigo. No puedo tener a un tío desnudo dando vueltas por mi casa. Y ¿dónde está esa Jennifer?

—Ahí abajo.

—¿Cómo que ahí abajo?

El joven señaló con la mano.

El anfitrión se acercó al ventanal, ya totalmente sobrio. Se asomó desconfiadamente y, abajo, claramente iluminado por el haz de una farola, vio el cuerpo desnudo de una mujer de larga melena negra, rodeado por un charco de sangre que crecía por momentos.

Frank Sacco era uno de los habituales del Seagull Lounge, un bar en el paseo marítimo de Revere, cerca de Boston. En verano era el típico local alegre en que se mezclaban vecinos y bañistas, ideal para tomar una cerveza acompañada de un *chowder* más que decente. En invierno, sin embargo, era un antro oscuro y deprimente en el que buceaban parroquianos que preferían el alcohol al *chowder*.

El primo de Frank, Stevie, era camarero en el Seagull. Cuando estaba tras la barra, Frank tenía dos por uno a discreción. Esa noche, Frank se sentía cada vez más feliz y expansivo conforme pasaban las horas. En un momento determinado sacó un grueso fajo de billetes e invitó a todo el bar a un par de rondas.

—¿Qué te pasa, tío? —preguntó su primo mientras le servía el whisky canadiense que a él le gustaba.

—¡No me pasa nada! Estoy feliz, Stevie, eso es todo —respondió Frank arrastrando las palabras.

—Estás feliz, ¿no? ¿Has ganado mucha pasta últimamente? —preguntó Stevie señalando el fajo que Frank tenía agarrado en el puño.

—Me estoy sacando un pequeño sobresueldo.

El barman echó una mirada hacia una de las mesas.

—Muy bien, pero no aires así el dinero. Te vas a buscar un lío.

Frank contó con el pulgar unos cuantos billetes de veinte y los dejó en la barra.

—Esto es para ti, tío. Eres de puta madre —dijo.

Su primo quiso obligarle a recoger el dinero, pero Frank empujó una y otra vez los billetes sobre la barra húmeda de cerveza, hasta que se salió con la suya y Stevie los guardó, renuente.

—Me guardo el dinero si tú te guardas el resto del fajo.

Frank hizo caso y pidió otra ronda.

Dos clientes seguían con interés aquella conversación: John Abruzzi y Mario Fortunelli, que habían echado el ojo al rollo de billetes tamaño salchicha ucraniana. Abruzzi era un tipo fornido. Vestía un jersey de cachemira y esa mañana había pasado por el barbero: entre sorbo y sorbo de cerveza, malhumoradamente, se quitaba pelos cortados del cuello del jersey. Se acercó a Frank con curiosidad creciente y le dio una palmadita en la espalda.

—Hola, Frankie, ¿qué tal?

Frank devolvió una sonrisa.

—Nada, tío. Por aquí.

—La última vez que alguien invitó a una ronda en este bar fue después de un

funeral.

—Hoy no se ha muerto nadie —replicó Frank.

Stevie no dejaba de lanzar miradas suspicaces a uno y otro. Abruzzi invitó a Frank a su mesa y le ordenó a Fortunelli, un tipo con pinta de proxeneta, que se echara hacia un lado. Aunque en realidad eran jóvenes —no hacía mucho vagabundeaban todavía por las calles en pandilla—, había entre ambos cierta jerarquía que ambos aceptaban. El tío de Abruzzi era uno de los cabecillas de la familia Colombo, una de las que partían el bacalao en la zona. Fortunelli no tenía ese tipo de respaldo.

—¿Cómo estás, Frankie? —preguntó Fortunelli. Había sido compañero de Frank en secundaria, aunque no habían congeniado, precisamente. De hecho, Frank siempre había temido la reputación que ese chico tenía de bala perdida.

—Todo bien, tío. ¿Qué tal tú?

—No me quejo —respondió Fortunelli.

—¿De qué cojones hablas? —terció Abruzzi entre risas—. Está todo el puto día quejándose y renegando, como una zorra caprichosa.

Fortunelli espetó un endeble «sí, claro» por toda respuesta y cerró la boca. Abruzzi se inclinó sobre la mesa y preguntó en voz baja:

—Entonces, Frankie, parece que te está yendo bien, ¿no? Sigues trabajando en un laboratorio, ¿era eso?

—Sí, en Harvard. En la facultad de Medicina.

—Guau, no suena mal, ¿no te parece, Mario? —continuó Abruzzi, quitándose otro pelo cortado del cuello—. Frankie en Harvard. Y ¿cómo hace un tipo de los que se rompen los cuernos de nueve a cinco para sacar pasta como para hundir un puto portaaviones, Frankie?

Frank estaba tan borracho que no captó el tono gélido que había ido adoptando la voz de Abruzzi. Este tenía apenas un par de años más que Frank, pero por su corpulencia y arrogancia se diría una generación mayor.

—Tengo negocios aparte —susurró Frank.

—¿Ah, sí? ¿Qué tipo de negocios? —inquirió Abruzzi.

Frank miró a un lado y a otro de la mesa, con los ojos algo perdidos.

—Lo creas o no, estaba pensando en hablar con vosotros sobre el tema, porque tengo que reconocer que yo ya he tocado techo en este negocio. Quizá vosotros podríais echarme una mano.

Fortunelli empezó a reír disimuladamente y Abruzzi lo fulminó con la mirada.

—Podría ser. ¿De qué estamos hablando?

—Drogas —susurró de nuevo Frank.

—Nosotros hemos probado algunas —bromeó Abruzzi—. ¿De cuál estamos hablando, en concreto?

—Una de la que no habéis oído hablar nunca —anunció Frank.

Fortunelli no pudo contenerse.

—Venga, Frankie. John es el puto farmacéutico del pueblo. Controla mucho de esto.

—Se llama Apoteosis —contestó Frank—. ¿Habíais oído hablar de ella? —Ambos se encogieron de hombros—. Ya me imaginaba que no.

—¿Qué es? —insistió Abruzzi.

Frank sonrió.

—Con la Apoteosis ves a Dios, tío.

—¿A Dios? —preguntó Abruzzi—. ¿Al jodido Jesucristo?

Frank asintió.

—Venga ya. Eso no te lo crees ni tú —espetó Fortunelli.

—Muy bien —respondió Frank, molesto—. Lo que vosotros digáis, entonces. Nos vemos por ahí, Mario.

Abruzzi tranquilizó a Frank amenazando a Mario con romperle la boca si volvía a abrirla.

—En serio. ¿Cómo es el colocón? —preguntó Abruzzi.

—No hay nada en este mundo que se le parezca, tío —explicó Frank, que de repente entró en una ensoñación—. He visto cosas... Bueno, lo único que puedo decir es que es lo mejor que me ha pasado nunca. Y no soy el único. A todo el mundo que la prueba se le va la cabeza. Pero para bien. Para muy bien, tío.

—Y ¿cómo va el tema del dinero? —preguntó Abruzzi interesado.

—¿Podríamos hablar en otro sitio? —preguntó Frank mirando alrededor.

—Sí, claro. ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Tengo que hablar con una persona —explicó Frank—. ¿Qué tal si venís a mi casa, hoy sobre las doce de la noche?

—A las doce estaremos allí —concluyó Abruzzi, plantando unos cuantos billetes en la mesa—. Guarda un poco para tus colegas. Quizá queramos probarla.

Un hombre solitario recorría con paso grave Huntington Avenue, en el barrio bostoniano de Jamaica Plain. Una mezcolanza de nieve y aguanieve caía esa misma noche, unas horas antes, había convertido la acera inclinada en una pista de patinaje. Uno de los últimos tranvías de Arborway pasó por su lado chirriando, dirección Park Street. Volvió a caer aguanieve y el hombre se colocó la capucha de la sudadera.

Cruzó la carretera y las vías del tranvía y miró hacia atrás para cerciorarse de que no había nadie en las inmediaciones. Se dirigió en línea recta hacia el oscuro portal de un edificio de apartamentos de ladrillo rojo. Pulsó un timbre y casi instantáneamente la puerta se abrió con un zumbido. El hombre subió dos pisos de escaleras y tocó a una de las puertas.

—¿Eres tú, Jimmy? —preguntó una voz amortiguada desde el interior.

—Sí, soy yo.

Los dos hombres se mostraban agitados. Jimmy era de rostro afilado y tenía gestos escuetos y veloces como los de un galgo. La tenue iluminación apenas dejaba entrever la decoración al estilo de los sesenta del apartamento: tapices asiáticos, lámparas de papel y alfombras de listas de madera.

—Este sitio parece un museo. ¿Te lo he dicho alguna vez?

—Cada vez que vienes. ¿Qué me has traído hoy?

El otro hombre era voluminoso. Traía una astrosa barba y la camisa por fuera.

—Mi camello de siempre me ha dejado tirado esta semana, ¿sabes?

—Vamos, no me digas que no tienes maría.

—No. Cero. Pillaré la semana que viene.

—¿Y ácido?

—Hace tiempo que no veo al tipo que me lo consigue. Yo creo que se ha mudado. Pero no te preocupes, tío. Te he traído otra cosita.

—No quiero ninguna otra cosita.

—Lo que traigo es nuevo.

—¿Qué hace?

—Te da un subidón impresionante, por lo visto. El tipo que me lo pasó me dice que es un viaje brutal.

—¿Cómo se llama?

—Tío, esta mierda es tan nueva que ni siquiera le han puesto nombre. No, espera. El tipo este, Frankie, me dijo que la llaman Apoteosis.

—¿Tú la has probado?

—Ya te lo he dicho muchas veces. Yo paso de meterme. Vendo y punto.

—¿Cuánto cuesta?

—Setenta y cinco pavos la dosis.

—¿Estás de coña, Jimmy? No voy a pagar setenta y cinco pavos por algo de lo que no he oído hablar nunca. Vete a tomar por saco.

Jimmy sonrió.

—Sí, tienes razón. Es cara. Como no la has probado nunca, te voy a hacer un descuento. Si me compras una dosis te regalo otra. Y si te parece un timo, te haré un 20 por ciento de descuento en la próxima maría que compres. ¿Qué te parece?

—¿Qué negociante estás hecho, Jimmy.

Jimmy sacó dos cartuchos de papel rojo del bolsillo de la sudadera y los puso a la altura de los ojos de su cliente, que echó mano de la cartera a regañadientes.

—Espero que te guste, tío. Si es así, cuéntaselo a tus amigos.

Frank Sacco vivía en un edificio de tres plantas en Revere, en un ático que había

sido de su abuelo. Había tirado casi todas las cosas del anciano, sustituyendo el sofá y los sillones ya desfondados por muebles forrados en cuero. Tiró la vieja televisión de tubo y compró una pantalla de plasma. Sin embargo, había conservado la pesada cama y los armarios del dormitorio. Cada vez que abría los cajones, se extendía un aroma que le recordaba a su abuelo Sal.

Guardaba el frasco de Apoteosis en el cajón de los calcetines. Bajo las camisetas se amontonaba el dinero en efectivo. Sacó el frasco y volvió al salón donde le esperaban Abruzzi y Fortunelli, despatarrados en el sofá, con los zapatos mojados puestos encima de la mesa de café.

—Aquí lo tenéis —presentó Frank orgulloso.

Abruzzi abrió el frasco y olfateó los cristales blanquecinos.

—Y ¿de dónde has sacado esto? —preguntó.

Frank dio un trago a la cerveza.

—Sé dónde guarda las llaves mi jefe. Ahora está bastante cabreado, pero fabricará más.

—¿No sospecha de ti?

—Quizá sí, quizá no. Me importa un carajo. No tiene pruebas.

Abruzzi tapó el frasco y lo pasó a Fortunelli, que también olfateó el contenido y se encogió de hombros ante la falta de olor.

—Bueno, vamos a hablar de dinero entonces —propuso Abruzzi.

Frank dejó la cerveza y cogió de nuevo el frasco.

—Aquí hay ocho gramos de Apoteosis. O sea, ocho mil miligramos. La dosis es de medio miligramo, una cantidad ridícula. Así que en este frasco hay dieciséis mil dosis. —Metió los dedos en el bolsillo de la camisa y sacó cuatro cartuchitos de papel rojo—. Así es como lo empaqueto, en papel de regalo navideño, con un poco de azúcar para endulzar. Esa es la idea. Es imagen de marca. A la gente le gusta. Lo he estado vendiendo a través de un tipo que conozco, pero es un don nadie y un macarra. Por eso quería hablar con vosotros.

Abruzzi cogió uno de los cartuchos de papel.

—¿A cuánto la dosis?

—La estoy vendiendo a cincuenta dólares. Creo que en la calle ha subido hasta los setenta y cinco, quizá cien.

Fortunelli soltó un silbido pero su compañero le mandó callar con un gesto de la mano.

—Muy bien, Mario, tú que eres el puto genio: ¿cuánto dinero reportaría todo este frasco a cincuenta dólares la dosis?

Fortunelli frunció el ceño.

—Ochenta mil.

—Qué idiota eres, Mario. ¡Son ochocientos mil! ¡Este frasquito de Frankie vale

casi un millón de pavos! Y si es tan increíble, ¿por qué no doblar el precio? Frankie, cuéntame, ¿por qué gusta tanto?

Frank respiró hondo y comenzó a describir el viaje que producía la Apoteosis. Parecían no importarle las caras raras de Fortunelli, las mismas que solía poner años atrás, desde la última fila de clase de lengua, cada vez que tenían que leer un texto literario. Abruzzi atendía, sin dejar escapar una palabra.

Pero cuando Frank empezó a relatar el momento en que aparece la figura solitaria, esperando al otro lado del río de luz, tuvo que parar de repente. Le temblaron los labios y se vio obligado a ahuyentar las lágrimas, claramente avergonzado por echarse a llorar delante de dos tipos duros del barrio.

—¿Qué pasó entonces? —apremió Abruzzi—. ¿Reconociste al tipo?

—Sí, lo conocía.

—¡Sigue contando!

—Era Kenny Longo.

—¿¡Qué coño dices! —exclamó Fortunelli, interesado de repente en la historia—. ¿El niño al que mataste?

—¡Fue un accidente! —gritó Frank—. ¡Era mi mejor amigo!

Dos niños de trece años jugando en un sótano a disparar contra una caja de cartón con pistolas de aire comprimido. Montaban a caballo, empuñaban las armas. Primero el crujido de un pistoletazo de aire comprimido y luego un golpe seco, como el de un perdigón incrustándose en una tabla de madera. Solo que no era madera, sino el cráneo de Kenny. El niño cayó de rodillas y murió sin decir palabra.

Él era quien lo esperaba al otro lado y lo llamaba. Tan joven y lleno de vida como el día que se desangró en el suelo de aquel sótano. Para alivio de Frank, Kenny no le guardaba ningún rencor. De hecho, parecía extasiado de ver a su viejo amigo y lo llamaba con agudos gritos de preadolescente.

—¡Frankie! ¡Eh, Frankie! ¡Vamos, ven!

Cuando terminó de relatar su experiencia a aquellos dos tipos del sofá, algo que se había negado a hacer frente a Alex y el resto de vejestorios de altos ideales de la Sociedad, Frankie perdió el control y empezó a llorar como una magdalena, como cuando muchos años antes miraba sentado en el bordillo cómo subían el cadáver de Kenny a una ambulancia.

Al parecer, a Fortunelli no le había gustado demasiado el despliegue de emociones. Fue al frigorífico a por otra cerveza, mientras Abruzzi pedía a Frank que se tranquilizara. Pero la voz de este no transmitía empatía alguna: solo apremio por obtener más información.

—Ya me he enterado de todo esto, Frankie, pero dime una cosa: a mí me parece que te quedaste hecho polvo. Me dijiste que a la gente le gustaba meterse esta mierda.

—Sí, a todo el mundo le gusta. A mí me encanta. Estoy llorando, sí, pero no

duele, no sé si me entiendes. Es todo lo contrario. Siempre pensé que Kenny me odiaría, pero no es así. El cielo existe, tío. Yo lo he visto.

Abruzzi asentía con la cabeza.

—Me alegra que te apasione tanto, Frankie. Esto que me cuentas es un testimonio impresionante, pero yo voy un poco por delante de ti, tío. Estoy pensando ya en el asunto económico. Lo que a mí me hace llorar es el dinero que hay metido en ese frasco. Lágrimas de alegría, como las tuyas. Pero cuando se acabe, ¿qué? ¿Cómo conseguimos más?

—Casi nadie conoce la Apoteosis todavía. Mi jefe pidió a un químico que la sintetizara. Por lo que sé, sospecho que no es demasiado complicado. Seguro que hay otros químicos capaces de sacar la síntesis.

—¿Sabes lo que lleva?

—¿Te refieres a la fórmula? —preguntó Frank.

—Sí, la fórmula.

—No, mi jefe no se la enseñaría a nadie. Pero cualquier especialista en péptidos podría averiguarla analizando los cristales.

Abruzzi barrió la habitación con la mirada en busca de un bolígrafo, arrancó media página de una revista y le pidió a Frank que le deletreara la palabra «péptido».

—Entonces, ¿quieres hacer negocios con nosotros, Frankie? —preguntó cuando la hubo escrito.

—Sí. Esto tiene mucho potencial. Para serte sincero, yo preferiría meterme la droga antes que venderla.

—¿Cuáles crees que deberían ser los porcentajes?

Frank se enjugó las lágrimas con la manga.

—No lo sé. ¿Cincuenta, cincuenta?

—¿Tú dirías que eso es justo?

—No lo sé. ¿Sesenta para vosotros, cuarenta para mí?

Abruzzi rió.

—Frankie, estás regateando en tu propia contra. Lo de los negocios se te da como el culo.

—Ya lo sé.

—Te voy a dar una lección exprés sobre cómo negocio yo. ¿Listo? Verás: yo me quedo con el 100 por ciento y tú con el 0 por ciento.

Frank se mostró confuso.

—Pero...

Abruzzi chistó colocándose el dedo sobre los labios. Le guiñó el ojo a Fortunelli, que seguía de pie dándole sorbos a una lata de cerveza.

—¿No te gusta el trato?

Frankie esbozó una sonrisa, aliviado al creer que estaban siendo sarcásticos.

Abruzzi le devolvió la sonrisa.

—Genial. Me alegro de que te parezca bien.

Fortunelli se había deslizado tras el respaldo de la silla de Frank. Un segundo después hubo un estallido y la habitación se roció de sangre. El olor a pólvora no tardó en inundar la estancia.

Frank se tambaleó, cayó, rebotó contra la mesita y golpeó pesadamente contra el suelo.

Abruzzi se levantó y se metió el frasco de Apoteosis en el bolsillo del abrigo.

—Saluda a Kenny Longo de nuestra parte, si no es mucha molestia —espetó.

Cyrus conducía por la autopista I-90 camino del trabajo, con la mente adormilada como la de todos los que a esa hora hacían ese trayecto. La emisora W-BZ ampliaba la información sobre el caso William Treblehorn. El suceso había ocurrido hacía pocos días, pero Cyrus estaba ya harto de escuchar hablar de ello. Niños ricos portándose mal. Drogas. Una muerte. ¿Suicidio? ¿Accidente? ¿Asesinato? Se alegró de que no le hubiera caído a él.

William Treblehorn fue detenido, pasó una noche entre rejas y lo soltaron. Su padre era abogado de empresa de mucho prestigio. La familia tenía contactos hasta debajo de las piedras y papá se había encargado de que antes del amanecer hubiese listo un equipo de abogados para defender al chico. A los detectives encargados de la investigación aquel rubiales pijo les cayó mal desde el primer momento, pero no tenían pruebas sólidas que refutaran su testimonio, según el cual Jennifer Sheridan se había quitado la vida durante un mal viaje provocado por una droga.

Treblehorn había quedado traumatizado pero reconoció sin ambages que había sido él quien le había facilitado una dosis de aquello que llamaban Apoteosis. La asistente del fiscal del distrito asignada al caso se topó entonces con un problema: nunca había oído hablar de esa sustancia y no había información alguna en las bases de datos en línea ni en los sitios web no oficiales especializados. Si no estaba clasificada, no era ilegal. Consideró la posibilidad de presentar cargos por imprudencia temeraria, pero decidió esperar a que la investigación avanzase. Treblehorn, precedido de un regimiento de abogados, salió de la comisaría la mañana siguiente escondiendo la cara al enjambre de periodistas que se le abalanzaron. Hizo caso omiso de las preguntas y los gritos y se centró en lo único que le preocupaba en ese momento.

¿Cómo conseguir más Apoteosis?

Los diarios *The Globe* y *The Herald* y todas las cadenas de televisión locales dedicaron abundantes recursos a cubrir el caso y sus implicaciones más sensacionalistas. Familia importante. Muerte de una chica guapa y talentosa. Sexo, drogas y muerte. Pero no se trataba de una droga de las de siempre. Cierto es que la noticia habría saltado a los titulares aunque los jóvenes hubieran tomado algo más convencional, como ácido o metanfetamina. Pero ¿qué diablos era la Apoteosis?

El informe del agente que había procedido a la detención explicaba, en esquemática jerga policial, la descripción que Treblehorn había hecho de su profunda y espiritual experiencia: se había reencontrado con su abuelo «al otro lado» y había regresado a regañadientes «al mundo real».

Todo aquello sonaba a enajenamiento, casi a chiste. Hasta que un especialista local en rehabilitación de toxicómanos, psicólogo en la facultad de Medicina de Tufts, publicó una serie de descripciones de viajes de felicidad que algunos de sus pacientes le habían relatado.

Cyrus subió el volumen para escuchar mejor la entrevista a Vincent Desjardines. Hablaba a trompicones, poco acostumbrado al parecer a tener micrófonos delante.

—Doctor, ¿todas las personas que han consumido la sustancia que llaman Apoteosis dicen haber tenido las mismas visiones o alucinaciones?

—Exacto.

—¿Puede describir esa alucinación?

—Quienes la han consumido hablan de una sensación de ingravidez. Flotan sobre su propio cuerpo y a continuación viajan a través de un túnel en dirección a una luz brillante hasta llegar a un lugar en el que hay un río con unas piedras que lo cruzan. Siempre ven a alguien al otro lado del río. Hablan entonces de un encuentro muy real con un amigo o ser querido ya fallecido. También sienten una presencia divina al otro lado del río.

—¿Presencia divina?

—Sí, sin más detalles. Cada uno de los ocho pacientes que he entrevistado describe el anhelo irrefrenable de volver a consumir la sustancia y revivir esa experiencia.

—¿Todos y cada uno de ellos han descrito la misma experiencia?

—Sí. Con escasas discrepancias, lo que resulta bastante llamativo.

—¿Conoce alguna otra sustancia que provoque la misma alucinación a todas las personas que la consumen?

—En ocasiones, algunas sustancias como el LSD, la mescalina o la psilocibina producen patrones estereotípicos o similares en sus consumidores, pero nunca he visto nada como esto.

—¿Podría explicarlo de algún modo?

—Pues la verdad es que no. Hay que seguir investigando.

—En el futuro nos encantaría volver a hablar con usted sobre esta sustancia, doctor.

—Será un placer.

Cyrus estaba a punto de cambiar de emisora, pero comenzaron a dar otros titulares y el locutor mencionó un nombre que llamó su atención de inmediato.

Frank Sacco.

«Frank Sacco, de veintiséis años, ha sido encontrado muerto a primera hora de la mañana en su apartamento de Revere, en lo que parece un ajuste de cuentas. La policía está investigando. Lo detallamos a continuación».

Cyrus llamó a Avakian al móvil.

—¿Estás ya en la oficina? —preguntó.

—Sí. Acabo de llegar. ¿Qué pasa?

—¿Puedes echar un vistazo a la documentación sobre los asesinatos del taladro? Busca, por favor, la edad y la dirección del tipo que trabaja con Weller, Frank Sacco.

—¿Por qué?

—Míralo y me dices, ¿de acuerdo?

Al poco, Avakian devolvía la llamada.

—Tiene veintiséis años y vive en Dehon Street, en Revere.

Cyrus se incorporó al carril rápido y pisó a fondo.

—Pete, tenemos que vernos allí, en su casa. Cuanto antes. Lo han asesinado.

Cyrus y Avakian llegaron al apartamento de Sacco cuando el examen de la escena del crimen llegaba a su término. Los detectives de Revere estaban esperando al forense y su equipo para que levantaran el cadáver y lo metieran en su bolsa, y poder salir pitando de allí.

El detective a cargo se apellidaba Lombardy. Era un veterano con peluquín y corbata extralarga, hasta el ombligo. Quería saber por qué el FBI estaba interesado en su caso y aceptó refunfuñando la vaga explicación de Cyrus, que argumentó una posible conexión con otro caso en curso de investigación. Lombardy transmitió cumplidamente toda la información de que disponía.

En el segundo piso vivía una señora mayor. Al parecer, la despertaron unos pesados pasos bajando la escalera, sobre la una de la mañana. Se asomó a la ventana del dormitorio y vio a dos hombres subir a un coche y salir a toda velocidad. Volvió a acostarse y se despertó de nuevo a las cuatro, preocupada porque quizá debiera haber llamado a la policía. Se puso una bata, subió las escaleras para ver si estaba todo bien y vio que la puerta de Frank Sacco estaba abierta de par en par. Volvió a su apartamento y llamó a la policía.

Sacco apareció muerto bocabajo, con una única herida de bala en la parte posterior de la cabeza. El cuero cabelludo, fácilmente visible a través del pelo corto, se había abierto en forma de estrella, con los bordes ennegrecidos. Una herida de contacto, pues: le habían apretado el cañón contra el cráneo como en una ejecución en China. La bala salió por la boca, llevándose por delante un par de dientes, y terminó alojándose en el suelo de la estancia, cerca de la mesa de café. Una calibre 38, FMJ.

No había indicios de que se forzase la entrada. Sobre la mesa había un par de trapos y un bote de limpiacristales. Lombardy supuso que los asesinos habían tenido el detalle de borrar todas sus huellas. Ni siquiera había en el limpiacristales. No eran idiotas. No parecía que el móvil fuese el robo. Habían dejado la billetera de la víctima sobre la mesa y no habían registrado la casa. Y apareció algo interesante, muy

interesante en la cómoda del dormitorio. Un fajo de billetes. Casi ocho mil dólares.

—Eso es mucho dinero para un técnico de laboratorio —observó Cyrus.

Lombardy levantó la vista de su libreta.

—¿Conocen ustedes a la víctima?

—Sí, sabemos quién es —respondió Cyrus—. Trabajaba en Harvard.

—A mí me parece un asunto de drogas que ha terminado torciéndose —dijo el detective—. ¿Se considera la hipótesis del narcotráfico?

—Por el momento no —alegó Avakian encogiéndose de hombros.

—Bueno, esa es la hipótesis que manejo yo. Veremos si lleva a algún lugar —apostilló Lombardy.

El forense anunció que estaba listo para levantar el cadáver y sus asistentes hicieron los honores.

Todo el mundo presente vio lo mismo a un tiempo.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Lombardy.

Del bolsillo de la camisa de Sacco asomaban tres delgados cartuchos de papel rojo.

—Compruebe qué es esto, ¿quiere, doctor? —le pidió Lombardy al forense.

El patólogo extrajo uno de los cartuchos de papel con unas pinzas y lo agitó suavemente.

—Tiene algo dentro —anunció.

—Ábralo —instó Lombardy.

El forense se puso unos guantes de látex y abrió el cartucho de papel sobre una bolsa de pruebas. Se derramó una pequeña cantidad de cristales blancos como la nieve.

—¡Os dije que esto era tema de drogas! —exclamó Lombardy triunfante.

—¿Qué cree que es? —preguntó Avakian.

El forense sacó una lupa de su maletín y estudió la sustancia.

—No creo que sea coca ni speed. Es demasiado poco. Y tampoco creo que sea LSD. Francamente, no tengo ni idea. Lo mandaré a estupefacientes, en Sudbury. En cuanto sepa algo os lo comunicaré.

Cyrus tenía una petición.

—Antes de que os lo llevéis, ¿podrías hacerme un favor? ¿Podrías comprobar si tiene alguna otra herida en la cabeza?

—¿Qué tipo de herida? —preguntó el forense mientras introducía los cristales en una bolsita.

—Una perforación hecha con una broca del tres, en una de las sienas.

El patólogo miró a Cyrus como si tuviera delante a un demente, pero se arrodilló para examinar más detenidamente el cráneo de Sacco.

—No. No hay nada más.

Cyrus y Avakian salieron a la calle, intentando abrirse paso entre el grupo de periodistas y curiosos que se había reunido a las puertas del edificio.

—¿No creerás que Weller tiene que ver con esto, verdad? —preguntó Avakian cuando dejaron atrás el bullicio.

—Esto no tiene nada que ver con los otros casos. No sé muy bien qué pensar.

—¿Quieres volver a hablar con él?

—Sí —respondió Cyrus—. Pero todavía no. Veamos qué saca la policía en claro al respecto de Sacco. No sé si podremos ejercer nuestra jurisdicción con lo que tenemos hasta ahora.

Avakian estuvo de acuerdo.

—Quizá el chico pasaba droga y se metió en un lío —dijo mientras abría la puerta de su coche.

—Sí —acordó Avakian—. Pero ¿qué clase de droga?

Alex raramente veía la televisión, pero esa mañana se sentó junto a Jessie. Se quedaron absortos con las noticias locales, porque habían pasado muchas cosas cerca de casa.

En cuanto oyó hablar del caso Treblehorn, a Alex se le encendió la luz de alarma. ¿Una experiencia extática provocada por una droga que había llevado a un supuesto suicidio? ¿Poco después de desaparecer su frasco? Conforme trascendían los detalles, lo fue sabiendo en sus entrañas. Tenía que ser su pentapéptido.

En la calle.

Alex había estado enfrascado en sus estudios, trabajando hasta la extenuación, pero no podía dejar pasar de largo aquello. La noche anterior había planeado cómo enfrentarse a Frank. No le dejaría escapar hasta que confesara lo que había hecho.

Pero Frank ya no volvió a ir a trabajar. Llegó entonces la avalancha de llamadas de gente que se había enterado del asesinato. Y todos y cada uno de los miembros de la Sociedad Uróboros añadían además una pregunta: «¿Cuándo conseguirás más compuesto?».

La vecina de Frank apareció en las noticias diciendo que «era un buen chico». Ella había conocido a su abuelo. ¿Quién haría algo así?

—Eso digo yo, ¿quién? —preguntó Alex.

Jessie sollozaba mansamente. Él la acarició en el hombro.

—No estés triste —dijo ella—. Hay que alegrarse por él.

—Está en un lugar mejor, eso por descontado —concedió Alex a regañadientes—. ¿Pero quién lo ha mandado para allá?

—¿Crees que él fue quien te robó la droga?

—Sí.

La televisión seguía hablando del caso Treblehorn. Llenaba la pantalla la foto de

la orla de secundaria de Jennifer Sheridan. El funeral se celebraría el día siguiente en su pueblo natal de Connecticut. También apareció el abogado de Treblehorn reafirmando en la inocencia de su cliente.

A continuación, dieron paso a otro corresponsal que estaba en Harrison Avenue, a las puertas del Centro Médico Tufts-Nueva Inglaterra, y acababa de hablar con el doctor Vincent Desjardines, especialista en rehabilitación, acerca de la droga que había llevado a Jennifer Sheridan a la muerte.

El doctor, un hombre en la cincuentena con cara de hurón y barbilla huidiza, miraba fijamente a la cámara desde detrás de su escritorio.

—Cada día veo más casos —explicó mostrando a cámara un pequeño cartucho de papel rojo—. Uno de mis pacientes me dio esto. Esta es la droga que llaman Apoteosis.

—¿Qué es exactamente, doctor? —preguntó el periodista.

—No lo sabemos todavía. Estamos analizándola.

—¡Alex! ¡Eso es tuyo! —dijo Jessie con la voz temblorosa y el dedo extendido.

Alex se levantó del sofá, se atusó nerviosamente el largo pelo y empezó a caminar de un lado a otro.

—Dios santo, Frank. ¿Qué has hecho?

En ese mismo momento, desde su apartamento, Cyrus hablaba por teléfono con su ex mujer. Quería hablar con Tara, pero Marian insistía en que estaba durmiendo. Echaba siestas cada vez más largas; sus energías menguaban. Cyrus le pidió que comprobara si en efecto seguía durmiendo y Marian resopló audiblemente, pero accedió. Él se sentía fatal por no haber llamado durante el día, pero había estado demasiado ocupado. La televisión zumbaba de fondo. Vincent Desjardines hablaba desde su despacho. Sostenía un papelito rojo idéntico al que había visto en el bolsillo de Frank esa mañana.

—Dios mío —masculló Cyrus.

Cuando Marian se puso de nuevo al teléfono para confirmar que Tara estaba dormida, Cyrus había colgado.

En persona, Vincent Desjardines parecía aún más menudo que en televisión. Cyrus a su lado era un gigante y, ya fuera por su corpulencia o por la placa, parecía intimidarlo. En la pared del despacho de Desjardines no cabían más certificados de pertenencia a distintas asociaciones y diplomas, entre ellos el de un doctorado en Psicología por la Universidad de Illinois. No parecía que todas aquellas condecoraciones le confiriesen mucha seguridad en sí mismo, sin embargo.

Desjardines inauguró la reunión comentando fastidiosamente que no estaba acostumbrado a la atención de los medios ni al escrutinio público y que todo aquello estaba trastornando en gran medida su rutina diaria, pues había descuidado sus deberes en uno de los centros de desintoxicación más importantes de la ciudad. Sí, la Apoteosis era una nueva droga fascinante que había aparecido de la nada, pero a él lo esperaban una legión de adictos a la heroína y la metanfetamina que también exigían su atención.

—Necesito más personal —se lamentó, como si Cyrus pudiese autorizar su contratación.

—No le quitaré mucho tiempo, pero necesitamos saber un poco más sobre la Apoteosis. Estamos en mitad de una investigación.

—¿Acerca de la droga?

—No específicamente, aunque puede haber relación. Trabajamos en un caso de homicidio. Homicidio múltiple, para ser más exacto.

—¡Oh! —exclamó Desjardines, arqueando las cejas.

—¿Qué puede contarme entonces?

El psicólogo llevaba una carpeta de anillas llena de meticulosos apuntes. La abrió y se puso las gafas.

—Imagino que no estará esperando datos específicos sobre algún paciente —se apresuró a aclarar—. Si ese es el tipo de información que busca, necesitará una orden judicial.

Cyrus aseguró que solo quería información sobre la droga, no sobre sus pacientes. Desjardines hizo un gesto con la cabeza y se refirió a sus notas. El primer indicio de la nueva sustancia llegó a través de un politoxicómano, un joven portorriqueño al que el doctor llamaba DF, con un largo historial de abuso de marihuana, oxicodona y heroína. Durante una entrevista, Desjardines supo que lo que estaba oyendo era extraordinario, así que le pidió permiso para grabar.

—¿Quieren escuchar la grabación? —preguntó a Cyrus.

—Naturalmente.

Desjardines pulsó avance rápido hasta que aparecieron el nombre y número de historial del paciente y pulsó el botón de reproducción.

«VD – ¿Cómo has estado desde nuestra última cita?

DF – Bien. Muy bien.

VD – Me alegro. ¿Has consumido algo?

DF – No, estoy limpio.

VD – Estupendo. He de reconocerte que me sorprende.

DF – Bueno, casi limpio. No sé si la Apoteosis cuenta.

VD – ¿Qué es eso?

DF – Es nueva. Al menos yo no la conocía. Ya no me interesan las otras drogas.

VD – Me temo que no sé de qué estás hablando exactamente. ¿Es éxtasis? ¿LSD?

DF – No, es muy diferente.

VD – ¿En qué sentido?

DF – Te conecta con algo. Te lleva al otro lado. Flotas sobre tu propio cuerpo y luego vuelas hacia una luz.

VD – Ya veo. ¿Es una pastilla, una cápsula? ¿O se inyecta?

DF – Es un polvo. Se disuelve en la boca.

VD – Perdona que te interrumpa. Dices que se ve una luz. ¿Ahí termina la cosa?

DF – No, eso es solo el principio. Después de la luz se llega al lugar. Al otro lado. Hay un río precioso que te llama. Te sientes bien en ese sitio. Muy bien.

VD – De acuerdo...

DF – Hay unas piedras que llevan al otro lado. Sobresalen de algo que parece agua, aunque no estoy seguro. Al menos, hay un sonido como de agua. Y entonces veo a mi padre.

VD – ¿A tu padre?

DF – Sí. Él murió cuando yo era pequeño. Lo extraño es que aparece tal y como yo lo recuerdo, con la misma camisa que siempre llevaba. Me saluda. Y parece la hostia de feliz.

VD – ¿Qué pasa entonces?

DF – Es muy emocionante. Como cuando éramos niños en Navidad, ya sabe. Empiezo a cruzar las piedras. Cuanto más me acerco, mejor me siento. Es un subidón brutal. Un subidón brutal por todo el cuerpo. Nunca había sentido nada parecido. Un millón de veces mejor que la mejor droga.

VD – Ajá. ¿Qué ocurre después?

DF – Cuanto más me acerco, mejor me siento. Es difícil de creer, pero es mejor cada vez. Mi padre se desgañita llamándome, salta arriba y abajo de contento. Luego empiezo a sentir que hay alguien tras él, muy lejos, en la distancia. No se ve nada, pero se siente. Se siente como si fuera...

VD – ¿Cómo?

DF – Suena estúpido, pero se siente como si Dios estuviera ahí. Pero antes de que pueda darme cuenta, estoy regresando por donde llegué, muy rápidamente, como si me llevara el viento. Y ya está. Y no te puedes creer que se haya terminado. No quieres que se termine.

VD – Y ¿ya está? ¿Es ese el final del viaje?

DF – Ya está. Es siempre el mismo viaje.

VD – ¿Lo has tomado más de una vez?

DF – Tres veces. Es increíble, pero todas las veces se repite lo mismo.

VD – Bueno, eso es muy curioso, ¿no te parece? Dime, ¿cuánto dura cada viaje?

DF – Una media hora, quizá. Quizá algo más.

VD – ¿Durante la experiencia estás despierto?

DF – ¿A qué te refieres? Yo me siento despierto, sí.

VD – ¿Había alguien acompañándote mientras te drogaste?

DF – No, todas las veces la he tomado solo.

VD – ¿Y la experiencia fue positiva en todos sus aspectos?

DF – ¿Positiva? Es la hostia, es tan increíble que duele. No sé si me explico. En cuanto termina quieres repetir. Quiero ver a mi padre y quiero ver si Dios está ahí.

VD – ¿Eres religioso?

DF – ¿Yo? Soy católico. Pero no voy a misa.

VD – De acuerdo. ¿Dónde conseguiste la droga?

DF – En la calle, ya sabe. Un colega me convenció para que la probase.

VD – ¿Sabes de dónde ha salido?

DF – No.

VD – ¿Se está vendiendo mucho por ahí?

DF – ¿Si se está vendiendo mucho? No lo sé. Poca gente la ha probado, que yo sepa.

VD – ¿Cuánto cuesta la dosis?

DF – Es cara. Setenta y cinco la dosis.

VD – Las otras personas que la han tomado... ¿cómo describen sus experiencias?

DF – Ahí viene lo raro. Todos tuvieron la misma experiencia que yo. Salvo que la persona al otro lado del río es siempre alguien que ellos conocen. O conocían. Siempre es alguien que ya ha muerto».

Desjardines detuvo el reproductor.

—¿Qué concluye usted de todo esto? —preguntó Cyrus.

—No sé qué pensar, sinceramente. Me intriga, claro está. Hago lo que se supone que un científico debe hacer cuando tiene más preguntas que respuestas: obtener más datos.

El doctor comenzó a buscar otros casos y estos no se hicieron esperar. En su clínica fueron recalando pacientes uno tras otro. Cuando William Treblehorn fue detenido, Desjardines era el primer y único médico conocedor del uso que se le daba a la Apoteosis en la calle.

Lo que impactó a Desjardines cuando se sentó a valorar sus primeros ocho casos, la mayoría de los cuales consumidores frecuentes de sustancias ilegales, fue que pese a la sorprendente similitud en los testimonios, las consecuencias del consumo variaban.

—¿Ocho casos? —preguntó Cyrus.

—Hasta ayer —replicó Desjardines, señalando una pila de correos electrónicos impresos—. Se han puesto en contacto conmigo compañeros de toda Nueva Inglaterra con historias parecidas. Ya he perdido la cuenta. Creo que hay más de veinte, pero no están tan documentados como los míos —añadió, dando un par de golpecitos sobre la tapa de su cuaderno—. Si contara con algo de ayuda, podría contestar a todos estos mensajes y obtener más información.

—Me gustaría volver a lo que ha dicho sobre las diferentes consecuencias en cada uno de los casos.

Desjardines se dispuso a hojear la carpeta:

Sujeto uno. DF – Varón hispano de veinticuatro años. Entrevista grabada. Ha consumido Apoteosis varias veces más, aunque a duras penas la puede pagar. Ha afirmado que prefiere consumir la droga antes que comer.

Sujeto dos. JE – Varón blanco de diecisiete años. Historial como consumidor frecuente de marihuana y alcohol. Ha consumido Apoteosis en seis ocasiones. Ve a su abuela fallecida. Se niega a volver a clase. Baja escolar. Tratamiento con antidepresivos.

Sujeto tres. BN – Varón negro de veintidós años. Adicto al crack. Ha tomado Apoteosis varias veces. Ve a un amigo de secundaria que murió tiroteado hace cinco años. Ha dejado de fumar crack y ha empezado a ir a la iglesia con su madre en el barrio de Mattapan, Boston. Dice sentirse «pleno de alegría».

Sujeto cuatro. EW – Varón blanco de cuarenta y cinco años, corredor de bolsa. Alcohólico, historial de adicción a las metanfetaminas. Ha consumido Apoteosis en más de diez ocasiones. Vio a su madre y tuvo una reacción eufórica. Dejó su trabajo al instante. Dejó de beber. Se dedica a meditar, en su casa. Su esposa está feliz porque ha dejado la bebida, pero le preocupa la falta de ingresos.

Sujeto cinco. RG – Mujer negra de treinta y un años. Ha consumido dos veces. Entró en histeria tras el primer viaje. Al día siguiente de consumir por segunda vez murió por sobredosis de heroína. La policía lo considera un accidente pero su hermana piensa que fue intencionado.

Sujeto seis. FC – Varón blanco de veinticuatro años. Consumidor de LSD y éxtasis, asiduo a la vida nocturna. Ve a su madre, que murió en un incendio, en su casa. Le alivia el hecho de que no aparezca quemada. Quiere volver una y otra vez para encontrarse con ella y planea consumir de nuevo la droga, siempre que pueda dar con ella y disponga de medios para pagarla. Está pensando en dejar su trabajo, que ahora le parece una «nadería».

Sujeto siete. JL – Varón hispano de treinta años. Adicto a la heroína. La ha consumido media docena de veces. No quiere contar a quién vio al otro lado del río. Dice que «es personal». Ha consumido heroína unas cuantas veces desde que tomó Apoteosis, pero cree que ahora puede dejarlo.

Sujeto ocho. TY – Varón blanco de sesenta y cuatro años. Adicto a la metadona desde hace veinte años. Mala salud crónica, insuficiencia cardíaca. Ha consumido la droga tres veces. Ve a su esposa muerta. Parece más relajado y tranquilo que nunca, según VD. No acudió a su última cita y no responde a las llamadas. Urgente recabar datos sobre la situación del paciente.

A Cyrus le dolía la mano de apuntar tan rápido.

—¿Eso es todo? —preguntó, mientras estiraba la muñeca.

—Más o menos. Cuando leí la noticia sobre la mujer que saltó por la ventana tras consumir Apoteosis, llamé a la policía para contarles lo que sabía.

—En las noticias de anoche enseñó un tubito de color rojo. ¿De dónde lo ha sacado?

—Pedí a mi primer paciente que me comprara un par. En la calle los llaman cartuchos —explicó mientras sacaba uno del cajón de su escritorio.

Cyrus lo inspeccionó. Era idéntico a los que Frank Sacco llevaba en el bolsillo.

—¿Qué ha hecho con el otro?

—Lo he enviado a analizar al laboratorio de toxicología del hospital, y tuvieron que derivarlo a otro laboratorio, en Kansas City. Estoy esperando el informe; de hecho, creo que ya me ha llegado, por correo electrónico. Como les digo, estoy sobrepasado de trabajo.

—¿Puede echarle un vistazo? —pidió Cyrus.

El hombrecillo suspiró y rodó en su silla hasta el teclado de su ordenador.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¡Me lo mandaron ayer! Esto es lo que ocurre cuando uno no cuenta con suficiente personal —se quejó mientras hacía clic en el archivo adjunto—. Voy a imprimirlo.

Desjardines examinó el informe de dos páginas.

—Bueno, ¡qué interesante! Jamás había oído hablar de un compuesto como este y al parecer en el laboratorio de Kansas City tampoco. Es un péptido circular. Cinco aminoácidos en estructura de anillo —explicó levantando la mirada e inspirando

hondo—. ¿De dónde demonios habrá salido esto?

Imprimió una copia y se la entregó a Cyrus, aunque para él todo aquello era chino. Cyrus la dobló y la guardó.

—¿Cuál es su conclusión, entonces? —inquirió Cyrus—. ¿De qué va todo esto?

—¿Quiere una conclusión? —preguntó Desjardines—. Esta droga me da muy, pero que muy mala espina. Esa es mi conclusión.

El estudiante chino de posgrado que trabajaba en el laboratorio de Alex le explicó al final a un insistente Cyrus que creía que su jefe había ido a correr a la pista cubierta de Harvard. A Cyrus le pareció buena idea coger a Weller con la guardia baja, así que saltó al coche y partió dirección Cambridge. Avakian estaba en una reunión en la escuela de su hija, así que Cyrus acudió solo, tratando de no pensar en todas las reuniones escolares que él se perdería.

Aparcó junto al estadio de fútbol americano de Harvard y mostró la placa para entrar en la pista cubierta Gordon. Era última hora de la mañana y no había muchos deportistas. Enseguida localizó al alto y desgarbado Weller. La cola de pelo se balanceaba, golpeando contra la camiseta mientras recorría el óvalo de tierra batida. Se movía con un estilo natural y fluido y Cyrus sintió una punzada de envidia ante la grácil y larga zancada de Weller, que parecía avanzar sin esfuerzo. Él mismo había corrido años atrás. Intentó imaginar la agradable sensación de correr a buen ritmo, pero le costó recordar. Quizá debería retomarlos. Quizá la primavera siguiente.

Weller salió de una de las curvas y al instante vio a Cyrus, pero no se detuvo ni aminoró la marcha, no mostró sorpresa ni alarma. Se limitó a esbozar una escueta sonrisa y con el índice golpeó el reloj de pulsera, dando a entender a Cyrus que tuviera un poco de paciencia.

«Aquí te espero —pensó Cyrus—. Estás corriendo en círculos».

Weller se detuvo por fin ante la tribuna y ahí se quedó, en jarras, mientras Cyrus descendía a la pista.

—Siento haberle hecho esperar, pero cuando el ritmo cardíaco baja ya no vale la pena seguir. Al menos en teoría.

—¿Corre usted muy a menudo? —preguntó Cyrus.

—Lo suficiente como para contrarrestar los efectos de la cerveza.

Cyrus obvió el comentario.

—¿Sabe por qué estoy aquí?

—¿Por Frank Sacco? —preguntó Alex—. ¿Está el FBI investigando el asesinato?

—Hemos oído de él. Me interesa lo que pueda saber usted —explicó estudiando los ojos de Weller en busca de alguna mirada evasiva o un tic. Pero no detectó nada.

—Sé lo que ha salido en las noticias y lo que se ha publicado en internet. Es horrible. Lo conocía desde hace tres años. Era muy trabajador y un gran compañero. Nunca tuve problemas con él. Me ha sorprendido mucho que anduviera metido en líos así.

—¿Líos cómo?

—Pues líos en los que alguien termina matándote —replicó alargando la mano para coger una botella de agua y una toalla que había dejado en la grada más baja.

—¿Sabía dónde vivía?

—Sí, claro. En Revere.

—¿Había estado alguna vez en su casa?

—No éramos tan cercanos.

—Y él, ¿estuvo alguna vez en la suya?

—Sí, varias veces.

—¿No ha dicho que no eran tan cercanos?

—Él acudía a los simposios.

—La Sociedad Uróboros.

—Exacto.

—¿Participaba activamente?

—La verdad es que era bastante reservado.

—¿Cuándo acudió por última vez?

—Hace un par de semanas. A principios de enero.

—Creo recordar que prometió invitarme al siguiente simposio que se celebrase.

Alex dio un sorbo de la botella.

—Se me debió de pasar.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—En el laboratorio, el día que murió. No vi nada extraño en él.

—¿Ningún indicio de nerviosismo o estrés? ¿Tenía algún tipo de problema?

—Nada.

—¿Dónde estuvo usted anteanoche? ¿De nuevo en su laboratorio?

—No. Estuve en casa toda la noche, con mi novia.

—¿Podría hablar con ella?

—Ella estará encantada.

—¿Ha tenido en alguna ocasión problemas con el rendimiento de Sacco o con su comportamiento? ¿Sabe si consumía drogas?

Alex se secó los brazos con la toalla.

—Era algo tosco en sus maneras. Un poco seco también. Pero acudía al laboratorio sin falta y cumplía con sus deberes. Poco más. Mire, tengo que volver al trabajo. ¿Le puedo ayudar en algo más?

Cyrus lo observó detenidamente.

—Sí, hay otra cosa. ¿Ha oído hablar alguna vez de este producto químico? —preguntó tras sacar el informe de Desjardines y mostrárselo.

Cyrus deseó tener a Alex conectado a un polígrafo, porque desde fuera era pura indiferencia y frialdad.

—Sí, claro. Yo lo descubrí. ¿De dónde ha sacado este informe?

—¿Usted lo descubrió?

—Eso he dicho. Nadie conoce el compuesto, así que este documento me resulta cuando menos sorprendente.

—No parece sorprendido.

—Soy británico. Quizá no esté usted acostumbrado a nuestra forma de expresarnos.

—Quizá. ¿Sabía usted que se está vendiendo en la calle una nueva droga llamada Apoteosis?

—Algo he leído. Lo cierto es que no sigo las noticias religiosamente.

—Bien, por lo que parece, la Apoteosis es justamente esa sustancia que usted ha descubierto. Se ha analizado una muestra comprada en la calle.

—Ajá —dijo Alex con voz neutra—. ¿Le importa si nos sentamos? Todo esto es mucha información seguida.

Se sentaron en la grada más baja y Cyrus dejó que Alex leyese el informe detenidamente.

—¿Quiere saber por qué no me he mostrado tan sorprendido? Porque en realidad sí lo estaba...

—Cuénteme.

—Este compuesto, este pentapéptido... Yo tenía una pequeña cantidad guardada en el escritorio de mi despacho. Y desapareció.

—¿Cuándo?

—Hace como un mes.

—¿Lo denunció a la policía?

—No.

—¿Por qué no?

Alex hizo una pausa. Cyrus supuso que estaba pergeñando mentalmente la respuesta.

—Es una cuestión bastante espinosa que tiene que ver con los derechos de propiedad. Todavía no he presentado la patente. No estoy preparado, científicamente hablando. Si denunciase el robo a la policía tendría que dar una serie de datos, como la estructura del compuesto. Y es demasiado pronto.

—Ajá —murmuró Cyrus con escepticismo—. ¿Qué le parece que se esté consumiendo en la calle como estupefaciente?

—Bueno, me horroriza. No está pensado para consumo humano. No se han hecho ningún tipo de pruebas.

¿Que le horrorizaba? No parecía horrorizado, se dijo Cyrus.

—¿Cuál es el origen del compuesto? ¿Cómo lo descubrió?

—Ya le he contado que me interesa la biología del cerebro en el momento de la muerte. Este compuesto fue aislado de cerebros animales durante la anoxia cerebral

previa a la muerte.

—¿Qué tipo de animales?

—Ratones, ratas, perros.

—Ha dicho que el compuesto fue aislado. ¿Cómo?

—¿Se refiere al procedimiento que seguí?

—Sí. ¿Cómo se extrae la sustancia del cerebro?

—Bueno, se introduce una aguja en el cerebro y se extrae una muestra. ¿Por qué necesita saberlo?

Cyrus no respondió. Notó que el corazón se le desbocaba, pero intentó que su voz sonase tan calmada como la de Weller.

—¿Y en humanos?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—Ese sería un experimento increíble, ¿no le parece? ¿Qué habría que hacer? ¿Taladrarle el cráneo a alguien, supongo?

—¡Eso es ridículo! Nadie se presentaría voluntario —exclamó Alex recogiendo sus cosas y poniéndose de pie.

—Sí, está claro que nadie daría un paso al frente para una cosa así —coincidió Cyrus, levantándose a su vez—. ¿Cuál es el propósito del compuesto?

—¿A qué se refiere?

—Qué es lo que hace.

—Activa un receptor en una parte del cerebro llamada sistema límbico. Más no le puedo contar. La investigación apenas ha comenzado.

—¿Se le ha ocurrido pensar en que quizá fuera Frank Sacco quien robara su producto? —preguntó Cyrus repentinamente.

—Hasta ahora no. Tendré que planteármelo, visto lo visto en las noticias. Él no tenía la llave de mi escritorio pero quizá supiera dónde la guardaba. Me quedo muy preocupado, la verdad. Ahora me tengo que ir, lo siento.

Cyrus lo acompañó camino de los vestuarios.

—¿Qué le parecen las experiencias que describen quienes han tomado la sustancia?

Alex se detuvo en la puerta del vestuario.

—No he prestado mucha atención a todas esas historias. Obviamente, ahora que sé que se trata de mi péptido, estaré más atento. Me preocupa mucho todo esto, pero mi profesión es la ciencia, así que procesaré cualquier información que salga a la luz. —Empujó la puerta y dijo—: Oh, qué descuido. He olvidado preguntarle por su hija.

—Está bien —contestó Cyrus con gesto dolorido.

—¿No ha sufrido ninguna crisis más? —insistió.

Cyrus no estaba dispuesto a dejarle el control de la conversación.

—Ya le he dicho que está bien. Pronto volveré para preguntarle más cosas.

—Estoy seguro de que así será.

Entonces, Cyrus bajó el tono de voz.

—Sé que fue usted.

Alex le dedicó una inquisitiva mirada.

—¿Qué ha dicho?

Por toda respuesta, Cyrus se giró y se marchó.

—No te lo tomes tan a pecho.

Stanley Minot mostraba todo el apoyo del que era capaz, pero Cyrus llevaba un humor de perros. La fiscal del distrito de Massachusetts había denegado la solicitud de orden de registro del despacho, el coche y la casa de Alex Weller. Pese a la coherencia —eso sí, algo vaga— de la historia, en su opinión no había pruebas creíbles que vinculasen a Weller con los asesinatos de Thomas Quinn, Frank Sacco o cualquiera de las prostitutas. «Seguid escarbando», sugirió mientras acompañaba a Cyrus y a Avakian a los ascensores del juzgado federal de Moakley.

—Es Weller —aseguró Cyrus a Minot con aire sombrío—. Yo lo sé y tú también lo sabes.

Minot hundió las manos en los bolsillos de su chaqueta, estirando la tela como solía hacer cuando quería ponerse filosófico.

—Mira, creo que estás creándote el caso tú solo. Los indicios llaman la atención, pero no es a mí a quien tienes que convencer, sino a la fiscal.

—Me da que el puto Weller es un loco retorcido —sentenció Avakian.

—Con ese argumento convences a cualquiera, Pete —dijo Minot, riendo.

Repicó el móvil de Minot y este salió del despacho de Cyrus para hablar.

—¿Y ahora qué? —preguntó Avakian.

—Tenemos que entrevistarnos de nuevo con la novia de Weller. Dio la cara por él con respecto a la noche en que mataron a Sacco, pero se mostró nerviosa. Quizá podamos cogerla por ahí. Y necesitamos nombre y dirección de todos los que tengan algo que ver con la Sociedad Uróboros.

—Panda de colgados —observó Avakian.

—Quizá lo sean. Pero tenemos que hablar con ellos.

Minot regresó con expresión severa.

—Éramos pocos y parió la abuela. Hay que aparcarlo todo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Avakian.

—Un secuestro. Y se suponía que yo iba a dedicar el día de hoy a quitarme papeleo de en medio...

—¿Por qué nos lo dan a nosotros? —preguntó Cyrus amargamente.

—Probablemente sea interestatal —arguyó Minot—. Un tipo de Nashua ha denunciado que alguien se ha llevado a su mujer y a su hijo. El coche del secuestrador tenía matrícula de Massachusetts. Tenemos que ir a Woburn.

—¿Por qué a Woburn? —gruñó Avakian.

—El marido trabaja en una empresa de biotecnología de allí.

—¿A qué se dedica? —preguntó Cyrus.

Minot ojeó sus papeles.

—Dice que es químico o algo así. Especializado en péptidos.

Paul Martell era un treintañero de rostro macilento y cuerpo blando. Por debajo del polo le asomaban dos michelines que se derramaban sobre los pantalones chinos. Tenía los ojos inyectados en sangre. Cyrus supuso que habría estado llorando a moco tendido.

Lo entrevistaron en la sala del consejo de administración. Chemotherapeutics, Inc. era una *start-up*, un innovador proyecto empresarial de apenas unos años. Cyrus oyó hablar de cáncer y anotó mentalmente que debía comprobar si la empresa trabajaba por casualidad en tratamientos novedosos para tumores cerebrales. El director se paseaba arriba y abajo ante la puerta de la sala mientras parloteaba por el móvil. Fue él quien encontró a Martell trabajando como un poseso durante el fin de semana en el laboratorio. Martell se vino abajo y confesó lo que había ocurrido, y el director llamó a la policía.

Martell y su mujer, Marcie, estaban viendo la televisión el viernes por la noche. Su bebé de seis meses dormía en la cuna. Marcie, como de costumbre, tenía un oído puesto en la tele y el otro en el transmisor que conectaba con la habitación del bebé. Sonó el timbre. «Probablemente sea un vecino», pensó ella. Pero no.

Dos hombres se abrieron paso. Martell no los conocía y no llegó a saber sus nombres. Los hombres sacaron armas sin preocuparse por ocultar los rostros. Le dijeron que sabían que era químico especialista en péptidos. Traían consigo un frasco lleno de un polvo blanco. Querían que fabricara más de aquella sustancia, cuanto antes. Y para motivarlo se llevaron a su mujer. Cuando oyeron al niño llorar por el transmisor, decidieron llevárselo también. Martell tenía que ponerse a trabajar. Necesitaban la mitad del material para el sábado noche. Entonces soltarían a su familia. Si el producto era una mierda, no tendrían compasión.

—¿Cómo sabían que era usted químico y especialista en péptidos? —preguntó Cyrus.

—Dijeron que preguntaron y dieron con alguien que me conocía por alguna razón. Me buscaron en Google y ya está. No sé más.

Martell explicó que no tenía ni idea de qué eran aquellos cristales ni cuánto tiempo le llevaría sintetizarlos. Ese era problema suyo, le habían espetado. Obligaron a la mujer a vestir al niño y metieron a ambos en un coche que esperaba fuera. Mientras se marchaba, Martell pudo vislumbrar la matrícula. Era de Massachusetts, pero solo distinguió una cifra, un tres. Era un Nissan Maxima negro, creía.

El otro tipo subió con Martell al coche de este y lo obligó a llevarlo a su empresa. Le dijo que pasaría por allí más tarde para comprobar que estuviera trabajando y le

advirtió de que si llamaba a la policía le aplastaría la cabeza a su hijo mientras su mujer miraba.

Martell se lanzó a la tarea, corriendo de laboratorio en laboratorio y sirviéndose de los sofisticados equipos de la empresa. Llegadas las cuatro de la madrugada, había finalizado el análisis de aquella sustancia y había desentrañado su estructura.

—¿Qué es? —preguntó Cyrus.

—Es un péptido circular —contestó Martell—. Yo no lo conocía.

Cyrus no hizo gesto de sorpresa. Suspiró y mostró a Martell la estructura de Desjardines.

—¿Es esto?

—¡Sí! —exclamó Martell—. ¡Es la misma estructura! ¡Es justo ese isómero!

—¿Pudo reproducirlo? —preguntó Minot.

—Sí. No es la primera vez que sintetizo un péptido de estructura en anillo. Utilicé el sintetizador de péptidos y trabajé con los enlazadores. No tuve problema.

—¿Cuánto querían? —inquirió Cyrus.

—Dijeron que querían un mínimo de cien mil dosis, unos cincuenta gramos de compuesto.

Avakian silbó.

—Al precio que tiene ahora mismo en la calle eso serían unos diez millones de pavos.

—¿El precio en la calle? ¿De qué? —preguntó Martell confuso.

—Apoteosis —contestó Cyrus—. ¿No ha oído hablar de ella?

—¿Eso es lo que he estado fabricando? —gimoteó—. ¡No tenía ni idea!

—¿Cuánto ha fabricado ya? —preguntó Minot.

—Unos veinticinco gramos. El tipo que me trajo los recogió la noche del sábado. Ahora mismo estoy purificando el segundo lote.

—¡Así que pronto habrá en la calle otras cincuenta mil dosis...! —aulló Avakian—. Dios santísimo.

—Mire, a mí eso me trae sin cuidado —gritó Martell—. ¡Quiero que me devuelvan a mi mujer y a mi hijo!

Minot trató de calmar los ánimos, lo cual no se le daba mal.

—Los traeremos de vuelta, señor Martell. Puede estar seguro.

—Ella está asustadísima —sollozó.

—¿Cómo sabe que está asustada? —preguntó Cyrus.

Antes de que el químico pudiese responder, Minot atajó con tono esperanzador:

—Nos hacemos cargo, Martell. Créame.

Pero Martell devolvió la mirada a Cyrus.

—Porque he hablado con ella.

Todos inquirieron cuándo.

—Anoche.

Y quisieron saber cómo.

—La llamé a su móvil. Se lo metió en el bolso antes de que se la llevaran. Lo utilizaron para llamarme y me dejaron hablar con ella.

—¿Cómo pueden ser tan estúpidos? —murmuró Minot dando un respingo. Le pidió el número a Martell y se apresuró a salir al vestíbulo.

Martell parecía alarmado.

—No se preocupe. En este caso la estupidez es un punto a nuestro favor —aseguró Cyrus en tono tranquilizador—. Si tenemos su teléfono, la tenemos a ella.

Antes de que oscureciese se había coordinado un plan en el que participaban el FBI, la policía estatal y la de Boston. Minot se ocupó de resolver las cuestiones interdepartamentales y dejó la parte táctica a Cyrus y Avakian, que trazaron un plan de acción detallado minuto a minuto.

La policía rastreó la señal del móvil de Marcie Martell y lo localizó en Clark Street, una bocacalle de Hanover Street, en el North End de Boston. Tras peinar la zona en coche concluyeron que el origen de la señal debía de ser un edificio de apartamentos de cinco plantas, estrecho y de ladrillo, con solo diez viviendas.

Comcast, la compañía de teléfonos, accedió a cortar el servicio de cable a todo el edificio a las cuatro de la tarde. En cinco minutos, se recibieron tres llamadas informando sobre el problema. A Cyrus le hizo gracia la rapidez con que habían conseguido entrar: él y Avakian se enfundaron el uniforme de Comcast y entraron en el edificio.

Tuvieron libertad de movimientos por todo el edificio durante casi una hora. Dibujaron un croquis y colocaron micrófonos. Sospecharon sobre todo de una de las viviendas del ático, a la que una mujer les había negado con enojo la entrada. En la azotea buscaron puntos de acceso desde los edificios colindantes y tomaron fotos que ayudasen a concretar el plan de rescate.

Luego se marcharon y ordenaron reponer la señal de cable.

Dos horas después dieron instrucciones a Martell de que llamase a su mujer para confirmar que se encontraba bien. Estaba cansada pero nada más. Lo más importante es que el equipo del FBI que permanecía a la escucha recibió el tono de llamada por el micro ubicado ante la puerta del apartamento nueve, ático interior.

A las once de la noche, un coche aparcaba en el aparcamiento vacío de Chemotherapeutics. Era el Kia de Martell, conducido por John Abruzzi. Estaba solo. Cuando tocó a la puerta de vidrio, Martell salió y le entregó una botella de plástico llena de polvo. Un francotirador de la policía estatal tenía a Abruzzi en su mira de visión nocturna. La orden era disparar ante cualquier indicio de que fuese a atacar al químico. Pero el intercambio transcurrió sin incidentes.

—La primera botella estuvo bien, al menos eso es lo que nos han contado esos yonkis —bromeó Abruzzi. Desde el otro lado del micrófono que Martell llevaba pegado al cuerpo se oía todo perfectamente.

—¿Vais a soltar a mi mujer y a mi hijo? —preguntó Martell.

—Dentro de poco. Vuelve a tu casa y espera. Y mantén la boca cerrada sobre todo esto. Sabemos dónde encontrarte. No hagas el tonto. Cuando necesitemos más, la próxima vez, quizá te paguemos. No cometas ninguna estupidez y te harás un favor a ti mismo.

En el aparcamiento apareció otro coche.

Abruzzi lanzó a Martell las llaves de su Kia, se subió al otro coche y desapareció en él.

Cyrus estaba en el interior del edificio de la empresa, mirando a través de los estores de una sala con las luces apagadas.

—Muy bien, se han marchado —anunció Cyrus por radio—. Mandad cuatro vehículos tras él, que no se despisten ni un momento. Y que no actúen hasta que no se les ordene.

A unos cuatrocientos metros esperaba un helicóptero de la policía estatal que trasladaría a Cyrus al centro de la ciudad. En quince minutos estaba desembarcando en el helipuerto del hospital general, donde lo esperaba un transporte que lo llevaría a la comisaría de la policía de Boston, en New Sudbury Street. Desde allí se coordinaría la operación.

Minot escuchaba en silencio la descripción que Cyrus hacía del plan de acción al oficial al cargo del comando SWAT de la policía de Massachusetts y al equipo de apoyo de la policía local. Cuando terminó, Minot le dio una paternal palmada en la espalda, rellenó su pipa con tabaco afrutado y le deseó suerte.

A medianoche, los SWAT tomaron posiciones en la azotea del edificio de Clark Street. Los ocho hombres, pertrechados con chalecos antibalas, gafas de visión nocturna y rifles de asalto, anclaron las cuerdas para descender haciendo rappel.

Cyrus estaba en una furgoneta de comunicaciones de incógnito, aparcada en la manzana limítrofe con North Street. Antes de dar la señal, llamó a Avakian, que iba en uno de los coches que seguían a Abruzzi.

—¿Dónde está nuestro hombre? —preguntó Cyrus.

—Sigue en el Seagull Lounge, en Revere. Tenemos cubiertas la puerta y la parte de atrás. Tranquilo, no va a aparecer por vuestra fiesta.

Las luces del apartamento nueve estaban apagadas.

Cyrus dio luz verde.

Tras la cuenta atrás, el oficial de los SWAT dio orden de proceder.

Había dos ventanas en un lado de la fachada y otras dos en la parte de atrás. Los primeros cuatro hombres se dejaron caer y, aprovechando el balanceo, entraron por

las ventanas con las botas por delante. A continuación entraron otros cuatro. Cyrus estaba sentado en el mismo borde de la silla, con los ojos cerrados y apretándose los auriculares. Apenas había desaparecido el estruendo de cristales rotos cuando se oyeron los primeros disparos.

Bang, bang.

Se escuchaban frases frías, mecánicas e inquietantes.

—¡Hombre abatido en el dormitorio dos!

—¡Mario! —gritó una mujer.

Bang.

—Mujer abatida en el dormitorio dos.

—Estoy en el dormitorio uno. Tengo al bebé. Cubrid la puerta. Creo que la madre está bien. ¿Es usted Marcie Martell?

—¡Sí!

—¿Cuántos más hay?

—¡Dos hombres y una mujer!

—¿Dónde está el otro hombre? ¿Quién tiene al otro hombre?

—¡Cuidado, creo que está detrás de ese sofá!

Bang. Bang. Bang.

—¡Segundo hombre abatido!

—¡Limpio! ¡Que entren los médicos!

Momentos después, la calle cobraba vida. Un fornido agente salió del edificio con el bebé en brazos y otros dos sostenían a su madre.

Cyrus observó a Marcie Martell mientras se la llevaban. Parecía que viniese del mismo infierno. Llamó a Avakian.

—Aquí hemos terminado. Recoge a tus hombres.

Avakian y cuatro agentes especiales entraron en el local y apresaron a John Abruzzi y a su conductor sin dar un solo tiro. Abruzzi llevaba la gran botella de plástico en el bolsillo de la chaqueta.

—Esto es azúcar, imbécil —reveló Avakian—. ¿Dónde está la primera botella?

Abruzzi levantó la barbilla.

—No sé de qué cojones me estás hablando, pero si lo supiera te diría que hace tiempo que ha volado. Apostaría algo a que se vendió todo hace mucho.

Cyrus estaba demasiado ocupado y no podía salir siquiera de la oficina, pero se negó a cancelar la cita. Unos días después de la redada en el barrio de North End seguía dejándose la piel en los informes posteriores, pero esa mañana no podía dejar de pensar en su cita, si podía llamársele así. Emily Frost se le había metido bajo la piel, muy adentro, como ladrón en la noche, invadiendo su pensamiento en los momentos más inesperados. Cuando leía. Afeitándose. Desayunando.

Estaba decidido a no llegar tarde. De hecho, entró presuroso en la cafetería con algunos minutos de adelanto. Ella ya estaba allí, sentada en una de las mesas, hablando por el móvil. Saludó con la mano y siguió hablando mientras él se sentaba y se quitaba el abrigo. Por su tono de voz, Cyrus dedujo que estaba conversando con alguna familia en calidad de médico. Trató de escuchar la cadencia y el sonido de su voz sin atender a las palabras. Emily sabía combinar gravedad y calidez. Calmaba oírlo. Eso a él tampoco le venía mal.

—Discúlpame —se excusó ella cuando terminó de hablar—. ¿Cómo estás, Cyrus?

—Bien, Emily. Muy liado, pero bien.

—¿Sigues con Shakespeare?

—Eso es como preguntarme si sigo respirando —respondió Cyrus entre risas.

—Yo sigo en ello, por tu culpa. Los sonetos son maravillosos. —Pidió café para ambos—. ¿Cómo está Tara?

—Ni bien ni mal —ponderó, pesadamente—. Cada vez que la veo parece haberse alejado un poco más de todo. No sé si me explico.

—Te explicas —dijo Emily con una sonrisa—. Como una estrella que pierde brillo.

Cyrus tragó saliva y asintió con la cabeza.

—Y ¿cómo estás tú? —inquirió Emily.

—En una situación normal me quejaría por la descomunal avalancha de trabajo que se me ha venido encima. Pero creo que distraerme un poco me hace sentir mejor.

—Pues claro. ¿No puedes hablar sobre ningún aspecto de tu trabajo? ¿Es confidencial?

Llegaron los cafés y él se quedó esperando de nuevo el bigote de espuma de capuchino sobre el labio de Emily. El bigote apareció y a él le encantó.

—¿Has oído hablar de esa nueva droga, esa a la que llaman Apoteosis?

A Emily se le pusieron los ojos como platos.

—¿Estás trabajando en eso?

—He terminado metido en ese asunto a raíz de una investigación relacionada.

—Me tiene fascinada. En serio. He leído todo lo que ha caído en mis manos al respecto. Es más, ya tengo a una paciente que la ha probado. Fue la semana pasada: una niña de quince años que intentó suicidarse. La tenemos ingresada.

—Se está extendiendo como la pólvora —comentó Cyrus—. El mundo es un lugar más peligroso desde hace unas semanas.

—Más peligroso y más dulce a la vez, ¿no te parece?

—¿Qué quieres decir?

—A todo el mundo le reconforta la posibilidad de que exista una vida eterna. Está en los cimientos de todas las grandes religiones. La gente quiere creer que hay más.

—Tu paciente intentó suicidarse. Muchos lo han conseguido. ¿Qué te parece eso?

—No creo que los efectos de la droga sean siempre los mismos. Es posible que la psique subyacente del consumidor condicione la respuesta. Si el consumidor lleva una vida de infelicidad, marginación o insatisfacciones, probablemente el suicidio y la promesa de algo mejor se revelan como solución ineludible.

—Elegir la muerte sobre la vida —apostilló Cyrus.

—Algunos colegas que han tratado a más pacientes que yo cuentan que los consumidores describen sensaciones de alegría y paz incomparables. El placer más puro jamás experimentado.

—¿Y los que la toman pero luego no quieren quitarse de en medio?

Emily hizo una pausa y reflexionó.

—Supongo que a quienes llevan una vida sana y se sienten realizados la experiencia les aporta una nueva dimensión. Para ellos el cielo puede esperar. Aunque probablemente su forma de vivir la vida cambie.

Cyrus se lo tomó un poco a broma.

—¡Vuelan por el túnel hacia la luz! ¡Ven el río, es precioso! ¡Un ser amado los espera! ¡Sienten a Dios...! ¿Cómo explicas todas esas alucinaciones? Son idénticas, siempre.

—No te crees nada... Ya lo he captado —replicó Emily riendo por lo bajo—. En realidad, solo hay dos explicaciones, ¿no te parece? O es una alucinación inducida por la sustancia, apoyada en una sugestión colectiva, o es real.

Apareció la camarera para rellenar las tazas de café. Cyrus esperó a que terminase.

—¿Real? —exclamó cuando se hubo marchado.

—¿Quién soy yo para decir que no hay otra vida? La mayor parte de la gente cree que sí, ya sabes. El 92 por ciento de los estadounidenses creen en Dios y el ochenta en el más allá. ¡Por favor, uno de cada tres cree que la Biblia es la palabra literal de Dios!

—¿Tú crees? —preguntó Cyrus, dándose cuenta en cuanto cerró la boca de que

aquella no era una pregunta apropiada. Pero Emily respondió antes de que le diese tiempo a excusarse.

—Yo soy agnóstica militante. Y ya que preguntas, supongo que es justo que yo haga lo mismo.

Él agitó la cabeza y miró por la ventana durante unos segundos.

—Yo soy católico practicante. Tengo fe. Pero para mí este tipo de cosas han de ser abstractas. Explicitar las ideas de Dios y de la vida ultraterrena con imágenes concretas... No me gusta. Va contra mi forma de entender la fe.

—Te entiendo perfectamente —acordó, apretando los labios con curiosidad—. Entonces ¿qué papel desempeña el FBI en todo este lío de la Apoteosis?

—Como te dije, yo he llegado por otro lado. Y sobre eso no puedo hablar.

—Lo lamento —se disculpó—. Soy una cotilla. ¿Se sabe de dónde ha salido la droga?

—Sobre eso tampoco puedo hablar.

—Ah, claro. Lo siento. Soy una pesada —dijo ella, riendo.

Cyrus cambió de tema.

—Lo alucinante es que esa sustancia no es ilegal. Se consume y se vende, y la policía no puede hacer nada.

—¿Se está haciendo algo al respecto?

—La DEA está trabajando en ello. Una sustancia no puede ilegalizarse de la noche a la mañana, pero, si de mí dependiese, los pondría a trabajar a doble turno para conseguirlo.

—Sí, hay razones para preocuparse. No sé si es una sustancia adictiva en el sentido tradicional, pero no hay duda de que tiene un gran poder de seducción.

—¿Recuerdas que una vez te hablé de Alex Weller?

Ella asintió con la cabeza.

—Dijiste que una vez asististe a uno de sus simposios. ¿Recuerdas a un enfermero llamado Thomas Quinn? ¿O a Frank Sacco, un técnico de laboratorio?

—No, lo siento. Había bastante gente y fue hace un par de años.

—¿Has visto a Weller últimamente?

—No. ¿Por qué?

—Por nada en especial. —Su taza estaba vacía—. ¿Quieres otro? ¿O algo de comer?

—Tengo que volver para la sesión clínica —argumentó Emily.

Él pidió la cuenta.

—¿Puedo preguntarte una cosa? ¿Por qué elegiste trabajar con niños enfermos?

No fue capaz de utilizar la palabra «moribundos».

—Yo tuve una infancia dura, podría decirse —dijo sobriamente—. Trabajo con todo tipo de traumas. Si llego a casa por la noche con la certeza de que he ayudado a

un niño, entonces ese día ha merecido la pena.

Cyrus dejó dinero sobre la mesa y tuvo un pensamiento que inesperadamente le hizo sentir bien.

—¿Quieres que nos veamos otra vez? —preguntó.

—Podríamos tomar otro café —respondió ella.

—Tengo otra idea. A ver qué te parece.

—Sigo siendo la médico a cargo de tu hija —recordó Emily.

—No, es algo profesional —negó él entre risas. Le contó lo que se le había ocurrido y preguntó si podían verse en dos días.

—Me encantaría —dijo ella mientras consultaba su agenda—. Me encantaría, sí.

Jessie le quitó la camisa a Alex y se dispuso a masajearle los hombros. Este estaba tenso y un masaje de espalda siempre le iba bien en esos casos. Llevaba días durmiendo mal y se había mostrado muy retraído. Pasaba horas en una habitación a oscuras, en soledad. Volvía la vista atrás y se daba cuenta de que su vida había sido muy sencilla. Su empresa por comprender aquella experiencia cercana a la muerte vivida en la infancia había guiado sus pasos de manera muy particular. Lo había empujado a estudiar neurología, filosofía y religión. Pero ahora que se había superado a sí mismo, las complicaciones lo inundaban todo, como si una presa se hubiera empezado a resquebrajar río arriba. Se imaginaba agarrado a un joven árbol combado por un torrente de aguas bravas, en peligro mortal de verse arrastrado por las poderosas fuerzas que había liberado.

Él siempre había procurado mantener el control sobre todas las cosas, y ahora ese repentino caos le devoraba por dentro. Era incapaz de controlar a Cyrus O'Malley, que lo perseguía con la tenacidad de un bulldog. Y era incapaz de controlar el compuesto uróboros. Hasta le habían robado el nombre. Ahora se llamaba Apoteosis. En la calle, el compuesto había pasado a protagonizar un experimento masivo e incontrolable que en última instancia haría que las miradas se posaran sobre él. Y cuando eso ocurriera, O'Malley estaría ahí, mostrándole con engreimiento las esposas que iba a ponerle para después meterlo preso de por vida. Preferiría morir.

La muerte se había convertido en una opción abrumadoramente atractiva. Sabía, con la certeza que da un experimento científico probado y comprobado, que al otro lado le esperaba algo mucho más atrayente que la misma vida. No digamos que aquella angustiada situación por la que atravesaba. Con una hoja de afeitar o diez minutos dentro del coche en marcha, dentro del garaje cerrado, volvería con su padre para siempre. Descubriría, de una vez por todas, qué había al otro lado del río.

«He de hacerlo —pensó—. Con Jessie. No es cuestión de si hacerlo o no, sino de cuándo».

En un principio evitó leer las noticias sobre la Apoteosis, pues le venían a la

cabeza imágenes de O'Malley tocando a su puerta. El científico que había en él, sin embargo, terminó por tomar las riendas. Era descubrimiento suyo, la había creado él. Y la gente contaba emocionada sus experiencias por todos lados: no dejaban de publicarse vídeos, tuits y entradas de blog sobre el tema, se hablaba de ello en internet y en televisión. Toda la prensa daba cobertura, a diario.

Hubo una cosa que le fascinó especialmente. Una chica, bastante guapa, publicó un vídeo en YouTube en el que aparecía ella saliendo de un viaje de Apoteosis. Lloraba y reía a un tiempo, diciendo: «No entiendo cómo no nos tomamos esto todos. La gente tiene que saber lo que es. Tenemos que entenderlo. A tomar por culo todo lo demás. Esto es lo único que importa. ¡Vamos, gente, haced lo mismo que yo!».

«¡Vamos, gente, haced lo mismo que yo!»

Volvió a ver el vídeo hasta que llegó la iluminación. De repente, supo lo que tenía que hacer.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Jessie mientras le masajeaba la espalda.

—Sí. ¿Y tú?

Jessie era una mujer sencilla. Ingenua. No se guardaba nunca las cosas que la incomodaban.

—Me sigue preocupando ese agente del FBI que vino a verme para preguntarme sobre Thomas y Frank.

Alex no había sido capaz de mantenerla a ella al margen del acoso del FBI. O'Malley se había presentado en su casa mientras él trabajaba en el laboratorio y había frito a preguntas a Jessie durante una hora. Ella quedó desconcertada. ¿Por qué quería saber dónde estaba Alex la noche que Frank murió? ¿Por qué ese interés en la Sociedad Uróboros? ¿Por qué quería hablar de la muerte de Thomas Quinn? La chica se anduvo con pies de plomo, naturalmente. Alex la había aleccionado bien: no mencionar jamás el consumo de drogas durante los simposios. La visita del agente, no obstante, la había perturbado.

—No te preocupes por eso —la tranquilizó Alex—. Lo hiciste bien.

—Sigo sin tener claro por qué me hizo todas esas preguntas. Es como si pensara que tú tienes algo que ver con la muerte de Thomas y Frank.

—Ese tal O'Malley está perdido. Tiene una idea distorsionada de la realidad.

—Echo de menos a Thomas —añadió ella—. He pensado mucho en él últimamente.

—Yo también lo echo de menos. A Frank no. Me robó. No era buena persona. En cualquier caso, los dos están ahora en un lugar mejor.

Alex se giró y atrajo a Jessie hacia su pecho.

—Eres un alma pura, Jessie. Pero ni se te ocurra ir a buscar a Thomas, ¿de acuerdo? Te necesito aquí, conmigo. Tenemos trabajo que hacer.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Jessie, he estado pensando. De hecho, no hago otra cosa últimamente. Se trata de lo siguiente: Frank sacó al león de la jaula antes de tiempo y mira lo que está ocurriendo. Cientos de personas, quizá miles, han tomado ya Apoteosis. El compuesto ha despertado una alegría y un conocimiento desconocidos. ¿Por qué detenernos? ¿Acaso no tenemos la responsabilidad de hacer más por más gente?

—¿Cuál es esa responsabilidad?

—La Apoteosis es mía. Me siento como su padre. Un padre debe ser responsable de lo que trae al mundo. Tengo varias ideas, Jessie. Grandes ideas. Pero no puedo ponerlas en práctica solo. Necesitaré ayuda. Quiero hablar con unos pocos de la Sociedad Uróboros, aquellos en quienes puedo confiar de verdad. Erica, Davis, quizá Sam, el nuevo, y un par más. Puede que tengamos que trasladarnos a algún lugar en el que trabajar con tranquilidad, sin que interfieran O'Malley ni nadie más. Me acompañarás, ¿verdad?

Ella no hizo preguntas.

—Por supuesto. Iré contigo donde vayas.

Él la besó apasionadamente y la tomó de la barbilla.

—Tengo dos dosis más de líquido. Las dos últimas. —Las valiosísimas últimas gotas extraídas de Paulo Couto—. ¿Quieres que las tomemos ahora? —Ella asintió feliz—. Tú primero entonces —invitó él.

Alex dejó caer una a una las gotas sobre la lengua de Jessie y esta se tumbó en la cama.

—¿Por qué son mejores las gotas que los cristales? —preguntó.

La pregunta cogió a Alex con la guardia baja. Respondió con cautela.

—Los cristales son sintéticos. El líquido contiene la sustancia natural. Entre ambos hay diferencias mínimas pero esenciales. Estoy trabajando duro para comprenderlo todo al detalle.

—¿De dónde sale el líquido? —preguntó, cerrando los ojos a la espera de los efectos.

—De animales —respondió rápidamente—. Que no te parezca macabro. Es muy difícil de preparar. No te preocupes por esas cosas. Tú relájate y disfruta. Cuando vuelvas estaré aquí esperándote.

Al día siguiente, Alex tenía un paquete de FedEx esperándole en el laboratorio. Había llegado desde México. Entró a toda prisa en su despacho y cerró la puerta. Rasgó el cartón de la caja, en su interior venían dos grandes botes de plástico. La etiqueta solo decía el peso. En uno, treinta y cinco gramos. En el otro, cuarenta y seis. Alex alzó el puño triunfante: ¡ochenta y un gramos! ¡Casi doscientas mil dosis! «¡Te quiero!», exclamó en voz alta, antes de abalanzarse sobre el teléfono.

A los pocos segundos, descolgaba Cifuentes.

—¡Alex! Te ha llegado mi paquete, imagino.

—Tío, eres el mejor. ¡Ochenta y un gramos! ¡Es increíble!

—Eso mismo me decía anoche mi mujer —apuntó Cifuentes con una risa ahogada—. Me alegro de poder ayudar a un viejo amigo.

—Dime cuánto te debo. No creo que pueda pagarlo todo de golpe, pero dame una cifra.

—En realidad, Alex, creo que no quiero dinero. Quiero otra cosa.

—Dime qué puedo hacer por ti.

—Quiero saber si este péptido es la droga a la que llaman Apoteosis en Estados Unidos.

Alex resopló fuerte sobre el auricular.

—Te seré sincero, Miguel. Uno de mis técnicos de laboratorio robó el primer envío que hiciste y empezó a venderlo por ahí. Me quedé horrorizado.

—He leído en el periódico que se está vendiendo a cien dólares el medio miligramo.

—Eso he oído yo también.

—De acuerdo —atajó Cifuentes—. Es todo lo que quería saber. Estamos en paz, compadre.

Alex intentó leer entre líneas, pero decidió guardarse las conclusiones.

—Miguel, escucha. Hay otra cosa. Tengo motivos para creer que quizá otras combinaciones isoméricas pudieran ser incluso más interesantes. ¿Hay alguna posibilidad de que lo estudiaras?

Hubo una extensa pausa.

—Es muy amable de tu parte pensar en mí para ese trabajo. Pero, francamente, creo que en el futuro más próximo voy a estar extremadamente ocupado. Así que cuídate y no cojas frío por allá arriba, ¿de acuerdo?

La de Frieda Meyer era una hermosa casa colonial encajada en una pequeña parcela cubierta de árboles, en el barrio de Chestnut Hill, a cinco minutos a pie del campus del Boston College. Cyrus apenas había vuelto por el campus desde sus tiempos de estudiante. Después de todo, no era ex alumno: lo había dejado a la mitad. Sin embargo, le procuraba cierto placer acudir ahora en visita semioficial.

Había estado ensayando lo que diría cuando hiciese la llamada. Una secretaria le pidió que no colgara y momentos después rompía el silencio una voz familiar, con un asertivo acento alemán.

—¿Diga? Soy la profesora Meyer.

Cyrus se aclaró la garganta.

—Profesora, mi nombre es Cyrus O'Malley. Probablemente no se acuerde de mí. Fui alumno suyo hace veinte años.

—Un nombre interesante, señor O'Malley. Pero tiene usted razón, no lo recuerdo. ¿Estudió la carrera o el doctorado?

—La carrera.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—¿Ha oído hablar de una droga a la que llaman Apoteosis?

—¿Apoteosis? ¿Es la que se supone que provoca alucinaciones en las que se aparece Dios?

—Correcto. Yo trabajo para el FBI, en la oficina de Boston. Esta droga, la Apoteosis, se ha convertido en un problema, como habrá podido comprobar.

—¿Qué tiene todo esto que ver conmigo, señor O'Malley?

—En mi segundo año de carrera tomé una asignatura que usted impartía, «Dos mil años de fe».

—Y sigo impartíendola. Se matricula mucha gente porque es bastante fácil. Hay que ser muy torpe para sacar menos de notable.

—Por eso la cogí yo. Recuerdo que en el catálogo de asignaturas decía: «Dios perdona, la profesora Meyer también».

Ella rió de buena gana.

—Bueno, me alegro de que recuerde usted algo.

—¿Podría ir a verla y charlar con usted? Me gustaría entender mejor todo este fenómeno, desde el punto de vista religioso y de la psicología de masas.

—He de decir que me intriga mucho todo lo que he escuchado sobre la droga. Yo hablaría de visiones espirituales colectivas. Es muy interesante, sí. Podría ser divertido. Raramente tomo parte en asuntos tan de actualidad.

—Se lo agradezco. ¿Cuándo le viene bien?

—Pase por mi casa el miércoles, sobre las cuatro. A la hora del té, como es debido.

—Estupendo.

—¿Le importa si invito a un par de colegas? —preguntó—. Quizá haga más interesante la charla.

—¿Estás seguro de que puedo participar? —preguntó Emily mientras Cyrus aparcaba.

—Por supuesto. Ella también ha invitado a gente. Tú sabes más de todo esto que yo. Necesito una intérprete.

—¡Bueno, sé algo más pero no mucho! De todos modos, me interesa enormemente.

Cyrus llamó al timbre mientras Emily admiraba la casa de madera, pintada de amarillo claro, con postigos y puerta de color negro.

—¡Qué lugar tan bonito! —susurró ella.

Cuando Frieda Meyer abrió, Cyrus quedó momentáneamente mudo. En su recuerdo, Frieda era una atractiva mujer de mediana edad cuya larga cabellera ondeaba al viento mientras recorría el campus con paso atlético. La mujer que se encontraba ante él había dejado atrás la edad adulta y bordeaba la fragilidad. Tenía el pelo color plata peinado en un moño, pero su voz no había perdido un ápice de juventud y vigor.

—¡Buenas tardes! —saludó efusiva—. Entren. ¿Han llegado sin problemas?

—Sí, gracias. Hemos llegado bien. Profesora, esta es la doctora Emily Frost, una amiga. Es psiquiatra y también está muy interesada en la droga.

—Bienvenidos ambos. —La profesora escrutó el rostro de Cyrus—. Ahora que lo tengo frente a mí estoy completamente segura de que no lo recuerdo —dijo llanamente—. Pero qué importancia tiene. He tenido muchos alumnos.

Colgaron los abrigos y la siguieron al salón, que ocupaba en gran parte un gran piano de cola situado junto a un rincón. El resto de muebles se había dispuesto algo forzosamente para acomodar el instrumento, de modo que sofá y sillones quedaban algo apretados alrededor de una alfombra, como pequeño espacio de charla.

Había sentados tres hombres que se levantaron, y Meyer condujo a Cyrus y a Emily por el brazo como si fueran dos niños para presentarlos por turnos. Los presentes eran otros profesores del departamento de Teología. Uno de ellos era el rabí Paul Levin. Tendría más o menos la edad de Cyrus, iba muy bien afeitado y se tocaba con una pequeña kipá, sujeta con una horquilla. Walid Sharif era egipcio, de piel aceitunada y algo voluminoso. Andaba por la cincuentena y no cesaba de sonreír. Por fin, el padre Andrew Clegg, jesuita, superaba ampliamente la sesentena y hacía gala

de una gran estatura, mata de pelo blanco y aspecto saludable.

Se sentaron e intercambiaron algunas trivialidades hasta que Meyer sirvió el té. A continuación, esta se sentó elegantemente en una de las sillas y señaló a Cyrus con una galleta en la mano.

—¿Sabe usted que su tocayo, el rey Ciro de Persia, era un tipo muy interesante? Fue uno de los líderes más tolerantes de la historia, un visionario. Cuando conquistó el Imperio babilónico, en 539 antes de Cristo, no quiso imponer a sus nuevos súbditos el panteón de dioses persas. Fomentó la reconstrucción de los templos antiguos e incluso invitó a los judíos a regresar a Judá para que rehiciesen su propio templo. Quizá esté usted destinado a propagar la tolerancia religiosa.

—No sabría qué decir a eso —respondió Cyrus tímidamente.

—¿Por qué no nos cuenta más cosas sobre esta droga llamada Apoteosis? Para ponernos en antecedentes.

Cyrus contó lo que sabía. Que se trataba de un péptido con estructura en anillo recientemente hallado por un neurólogo de Harvard en el cerebro de animales en el momento de su muerte, y que interactuaba con los receptores del sistema límbico del cerebro.

—La anatomía no es mi fuerte —aclaró Meyer—. ¿Qué es el sistema límbico?

Emily se aprestó a aclararlo.

—Es un grupo de estructuras que se sitúan en lo más profundo del cerebro y que controlan las emociones, la conducta, la memoria a largo plazo. En términos evolutivos tiene una enorme antigüedad. Los primeros mamíferos ya tenían sistema límbico. En ocasiones se lo ha considerado la «sede del alma».

El padre Clegg terció entusiasmado.

—Si no recuerdo mal, leí hace tiempo en un artículo de *Scientific American* que droga y receptor funcionan como una llave y su candado. No cuesta imaginar una droga con estructura circular encajando a la perfección en una cerradura de esa misma forma que se hallara en esa «sede del alma». Me hace pensar en el famoso «agujero divino». —Los profesores comentaron por lo bajo. Cyrus escuchaba desconcertado—. Es una expresión que hace referencia al vacío que existe en la conciencia de los no creyentes o de aquellos que han perdido la fe. Se diría que esta droga llena ese «agujero divino», metafóricamente hablando.

Levin se incorporó en su sillón.

—A mí me parece muy perturbador. Casi me asusta. Se trata de una imagen de lo divino inducida por una sustancia. No nace de la fe, sino de la química.

—A mí también me resulta perturbador —intervino Sharif—. Y eso lo hace fascinante. Ni siquiera sé por dónde empezar.

—¿Qué tal con «En el principio...»? —propuso Meyer, arrancando más de una sonrisa.

—Probablemente todos hayan leído que las alucinaciones de quienes la prueban son pasmosamente similares. La única diferencia significativa es la identidad de la persona que llama a la persona bajo los efectos de la droga, casi siempre un pariente o amigo fallecido. Esta es la parte que se me hace incomprensible —explicó Cyrus—. Necesito entender qué ocurre.

—¿Por qué ha de ser una alucinación? —preguntó Meyer.

—¿Sugieres que pueda ser real? —se mofó Levin.

—Frieda está intentando provocar, me parece —dijo Sharif.

—¿Eso crees? —preguntó ella—. ¿No podría ser esta la prueba que los filósofos llevan buscando tanto tiempo? ¿No podría ser esta la prueba de que la vida ultraterrena existe, de que Dios está en todos y cada uno de nosotros? Decidme que sí, oh, estimados colegas.

Levin rió entre dientes.

—De acuerdo, Frieda. Allá voy. Los rabís del primer siglo después de Cristo afirmaron que Dios era absolutamente incomprensible. Moisés fue incapaz de penetrar los misterios divinos. A ese mismo respecto, el rey David tiró la toalla y reconoció que era tarea fútil, pues Dios era demasiado para la mente humana. Los judíos tenían prohibido pronunciar su nombre, como recordatorio de que cualquier intento de comprender su esencia era inútil. El nombre divino se escribía YHWH y la palabra Yavé no se pronunciaba jamás leyendo las escrituras. Uno de los sinónimos más utilizados por los hebreos era Shejiná, derivado del verbo *shakan*, que significa «acampar». Es decir, dondequiera que los israelitas viajasen, Dios los acompañaba, estaba con ellos, en su propio campamento, dentro de su alma. Además, la Torá nos enseña a los judíos a no pensar que Dios está por encima de nosotros, observándonos, y nos alienta a cultivar la idea de un Dios interior, de manera que la interacción con el prójimo se hace sagrada. La idea del Dios interior es muy antigua.

—San Agustín reflexionó sobre ello —observó Clegg—. También él creía que Dios se encontraba no en las alturas sino en el interior, en la mente. Su idea de la «memoria» no es la que tenemos nosotros hoy. Para él se trataba de algo más cercano a lo que la psicología llama «inconsciente». A través de ese mundo insondable de imágenes, planos, cuevas y cavernas, Agustín descendía hasta su Dios. Este solo podía revelarse en el mundo de la mente. Hay un fragmento de sus *Confesiones* tan poderoso a ese respecto que lo aprendí de memoria hace años: «¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no serían».

—Qué hermoso —murmuró Emily.

Sharif sorbió lo que le quedaba de té.

—Ciertamente, en todas nuestras religiones existe una dicotomía en lo que respecta a la revelación. El dios de los judíos innegablemente habita en el interior. Uno de los pasajes más poderosos del Antiguo Testamento es ese en que Moisés baja del monte Sinaí, donde la presencia divina revelada hace que la piel de su rostro resplandezca con una luz tan intensa que los israelitas no pueden mirarlo directamente. Esa es una revelación externa. En mi religión, el profeta Mahoma estuvo también en una montaña, el monte Hira, la decimoséptima noche de Ramadán del año 610. Se despertó de su sueño y se encontró envuelto en una devastadora presencia divina que le ordenaba: «¡*Iqra!*!», «¡recita!». Aunque protestó diciendo que él no era recitador ni profeta, se vio rodeado de esa presencia hasta que le faltó el aire para respirar. Tras la tercera orden divina, de sus labios comenzaron a brotar las palabras de una nueva escritura, el Corán. Esta también sería una revelación externa. No obstante, en el Islam se encuentran asimismo escritos que sugieren que Dios está dentro de nosotros, dentro de todas las cosas en realidad. Al Baqillani, teólogo del siglo XII, desarrolló una teoría llamada atomismo que quería dar una base metafísica a la fe musulmana. En pocas palabras, no existe realidad más allá de Alá. El universo se reducía a un sinnúmero de átomos individuales y nada tenía identidad específica propia. Se trataba de un intento metafísico de explicar la presencia de Dios hasta en las cosas más pequeñas de la vida y un recordatorio de que la fe no se somete a la lógica racional.

Levin se puso en pie y se dispuso a dar vueltas alrededor del piano con paso vivo mientras hablaba.

—Esa noción del camino interior a Dios me hace pensar en los primeros místicos judíos, especialmente los místicos del Trono de Dios de los siglos V y VI y los cabalistas de los siglos XII y XIII, que buscaron un Dios personal, dentro de sí. Los místicos de todas las épocas han recurrido a técnicas diversas, como el ayuno, la vigilia o los cánticos con el fin de entrar en un estado de conciencia alternativo y alcanzar la espiritualidad interior.

—Sí, Paul —interrumpió Sharif—. Así eran también los místicos sufíes. A través del cántico adoptaban conductas muy peculiares y desinhibidas.

—El denominador común entre todos los místicos —continuó Levin— es su reacción ante una fe cada vez más intelectual. Ya sabéis: «creed, porque tenéis que creer». El místico sentía la necesidad de conectar directamente con la presencia de Dios, que siempre lo acompañaba, y para ello se embarcaba en un viaje interior. Hubo un rabí, Akiva, que describió su ascensión a los cielos hasta llegar ante el Trono de Dios, camino del cual encontró piedras de puro mármol. Una metáfora del viaje a las profundidades de la mente, con gran riesgo para uno mismo, pues quizá no seamos capaces de soportar lo que allí encontremos.

—¿Me permitirás citar de nuevo a Agustín? —rogó Clegg.

—Puedes citarlo las veces que quieras, Andrew —aprobó Meyer.

—Muy bien. San Agustín experimentó la ascensión hasta Dios en Ostia. Sobre ello escribió: «Nos levantamos con más ardiente afecto hacia el que es siempre el mismo, recorrimos gradualmente todos los seres corpóreos, hasta el mismo cielo, desde donde el sol y la luna envían sus rayos a la tierra. Y subimos todavía más arriba, pensando, hablando y admirando tus obras; y llegamos hasta nuestras almas».

—Mahoma también vivió una experiencia similar durante el Miraj, el viaje desde Arabia hasta la mezquita de Al Aqsa, en Jerusalén. Mientras dormía, el arcángel Gabriel lo transportó en un caballo celestial y en el cielo fue recibido por Moisés, Abraham, Jesús y otros profetas. Entonces, Gabriel y Mahoma emprendieron un peligroso viaje por una escalera que los llevó a través de los siete cielos, hasta que alcanzaron la esfera divina.

—Los que han probado la Apoteosis hablan también de un viaje muy particular —apuntó Emily.

—Hasta que algo los devuelve bruscamente a la realidad —añadió Cyrus.

—O, por qué no, a esta manifestación de la realidad —terció Meyer con un guiño—. ¿Cómo sabemos que esos viajes interiores no son reales también? A mí me gustaría hablar sobre la realidad colectiva.

—¡Ahí viene Carl Jung! —advirtió Clegg.

—Es un chiste nuestro —explicó Levin a Cyrus—. Frieda es fan a ultranza de Jung. No hay debate teológico en el que no lo saque a colación.

—¡Asumo los cargos! —prorrumpió Meyer—. Verá, señor O'Malley, mi abuelo fue psiquiatra y amigo de Sigmund Freud y también de Jung. Cuando se produjo el famoso cisma entre ambos, él trató de mediar, pero las diferencias iban más allá de lo académico. La acritud no tenía cura. Yo, por mi parte, siempre he sido junguiano.

—No olvidemos lo que Jung dijo en una ocasión —comentó Sharif, con visible disposición a reírse de lo que iba a decir—: «Gracias a Dios, soy Jung; no junguiano».

—Reconozco que algunos junguianos se han cubierto de gloria, pero yo no soy una de ellos —replicó Meyer, agitando un dedo—. En cualquier caso, en todo este asunto de la Apoteosis hay elementos invariablemente junguianos. ¿Recuerda usted los conceptos de «arquetipo» e «inconsciente colectivo», señor O'Malley?

—Sí, los estudiamos en su asignatura, hace mucho.

—Bien, doctora Frost, como psiquiatra estoy segura de que esto le aburrirá enormemente, pero he de decir que Jung no acuñó el término «arquetipo», sino que lo tomó prestado de los filósofos platónicos y lo llevó al campo de la psicología. Los calificaba de «formas típicas de la aprehensión», es decir, pautas de percepción y comprensión comunes a la psique de todos los seres humanos. Jung estudió antropología, mitología, religión y arte. Gracias a sus amplios conocimientos en esas

disciplinas se dio cuenta de que los símbolos y figuras que aparecían sin cesar en los sueños de sus pacientes no diferían de los que desde hace milenios caracterizan a mitos y religiones de todo el planeta. A Jung le pareció especialmente significativo lo difícil que resultaba a veces encontrar en la vida cotidiana de sus pacientes la huella de los símbolos que aparecían en sus sueños. Jung, en efecto, aceptó la teoría freudiana del inconsciente, aunque solo en parte. Estaba de acuerdo con él en que existía una capa del inconsciente que él llamaba «inconsciente personal» y que en teoría es idéntica al inconsciente de Freud, una especie de almacén de los recuerdos reprimidos y experiencias olvidadas. En el inconsciente freudiano residen los recuerdos de todo lo que el individuo ha experimentado, pensado, sentido o conocido, y que ya no tiene presencia activa. Pero Jung opinaba que hay algo más: una segunda capa del inconsciente, el llamado «inconsciente colectivo», que explicaría las similitudes en imágenes y funcionamiento de la psique que aparecen entre culturas diversas de todas las épocas. El inconsciente colectivo es, según él, el reino de la experiencia arquetípica. Jung creía que al cobrar conciencia de las figuras y mecanismos del inconsciente colectivo, el individuo entraría en contacto directo con experiencias humanas esenciales. Para él, el inconsciente colectivo era la fuente última de poder psíquico, transformación interior y holismo. Y estaba convencido de que sus investigaciones daban una sólida base científica a todas esas teorías.

—Entonces, Frieda, ¿estás dando a entender que esta droga abre un canal hacia el inconsciente colectivo? —preguntó Clegg en tono divertido.

—¿Por qué no? En el estado onírico accedemos a él, al igual que durante la meditación. ¿Por qué no mediante el consumo de una sustancia? ¿Alguno de vosotros tiene una explicación mejor sobre este fenómeno? No hay más que ver los arquetipos: el salir de la oscuridad hacia la luz, por ejemplo. A lo largo de la historia, en mitos y leyendas, en la Biblia y el Corán, la luz representa la energía del ser espiritual. «¡Hágase la luz!» Luego aparece el río. ¿El río Jordán? ¿El río Estigia? Para llegar al otro lado, siempre hay que cruzar un río. Y por fin, los guardianes de la puerta. Los que esperan para acompañar al individuo hasta el cielo, el más allá, el trasmundo o como lo queráis llamar. Mitología y religión están plagadas de este tipo de imágenes.

Levin se inclinó hacia delante.

—Y ¿qué te parece el detalle de que el guardián de la puerta sea un ser querido? Me suena más a esas experiencias cercanas a la muerte de las que todos hemos oído hablar. Una persona moribunda en una camilla de hospital que flota por encima de su propio cuerpo, observando cómo los médicos tratan de reanimarla, y luego entra en un túnel, ve a Jesús o a un ángel o a algún tipo de ser espiritual y después se encuentra con un ser querido muerto, que supuestamente tiene la misión de hacerle más fácil el camino. Los médicos al final consiguen reanimar al moribundo, que vive para contarlo.

—Quizá la Apoteosis estimule los mismos receptores cerebrales que se activan durante las experiencias cercanas a la muerte —dijo Emily.

—O quizá todo esto no sea más que histeria colectiva —atajó agriamente Levin.

—Estoy de acuerdo —anotó Sharif—. La gente, especialmente los jóvenes, se autosugestiona fácilmente. Aqueja a nuestra sociedad un vacío espiritual. La gente busca cosas que den sentido a la vida y la religión organizada, siento decirlo, no da respuestas que satisfagan a todos.

Meyer golpeó suavemente el brazo de su sillón con el puño.

—No desmerezcamos demasiado el fenómeno que están describiendo quienes han tomado la droga. Quizá estemos ante la prueba biológica de la existencia del inconsciente colectivo. ¡Quizá estemos ante la prueba de la existencia de Dios! Por favor, caballeros, abran sus mentes. Como teólogos, nuestra responsabilidad es estudiar este fenómeno conjuntamente con nuestros colegas biólogos y ofrecer una interpretación espiritual del mismo.

Cyrus descubrió entonces en el rostro de Meyer una juvenil y exuberante vitalidad que la hizo parecerse momentáneamente a como la recordaba. Se la veía disfrutar, cuestionando con jovialidad el escepticismo de sus compañeros.

Clegg estiró las piernas y movió el cuello para descargar una aparente tensión en los hombros.

—Ha sido un debate muy interesante, Frieda. Gracias por la invitación. Yo querría concluir con lo siguiente: yo creo en Dios. No en Jung, ni en moléculas y receptores. Creo que Dios está en cada uno de nosotros, pero en un sentido metafórico, no literal. Estoy de acuerdo con Paul y Walid: esta droga, la Apoteosis, está causando una histeria colectiva. Tenemos cierta responsabilidad, es cierto: debemos asegurarnos de que la fe no se ve corrompida ni trivializada por una experiencia producida por una sustancia química. Dios santo, ¡cómo vuela el tiempo! —dijo consultando el reloj y dando un respingo. Los otros dos hombres lo imitaron.

Meyer acompañó a los profesores a la puerta y regresó con los abrigos de Cyrus y Emily.

—¿Le ha resultado útil? —preguntó seguidamente a Cyrus.

—Mucho. Gracias.

Meyer dio afectuosamente la mano a Emily y después un vigoroso apretón de manos a Cyrus.

—Esta ha sido una de las conversaciones más estimulantes que recuerdo. ¡Para una mujer de mi edad no está nada mal! Dígame, señor O'Malley, ¿qué nota sacó en mi asignatura?

—Sobresaliente.

—Buen chico. Felicidades.

Dos días más tarde, Alex llegaba a Londres, aún soñoliento por la noche en blanco durante el vuelo entre Boston y Heathrow. Viajaba ligero de equipaje, apenas con una mochila y un par de mudas.

Se encontraba ante una puerta que necesitaba urgentemente una capa de pintura. Tocó varias veces el timbre para después golpear con el puño. Era un apartamento pequeño. Aunque Joe estuviese durmiendo, el escándalo lo habría despertado. Decepcionado, probó a llamarlo por teléfono.

—¿Sí? —respondió una voz espesa y adormilada.

—¡Joe, abre la jodida puerta!

—¿Alex?

—Sí, soy yo.

—¿Qué quieres decir con que abra la puerta?

—¡Estoy en la puerta de tu casa, tío!

—¿Dónde?

—¿En dónde va a ser? ¡En Hackney!

—¿Qué cojones haces en Hackney?

—¡He venido a verte, imbécil! ¡Abre la puerta!

—Pues no va a poder ser, colega. Estoy en casa de mi novia, en Wapping. ¿Qué te parece?

Una hora después, Alex estaba frente a la puerta correcta. Joe no se había afeitado y seguía medio grogui, con el pecho al descubierto y los pantalones del pijama medio caídos. Dejó el café con gesto cansado, abrazó a su hermano y lo invitó a entrar.

—Michelle no está, tío. Ella tiene un trabajo de verdad.

Alex parpadeó ante el resplandor del sol que inundaba la estancia a través de las enormes ventanas.

—Joder, Joe, ¿a qué se dedica?

Era un apartamento moderno y sobrio, forrado de maderas de abedul de arriba abajo y con unos ventanales desde los que se divisaba el Támesis y el puente de la Torre.

Joe se rascó el torso peludo y rió.

—Es abogada. Qué hago yo con una puñetera abogada, dirás, ¿verdad?

—¿Sabe ella que tú eres un psicópata? —preguntó Alex.

—Sí, ya lo sabe. Me tiene vigilado. Creo que antes de lo que parece estaré de vuelta en mi agujero de Hackney. ¿Qué puñetas haces aquí?

—Ya te lo he dicho. He venido a verte.

—No sé por qué, pero algo me huele a chamusquina. Ya te sonsacaré... Mientras, tómate un café y disfruta de las vistas.

Sobre todo habló Joe. Contó cosas del ejército. Lo habían destinado tres veces a Irak y otras tres a Afganistán con el regimiento 11 DOD. Había gastado ya la mayoría de sus siete vidas como sargento primero en el cuerpo de artificieros. Lo había visto todo, lo había hecho todo. Amigos suyos habían muerto a manos de francotiradores o al pisar una mina. Le enseñó a Alex fotos de Helmand que guardaba en el móvil: allí las carreteras, los edificios, los hombres, todo tenía el color de la arena.

—Ahí estoy yo, tirado en el suelo, borracho como una cuba, en mi última noche allí. Se acabó, Alex. He pagado todas mis putas deudas.

—¿Y ahora qué? —preguntó su hermano.

—Vivir de gorra junto a una rica dama es un buen comienzo, ¿no te parece?

En Londres hacía mejor tiempo que en Boston y a Alex le apeteció dar un paseo. Joe aceptó, siempre que el destino final fuera un pub.

Pasearon a lo largo del río de aguas color pizarra, azotadas por el incesante viento. Joe conocía esa zona de la ciudad mejor que Alex, aunque solo porque a su nueva chica le gustaba caminar y era aficionada a la historia de la ciudad. Bajaron por St. Katherine's Way en dirección a la catedral de San Pablo. Joe señalaba con el dedo y hablaba, como un auténtico guía turístico.

—¿Ves aquello? —preguntó, indicando un elegante velero de tres palos atracado en el puerto de St. Katherine—. Es el *Great Turk*, todo un buque de guerra. ¿Bonito, eh?

Joe describió con admiración algunos de los yates privados que había en el puerto y divagó sobre las ventajas que el mar tenía sobre el desierto.

Siguieron entonces por Wapping High Street, que seguía con trazo suave el curso del río.

—Todo esto de aquí —explicó Joe abarcando con el brazo varios edificios modernos— eran en el siglo XVI burdeles llenos de putas y marineros. Un lugar sucio. Yo me habría encontrado como en casa, probablemente. —Y un poco más al oeste, frente a las oficinas de News International, dijo—: Y aquí es donde se imprime *The Sun*, ¿lo sabías? A papá le habría encantado. Habría dejado una vela en la puerta.

—Creo que también es donde se hace *The Times*.

—En ese no salen tetas —despreció Joe.

Por fin, llegaron a su destino, un estrecho callejón conducente a unas viejas escaleras de piedra que bajaban a la orilla sembrada de rocas del Támesis. El pub The Town of Ramsgate había sido escenario de acontecimientos históricos más espectaculares que aquel encuentro entre dos hermanos. La captura del sanguinario Lord Jeffreys, el Juez Ahorcador, durante la revolución incruenta de 1688; los convictos con destino a Australia encadenados en las bodegas de los barcos, a la

espera de un penoso viaje... El local estaba decorado con efectos navales. No había nadie. Era de agradecer esa tranquilidad, justo antes de la hora punta del almuerzo. Se llevaron dos pintas a una mesa junto a un rincón.

—¿Ves a la tía Peggy? —preguntó Alex. La fría tía Peggy, hermana de Dickie, que los había criado, aunque siempre a regañadientes.

—No. ¿Y tú?

—Le envió tarjetas por Navidad. Poco más.

—¿No te parece que podrías ir contándome a qué has venido? —inquirió Joe.

—Quiero que te vengas conmigo a Estados Unidos.

—Ya te dije que no una vez. ¿No te valió?

—Te voy a decir por qué quiero que vengas.

—Adelante.

—He descubierto algo importante.

Joe dio un par de tragos a la cerveza.

—No me sorprende. Eres un tipo listo, Alex. Si te pudres de dinero con ello, me encargaré de tu seguridad.

—El dinero no me interesa.

—No, claro. Venga, suelta ya la lengua, joder —exhortó Joe con impaciencia.

En voz baja, Alex le contó todo a su hermano, sin mencionar los asesinatos. Describió los viajes de Apoteosis con un detalle exquisito, habló de su profundo efecto en la gente, del impacto que había tenido en él. Joe bebía más rápido que su hermano y lo interrumpió para ir a buscar otra pinta. Volvió a la mesa con gesto resignado.

—Sigue por donde ibas —pidió.

—Estaba a punto de contarte a quién vi.

—Vale. ¿A quién viste?

—A papá.

—¿Cómo está el viejo Dickie?

—No me estás tomando en serio.

—Lo que me voy a tomar en serio es esta pinta.

Alex dio otro trago a la suya para seguirle la corriente.

—Quiero que la pruebes.

—Ni de coña —se carcajeó Joe.

—No te lo vas a creer, Joe. Te cambiará la vida.

—No quiero que me cambien nada. Me gusta la vida que llevo.

Alex sacó un cartucho de papel rojo del bolsillo.

—Por favor.

—¿Has traído droga en el avión, Alex? ¿Estás loco?

—No se parece a ninguna otra cosa. ¿La vas a probar?

—¡No! A mí me gusta la cerveza. Fumo de vez en cuando, pero eso es todo. No me van las cosas raras. Mira, espero que no hayas venido solo para esto. Porque te habrás gastado un montón de pasta solo para que yo pueda mandarte a la mierda cara a cara.

Pasaron juntos todo el día y Alex se echó una siesta en el moderno sofá del apartamento de Michelle. Antes de que esta regresara a casa, Alex trató de sacar el tema de la Apoteosis de nuevo, pero su hermano volvió a enviarlo a paseo. Esa noche, los tres salieron a cenar, cortesía de la abogada. Era una mujer agradable, pensó Alex, pero no había mucha química entre ella y Joe. Vivían en mundos distintos. Joe tenía razón. En nada y menos estaría de vuelta en Hackney.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar, Alex? —preguntó Michelle.

—No mucho. Un día o dos.

—Puedes alojarte en casa —ofreció—. Si no te parece mala idea dormir en el sofá.

—Bueno, si no os parece mal, me quedaré en el apartamento de Joe. Está más cerca del lugar donde tengo mi cita de negocios.

—Te llevo —dijo Joe—. Es lo menos que puedo hacer.

Era ya tarde cuando Joe giró la llave de su apartamento de Hackney. Estaba todo patas arriba, con montañas de ropa sucia y recuerdos de una larga carrera militar esparcidos aquí y allá.

—Hay sábanas limpias en el armario, por si quieres hacerte la cama —indicó Joe.

—¿Tienes cerveza? —preguntó Alex.

—Yo siempre tengo cerveza —contestó, y sacó dos latas del armario—. La última de la noche. Tengo a una chica esperándome.

Charlaron un rato más y se terminaron las cervezas. Joe se dispuso a marcharse, aún sereno, pero Alex lo entretuvo, alargando la conversación, recordando los viejos tiempos oscuros, tras quedar huérfanos, cuando Joe le pegaba una paliza a cualquier chaval que se metiese con su flacucho hermano.

—Joder, tío —exclamó Joe—. ¿Cómo puedo estar tan borracho?

—¿Estás bien? —preguntó Alex, mirándolo como si fuera un bicho raro.

—Voy bien cocido —dijo con voz soñolienta.

—Tumbate un rato. Se te pasará —le aconsejó Alex.

Alex lo ayudó a acostarse y le quitó los zapatos justo en el momento en que caía inconsciente.

Arrimó una silla y se sentó junto a él, observando su rostro, comprobando su pulso, esperando a que regresara.

Michelle llamó al móvil de Joe un par de veces. A la tercera, Alex lo cogió y excusó a su hermano, diciendo que había bebido demasiado y se había quedado dormido. Ella rió y dijo que no todos los días tenía Joe la oportunidad de ver a su

hermano Alex, que lo perdonaba.

Antes de una hora, Joe estaba de vuelta, parpadeando con una sonrisa.

Había gente que volvía del viaje hablando como cotorras, presa de una locuacidad incontrolable. Pero Joe era un tipo lacónico, de pocas palabras. Ni siquiera la Apoteosis había sido capaz de cambiar eso.

—Por Dios, Alex, me has metido la droga esa, ¿verdad?

—¿Estás enfadado?

—No. He visto a mamá. Se la veía acojonantemente feliz.

Alex sonrió.

—Estoy seguro de que lo estaba. ¿Vas a venir conmigo, Joe?

Él se incorporó, tembloroso.

—Sí, iré contigo.

Alex empezó a comportarse con una cautela que orillaba la paranoia. Pasó el vuelo de vuelta temiendo que Cyrus O'Malley estuviera esperándolo en el control de aduanas. O en la terminal de llegadas. O en su casa. Pidió a Jessie que lo recogiera en la terminal E del aeropuerto Logan y que metiera una bolsa con ropa en el maletero. Mientras recogía sus cosas, antes de desembarcar, pensó nostálgicamente que jamás volvería a pisar su casa. Pero no le importaba.

Jessie esperaba en la terminal de llegadas, ataviada con una voluminosa bufanda morada y con una eléctrica sonrisa plantada en la cara. Alex la abrazó con tanto ímpetu que le cortó la respiración. Ella se zafó de sus brazos entre risas y se dispuso a saludar a Joe con hospitalario gesto de bienvenida.

—Así que esta es tu chavala —dijo Joe besándola en la mejilla—. ¿Qué haces con un julay como este? —preguntó, con ganas de incordiar.

—No tengo ni idea de lo que es un julay... —replicó ella dulcemente—. Pero le quiero.

—No te preocupes —añadió Joe, echándose al hombro su macuto—. Cada palo que aguante su vela... Bueno, a ver, ¿quién me enseña Estados Unidos?

—Primero quiero enseñarte mi laboratorio —propuso Alex.

—Alex, tengo que darte una cosa —dijo Jessie cuando subieron al coche, entregándole un sobre—. De parte de Arthur Spangler.

—¿Está bien? —preguntó Alex.

—Está muerto —contestó—. Su hermano encontró esta carta en su bolsillo. Está dirigida a ti.

Alex desdobló la nota manuscrita y leyó:

Weller: Pensé que debía tomar la precaución de escribir esto en caso de que se me fuera la mano. Como científico que eres, debes conocer esta información. Me he hecho en la calle con una buena cantidad de Apoteosis y he estado experimentando con dosis cada vez más altas para tratar de conseguir un efecto más intenso. Con 3 mg viajé un buen rato, pero no experimenté mejoras sustanciales. De un modo u otro cruzaré ese maldito río. Hoy voy a multiplicar por diez la dosis usual: 5 mg. Si no despierto, podrás concluir cuál es la dosis letal. ¡Abrazos! Art.

Alex volvió a doblar la hoja de papel y se la metió en el bolsillo de la chaqueta.

—Voy a echarlo de menos —sentenció—. Pero me alegro por él.

Alex condujo desde el aeropuerto hasta la facultad de Medicina, entró en el callejón de detrás de su edificio y detuvo el coche ante el muelle de carga. Eran las nueve de la noche y no había ni un alma. Entró con su tarjeta de identificación y guió

a Jessie y a Joe por la escalera de incendios hasta la planta donde se encontraba el laboratorio. Por suerte, todos los laboratorios del pasillo estaban vacíos, así que podrían trabajar en paz. Entraron en un almacén y se hicieron con unos cuantos carritos con ruedas.

Alex empezó a dar vueltas por su laboratorio señalando ordenadores, columnas para cromatografía líquida, tubos y probetas. Joe y Jessie se dedicaron obedientemente a desenchufar y apilar aparatos, hasta que no cupieron más en los carros. Alex vació su escritorio y recogió sus cuadernos y los dos nuevos frascos del pentapéptido que habían llegado desde México. En diez minutos habían terminado.

En menos que canta un gallo estaban de nuevo en el coche, alejándose del centro de la ciudad en dirección a la autopista. Joe iba detrás, rodeado de máquinas.

Pasadas las doce de la noche, salieron de la carretera 95 a la altura de Bangor, en el estado de Maine, y tomaron una carretera secundaria. Joe roncaba en la parte de atrás. Jessie acariciaba y masajeaba a Alex sin descanso para que no se durmiera.

Después de un rato vislumbraron un cartel que decía LUCERNE-IN-MAINE. Ese topónimo caprichoso y alegre les confirmaba que iban por buen camino. A la media hora tomaban el desvío a Ellsworth, rumbo a la abrupta costa.

Jessie leía las indicaciones que había redactado Erica y le señaló a Alex que girase justo tras un buzón cuyo lateral decía PARRIS, descuidadamente escrito en pintura blanca. El coche avanzó alrededor de medio kilómetro por un sinuoso camino de tierra hasta que tras una curva apareció una imponente mansión de madera. Alex apagó el motor ante la puerta de entrada y declaró: «Ya estamos aquí».

Alex fue el primero en salir del coche. Se sintió de inmediato bombardeado por sonidos y aromas maravillosos. Las gaviotas graznaban en el cielo y muy cerca las olas se rizaban sobre sí mismas antes de romper contra las rocas. El gélido y límpido aire olía a sal. Trató de sacar las cosas del coche en la oscuridad. En la segunda planta de la casa se iluminó una ventana y, a los pocos momentos, Erica abrió la puerta y los saludó.

Joe se despertó dando un respingo, anunció que tenía que mear y se dispuso a ello contra una de las ruedas traseras del coche.

—Aprenderás a quererlo —le aseguró Alex a Jessie, tomándola de la cintura.

La casa, situada a las afueras del pueblo de Bar Harbor, pertenecía a los padres de Erica, que pasaban todos los veranos allí. Había sido el hogar familiar desde hacía generaciones. Sobre la entrada porticada pendía un cartel de madera labrada que rezaba: BIENVENIDOS A HIGH CLIFFS.

Erica iba en pijama. Abrazó a Alex y a Jessie e invitó a todos a entrar: era la casa más bonita que Alex hubiera visto en su vida. Se sintió cómodo desde el primer momento. «Gran lugar para poner en marcha algo importante», reflexionó.

La casa tenía unos ochenta años y veinticuatro habitaciones en total. Se había

construido en un tiempo en que belleza y gracilidad iban de la mano. Ambas cualidades habían quedado impresas tanto en la sencilla ebanistería, en cálidas maderas que mostraban los anillos de crecimiento de los árboles, como en la escalera, que se desplegaba como las alas de un ave. El vestíbulo de entrada y las habitaciones aledañas eran enormes y estaban repletas de muebles de época que destilaban una elegancia informal, propia de residencia veraniega junto al mar. Frente a ellos se abría una gran sala que se extendía a todo lo ancho de la casa, con varios juegos de sillas y sofás de gruesos cojines, así como un viejo piano Steinway en uno de sus extremos. En el otro había una chimenea de piedra, tan grande que en el hogar cabían tres personas sin agacharse. Cubría la mayor parte del suelo la alfombra persa más grande que Alex hubiera pisado jamás.

—Qué casa tan bonita, Erica. Gracias por tu amabilidad —dijo Alex.

—¿Tendrán algo de beber? —le susurró Joe a su hermano.

—Te pondrán algo, no te preocupes —contestó este.

—¡Tenemos de todo! —exclamó Erica, que lo había oído—. Por aquí están la cocina y la despensa. Sírvete tú mismo.

—Creo que este sitio me empieza a gustar —prorrumpió Joe guiñándole un ojo a Erica.

Erica anunció que iba a subir a despertar al resto y Alex no se lo impidió. El momento lo merecía, pensó. Había que hacerlo notar con palabras. Sería una pena esperar a la mañana siguiente.

Diez minutos después ya estaba todo el mundo en la gran sala, inaugurándose así una soñolienta pero alegre reunión. Estaba presente el núcleo duro de la Sociedad Uróboros, todos aquellos que Alex quería a su lado.

Ahí estaba Davis Fox, en un cómodo albornoz de felpa. Sam Rodríguez compartía cuarto con Erica: traía vaqueros, camiseta y una sonrisa de oreja a oreja. Melissa Cornish, que medía casi metro noventa, llevaba puestos unos viejos pantalones de baloncesto. Melissa, de joven, había jugado en la liga universitaria con la Universidad de Massachusetts; Alex la había conocido hacía tiempo en la pista cubierta. Enseñaba Derecho Penal en la Universidad Northeastern y pertenecía a la Sociedad desde sus inicios. Por su parte, a Vik Pai le había dado tiempo a ponerse unos chinos y una camisa blanca de vestir, y hasta se había afeitado. Era un tipo bajito pero robusto, con un aire a actor guapo de Bollywood. Era otro de los veteranos, estudiante de posgrado desde hacía un tiempo en la facultad de Teología de Harvard, y le interesaba mucho la visión que las distintas culturas daban de la muerte y el más allá. Los dos últimos eran Steve Mahady y su novia. Steve era profesor de ciencias en la Boston Latin School: un hombre peludo como un oso y de espesa barba, que llevaba cuatro años acudiendo a los simposios. Jamás había faltado y era probablemente el más leal a Alex. Su novia Leslie era una reservada analista de

sistemas que trabajaba para Verizon, una mujer entregada completamente a su pareja, de la que rara vez se separaba un palmo.

Alex presentó con orgullo a su hermano Joe, que se hizo querer desde el principio, repartiendo cervezas a quienes las aceptaran.

—Sé que es tarde —comenzó a decir Alex—, pero quería contaros algo cuanto antes. Os he convocado a todos, uno por uno, y todos aceptasteis. Os quiero para este viaje y habéis respondido. Habéis dejado vuestro día a día para venir aquí sin siquiera saber a qué. Esa lealtad significa mucho para mí. Sé, no obstante, que vuestra lealtad no es hacia Alex Weller, sino hacia nuestra experiencia compartida. Todos hemos probado la Apoteosis, ¡gracias, Erica, por darle nombre! Todos nos hemos sentido conmovidos por ella. A todos nos ha cambiado. Y entendemos que esa experiencia colectiva ha sido decisiva no solo para nuestra vida, sino para las vidas de quienes nos rodean. Tenemos una responsabilidad. Vosotros lo sabéis y yo también lo sé. Es responsabilidad nuestra compartir nuestro conocimiento para beneficio de los demás. La vida eterna existe. Hemos puesto punto final a milenios de debates, especulación y fe ciega. Tenemos pruebas. Y sabemos que existe un Dios, un Dios de algún tipo. Estamos obligados a compartir la tranquilidad que nos aporta esa certeza y la alegría inmensa de saber que no vagamos abandonados a nuestra suerte por el universo. Así pues, esta noche, amigos y amigas, os anuncio oficialmente que nuestro pequeño grupo de exploradores de la verdad y mensajeros de la verdad, reunido aquí hoy, palpitará en el corazón de un nuevo movimiento. Un movimiento que estremecerá el mundo y lo cambiará para siempre. La humanidad dejará de regirse por miedos, preocupaciones, envidias, futilidades y mezquindades. En nuestra mano está abrir a la gente la puerta a un nuevo plano de conciencia en el que reinan principios más elevados. Esta noche, nuestra humilde Sociedad Uróboros se convierte en algo mayor, grandioso, global. Esta noche nace la Cruzada por la Paz Interior y vosotros y vosotras, amigos y amigas, sois sus miembros fundadores. Brindemos y bebamos por nosotros, ¡por la Cruzada por la Paz Interior! Espero que os guste el nombre. No se me ocurrió otro mejor.

Bebieron y charlaron emocionados durante unos minutos, hasta que Sam decidió tomar la palabra.

—Alex, tengo una pregunta, por cierto. ¿Has traído más Apo?

Alex rió.

—Traigo Apo para parar un tren, Sam.

La mayoría tomó Apoteosis esa noche. La casa no revivió hasta última hora de la mañana, cuando la gente comenzó a reaparecer por la planta baja poco a poco.

Alex se despertó junto a Jessie en el dormitorio principal, situado en una de las esquinas de la primera planta. Cantaban las gaviotas, se escuchaba el rumor del

océano y la luz inundaba la habitación. Salió de la cama con cuidado de no despertarla y se acercó a las ventanas. La escena era sobrecogedora: a sus pies, el jardín cubierto de nieve se extendía hasta un acantilado cortado a pico. Más allá, las grandes olas golpeaban contra las rocas de la playa y lanzaban nubes de espuma. El mar se hinchaba y deshinchaba hasta el horizonte, donde parecía fundirse con un cielo neblinoso. Las gaviotas flotaban en el aire no lejos de la ventana y observaban fijamente a Alex. Este trató de distinguir la línea de costa desde otra ventana, pero solo se veían los oscuros pinos del bosque que rodeaba la casa.

Se vistió y bajó por la espectacular escalera, deslizando la palma por el suave pasamanos de caoba, pulido por generaciones de niños jugando a tirarse como por un tobogán.

La casa cobraba vida. En el comedor, Sam y Leslie trabajaban en sus portátiles. En la cocina, Erica, Davis y Melissa hacían huevos revueltos. En el salón, Joe preparaba un fuego, haciendo las delicias de Pete y Vik con anécdotas sobre lo divertido que es desactivar explosivos caseros.

Alex saludó a todo el mundo, intercambiando abrazos y besos aquí y allá, camino de la cocina. Se sirvió un tazón de café gigantesco y quiso hablar con Erica en privado.

—Esta casa es impresionante. Gracias.

—Me alegro de que te guste.

—¿Es segura? ¿No aparecerán tus padres de improviso?

—Están pasando el invierno en España. Tenemos la casa para nosotros solos.

A continuación, Alex fue a buscar a Sam y Joe, les pidió que cogieran sus abrigo y salieron por las puertas correderas del salón al porche de la parte de atrás de la casa, que rodeaba todo el edificio. El sol despuntaba entre las nubes y el aire parecía entibiarse. Si las sillas y mecedoras de madera no hubieran estado enterradas en una gruesa capa de nieve endurecida, se habrían sentado a disfrutar de las vistas. Pero se quedaron de pie junto a la baranda, maravillados, elevando la voz para poder oírse unos a otros por encima del estruendo de las olas.

—Espectacular, ¿no os parece? —dijo Alex.

—Impresionante —coincidió Joe.

—¡Mirad allí! —indicó Sam señalando un pequeño archipiélago cubierto de pinos en mitad de la bahía Frenchman—. Erica me ha dicho que esas son las islas del Puercoespín Calvo. Y aquello de allí es el islote del Huevo. Cómo molan esos nombres. En el Bronx no te encuentras nombres así.

—¿Cuándo llegasteis? —preguntó Joe.

—Hace un par de días. No hemos salido de la casa. Hay que mantener un perfil bajo. Hemos estado esperando órdenes del pez gordo —argumentó, señalando con el dedo al pecho de Alex.

Alex rió entre dientes.

—No me habían llamado nunca pez gordo.

—Pues acostúmbrate, tío —dijo Sam—. Me da que dentro de poco te va a conocer mucha gente.

—Y a mí me da que tú sabes bastante bien adónde quiero ir a parar con todo esto, Sam. Por eso quería hablar contigo y con Joe de tú a tú. Tengo grandes planes, es cierto. Si las cosas salen como espero, este movimiento va a crecer mucho y muy rápido. Así que, aunque nuestro grupo sea pequeño, necesitaremos organización y jerarquía. Ahí entráis vosotros dos. Quiero que seáis mis lugartenientes. Mi brazo derecho y mi brazo izquierdo.

—Lo que tú quieras, Alex —aceptó Joe, encogiéndose de hombros.

Pero Sam se mostró inquisitivo.

—Y ¿por qué yo? Soy nuevo. ¿Por qué confías en mí?

—Llámalo instinto. Me caíste bien y me inspiraste confianza desde el día en que nos conocimos. Eres inteligente y tienes carisma. Quiero que me ayudes con nuestra imagen. Tenemos que estar en internet. Tenemos que comunicarnos. Tú abrirás camino en ese aspecto.

—Claro, Alex. Yo me encargo.

—Y tú, hermano mío, mi guerrero. Te necesito para dirigir la seguridad. Más pronto que tarde estaremos en busca y captura. Nos darán caza. Tendrás que garantizar que sobrevivamos el tiempo necesario para hacer nuestro trabajo. ¿Te ocuparás?

—¿Segurata mayor del reino? Sí, claro. Nací para eso.

Alex se relajó y se permitió esbozar una sonrisa de satisfacción.

—Ya podemos ponernos a trabajar en serio, entonces —anunció alzando la voz sobre la espuma rompiente—. Por Dios, me encanta el mar —dijo echando los brazos por encima de los hombros a los otros dos hombres—. Vamos a entrar, a ver si alguien quiere un poco más de Apoteosis.

El sótano parecía extenderse indefinidamente bajo tierra. Era como una conejera con algunos compartimentos terminados y otros a medio excavar. La casa se levantaba sobre cimientos de piedra y, en medio, se abría ese espacio que no disponía siquiera de calefacción. Alex tenía que trabajar con unos guantes con los dedos recortados. Instaló su laboratorio en una fría estancia que antaño había sido un taller de carpintero, aunque lo único que quedaba de aquello eran unos bancos de madera, que se ajustaban muy bien a sus necesidades. Tras enchufar cables y regletas, conectó los ordenadores y máquinas unos tras otros, temiendo que de un momento a otro saltara el diferencial, cosa que no llegó a ocurrir. Satisfecho por disponer de la energía que le hacía falta, se dispuso a ordenar tubos, probetas y bandejas como solía en su antiguo laboratorio.

Sam bajó al sótano y lo observó mientras trabajaba.

—Qué mal rollo da este sitio, tío.

—Bueno, tiene un aire especial, ¿verdad? Nos irá bien.

—¿Para qué? ¿Cuál es el plan?

—¿Quién sabe cuánto tiempo tendremos que estar aquí? No me puedo quedar mano sobre mano. Hay mucho trabajo por delante: tengo que averiguar cómo funciona la Apoteosis, cómo interactúa con el cerebro. En realidad, no puedo hacer todo ese trabajo con esta instrumentación, aunque sí una parte.

—Eres un yonki del trabajo —puntualizó Sam—. Yo estoy encantado de haber dejado la universidad y haberme puesto a otra cosa.

—Tú tampoco te vas a quedar mano sobre mano, Sam. Tengo muchos planes para ti.

—Ya he estado explorando servidores de todo el mundo en los que podemos poner a resguardo nuestro sitio web. Cuando nos lo cierren en uno, lo alojaremos en otro. Siempre estaremos un paso por delante.

—Por este tipo de cosas te quería en el equipo, tío.

—¿Alex, cuándo vas a contarme, o a contarnos, lo que quieres hacer?

Alex suspiró. Había llegado el momento de airear las ideas que se acumulaban en su mente. Él era científico, no predicador. Lo novedoso de ese rol le sentaba como un traje mal cortado.

—¿Te gusta el mundo en que vivimos, Sam? ¿Te sientes orgulloso de toda la crueldad, la codicia, el egoísmo y la violencia que nos rodean? ¿Cómo te hace sentir que los niños crezcan persiguiendo objetivos diseñados al milímetro por las agencias de publicidad? La sociedad occidental se fundamenta en valores vacíos. Es amoral.

Somos un barco a la deriva. Si alguien viene a argumentar que no estamos tan mal, que exagero, le preguntaré sobre el resto del mundo. En los lugares del planeta azotados por la auténtica pobreza, donde no puede hablarse ya de decadencia como tal, se testimonia más claramente hasta qué punto las vidas de la gente son fútiles. La humanidad necesita desesperadamente orientación espiritual.

—Para eso está la religión, ¿no?

—Sí, tienes razón. Pero las religiones apenas consiguen nada. Es como poner una tirita sobre un corte profundo. Las religiones dan normas de conducta, pautas sencillas y fáciles de entender. «No harás esto, no harás lo otro». Y para ello se aferran a un concepto abstracto de Dios y del cielo que induce a los creyentes a respetar esas reglas. ¡Pero con eso no basta! Desde la noche de los tiempos, apenas un puñado de místicos han sabido comprender a nivel intelectual y también visceral la enormidad de dos verdades absolutas. Número uno: Dios existe. Número dos: la vida eterna existe. La Apoteosis es como un suero de la verdad. Todo el que la prueba vive la experiencia más sagrada de su vida. La Apoteosis deja a un lado la palabrería y nos entrega directamente la verdad, lisa y llana.

—Estoy de acuerdo en todo lo que dices, pero ¿qué quieres que hagamos al respecto? ¿Quieres que todo el planeta tome Apo?

—Eso sería maravilloso, aunque muy difícil de llevar a la práctica. Pero por ahí van los tiros.

—¿Entonces?

—Creo que podríamos ayudar al género humano a reencontrar su camino espiritual si al menos un porcentaje de personas adultas, por reducido que sea, prueba la Apoteosis. Con eso bastaría para provocar un cambio permanente en el statu quo. Aunque no sé aún cómo conseguirlo.

—¿De dónde va a salir toda esa droga? —preguntó Sam con escepticismo.

—No estoy seguro. Mi amigo el mexicano debe de estar ya sintetizándola a toda máquina. Y otros seguirán su ejemplo. Las ganancias allanarán el camino a los profetas.

—Okey, así que repartimos la droga por ahí y conseguimos que una buena cantidad de gente la consuma. ¿Qué ocurrirá entonces?

—Todo esto es teoría, claro está. Creo que entonces obtendríamos una masa crítica de espiritualidad lo suficientemente grande como para destruir las degeneradas bases de nuestra civilización, sus peores trampas. Todo se vendría abajo. Encontraríamos una forma de vida más sencilla y pura.

Sam se rió nervioso.

—¿No te parece que se armaría una buena, tío? Caos, destrucción, muerte. El hundimiento de la civilización me hace pensar en campos sin labrar, fábricas cerradas a cal y canto, centrales eléctricas que no producen electricidad... Sería meterse en

una especie de pocilga postindustrial. Una Edad Media del siglo XXI.

—Sí, habría caos y muerte. Pero estás entendiendo, incorrectamente, la muerte como algo negativo. Hemos de acabar con ese concepto. Nuestra vida sobre la tierra es transitoria. Todo el mundo está de acuerdo en eso. El hecho de morir es una transición, un puente que hay que cruzar entre el mundo físico y el espiritual. La muerte no tiene nada de malo. No hay nada que temer en ella. Eso es lo que nos enseña la Apoteosis.

Sam se removió, incómodo.

—No sé, tío. Todo esto me parece un poco radical.

—Antes de conocer la Apoteosis habría coincidido contigo. Pero la perspectiva sobre las cosas cambia de manera sustancial, ¿no te parece? Donde tú oyes «muerte» yo oigo «liberación». Tú dices «Edad Media», yo digo «Ilustración». Un mundo en el que proliferase la Apoteosis sería definitivamente más primitivo tecnológicamente hablando pero no sería «oscuro» como el del Medievo. Quizá elegiríamos vivir vidas más sencillas, con arreglo a la moral, dejando de lado las guerras, olvidando las disputas por asuntos intrascendentes y preparándonos para la inevitabilidad de una vida eterna en la gracia de Dios.

Alex captó la incredulidad en la joven mirada de Sam.

—Vamos, Sam. Salgamos afuera.

Cogieron los abrigo y salieron. La nieve crujía bajo sus pasos. Se acercaron hasta el borde del acantilado: a sus pies la marea baja había dejado al descubierto treinta metros de playa cubierta de rocas. Una escalera labrada de piedra bajaba hasta la arena. La escarcha cubría en ese momento los escalones, estrechos pero parejos y bien tallados. Los dos hombres bajaron cuidadosamente hasta la playa, donde buscaron una piedra plana y seca y se sentaron a contemplar las olas. Alex había decidido aparcarse su discurso, guardar silencio y dejar que hablase el poder de la naturaleza. Allí se quedaron ambos, codo con codo, viendo la marea subir.

—Creo que voy a poner toda la carne en el asador. Treinta días. Un mes será suficiente para cambiar el mundo por toda la eternidad. Va a dar inicio la cuenta atrás.

Esa noche, después de cenar, Alex reunió a sus seguidores en el salón. Se mostró relajado y seguro de sí, copa de vino en mano. Jessie estaba sentada junto a él y le dedicaba una tras otra amorosas miradas.

Antes de hablar con Sam esa mañana, se agolpaban en su cabeza muchas ideas que necesitaba sacar a la luz. Pero al oírse a sí mismo verbalizarlas ante el joven se sintió alentado. No parecía que sonaran como el disparate de un loco. En su boca las palabras eran comedidas, racionales, razonables. ¡Él era capaz de hacer algo así! Había llegado el momento de salir al centro de ese escenario que él mismo había

construido gracias a su ciencia.

¿Un escenario? ¿O era más bien un púlpito? Se dedicó una sonrisa a sí mismo. No eran lugares tan distintos, después de todo.

—Bien, amigos míos —comenzó a decir—. Creo que es hora de que os informe sobre algunas de las ideas que he tenido. Son grandes ideas, ideas valientes quizá. Pero no se verán materializadas en acciones sin vuestra ayuda. Vosotros sois la vanguardia de la Cruzada por la Paz Interior. Por cierto, ¿no os parece un poco grandilocuente el nombre? —preguntó, riendo—. Creo, no obstante, que estaremos a la altura, no os preocupéis.

Alex comunicó al resto del grupo el mensaje que antes había escuchado Sam. Mientras hablaba estudió los rostros de todos, los comentarios al aire, los suspiros, a la busca de indicios de comprensión, aprobación o reticencia. Concluyó que, en el mejor de los casos, había de todo. Aquellas eran personas buenas que querían hacer cosas buenas. No habían encajado del todo bien aquella propuesta de convertirse en los agentes de una gran perturbación social que traería quizá la desesperanza. Antes de presentar su plan paso por paso y sus intenciones últimas debía convencerlos, eliminar hasta la menor duda, como un vendedor a la caza de cerrar un negocio.

—Antes de continuar —añadió Alex en tono severo—, quiero contaros algo. Es sobre Thomas Quinn. Todos conocisteis la noticia, todos hablamos sobre ello. Su asesinato... Espero que vuestra opinión sobre mí no cambie, pero habéis de saber que yo estaba allí. —Alex esperó un instante y escuchó a la gente tragar saliva—. No fue un asesinato. Fue un suicidio.

Según Alex, Thomas le había confesado su consternación por una relación fallida. Había luchado con uñas y dientes contra la depresión. Tras una llamada telefónica que terminó en llanto, Alex se preocupó tanto que salió del laboratorio y acudió a toda prisa a su casa, en New Hampshire. Lo encontró tirado en el suelo de su dormitorio, inconsciente, con una aguja clavada en el brazo y un vial de cloruro de potasio en la cómoda. No tenía pulso pero su cuerpo estaba aún caliente. Trató de reanimarlo pero sabía que se había ido para siempre. Como médico, estaba más que seguro.

—No me odiéis por lo que estoy a punto de contaros —pidió Alex a su audiencia—. Tomé en ese momento una difícil decisión. Quise extraer algo positivo de ese paso dado por Thomas. Sabéis que obtuve el compuesto Uróboros, la Apoteosis, a partir de mis estudios sobre el cerebro de animales en estado de anoxia. Ese día tuve la oportunidad de comprobar si el cerebro humano generaba también ese compuesto en el momento de la muerte. No llamé a urgencias. No tenía sentido. Le quité a Thomas la aguja del brazo, la lavé en el lavabo y con ella le extraje una muestra de líquido cefalorraquídeo.

Jessie y Erica rompieron en sollozos.

—Pero ¿estaba muerto, verdad? —preguntó Davis.

—Había cruzado irremisiblemente el umbral de la muerte, sí —respondió Alex.

—Yo no considero entonces que hicieras nada malo —enfaticó Steve Mahady—. Si estaba muerto, estaba muerto. Tú eres médico, lo sabes.

—Gracias, Steve. Valoro mucho esa opinión. Obviamente, no podía dejarlo ahí tras el procedimiento, así que metí el cadáver en mi coche y lo dejé en un lugar donde alguien lo encontrase. Luego procesé el valiosísimo líquido y di con el compuesto Uróboros. Sin Thomas, la Apoteosis no existiría.

Alex clavó en el suelo una mirada culpable y comenzó a llorar calladamente. Jessie se levantó y lo abrazó, lo besó y le preguntó si se encontraba bien. Los demás la imitaron y tranquilizaron a Alex asegurándole que seguían queriéndolo y apoyándolo. Joe se limitó a encogerse de hombros y musitó que no conocía al tipo que había muerto pero que no le parecía que lo que Alex había hecho fuera algo gravísimo. Todos los días moría gente.

Alex dio las gracias a todos y pidió que se sentaran.

—La historia continúa. Tenéis que saber que yo mismo probé el compuesto aislado directamente del líquido cefalorraquídeo de Thomas. Jessie, tú también lo probaste, aunque te oculté su origen. Y ese compuesto es muy distinto a la Apoteosis que todos los demás habéis tomado.

—¿Cómo es? —preguntó Sam.

—Es mucho más potente. La experiencia es más intensa, más plena. La Apoteosis sintética que habéis probado vosotros es increíble, pero el compuesto natural va más allá. Elimina cualquier duda, por mínima que sea, de que Dios está ahí, esperándonos junto a nuestros seres queridos. Yo la llamo Apoteosis Total. Me encantaría que existiera alguna forma de que la probarais. Solo entonces valoraréis en toda su escala la misión en que nos hemos embarcado y solo entonces os convenceréis de que el fin justifica completamente los medios.

Sam cayó entonces en la cuenta de lo que Alex trataba de decir, antes de que el mensaje llegase a los demás.

—Dios santo, Alex —dijo en voz baja—. Para eso quieres el laboratorio del sótano.

Melissa Cornish levantó la mano y luego se puso en pie, en toda su altura. Le temblaban los labios y hablaba a trompicones.

—Ginny Tinsley era amiga mía. He pensado mucho en lo que hizo después de tomar Apoteosis. Yo también he pensado en dar ese paso. Siempre que la tomo veo a mi madre. Yo tenía quince años cuando el cáncer se la llevó. La echo de menos todos y cada uno de los días. Soy feliz cuando la veo al otro lado del río. Mi única pregunta, Alex, es: ¿dolerá?

—Será como si te quedases dormida, te lo prometo. Y cuando te despiertes

estarás al otro lado, en brazos de tu madre, para siempre.

30 días

Avakian intentaba limpiarse una mancha de salsa de tomate de la corbata cuando Cyrus entró como una exhalación en su despacho.

—¿Quieres la mitad? —preguntó, señalando el bocadillo de albóndigas.

—Weller ha desaparecido —anunció Cyrus.

—No sabía que estabas buscándolo.

—Estoy intentando que el caso no se enfríe del todo. Me sigo haciendo preguntas y esperando que él meta la pata en algo. Pero en su laboratorio no lo ha visto nadie. Dijo en el servicio de neurología del Hospital Infantil que no le pasaran más consultas. El correo se amontona en la puerta de su casa de Cambridge y su novia tampoco está. Ha huido.

—Por todos los cielos, Cy, ¿no tenemos ya trabajo suficiente? No ha habido más taladros, no tenemos ninguna prueba sólida contra él. Y por si no te habías enterado todavía, se nos va a caer el pelo —agregó alargándole un ejemplar de *The Herald* que tenía sobre la mesa.

El enorme titular rezaba: LLEGÓ LA APOTEOSIS: HA TOMADO TODA NUEVA INGLATERRA Y SE EXTIENDE YA POR EL RESTO DEL PAÍS.

Cyrus lo sabía. El consumo de Apoteosis se había convertido en una pequeña epidemia. La droga abundaba y había bajado de precio. El epicentro estaba en Nueva Inglaterra, pero se veía con cada vez más frecuencia en Nueva York, Newark, Miami, Phoenix, San Diego y Los Ángeles. Y, allí donde aparecía, causaba estragos. Los adolescentes dejaban de ir a clase, los adultos no acudían a su puesto de trabajo, se producían esporádicamente suicidios. La Apoteosis se estaba convirtiendo rápidamente en uno de esos memes culturales que aparecen de la nada, triunfan en internet y corren como la pólvora. Se hablaba de ello en programas de televisión, sobremesas, homilías y sermones dominicales.

—Si no te has dado cuenta de que tras todo esto está Weller, es que naciste ayer, Pete —explicó Cyrus.

Avakian dio un enorme mordisco a su bocadillo y Cyrus tuvo que esperar a que masticase.

—No se trata de lo que yo piense. Es lo que piensen Stanley y el fiscal general. Ante todo, hoy por hoy solo tenemos algunas pruebas indirectas que podrían vincular a Weller con el asesinato de Quinn y las demás muertes por perforación del cráneo. Y el que Weller haya admitido haber descubierto el compuesto tampoco nos sirve de

mucho. Lo único que sabemos es que Frank Sacco le desplumó. Sabemos también que luego a Frank lo mató Abruzzi y que la gente de Abruzzi obligó al químico de Woburn a fabricar más droga. Y si ese tipo pudo, otros también podrán, imagino. ¿Qué tiene todo esto que ver con Weller?

Cyrus se golpeó el pecho dos veces con el dedo.

—Tiene que ver. Tengo una corazonada.

—Con el corazón no vas a convencer a un tribunal —añadió Avakian con la boca llena.

Hubo una pausa y sonó el móvil de Cyrus, que dio un respingo al comprobar quién era: Emily Frost. Era la primera vez que lo llamaba a su teléfono personal. Se sentó algo aturdido en la mesa de reuniones de Avakian.

—Hola, Emily, ¿cómo estás?

—Estoy bien, Cyrus. ¿Y tú?

—Bien, también. —De repente, notó una burbuja de miedo en su interior—. ¿Estás llamando por Tara?

—No, no. ¿Cómo está, por cierto?

Cyrus respiró hondo.

—Está bien. Sin novedad.

—Cyrus, te llamaba por lo del sitio web. ¿Lo has visto?

—¿Qué sitio web?

—El que ha aparecido esta mañana. Es la comidilla del día en el hospital. Sale Alex Weller.

Cyrus echó a Avakian de su sitio y se sentó para consultar su ordenador. La dirección era cruzadaporlapazinterior.net. Al hacer clic se abrió un vídeo en el que aparecía un sonriente Alex Weller, de pie ante una cortina morada.

—Vale, ya lo estoy viendo. Te llamo en cuanto termine.

—¿Qué es esto? —intervino Avakian.

—La corazonada, Pete. Te lo acabo de decir —exclamó señalándose de nuevo el pecho y subiendo el volumen.

«Me llamo Alex Weller. Soy médico y científico. Descubrí el compuesto que hoy conocemos como Apoteosis, sobre el que me gustaría contaros un par de cosas. Ante todo, quiero hablaros sobre lo que en mi opinión la Apoteosis puede significar para vosotros, vuestros amigos, vuestra familia, para todos vuestros seres queridos, vivos o no. Nos encontramos en los albores de una apasionante nueva era. Seguro que alguna vez habéis conducido en mitad de la niebla y se os ha hecho casi imposible distinguir el trazado de la carretera. Entonces, de repente, la niebla se disipa y vemos el camino con total claridad. Eso es lo que hace la Apoteosis. Disipa la niebla de la vida cotidiana y arroja luz sobre un camino increíble y luminoso que nos conduce hacia algo mucho más importante. Una vida gozosa tras la muerte, una vida cierta,

maravillosa, en la que nos encontraremos con nuestros seres queridos que ya han hecho ese viaje. Y eso no es todo: también nos espera Dios».

Avakian se asomaba por encima del hombro de Cyrus, echándole literalmente el aliento en la nuca.

—Joder, Cy. Tenías razón.

Alex seguía hablando durante cinco minutos, en los que desarrollaba sus visionarios planes para un mundo post-Apoteosis, los mismos que había presentado a sus seguidores. Cerca ya del final, declaraba: «Os pido que os unáis a mí en este nuevo movimiento, la Cruzada por la Paz Interior, a fin de conducir a la humanidad por un camino más feliz, más profundo, hacia un destino apoteósico y un tiempo en el que abandonaremos para siempre esa mala costumbre de hacer infeliz al prójimo y también a nosotros mismos. Un tiempo en el que terminarán los conflictos. La guerra y el sufrimiento. Dejad de preocuparos y empezad a vivir con la certeza de que esta vida nuestra no es sino una transición hacia algo verdaderamente mágico, maravilloso, feliz, apoteósico. Hoy, la Cruzada por la Paz Interior pone en marcha una cuenta atrás hacia el que he bautizado como Día de la Apoteosis Total. Amigos y amigas, ¡que empiece la cuenta atrás!».

La imagen se oscureció y al pie apareció un contador: 29 DÍAS, 22 HORAS, 18 MINUTOS, 44 SEGUNDOS.

Mientras observaban correr los segundos en silencio, escucharon a Stanley Minot, que los llamaba a voces corriendo por el pasillo.

28 días

El primer episodio conocido de consumo obligado de Apoteosis se produjo en Homestead, en el estado de Florida. Dos empleadas de una fábrica de lámparas estaban en la pausa del almuerzo, comiendo en una mesa de picnic cercana al lugar de trabajo. Era un día soleado y caluroso. Phyllis Stevenson se extendía la crema solar por el cuello y los hombros mientras su amiga, Meg Street, abría unas fiambreras sentada frente a ella.

—Ahí viene Fred —advirtió entre dientes mientras miraba por encima del hombro de Phyllis, que resopló.

El capataz, Fred Farquar, renqueaba hacia ellas, en mangas de camisa, los gruesos antebrazos rosáceos al aire.

—Esto no es la playa, chicas —prorrumpió. Se acercó hasta quedar de pie a espaldas de Phyllis, fijando la vista en su escote—. Te has dejado un trozo de piel sin crema. ¿Quieres que te eche yo?

—Piérdete, Fred.

—Ahí abajo me perdería seguro —respondió con mirada rijosa.

Phyllis se puso en pie y por poco no le dio en la barbilla con la cabeza.

—¡Déjame en paz! ¡Déjame en paz de una vez!

—Te dejo en paz veinte minutos, cariño —dijo, impactado por su vehemencia—. En veinte minutos, para adentro. Que disfrutéis del almuerzo.

El tipo volvió a entrar en el edificio de la fábrica, riéndose para sí. Phyllis volvió a sentarse y dio un puñetazo a la mesa.

—Odio a ese tío. Si no fuera mi jefe le denunciaría por acoso. Pero ya sabes cómo funcionan estas cosas: a estos tíos no los tocan hasta que no los denuncia alguien de fuera.

—¿Y si hiciéramos algo nosotras? —propuso Meg—. ¿Qué tal si le aplicamos a ese cabrón un correctivo?

—¿Te refieres a cortarle los huevos? —dijo Phyllis entre risas.

—No, en serio. Mi cuñado ha estado tomando esa droga nueva, la Apo. ¿Has oído hablar de ella, verdad? Le ha hecho un efecto brutal. Antes era un mentiroso y un hijo de puta, como mi Ronnie, pero peor. Desde que la tomó es otra persona. Ya no dice palabrotas ni bebe, y hasta va a la iglesia. Vamos a darle un poco a Fred.

—Seguro que eso es ilegal —dijo Phyllis.

—Quizá, pero ¿quién se va a enterar? Lo planearemos bien.

—¿Y si se muere?

—No creo que se muera. La droga te deja dormido, nada más.

A la mañana siguiente, Meg llevó a la fábrica un cartucho de Apoteosis. Se puso de acuerdo con Phyllis y, a la señal de esta, se coló en el despacho de Fred y vertió el contenido en la lata abierta de Pepsi que tenía en su escritorio, la agitó un poco y salió como si nada.

Las dos mujeres pasaron la mañana riendo nerviosas mientras soldaban bases de lámparas. Una hora antes del almuerzo oyeron gritos provenientes del despacho de Fred y acudieron corriendo junto al resto de compañeros.

El director de la fábrica pedía a gritos una ambulancia. Fred estaba sentado a sus pies, balbuciendo algo sobre su madre, Ruth.

—Creo que le ha dado un ictus —opinó el director.

Se lo llevaron al hospital para hacerle pruebas. Comprobaron que no se trataba de nada grave y regresó al trabajo el lunes siguiente. Phyllis y Meg pasaron el fin de semana muy preocupadas, temiendo que las cogieran. Lo primero que hicieron el lunes fue tocar a su despacho para interesarse por su salud. Fred levantó la mirada, al parecer contento de verlas.

—Entren, señoritas. Siéntense.

Las chicas se miraron. Fred jamás había mostrado con ellas el mínimo gesto de urbanidad.

—¿Cómo estás, Fred? Qué susto nos diste el otro día —lo saludó Meg.

—No he estado mejor en mi vida. Estoy como nunca. En serio.

—¿Sí? —preguntó Phyllis.

—Sí. No sé qué me pasó el otro día. Ni idea. Pero creo que se me apareció Dios Todopoderoso. Me siento limpio, purificado.

—¿En serio? —volvió a preguntar Phyllis.

—En serio. Yo no soy religioso, o al menos no lo era. Pero esto ha sido toda una revelación —continuó, secándose los ojos humedecidos con un pañuelo—. Quizá en algún momento me sienta lo suficientemente cómodo con todo el asunto como para compartirlo. Lo único que deseo es que me vuelva a ocurrir algún día.

—Qué bien, Fred —dijo Meg, dirigiéndose discretamente hacia la puerta—. Nos alegramos mucho de que estés mejor.

—Phyllis, quiero decirte una cosa —agregó Fred clavando la mirada en el suelo—. Quiero pedirte disculpas por cómo me he comportado contigo. No volveré a hacerlo. ¿Aceptas mis disculpas?

—Claro que sí, Fred.

Las dos mujeres entraron en el baño y cerraron la puerta, comprobaron que no hubiera nadie más y estallaron en carcajadas.

—¡Esa mierda es la hostia, Meg! —exclamó Phyllis apoyándose en uno de los

lavabos.

—Cariño, ¡a mi Ronnie le va a caer una dosis en su Bud Light de esta noche! ¡Te lo juro!

Ted's Automotive era una gasolinera con garaje y una pequeña tienda de Worcester, Massachusetts. Su propietario, Ted Sperling, era un cascarrabias con eterna barba de dos días. Terminó de llenar el depósito de un cliente con gasolina normal y regresó a la calidez del garaje. Tenía empleados a tres mecánicos, Ramón y Héctor Manzilla, hermanos panameños que llevaban trabajando con él una década, y un recién llegado, Bobby Lemaitre, un chaval de pelo largo y aires de espíritu libre. Ted tenía sus reservas al respecto de su personalidad, pero era tan buen mecánico que dejó de lado sus especulaciones.

Estaban los tres sentados en sus taburetes, bebiendo café, entre dos coches montados en sus elevadores hidráulicos.

—Yo no voy a tocar esa porquería —dijo Ramón—. Guárdatela.

Héctor estaba a su lado.

—Yo tampoco. Eres muy joven todavía, chico. Estás cometiendo un error.

Bobby se mantenía en sus trece.

—No, no. No pasa nada, en serio, tíos. Cuando yo era niño, a mi primo Greg, que estaba un poco loco, lo atropelló un coche mientras patinaba en monopatín. Juro por Dios que lo he visto dos veces y tenía cara de ser el tío más feliz del universo. Salvo porque no está en este universo, ¿me entendéis o no? Me encanta esta droga. Me la metería todos los putos días si Ted nos pagase más.

Ted se deslizó entre los dos coches y se acercó furtivamente a ellos.

—¿De qué diablos estás hablando?

A Héctor y Ramón se les comió la lengua el gato pero al final Bobby habló.

—No me da vergüenza decirlo. No es ilegal.

—¿Qué es lo que no es ilegal? —inquirió Ted.

Bobby sacó tres cartuchos de Apoteosis.

—Ya sé lo que es eso —dijo Ted con acritud—. No vuelvas a traerlo al garaje.

—No es ilegal —insistió Bobby—, y no la tomo aquí, joder. Te deja K. O. No hay muchas posibilidades de cambiar una rueda estando inconsciente.

—Me da igual, no quiero que traigas —repitió Ted—. Guárdatelo.

Bobby se encogió de hombros, se acercó al fondo del garaje y guardó los cartuchos en uno de los compartimentos de su caja de herramientas. Ted vigilaba cada uno de sus gestos.

A la hora de la salida, Bobby montó en cólera. Se abalanzó sobre los hermanos y preguntó:

—Eh, ¿qué coño pasa aquí? ¿Quién se ha llevado el cartucho? Falta uno. Tenía

tres.

Ramón y Héctor se miraron.

—Te juro que no hemos sido nosotros, chico. Yo he visto a Ted por ahí dentro cuando estabas en el baño. Quizá fue él.

—¿Estás de coña? ¡Qué mamón! —gritó Bobby.

Ramón sacó su cartera.

—¿Cuánto cuesta un tubo de esos?

—Cuarenta pavos.

—Ten —dijo, ofreciéndole dos billetes de veinte.

—Lo encubres porque es tu jefe, ¿verdad? —preguntó Bobby.

—Entiéndelo, chico —dijo Héctor—. Recuerda lo que le ocurrió. El accidente, ya sabes.

Dos semanas después, Ramón y Héctor se presentaron en el garaje con dos camionetas. El lugar estaba oscuro, los surtidores fuera de servicio. En la raqueta de entrada alguien había clavado un cartel que rezaba SE VENDE.

Ramón tocó el claxon y Ted salió de la tienda ya vacía.

—Hemos venido a recoger nuestras cosas —dijo Ramón.

Ted abrió la puerta del garaje y dejó que los hermanos acercaran las camionetas. Los observó en silencio mientras subían las pesadas cajas de herramientas a la parte de atrás.

—Lo lamento, de veras. Hemos trabajado juntos durante mucho tiempo —se disculpó finalmente.

—Lo entendemos —dijo Ramón—. Con un poco de suerte encontraremos otra cosa.

Ted parecía querer decir algo más.

—No le veo sentido ya a nada. Desde que tomé Apoteosis. Ya sabéis lo que pasó. Maté a mi Denise. Maté a mis hijas.

—No fue culpa tuya —aseguró Héctor—. El hielo es muy traicionero en la carretera. No puede evitarse.

—No, iba demasiado rápido —insistió Ted agitando la cabeza—. Es así. Yo pensaba que Denise me odiaría por toda la eternidad. Pero en las últimas dos semanas he estado tomando Apoteosis dos o tres veces al día. Cada vez que la veo está tan increíblemente feliz... Y yo con ella. No voy a volver a trabajar nunca en el garaje. No tiene sentido. Siento haber echado el cierre. Espero que podáis arreglaros. No le veo sentido, lo lamento.

Ted espero a que marcharan y cerró la puerta.

Rachel Mahoney llegó a su puesto de trabajo para el turno de noche en la

residencia de ancianos Tall Pines de Austin, en el estado de Texas, donde trabajaba como auxiliar. Ella cubría dos alas junto con otra auxiliar y la supervisora de ambas, enfermera titulada: en total, veinte ancianos y veinte ancianas. Era una residencia de sólida reputación en la que vivían pacientes relativamente acomodados.

A las nueve de la noche hacía la ronda. Empujando el carrito de habitación a habitación, comprobaba que los residentes estuvieran bien, los arropaba y les ofrecía alguna bebida antes de dormir. Esa noche, Rachel avanzaba con paso alegre por los pasillos, cuando normalmente se arrastraba tratando de sobreponerse al tedio. «¿Zumos de naranja, uva, arándano, manzana?», ofreció alegremente en cada una de las habitaciones. Y en todos los vasos de papel disolvía un cartucho de Apoteosis.

Media hora después se escabullía del edificio sin decir nada a su supervisora, subía a su coche y se marchaba, silbando y tarareando.

Para no regresar nunca.

Al día siguiente, todas las televisiones locales de Austin abrieron con la noticia de la residencia Tall Pines. En mitad de la noche, la enfermera y la otra auxiliar habían dado la voz de alarma porque los ancianos se habían despertado dando muestras de histeria. Algunos reían, otros lloraban, otros gritaban sin control. Las enfermeras corrieron de habitación en habitación pero no pudieron hacer frente a aquello. Temiendo algún tipo de intoxicación, llamaron a urgencias. Mientras los sacaban en camilla para su traslado en ambulancia, los ancianos parloteaban excitados sobre maridos, esposas, hermanos o hermanas perdidos hacía tiempo. Hablaban también de Dios.

Los detectives no tardaron en sospechar. Rachel Mahoney había desaparecido. La intoxicación tenía el sello de la Apoteosis. Pero antes de que llegasen los resultados del laboratorio, entre los muchos comentarios de usuarios que podían leerse en el sitio web de la Cruzada por la Paz Interior apareció uno que decía lo siguiente:

He administrado a estos adorables ancianos de Austin una dosis de Apoteosis. No se me ocurre un regalo mejor. Ahora saben que Dios está dentro de todos y cada uno de ellos. Saben que está al alcance de su mano, esperándolos. Saben que al otro lado se encontrarán con sus seres queridos. Espero que así puedan encarar los últimos días de su vida con dignidad y esperanza, quizá alegría. Sé que no todo el mundo estará de acuerdo con lo que hice, pero a mí me hace sentir maravillosamente. Es lo mejor que he hecho nunca. Con cariño, Rachel.

25 días

—El director te quiere específicamente a ti —anunció Stanley Minot, esforzándose por mantener el equilibrio entre la preocupación por su subordinado y el orgullo de haber recibido el encargo.

—Mira, Stanley... —empezó a decir Cyrus.

—Cy, ni se te ocurra decir que no. Esto es demasiado gordo y el director ha sido muy explícito en su petición.

Antes de la enfermedad de Tara, se habría mostrado tan ambicioso como cualquier otro agente. Pero hacía tiempo que escalar profesionalmente le traía al paio.

—¿Por qué yo?

—Este grupo operativo es muy importante. Máxima prioridad. Tú conoces a Weller mejor que nadie. Conoces la droga. Gracias a la redada en North End se fijaron en ti en Washington. Voy a reasignar la mayor parte de tu trabajo, Pete tendrá que ponerse las pilas. En el grupo de trabajo hay otro miembro del FBI, Bob Cuccio, el director adjunto de Investigación Criminal.

—Entre Bob Cuccio y yo hay muchos escalones de jerarquía.

—Por eso es buena noticia para ti. El jueves que viene vas a la Casa Blanca —dijo Minot con una sonrisa. Cyrus lo miró boquiabierto—. ¿Sabes lo que es la Casa Blanca, Cyrus? ¿Ese edificio blanco que hay en Washington? ¿Con columnas?

—Qué extraño... ¿Por qué la Casa Blanca?

—Es territorio neutral. Cuando hay que juntar en una misma habitación a Seguridad Nacional, el FBI, la DEA, la Administración de Alimentación y Medicamentos, el Centro Nacional de Inteligencia sobre Drogas y los Institutos Nacionales de Salud es mejor buscar tierra de nadie. Pero no te preocupes. Bastará con una reunión para que la DEA y la Administración de Alimentos llamen a la caballería.

Era una fría mañana. Hombres y mujeres fueron entrando a la sala de reuniones más grande del edificio Parklawn, una de las sedes de la Administración de Alimentos y Medicamentos, en Rockville, estado de Maryland. A las nueve en punto, Marvin Wolff, presidente de la Comisión Asesora sobre Uso Indebido de Estupefacientes, leyó el orden del día. La Comisión se había creado en tiempo récord,

a instancias de la DEA, para hacerse cargo de la clasificación de la Apoteosis.

Durante las horas siguientes, la Comisión escuchó declaraciones de funcionarios de la Administración de Alimentos, la DEA y los Institutos Nacionales de Salud sobre el potencial adictivo de la droga, sobre patrones geográficos y de consumo, sobre estadísticas de suicidio y morbilidad. Vincent Desjardines, que seguía siendo el facultativo que más consumidores de Apoteosis atendía de todo el país, fue llamado a declarar y presentó nervioso un PowerPoint. En la vista pública, la madre de Jennifer Sheridan y otras personas que habían perdido a sus seres queridos ofrecieron su testimonio entre lágrimas. Por supuesto, también hubo defensores de la droga, que en media docena de ocasiones tuvieron la oportunidad de hablar de la Apoteosis como herramienta de iluminación y descubrimiento interior, sosteniendo que restringir su uso supondría un golpe a la libertad espiritual, un anatema. Mientras hablaban, los malhumorados agentes de la DEA que había entre el público resoplaban y murmuraban entre ellos.

Poco antes de mediodía, el presidente dio paso a un debate abierto entre los miembros de la Comisión. Apenas hubo discrepancias: todos respaldaron la máxima restricción de la Apoteosis. Cuando hubieron terminado, Wolff pidió el voto, que fue unánime. La Apoteosis recibiría de inmediato la clasificación I, la misma que la cocaína, la heroína o el LSD. A partir de ese momento sería ilegal fabricar, consumir, vender o poseer la sustancia.

Llegaba la caballería.

El día siguiente, por la mañana, en el aeropuerto nacional Reagan, Cyrus esperaba a embarcar en su vuelo de vuelta a Boston. Decidió llamar a Marian para ver cómo estaba Tara. La niña se puso al teléfono, parecía contenta. A Cyrus se le iluminó el día. Luego llamó a Emily Frost para confirmar si seguía en pie el café de esa tarde. Ella también parecía feliz. La noticia hacía de aquella una mañana redonda. Cyrus entró con paso liviano en la pasarela de acceso al avión.

De vuelta en las oficinas de Boston, Cyrus informó a Minot sobre lo ocurrido en la reunión, hizo algunos papeleos y salió apresuradamente hacia Longwood Avenue. Emily lo esperaba en la cafetería, sonriéndole desde que entrase por la puerta.

—¿Qué tal en Washington? —preguntó.

—Nunca he visto tanto capullo pretencioso junto —confesó él.

—En las sesiones clínicas pasa algo parecido —dijo Emily, riéndose.

Cyrus le contó todo lo que estaba autorizado a contar. La psiquiatra se había convertido en su muro de las lamentaciones para todo lo que se refería a la Apoteosis. Habían hablado por teléfono casi a diario. A Cyrus le habría encantado dar el todo por el todo y contarle todos los detalles sobre la investigación, pero se repitió una y otra vez que el asunto tenía carácter confidencial. Ella sabía escuchar, era una

«escuchadora profesional», según bromeó Cyrus, y también era inteligente y profunda, y le ayudaba a encontrar conexiones donde él no había sabido verlas.

El grupo operativo recibía formalmente el nombre GOC-A: Grupo Operativo Conjunto-Apoteosis. Había sido la fiscal general quien había propuesto coordinar esfuerzos en el asunto, que adquiriría ya escala nacional. La droga estaba presente en los cincuenta estados y otros países acudían a Estados Unidos en busca de información y asistencia: la Apoteosis aparecía en zonas concretas de México y América Central, América del Sur y Europa. Al parecer, la mayoría de la Apoteosis entraba en Estados Unidos a través de la porosa frontera mexicana, pero apenas se tenían más datos sobre su origen último.

Cyrus confesó a Emily que a él no le interesaban tanto las estrategias de restricción y control, en torno a las cuales había girado el debate, como la persona de Alex Weller. De hecho, su papel en la Casa Blanca se había limitado a presentar un perfil de Weller, breve pero profuso en datos, y a dejar entrever sus sospechas acerca de los asesinatos.

—Sé perfectamente que no te cae nada bien —dijo Emily—, pero ¿ha hecho algo ilegal? Por lo que se ve, es un ferviente defensor de la Apoteosis, como Timothy Leary lo fue del LSD. Puede que a muchos le parezca horrendo, pero eso no es delito. Aunque la droga se haya ilegalizado.

—Ojalá pudiera darte todos los detalles —deseó Cyrus con un suspiro—. Tienes razón, en realidad. No es un delincuente. Por ahora. ¿Has visto los comentarios de su sitio web?

—Sí, enganchan tanto como la droga, supongo —bromeó ella.

—El sitio web tiene varios niveles, por decirlo así. Hay un área encriptada en la que ni los informáticos de la Agencia de Seguridad Nacional y de Defensa son capaces de entrar, lo creas o no. Weller tiene a alguien trabajando para él que sabe muy bien lo que se hace. Desde esa área puede enviar y recibir mensajes encriptados.

—¿Con qué fin?

—Ojalá lo supiera. Ojalá supiéramos de qué va todo ese asunto de la cuenta atrás. Ojalá pudiera contarte más cosas sobre por qué quiero echarle el guante a ese tipo.

—Sí, ojalá pudieras —coincidió ella.

Él dejó de escrutar su café y la miró a los ojos.

—¿Sabías que hablo dormido?

—Oye, Cyrus —argumentó Emily suave pero firme—. Sigo siendo médico de Tara.

Él sonrió con ese tipo de sonrisa que dice «no puedes culpar a un tío por intentarlo» y añadió:

—Vamos, te acompaño hasta el hospital.

La cadencia con que caminaban los hacía tocarse hombro con hombro cada tantos

pasos. Pero ninguno de los dos quiso poner de por medio ese medio palmo que habría evitado el roce.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

—Claro —respondió ella.

—Una vez me dijiste que tuviste una infancia difícil. Tú sabes de mí más que yo de ti.

—¿Por qué quieres saber de mí?

—Eres la médico de mi hija —contestó entre risas—. Trato de hacer mi trabajo.

—No te rías de mí.

—No me estoy riendo de ti. Me gustaría saberlo porque me interesa Emily Frost. La persona que hay detrás del médico.

Emily dejó escapar un suspiro.

—Cuando tenía once años vivía en un pequeño pueblo de Virginia. Mi madre se divorció cuando yo apenas había cumplido un año. No me acuerdo de mi padre, no lo volví a ver, no tengo ni idea de qué fue de él. Sí recuerdo al novio de mi madre. Vino a vivir con nosotras cuando yo tenía seis años. Se peleaban y bebían mucho. Él la trataba mal, pero ella no se andaba con chiquitas tampoco. Una vez le partió un labio. Y en otra ocasión le rompió la mano con un tiesto.

—Una mujer dura —convino Cyrus.

—Sí, era una mujer dura. Una noche, en la cocina, él fue a pegarle a puño limpio, y mi madre cogió un cuchillo y le cortó. Y él se lo quitó, y se lo clavó en el pecho. Murió en la ambulancia. Él corrió al dormitorio, cogió su pistola, volvió a la cocina y se saltó los sesos contra la puerta del frigo.

Cyrus se detuvo en seco.

—¿Dónde estabas tú?

—Tenía una tía maestra con la que pasaba mucho tiempo. En su casa todo era normal; a ella le encantaba leerme cuentos. Terminó acogiéndome. Me crié con ella.

—Dios mío, Emily. Cuánto lo siento.

—No, no te preocupes. Me alegro de habértelo contado.

Reanudaron el camino en silencio. No dijeron una palabra hasta la entrada del hospital. Allí, ella le dejó que la cogiese de la mano, antes de despedirse.

22 días

La vida comunitaria en Bar Harbor fue ganando impulso, como la marea, cuando el invierno flaqueó y el manto de nieve comenzó a adelgazar.

Por las mañanas cocinaban y limpiaban en grupo. Sam conectaba los equipos a la red inalámbrica de High Cliffs y reunía al equipo de administradores web en el comedor para repartir las tareas del día. El trabajo de Vik y Davis consistía en revisar los comentarios del sitio web, así como otras decenas de sitios que habían aparecido en todo el mundo sobre la Apoteosis, y recopilar las noticias en prensa y medios sociales. A Alex le gustaba ojear la información mientras almorzaba.

Leslie se convirtió en la lugarteniente de Sam en cuestiones técnicas. Entre los dos descodificaban los mensajes privados que enviaban a Alex los grupos satélite adscritos a la Cruzada por la Paz Interior, cada vez más numerosos, y encriptaban los que Alex deseaba enviar. El resto del día lo dedicaban a ir alojando y desalojando el sitio web en servidores proxy para que la dirección IP nunca fuese la misma. De ese modo evitaban que las autoridades lo cerrasen.

Dos veces a la semana, Jessie y Erica se acercaban a alguna de las grandes superficies de Ellsworth, procurando no llamar la atención acudiendo a las tiendas de Bar Harbor o comprando siempre en el mismo sitio.

El gigantón Steve Mahady andaba siempre con Joe. Steve era cazador, así que enseguida se llevaron bien. Erica sabía dónde escondía su padre la llave de la armería, en la que se guardaban pistolas, rifles de caza y una buena cantidad de munición. Los dos hombres merodeaban por los campos que rodeaban la casa con pistolas en los bolsillos de la chaqueta, vigilando el camino de entrada y el bosque circundante. A Joe se le veía feliz, cigarrillo en boca.

Alex disfrutaba sentándose en la biblioteca y escribiendo en su cuaderno, mientras observaba el oleaje a lo lejos. Jessie rara vez se separaba de él. Le servía café y se dejaba acariciar el pelo cuando Alex se lo pedía. Este hacía esfuerzos por mantener la cabeza fría y no caer en el endiosamiento, pero cada día se le hacía más difícil. «Apoteosis» y «Alex Weller» eran las palabras más buscadas en Google y las noticias abrían cada día con la imparable «epidemia», apelativo que a Alex le asqueaba.

Pese a los esfuerzos de la DEA y de las autoridades aduaneras por controlar el tráfico a través de los pasos fronterizos, el suministro de Apoteosis aparentemente bastaba y sobraba para satisfacer la siempre creciente demanda. Cada vez que Alex

leía sobre una incautación en la frontera mexicana pensaba en Miguel Cifuentes, sonreía y se preguntaba cómo le estaría yendo. Por consejo de Sam, sin embargo, todo el mundo había desconectado sus teléfonos móviles, de por vida. Alex sospechaba que jamás volvería a saber de Miguel.

En cualquier caso, su mente estaba embarcada en una empresa mayor: solo quedaban tres semanas. Había tanto que hacer que la cabeza le daba vueltas. Acción directa y a través de intermediarios. El mundo tenía que estar preparado o su cuenta atrás terminaría con un sonoro batacazo. Deseó no haberse mostrado tan agresivo. ¡Treinta días! Claramente, no existía la opción de reiniciar la cuenta atrás. ¿Qué imagen daría eso?

Esa noche, como era habitual, cenaron en grupo y luego se retiraron a los dormitorios para tomar Apoteosis. Era una experiencia desvaída en comparación con la Apoteosis Total que todos conocían, pero aun así les parecía maravillosa, como siempre. Todos agradecían a Melissa su inmolación, por permitirles ahondar un poco más en el misterio. A última hora de la noche se reunieron en torno a la chimenea del salón para hablar sobre el futuro del movimiento. Alex dirigió una mirada alrededor, preguntándose quién sería el siguiente en sacrificarse por el bien mayor.

En Rhode Island, Dan Mueller recorría una a una las casas de la playa. Era la primera revisión desde Año Nuevo. La asociación de hosteleros de Narragansett le pagaba para que en invierno, una vez al mes, echara un vistazo a las casas de alquiler. En enero, sin embargo, se había hecho un esguince de tobillo y se había negado en redondo a hacer la ronda en muletas. Las casas podrían esperar hasta que se curase.

Cuando entró en la unidad 6 dejó escapar un sonoro taco. A una de las jambas de la puerta trasera le habían arrancado un trozo del tamaño de la pata de una silla y el suelo estaba cubierto de astillas de madera. «Maldita sea —gruñó—. Puñeteros niños».

Como la puerta estaba rota, no tuvo que sacar la llave. La empujó y se asomó esperando encontrar un caos total. Pero en el salón todo parecía en su sitio. En la cocina y el baño también. Entró en el dormitorio buscando latas de cerveza vacías o algún otro indicio de vandalismo, pero no vio más que orden y limpieza. Dio la vuelta para marcharse pero algo le llamó la atención bajo la cama. Se agachó para ver mejor, con cuidado de no dañarse el tobillo, aún débil.

Parecía estar rezando, arrodillado en el suelo. «¡Dios mío santísimo!», exclamó.

El forense de Rhode Island recordó el informe que había recibido hacía unos meses de la oficina del FBI de Boston: atención a posibles perforaciones en el cráneo, especialmente en homicidios de mujeres jóvenes. La chica congelada presentaba una

elocuente herida en el hueso temporal, así que saltaron todas las alarmas.

Cyrus y Avakian llegaron a la escena del crimen a las pocas horas.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —preguntó Avakian, con las ateridas manos metidas en los bolsillos.

—No hay manera de saberlo —consideró el forense—. Yo tengo en el congelador una lubina desde el verano pasado que está más blanda al tacto que este cadáver.

—¿Alguna otra prueba? —preguntó Cyrus, tratando de no mirar demasiado a la chica. Era muy joven.

Se había presentado el jefe de policía de Narragansett en persona, en cuya jurisdicción no se producían muchos asesinatos.

—Solo ha aparecido esto —intervino, sacando una bolsa de plástico de pruebas de otra bolsa mayor de papel de estraza—. Bajo el cadáver había una moneda. Un cuarto de dólar.

—Hágame un favor —solicitó Cyrus—. Si encuentra alguna huella, envíemela por correo electrónico cuanto antes.

La noche siguiente, Alex terminaba de cenar un plato de pollo al curry. Se quedó sentado en silencio, en la cabecera de la mesa de la cocina, mientras escuchaba el alegre bullicio de su gente. La cocina de la televisión tenía el volumen al mínimo y nadie le prestaba atención. Los días se alargaban poco a poco y el cielo nocturno despedía un hermoso resplandor. En una hora tomarían Apoteosis. Varios de los compañeros le habían confesado en petit comité que desesperaban por probar de nuevo la Apoteosis Total. La última vez que se sacó a colación el tema en el grupo, nadie se presentó voluntario. Pero Alex tuvo una idea. La había estado meditando todo el día y se acercaba el momento de ponerla en práctica.

—Tengo una noticia que daros —dijo.

La mesa quedó en silencio.

—Creo que ha llegado la hora de que probemos de nuevo la Apoteosis Total —anunció, levantándose y acercándose a un armario en el que momentos antes había dejado una fuente de cristal—. Creo que deberíamos hacer un sorteo. Es lo más apropiado. ¿Alguien está en desacuerdo?

Todo el mundo se miró, algunos mordiéndose los labios, otros sorprendidos, pero nadie objetó. Acordaron que era una buena idea y que estaban dispuestos a acatar lo que Alex dispusiera.

—He escrito los nombres de cada uno de vosotros en varios trozos de papel —explicó sosteniendo ante sí la fuente—. De aquí saldrá un nombre. Será esta misma noche. Así podré procesar el líquido para que lo tomemos mañana.

Jessie se miraba los zapatos con labios temblorosos.

«No tienes que preocuparte», pensó Alex. El papelito con el nombre de Jessie

tenía más dobleces que los demás. También los de Joe y Sam. Eran personas demasiado importantes para él. Metió la mano en la fuente, removió los papeles y sacó uno al azar.

Estaba a punto de desdoblarlo cuando vio un rostro en la televisión.

—Que alguien suba el volumen —ordenó.

Erica se levantó solícita.

Era Cyrus O'Malley, ante una nube de micrófonos, hablando desde un estrado en el que aparecía el escudo del FBI.

«Hoy, el FBI ha hecho pública la orden de detención del doctor Alex Weller. El doctor Weller, conocido por su actividad en internet relativa a la droga ilegal conocida como Apoteosis, está en búsqueda y captura por el asesinato de Amber Fay Hodge, de diecisiete años de edad, residente en Roslindale, Massachusetts, cuyo cadáver se halló a principios de esta semana en Narragansett, Rhode Island. —En una pantalla a espaldas de Cyrus apareció la foto de Alex—. Este es el doctor Weller. En la escena del crimen se encontraron sus huellas dactilares. Su paradero actual es desconocido. Si poseen cualquier dato sobre el mismo, no duden en acudir a la comisaría más próxima o al FBI».

Alex se levantó, apagó la televisión y se sentó de nuevo. Se había hecho un pesado silencio. Todo el mundo lo miraba.

—Para mí no es ninguna sorpresa —dijo—. Sabía que acabarían acusándome de algo así. Ese hombre, Cyrus O'Malley, me la tiene jurada desde hace tiempo. Jessie y Davis lo saben. La Apoteosis es un fenómeno de masas y quieren detener nuestro movimiento. Por eso van a por mí. Pero no lo van a conseguir. No conozco de nada a esa chica. Es todo mentira. Sam, tenemos que publicar un manifiesto en el sitio web, esta misma noche. Voy a redactarlo ahora mismo.

—¿Qué hay del sorteo? —preguntó Jessie.

Alex devolvió el papelito que había cogido de nuevo a la fuente, sin siquiera abrirlo. Fijó la vista en la pantalla de la televisión y observó los labios mudos de Cyrus, que seguía hablando en la imagen.

—Olvidad el sorteo. Tengo otra idea.

19 días

Esa tarde, Tara no tuvo una canguro profesional. Iba a cuidar de ella Jane, una de las mejores amigas de su madre, que vivía en el mismo barrio, a tres casas. Un par de veces a la semana pasaba un rato con Tara para que su madre pudiera ir a la peluquería o al gimnasio.

Tara se echaba la siesta y Jane leía una revista sentada en una mecedora, junto a la cama. De repente, sonó el timbre.

Aquel era el tipo de vecindario en que abrir la puerta sin preguntar era lo más normal del mundo durante las horas del día. Aquellos dos extraños se mostraron amables y amistosos: un tipo grande de ojos chispeantes y barba poblada y otro más atlético, de mirada viva.

—Hola —dijo el hombre más voluminoso—. ¿Eres Marian?

—No, soy Jane, una amiga suya. ¿Puedo ayudarles en algo?

—¿Está Marian en casa? ¿O su marido?

—No, lo siento, ¿tenían una cita con ustedes?

El hombre más bajo sacó una pistola del bolsillo, apuntó a la mujer y la empujó al interior. Esta gritó y entonces el hombre vociferó con un fuerte acento —que más tarde ella identificó ante la policía como británico—: «Cállate ahora mismo o te callo yo. ¿Dónde está la niña?».

Jane intentó contener el pánico pero apenas se sentía capaz de subir la amplia escalinata. Las piernas se le doblaban y cada vez que sollozaba demasiado alto, aquel matón le clavaba entre las costillas el cañón de la pistola.

Ante la puerta de la habitación de Tara acertó a preguntar:

—¿Qué es lo que queréis?

Le ordenaron que se sentara en la mecedora. La niña seguía dormida y, mientras el tipo más violento de los dos le apuntaba con la pistola, el de la barba sacó un trozo de tela y un rollo de cinta aislante. A continuación, le tapó a Jane la boca con la tela, sujetó esta con cinta, dándole varias vueltas alrededor de la cabeza y, cuando dejó de gritar, usó la misma cinta para atarla a la mecedora. Cuando hubo terminado, el otro hombre se relajó y apartó la pistola.

Jane, con los ojos fuera de las órbitas, vio cómo el tipo del acento británico se inclinaba sobre Tara y la levantaba de la cama, con mantas y sábanas incluidas. Esta se despertó desorientada.

—¿Quién es usted?

—Soy amigo de tu papá y de tu médico, el doctor Alex, ¿te acuerdas de él? El de la coleta. —Ella asintió—. Quieren verte, corazón.

—¿Por qué no han venido ellos?

—Quieren que vayas tú.

—¿Por qué habéis atado a Jane?

—Demasiadas preguntas, corazón. Tenemos que irnos. —El hombre se dirigió entonces a Jane—. Dile a Cyrus O'Malley que su hija está con Alex Weller. ¿Sabes quién es, verdad? —Jane asintió aterrorizada—. Dile que deje en paz a Alex. Que tire la toalla. Si no lo hace, las consecuencias no le van a gustar. ¿Esto es de ella? —preguntó observando un montón de medicamentos que había sobre la cómoda.

Jane asintió y el hombre de la barba los metió todos en una bolsa.

Cuando salían por la puerta, Tara se puso a gritar, señalando hacia su cama.

—¡Freddy! ¡Por favor, me he dejado a Freddy!

—Por Dios, Steve, coge el puñetero oso, ¿quieres? —ordenó Joe haciendo un gesto con la barbilla.

18 días

Cyrus no encontraba manera de aplacar el terror. No había postura ni pensamiento ni ninguna otra cosa que aliviase el pánico cervical que lo apuñalaba sin remisión desde que había escuchado a Marian chillar por teléfono.

Stanley Minot destinó a todos los agentes disponibles en la oficina de Boston a la caza de los secuestradores y mandó un SOS a Washington para que enviaran más. Avakian trató de obligar a Cyrus a marcharse a casa o al menos a casa de Avakian, para que la mujer de Pete pudiera atenderle. Pero Cyrus se negó a dejar la oficina y Minot no tuvo redaños para echarlo. Se sentó ante su escritorio y estuvo mirando por la ventana, estupefacto, hasta que Avakian regresó.

—Hay una mujer en el vestíbulo preguntando por ti. Una tal Emily Frost. ¿Quieres verla? —dijo.

Cyrus la había llamado. Había sido una conversación breve y consternada. Ella canceló todos sus compromisos y acudió lo más rápido que pudo. Avakian fue por ella y la invitó a pasar.

—Dios mío, Cyrus —exclamó ella cuando Avakian se hubo marchado.

—Emily...

Cyrus estaba devastado. Emily acercó una silla y se sentó junto a él.

—¿Hay alguna noticia?

Él negó con la cabeza.

—Hay un equipo en casa de Marian. Están interrogando a la amiga de Marian que se estaba quedando con Tara y haciendo el trabajo forense. Juro por Dios que lo voy a matar.

—Sé cómo te sientes —dijo con suavidad—. Tanta crueldad es imposible de comprender. No voy a preguntarte cómo estás tú. Pero ¿y Marian?

—Marty me contó que tuvieron que sedarla. Ella me quiere muerto como yo quiero muerto a Weller.

—Esto no es culpa tuya.

—Según ella, sí. Por Dios santo, Emily, quizá tenga razón.

—¡No! ¡No la tiene! Tú estás haciendo tu trabajo. —Tras la rueda de prensa sobre la orden de detención de Weller, Cyrus y Emily habían hablado por teléfono hasta bien entrada la noche. Él por fin había decidido quitarse el peso de encima y explicarle la clase de monstruo que Weller era—. Después de todo lo que me has contado sobre él... Usar a un niño inocente para llegar hasta ti... Es espeluznante —

dijo ella acariciándole el brazo—. Tu amigo Pete me ha pedido que te lleve a dar una vuelta, un par de horas. ¿Puedo invitarte a tomar algo? Por favor.

Minot se encargó personalmente del caso de Tara. En su día había sido un buen agente de campo y los años como mando medio no habían minado en absoluto sus habilidades. Cuando supo que uno de los secuestradores era probablemente británico, pidió que se le hicieran escuchar a Jane una serie de grabaciones de distintos acentos del inglés de Reino Unido, y ella aseguró que el que más se le parecía era el de Liverpool.

Minot decidió tirar del hilo y se puso en contacto con Scotland Yard para solicitar un informe sobre los parientes vivos de Weller. Al poco, llegó un mensaje de correo electrónico en el que declaraban que tenía un hermano, Joseph, recientemente retirado con honores del ejército británico. Y siguió tirando: se consultaron los vuelos de entrada provenientes del Reino Unido y se averiguó que un tal Joseph Weller había aterrizado en Boston con un visado de turista hacía diecisiete días.

Los agentes le mostraron a Jane la fotografía de su pasaporte. Habían conseguido identificarlo.

Al instante, se ordenó distribuir la foto de Joe Weller y la de su hermano Alex a televisiones y sitios web de noticias. Ambos pasaron a compartir el primer puesto en la lista de los diez más buscados del FBI.

Alex estaba en la cocina tomando una taza de té con Joe cuando apareció en la televisión la noticia de última hora. La pantalla se iluminó con la foto de su hermano.

—Por fin te has hecho famoso —bromeó Alex.

—Ya era hora. ¿Cómo me han identificado tan rápido?

—O'Malley no es tonto. Parece que no vas a poder volver a casa por ahora...

—Ni quiero. Estoy a gusto aquí, contigo —rezongó Joe.

Escaleras arriba resonó un alarido. Era Erica.

—¡Alex! ¡Ven!

Erica y Jessie estaban al pie de la cama de Tara. La niña se contorsionaba violentamente.

—Está sufriendo una crisis —explicó Alex con tranquilidad—. Joe, ¿tienes ahí tu cartera? —Joe se la entregó y Alex se la introdujo entre los apretados dientes para proteger la lengua. Acto seguido se sentó junto a ella, acariciándole las mejillas y tranquilizándola—. No te preocupes, cariño. Todo está bien. Pasará enseguida. No te preocupes. Está aquí el doctor Alex. —Al minuto, su cuerpo quedó flácido y su respiración se normalizó. Alex alzó la mirada—. Cuando tenga crisis le aumentaré la medicación. Esta niña es un activo muy valioso.

Jessie lo observó impresionada. Nunca lo había visto tratar a un paciente, jamás lo había visto mostrarse tan tierno como no fuera con ella.

—Eres maravilloso —le susurró al oído.

—No te dejes impresionar —terció Joe—. Sigue siendo un capullo.

Sam entró a toda prisa en la habitación.

—Alex, hay una cosa en el sitio web que tienes que ver.

Joe le dio a su hermano un gentil puñetazo en el hombro cuando pasó por su lado.

—El trabajo de un líder de secta no termina nunca, ¿eh? —le espetó.

Bajaron al comedor. Sam señaló la pantalla del ordenador.

—Mira este comentario. Acaba de entrar.

Alex se sentó en el sillón de Sam para leerlo. Lo firmaba Cyrus O'Malley e incluía una fotografía de Tara:

Todo el que lea los comentarios de este sitio web debe saber que Alex Weller, el cabecilla de la llamada Cruzada por la Paz Interior, es un criminal sanguinario. Se le busca por el asesinato de una joven llamada Amber Hodge y él y su hermano están en busca y captura por el secuestro de mi hija Tara, de ocho años. Weller piensa que reteniendo a mi hija impedirá que las fuerzas de seguridad le den caza. Pero se equivoca. No crean sus bulos sobre la Apoteosis. Es una droga peligrosa que mata y arruina vidas. Ayúdenme a encontrarle y a recuperar a mi hija. Si la han visto, por favor, llamen al número de teléfono de abajo. Se respetará el anonimato. El FBI ofrece una recompensa de cien mil dólares. Estarán ustedes haciendo lo correcto. Por favor, ayúdenme a recuperar a mi hija.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Sam.

—Elimina el comentario. Que la gente tenga muy claro lo que somos. Esta noche, cuando la niña esté mejor, le enviaremos a O'Malley una prueba de vida. Una foto en la que aparezca de fondo un sitio web con la fecha y la hora, algo que no se pueda identificar. Envíasela a su dirección de correo electrónico del FBI y aclárale que si vuelve a publicar ese comentario, mataremos a su hija.

—De acuerdo, Alex.

—Y descansa un poco esta noche. Mañana haremos la primera acción directa. Y será la bomba.

17 días

Al alba, subieron los cuatro a la furgoneta Dodge de Erica y emprendieron el viaje de cinco horas hasta Merrimack, en New Hampshire.

Sam conducía y Steve ocupaba el asiento del copiloto. Alex y Jessie se sentaron en la parte de atrás, tratando de pasar desapercibidos, pues el rostro de Alex aparecía cada vez con más frecuencia en los medios. Joe se quedó, como siempre, guardando la casa y Erica cuidaba de Tara, con quien había creado un vínculo especial. Intentaba hacerla reír, como si todo aquello fuera un campamento, y hasta cierto punto funcionaba. Tara parecía feliz de ser el objeto de todas las atenciones y disfrutaba dando paseos por la rocosa playa.

Llegaron a Merrimack a la hora del almuerzo y acudieron directamente al polígono industrial donde se encontraba la fábrica de cerveza Meecham. Se trataba de una de las seis que la marca poseía en la región, una antigua factoría de ladrillo rojo que producía millones de latas y botellas de cerveza Meecham cada mes. Una alta tapia rodeaba el recinto, al que se accedía por una calle particular cerrada con una verja de hierro. En una enorme valla publicitaria que se levantaba frente a la verja aparecía un puño masculino sosteniendo una botella color ámbar cubierta de escarcha junto al eslogan de la marca: CUANDO QUIERES UNA CERVEZA FRÍA DE VERDAD...

Cuando se acercaron a la verja, el vigilante, un tipo de pelo rizado, levantó el pulgar desde el interior de la garita.

—Ese es nuestro hombre —susurró Sam.

—¿Estás seguro? —preguntó Alex.

—Aparco y voy a hablar con él.

Sam bajó del coche y se acercó a la garita. Tras un par de minutos regresó con una enorme bolsa de la compra.

—Todo en su sitio —anunció—. Kevin es un incondicional. He chateado una decena de veces con él a través del portal seguro. Él y su mujer vendieron su casa y cancelaron sus cuentas bancarias. Mira.

La bolsa contenía una veintena de saquitos de plástico herméticos llenos de cristal blanco.

Alex silbó.

—Nunca había visto tanta junta.

—¿Qué hay del acceso? —preguntó Steve.

—Va a desconectar las cámaras de seguridad de la puerta y de aquel edificio

durante treinta minutos. Ese es el tiempo que tenemos.

A la señal del vigilante, la verja se abrió y el coche entró. La única condición impuesta por el vigilante era poder conocer a Alex en persona. Metió la cabeza por la ventanilla trasera, tomó las manos de Alex entre las suyas y le dio gracias de corazón por haber cambiado a mejor su vida.

—No, gracias a usted —dijo a su vez Alex—. Gracias a usted, el mundo va a conocer un poco mejor nuestro pequeño movimiento.

El vigilante le indicó a Sam dónde aparcar y añadió que la puerta lateral del edificio 7 no tenía el cerrojo echado.

Las pesadas puertas de madera se abrieron hacia dentro. Los cuatro intrusos se sintieron empequeñecidos en el cavernoso interior de aquella fábrica, un laberinto de tuberías, pasarelas y depósitos de fermentación. Dedicaron unos momentos a pasear por entre la maquinaria, tratando de dilucidar su funcionamiento.

—Voy a subir a esa pasarela que corre por encima de los depósitos —se ofreció Sam—. Quizá estén ahí las compuertas. Kevin ya nos ha dicho que tendremos que apañárnoslas solos.

Steve y él se encaramaron a lo alto de las tuberías e inspeccionaron las que entraban en los depósitos.

—Aquí no se ven compuertas de ningún tipo. No es como pensábamos —gritó Sam desde arriba—. Yo diría que los depósitos se llenan a través de estas tuberías y se vacían por aquellas. Aquí no hay nada que podamos manipular.

Steve lo llamó para que echase un vistazo a algo que había visto en la parte superior del depósito.

—Creo que aquí podríamos abrir. Pásame la llave inglesa.

Steve aflojó la gran tuerca que cerraba una válvula de presión. Tras desenroscarla, tiró de la válvula y consiguió extraerla junto con un tramo de tubo, dejando una abertura de medio palmo. Metió una pequeña linterna y gritó:

—¡Esto está lleno de cerveza! ¡Podemos usar estas aberturas!

Sam bajó hasta donde se encontraban Alex y Jessie, que ya habían empezado a desempaquetar la droga.

—¿Cuánta echamos en cada depósito? —preguntó Sam.

Alex sacó un cuadernito y un bolígrafo del bolsillo, echó una ojeada a los depósitos y se encogió de hombros.

—En un momento te lo digo. Son más grandes de lo que había previsto. No va a ser fácil conseguir que por cada botella haya exactamente medio miligramo —explicó, y a continuación garabateó algunas cuentas en el cuaderno—. Joder, no lo sé. Vamos a poner tres bolsas en cada depósito.

Sam y Steve se pusieron manos a la obra. Se encaramaron a toda velocidad a cada uno de los depósitos, desenroscaron las válvulas de presión, echaron la Apoteosis y

volvieron a colocar las válvulas. En menos de media hora habían terminado. Antes de salir del edificio, inspeccionaron el lugar de nuevo para cerciorarse de que nadie sospechara de su paso por allí. En el muelle de carga vieron apiladas un montón de cajas de Meecham's Premium. Sam y Steve se guiñaron un ojo: al instante habían cargado unas cuantas en la furgoneta.

De nuevo en la garita, Kevin preguntó qué tal había ido.

—Todo bien —dijo Alex—. ¿Cuándo llegará esta cerveza a los supermercados?

—No lo sé con seguridad —contestó el vigilante—. Según creo, se vende en cuanto está terminada.

—Esperemos que todo el mundo quiera una cerveza fría de verdad... —dijo Alex, riendo—. Paz interior, amigo mío —le deseó, a modo de despedida.

Jessie pasó todo el viaje de vuelta acurrucada contra Alex. Tras una hora de viaje, le musitó al oído algo a lo que le había estado dando vueltas.

—No le harás daño a la niña, ¿verdad?

Él le dio una palmadita en la cabeza.

—Pero qué crees, ¿que soy un asesino? Pues claro que no le haré daño. Es una niñita enferma, Jessie. El tumor no deja de crecer. Pero cuando la muerte se presente, si yo estoy ahí no dejaré de extraer su líquido cefalorraquídeo. Ella estará en un lugar mejor y nos habrá dejado un regalo: la experiencia más maravillosa que puedas imaginar. Apoteosis Total. De un niño. Será increíble, te lo prometo. Mientras, Cyrus O'Malley tendrá que estarse quietecito y dejarnos terminar nuestro trabajo.

Satisfecha, Jessie se quedó dormida contra el hombro de Alex.

Sonó entonces el móvil de Sam. Era un terminal de prepago irrastreable que había comprado en el Wal-Mart de Ellsworth.

—¿Sí? Hola, Leslie, ¿qué pasa? —Sam escuchó por unos momentos—. Se lo diré a Alex. Se va a quedar de piedra. Y dile a Joe que le llevamos un montón de cerveza.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alex desde el asiento trasero.

—Hemos recibido un mensaje encriptado desde Japón. Esto está llegando muy lejos.

16 días

La cumbre anual del G8 consistía en sesiones de trabajo y operaciones de imagen sabiamente combinadas. Esa tarde, los políticos dejaron de lado los temas más sesudos y se entregaron a lo estético: los líderes de Estados Unidos, Reino Unido, Francia, Italia, Japón, Canadá, Rusia y Alemania se reunieron en el Palacio Imperial de Kioto para asistir a la tradicional ceremonia del té, que oficiarán las geishas más reputadas del país.

La sala imperial del té se encontraba en una pagoda del siglo XIV que se utilizaba únicamente con propósitos ceremoniales. Una vez inspeccionado el edificio por los servicios de seguridad y garantizada la seguridad, los representantes de la Guardia Imperial y de los agentes del servicio secreto estadounidense y de los demás países crearon perímetros de seguridad concéntricos en los terrenos del palacio.

Los presidentes y primeros ministros acudieron en traje y la geisha que los recibió a las puertas les rogó que se quitaran los zapatos. Dio comienzo entonces una agradable exposición sobre la historia y el arte de la ceremonia del té.

La geisha describió la ceremonia como espiritual y relajante, pues se pensaba que el té permitía tender un vínculo con la naturaleza, ante lo que el primer ministro italiano bromeó:

—Denle a nuestro colega ruso uno doble, a ver si se calma.

La geisha explicó que la palabra usada en japonés para hablar de la ceremonia del té era «*chadō*», que literalmente significa «camino del té». El suelo de la sala estaba cubierto de unos tatamis de paja que desprendían un fragante aroma. La geisha advirtió con aire jovial de que ni los oficiantes ni los invitados debían pisar los espacios entre un tatami y otro.

El presidente de Estados Unidos, John Redland, que sufría aún los efectos del jet lag y traía un humor de perros, se sintió tentado de pisar entre un tatami y otro para comprobar si se desencadenaba algún incidente diplomático, pero decidió refrenarse. Sin embargo, el primer ministro canadiense, que debía de calzar un cuarenta y cinco, pisó fuera de los tatamis una y otra vez, pero no sobrevino catástrofe alguna.

La sala estaba decorada con una serie de hermosos arreglos florales y tapices con caligrafía zen. Tras un gran ventanal se extendía un tradicional jardín japonés, tan bonito que parecía de postal. Se animó a los invitados a sentarse sobre almohadones decorados, con las piernas flexionadas de manera que quedasen sentados sobre los pies. La geisha demostró cómo hacerlo, pero el único que lo hizo con naturalidad fue,

lógicamente, el primer ministro japonés, que enseñó a sus colegas, especialmente al estadounidense, un tipo bastante alto, cómo colocar los pies sin transgredir la etiqueta ni interrumpir la ceremonia.

Ante ellos, una mujer ataviada con un kimono rojo presentó cada uno de los utensilios para que los dirigentes los conocieran y explicó en inglés su papel en la ceremonia, arrodillada tras una mesa de madera negra lacada. El té era del llamado *matcha*, una variedad de tono verde claro con sabor amargo pero agradable aroma.

La geisha demostró por qué el *chadō* exigía esos especializados utensilios: una especie de batidor de bambú llamado *chasen*, el paño de cáñamo conocido como *chakin*, una pequeña cuchara o pala, también de bambú, llamada *chashaku* y el recipiente del té o *chaki*. A continuación presentó orgullosa una antigua taza de cerámica negra, el *chawan*, en la que se servía el té. Se trataba de un juego del siglo XVI en estilo Raku, auténticas piezas de museo ofrecidas únicamente a los invitados que más se quería honrar.

En una sala algo menor, aledaña a la principal, un asistente atendía el fuego de carbón que calentaba el agua. La pesada tetera de hierro ya silbaba. El asistente vigiló que el agua no se calentase demasiado, pues para la cocción del té no debía llegar a hervir. Escuchaba en soledad, desde el otro lado de una cortina, las explicaciones de la geisha.

El asistente miró a un lado y otro para asegurarse de que no había ningún agente curioseando y sacó una pequeña agenda de un bolsillo interior. Dentro llevaba un sobrecito de papel doblado que contenía una pequeña cantidad de cristales blancos que vertió en el agua caliente para acto seguido removerla rápidamente.

Cuando la geisha lo llamó, con suave voz, el asistente quitó la tetera del fuego y la colocó en la mesa de madera negra, sobre una rejilla metálica. Se inclinó ante la geisha y salió de la sala. Había cumplido con su cometido. Acertó a mirar de lado a los dignatarios sentados ante él, pero dibujó una expresión pétrea, desnuda de significado.

El asistente caminó con paso presuroso y regresó a la cocina principal del palacio. Entró en un cuarto de mantenimiento, buscó el cuchillo *tantō* que había escondido y procedió a abrirse en canal en un eficaz *seppuku*.

Mientras él se desangraba, la geisha añadía agua caliente al *chawan* y removía el *matcha* con el batidor de bambú para garantizar una textura delicada.

Cuando el té hubo reposado, la geisha lo sirvió en las tazas, inclinándose ante cada uno de los mandatarios que, a su vez, habían sido instruidos por su colega japonés en cómo devolver el saludo.

El presidente Redland sorbió y sofocó una mueca. No le gustaba el té. Lo que habría dado en ese momento por un *dark roast* de Starbucks.

Tras la ceremonia se ofreció a cada uno de los invitados un dulce llamado

wagashi, servido en un plato de cerámica y que se comía con palillos. A Redland tampoco le gustó y se revolvió contra la tentación inapelable de mirar el reloj. Sabía que le quedaban veinte minutos de charla insustancial antes del paseo de vuelta al hotel en limusina. Allí le esperaban una ducha y una breve siesta. Con la excepción del primer ministro japonés y el presidente francés, que se mostraba extremadamente interesado en la geisha, ninguno de los líderes parecía estar dándose la fiesta de su vida.

Andy Bostick, uno de los agentes del servicio secreto de Redland, se encontraba a escasos metros de la entrada a la sala del té cuando escuchó el primer grito. Irrumpió en la estancia junto con otro puñado de agentes y vio a los líderes japonés y francés en el suelo, bocabajo e inconscientes. El canciller alemán parecía mareado, como a punto de desmayarse. Bostick desenfundó su pistola ametralladora y escudriñó la habitación en busca de atacantes, pero no vio a nadie. Enfundó el arma y junto con otro agente agarró al presidente Redland y lo llevó en volandas hacia la puerta, mientras gritaba por su comunicador: «¡Código nueve! Rushmore va camino de la diligencia. Comunicad a Pivote que estaremos en el halcón nocturno en dos minutos. Que despegue rumbo a Kansai en cuanto embarquemos. Comunicad a Ángel que pondremos rumbo de vuelta al rancho en cuanto el helicóptero se pose».

Cuando el presidente subió a la limusina, aturdido ya, las ambulancias accedían a los terrenos palaciegos con un estridente clamor de sirenas. Cada uno de los mandatarios fue evacuado por sus cuerpos de seguridad. La limusina salió a toda velocidad en dirección a la puerta Kenshun-mon, en una de las esquinas del recinto, y cuando derrapaba ante el helicóptero Marine One, Redland estaba ya inconsciente. Los agentes lo subieron por la escala y a bordo lo esperaban un médico de la Marina, una enfermera y su médico personal, Martin Meriwether, que lo tumbó sin miramientos en mitad del pasillo. Los médicos comprobaron ipso facto sus constantes vitales y lo conectaron a un monitor cardíaco.

—¿Qué ha ocurrido? —gritó el médico.

—Todos —respondió Bostick—. Han caído todos como moscas.

—Los han envenenado —gruñó el médico, extrayendo una muestra de sangre del brazo del presidente—. Tendremos que intubarlo.

—Un momento —intervino Meriwether según despegaba el helicóptero—. Las constantes son correctas, el color también. Hay taquicardia pero el electro es normal. Vamos a esperar. ¿Cuánto tardaremos en embarcar en el Air Force One?

—Siete minutos —contestó Bostick.

—Propongo mantener la vigilancia. No hay nada más que podamos hacer hasta que estemos a bordo del Air Force One. Esto no es cianuro ni ninguna otra sustancia inmediatamente letal. Tranquilicémonos.

El Air Force One había repostado y esperaba en la pista del aeropuerto

internacional de Kansai. Redland embarcó en el enorme avión en camilla y en dos minutos estaban en el aire.

En la sala médica, los facultativos ocupaban su puesto nerviosos junto al presidente Redland, listos para intervenir en lo que fuese necesario. A los treinta minutos de vuelo el presidente se despertó por sí mismo y se quitó los electrodos del pecho, parpadeando confuso.

—¿Se encuentra usted bien, señor presidente? —preguntó Meriwether.

—¡Dios santísimo, Martin! —exclamó Redland, tratando de incorporarse—. ¡No tengo palabras! Acabo de ver a mi padre. Estaba esperándome en un lugar maravilloso. —Sus ojos revoloteaban presa de la emoción—. No sé cómo explicarlo, así que lo diré tal cual. Dios también me esperaba. No sé qué diablos ha sido pero es lo más grande que me haya ocurrido jamás.

Meriwether miró a los médicos y a los agentes que se apiñaban alrededor de la camilla del presidente. Solo pronunció una palabra: «Apoteosis».

15 días

—¿Estás bien? —preguntó ella. Cyrus oyó la tetera silbar de fondo.

Emily lo había estado llamando a última hora de cada noche y a primera hora de cada mañana.

—No hemos encontrado nada aún. Seguimos sin pistas.

—Cuánto lo lamento. ¿Alguna foto más?

—Solo aquella. Hace dos días estaba bien.

—Estoy segura de que sigue estando bien. ¿Has podido dormir algo?

—Un par de horas.

—¿Puedes tomarte el día libre hoy?

—Estoy en el coche, camino del aeropuerto. El Grupo Operativo ha convocado una reunión de urgencia.

—¿Por lo del G8?

—¿Cómo lo sabes?

—Es bastante evidente. ¿Me llamarás más tarde?

—Sabes que sí.

El incidente del G8 había causado un cataclismo. La epidemia de Apoteosis y la cuenta atrás de la Cruzada por la Paz Interior ocupaban ya todos los titulares. No había nada más, como si la Apoteosis hubiese absorbido el resto de la actualidad. Todos los canales de televisión mostraban a pie de imagen la cuenta atrás de la Cruzada por la Paz Interior.

Cyrus llegó a la sala Roosevelt de la Casa Blanca y el resto de miembros del Grupo Operativo lo saludó respetuosamente, interesándose a media voz por su hija. Él, sin embargo, estaba decidido a llevar la procesión por dentro y se mostró tan reservado como pudo.

Bob Cuccio informó sobre el fiasco del G8. Un funcionario de la Casa Imperial, el veterano asistente Shunji Murakami, había introducido Apoteosis en una tetera y luego se había suicidado. Según su esposa, llevaba utilizando Apoteosis desde su aparición en Japón y estaba obsesionado con ello. Tras inspeccionar su ordenador se descubrió que había enviado mensajes al sitio web de Cruzada por la Paz Interior en los que ofrecía sus servicios por «el bien mayor».

Contrariamente a lo que se había dicho en los medios, el presidente Redland no volvió a ser el mismo. Tras abandonar el hospital Bethesda, de la Marina, se le trasladó a Camp David, donde se le mantuvo en aislamiento parcial. Podía trabajar

pero se hallaba en un estado de constante agitación. El fiscal general y el presidente del Tribunal Supremo se habían reunido con el vicepresidente y el gabinete, pero todos se habían mostrado reacios a invocar la vigesimoquinta enmienda. Redland estaba, al menos legalmente, en plena posesión de sus facultades mentales. Era unánime la impresión de que una transición de poder podría causar trastornos desmedidos en mitad de una crisis como aquella.

No fue el caso del resto de mandatarios del G8. El primer ministro canadiense había dimitido de su puesto alegando estrés psicológico y su homólogo francés se intentó suicidar nada más regresar a París, si bien el hecho no trascendió a los medios. El resto de líderes mundiales no parecían tan afectados, lo cual, según los expertos en salud mental del gobierno, reflejaba fielmente las diversas reacciones que la Apoteosis causaba en la población.

El Grupo Operativo insistió en la urgencia de localizar a Alex Weller y expresó formalmente su indignación por el secuestro de la hija de Cyrus. Este inclinó la cabeza durante el breve manifiesto y a continuación se puso en pie para dar su informe. El sitio web de la Cruzada por la Paz Interior se trasladaba tan rápidamente de un servidor a otro que resultaba imposible ubicar físicamente el ordenador de Weller. Inundaban las líneas telefónicas del FBI cientos de supuestos avistamientos de Weller, aunque ninguno de ellos dio fruto. «Me cuesta creer que haya alguien en este país que no haya visto aún la fotografía de Alex Weller o su hermano», concluyó. «O la de mi hija», agregó bajando la voz.

El grupo pasó a debatir los planes de contingencia para impedir el envenenamiento de otros cargos gubernamentales y la necesidad de desarrollar un sistema de detección temprana de Apoteosis para controlar eficazmente los canales de distribución de agua y alimentos. Por su parte, el Centro de Control de Alimentos y la Agencia de Alimentos y Medicamentos del gobierno estadounidense investigaban en Nueva Inglaterra un brote de intoxicaciones con Apoteosis supuestamente involuntarias. En el avance de noticias de esa mañana se especulaba que el origen de dicha intoxicación podría estar en una partida de botellines de cerveza de la marca Meecham. Un equipo de inspectores se dirigía ya a la cervecería de Merrimack, New Hampshire, con intención de cerrar preventivamente las instalaciones y retirar de urgencia la producción ya comercializada. La DEA había asignado todos sus recursos a la identificación de los principales distribuidores de Apoteosis en un intento de atajar la epidemia. Por fin, al final de la reunión, la secretaria adjunta del Tesoro hizo una breve presentación acerca de un inquietante asunto hasta entonces inédito: el creciente impacto económico del consumo de Apoteosis. Algunos indicadores de productividad industrial y confianza del consumidor comenzaban a caer y los mercados habían reaccionado negativamente. El Tesoro y la Reserva Federal seguían de cerca la situación y la secretaria prometió proporcionar al Grupo Operativo más

datos cuando los obtuvieran. Con eso se levantó la sesión.

Alex asomó la cabeza por la puerta del dormitorio de Tara.

—¿Cómo está mi chica? —la saludó.

Tara tenía abrazado a su osito Freddy mientras veía dibujos animados en un DVD portátil. Toda la habitación estaba regada de juguetes que Erica y Jessie le habían comprado en las salidas a Ellsworth. Erica estaba sentada en un sillón leyendo un libro.

—Bien —dijo Tara lánguidamente.

—Me alegro. Voy a examinarte —anunció, seguidamente tomándole el pulso y comprobando sus pupilas y movimientos oculares.

—¿Cuándo podré volver a casa? —preguntó.

—Pronto —aseguró Alex—. Muy pronto.

—¿Puedo hablar con mi madre?

A Erica le temblaba el labio inferior.

—Hoy no. A lo mejor mañana —dijo Alex.

—¿Y con mi padre?

—El doctor Alex se tiene que ir. Que a nuestra paciente no le falte de nada, ¿de acuerdo, Erica?

Erica tragó saliva y asintió con la cabeza.

Eran varias horas de conducción hasta New Haven, en Connecticut, pero a Alex le apetecía mucho volver a salir de la casa. La incursión en la cervecera le había resultado emocionante y estaba deseando emprender más «acciones directas». Reunió al mismo equipo del primer viaje: Sam y Steve delante, Jessie y él detrás. Llegaron cuando ya había oscurecido a los almacenes de la embotelladora de aguas minerales Beaver Brook, que distribuía garrafas de cinco litros para particulares y dispensadores de empresas de los estados de Connecticut y Nueva York.

En el aparcamiento no había más que un coche. Steve salió de la furgoneta, se desperezó y comenzó a caminar lentamente hacia él. Del coche salió un hombre.

—¿Eres Jason? —lo llamó Steve.

—Sí —contestó el hombre, nervioso—. ¿Estás con ellos?

Steve asintió.

—¿Todo bien?

—Sí. Entrad en el garaje conmigo. Tengo ahí mi camioneta. ¿Voy a conocerlo, entonces? ¿A Alex?

—Por supuesto. Está deseando saludarte, tío.

Jason Harris, transportista de Beaver Brook, cerró la puerta del garaje cuando

Sam hubo entrado. Este bajó el primero y echó un vistazo alrededor con una mano sobre la culata de la pistola que llevaba en el interior de la chaqueta. Se cercioró de que estaban solos y avisó a los demás de que podían salir. Cuando Alex apareció, Jason se quedó anonadado, como si hubiera visto a una estrella de rock, hasta que aquel lo saludó cordialmente y le dio un fuerte abrazo.

—Gracias —dijo Alex—. Nos estás ayudando mucho.

—Lo que necesitéis hacer, tenéis que hacerlo ya. Tengo que salir de aquí a las cinco de la madrugada, en punto —advirtió Jason.

—Estamos listos para empezar.

—He dado el día libre a toda la plantilla. ¿Os importaría echarme una mano con el reparto?

—Podrían reconocerme —se excusó Alex—, así que yo me quedaré en la furgoneta con Jessie. Pero Sam y Steve te ayudarán. Aprenden rápido.

—No hay más que empujar una carretilla —explicó Jason con una sonrisa.

Se pusieron manos a la obra: ante ellos esperaban palés con cientos de garrafas de agua. En una botella de plástico transportaban una solución concentrada de Apoteosis que introdujeron en dosis precisas a través del tapón de plástico, valiéndose de jeringas de aguja gruesa. Sellaban los orificios con pegamento de secado rápido y por último agitaban bien las garrafas.

Terminaron de cargar el camión de transporte pasada la medianoche y se echaron a dormir en la furgoneta. Jason hizo lo propio en la cabina del camión y poco antes de las cinco despertó a los demás con unos cuantos desayunos de cadena de comida rápida y una bandeja de cartón con cafés. En la penumbra previa al amanecer, el camión de Jason salió del garaje con el coche de Sam siguiéndole de cerca.

Beaver Brook distribuía agua a varios bancos de inversión y fondos de cobertura de la ciudad de Nueva York. Jason hizo la primera parada a las seis y media en el Midtown de Manhattan, concretamente en la entrada de mercancías de Sprutt & Company, prestigiosa firma especializada en la transacción de títulos. Alex y Jessie esperaron en la furgoneta. Steve y Sam se colocaron gorras de béisbol de Beaver Brook y ayudaron a Jason a descargar las garrafas rectangulares y a apilarlas en la carretilla.

Recorrieron cada una de las plantas de Sprutt en busca de los dispensadores de agua de Beaver Brook, instalados en cocinas y comedores. Cuando hubieron terminado, los despachos y salas bullían ya de gente trabajando. En su última parada, el comedor del piso 38, Sam dio un codazo a Steve para que viese cómo un joven rellenaba con el agua una cafetera.

Fuera, se felicitaron dándose puñetazos juguetones en el costado y se apresuraron a montar en los vehículos para dirigirse a su siguiente parada, un fondo de cobertura con sede en la Sexta Avenida.

La dirección de Sproutt reconoció a media mañana que tenía un problema. Decenas de personas, en todas las plantas del edificio, habían tomado agua o la habían usado para hacer café y dormían a pierna suelta en sus mesas o sobre el teclado de sus ordenadores, para luego despertar en estado semicomatoso, confusos o inquietos.

Se produjo una avalancha de llamadas a los servicios de urgencias y empezaron a llegar ambulancias. Llegada la hora del almuerzo se habían cancelado todas las operaciones. Enfermeros y médicos no tardaron en diagnosticar en las atestadas salas de urgencias una intoxicación masiva por Apoteosis. Un ejército de policías e inspectores de sanidad acudió al edificio precintado, pero para cuando se identificó la fuente en el agua embotellada, más de doscientos empleados se habían visto ya afectados, muchos de los cuales jamás regresarían a su puesto de trabajo.

Justo cuando las autoridades creían tener la situación bajo control, golpeó una nueva oleada. Primero, Paddington Ventures, en la Sexta Avenida. A continuación, Briggs Asset Management, una compañía situada en Broad Street, en el distrito financiero. Y, por fin, el banco Cantwell, en plena Wall Street.

Alex escuchó con deleite las noticias durante el viaje de vuelta a New Haven. Se había recomendado a la población no beber agua mineral de dispensadores de agua instalados en empresas o comercios. Habían sido hospitalizadas al menos mil personas y el pánico se había apoderado de la ciudad.

Con cada agónico avance informativo, Alex removía el pelo a Sam y Steve como si fueran dos chavales y le apretaba el muslo a Jessie, sentada junto a él. Estaba deseando que llegase el momento de que Sam accediera al sitio web para publicar el anuncio.

—¡Hoy es un gran día! —exclamó Alex—. Y esto no es más que el principio.

Jim Bailey entró con el camión cisterna por el largo camino de acceso a High Cliffs y lo detuvo ante la mansión. El viejo conductor bajó con soltura de la cabina y se dirigió con paso tranquilo hacia la entrada principal. La brisa marina transportaba un suave aroma a primavera pero Bailey, nacido y criado en Bar Harbor, apenas lo notaba. Era poco más que el comienzo de otro largo día de trabajo. Pulsó el timbre con un dedo grueso como una salchicha.

Cuando oyó el timbre, Joe Weller se preguntó si Davis Fox, que había salido a correr, se habría quedado fuera sin llave. Dejó el café sobre la encimera. Estaba solo en la planta de abajo; el resto dormían. Abrió la puerta esperando ver a Davis, pero se encontró con el hombre del gasóleo.

—Ah, hola —saludó el viejo—. Gasóleos Bailey. ¿Es usted pariente de los Parris?
—No —explicó Joe, vacilante—. Soy amigo de la familia.
—¿Está alguno de ellos en casa?

—Erica está arriba, creo.

—Hemos recibido en la oficina una alerta automática de que se les está terminando el gasóleo. No tenían programado el repostaje hasta finales de mes, pero deben de haber subido el termostato por encima de lo normal en esta época. Supongo que querrán que les llene, ¿no?

—Voy a preguntarle a Erica. Ella podrá decirle —respondió Joe, incómodo.

Al instante cerró la puerta y se maldijo por no haber sabido reaccionar. Despertó a Erica, que se había acostado en una cama instalada junto a la de Tara, y le suplicó que resolviera la situación. Ella le chistó para que no despertase a la niña, se puso una bata, corrió escaleras abajo, habló con Bailey y le pidió que llenase el depósito. Cuando por fin el camión se alejó por el camino en dirección a la carretera, Joe consiguió relajarse. Decidió dar un paseo y echar un pitillo. Se encontró a Davis Fox, que volvía de correr, y le contó lo ocurrido.

En lugar de continuar con la ronda de clientes, Bailey regresó a su oficina y llamó desde su despacho a la policía de Bar Harbor.

—¿Hola? Soy Jim Bailey, de Gasóleos Bailey. Creo que acabo de ver a uno de los tipos de la Apoteosis, esos que todo el mundo busca. En High Cliffs. Lo he reconocido porque lo he visto en las noticias. Igual he tenido una visión, pero estoy casi seguro de que era él.

14 días

Iba a celebrarse un banquete. Erica asaba una pierna de cordero y el resto ayudaba con los preparativos, incluso Joe Weller, que normalmente escurría el bulto siempre que se trataba de cocinar. A Alex se le esperaba en un par de horas y querían darle la bienvenida con una comida estupenda y un buen vino. La televisión de la cocina tenía el volumen justo para poder escuchar las noticias que incansablemente llegaban desde Nueva York, donde las intoxicaciones masivas por Apoteosis habían desatado el caos.

Después de comer, Joe había hablado con Alex por uno de los móviles de prepago. La misión había sido un éxito rotundo y Alex se mostró eufórico. Estaban tomándose su tiempo para regresar a Maine, viajando cómodamente por debajo del límite de velocidad.

—¿Estáis listos para la recta final? —le preguntó Alex a Joe.

—Sabes que sí.

—Quedan dos semanas. En breve dejaremos Maine.

—¿Sabes ya adónde iremos?

—Sam tiene unas cuantas ofertas llegadas por internet. Les echaremos un vistazo y tomaremos una decisión. ¿Cómo está la niña?

—Según Erica, duerme mucho pero está un poco floja —respondió Joe.

—Esta noche será su noche —dijo Alex en voz baja para no despertar a Jessie—. Lo haré después de cenar y a continuación procesaré la muestra.

—¡Estoy deseándolo! —afirmó Joe.

—No te lo vas a poder creer. Vivirás algo que no es de este mundo.

Había hecho sol durante casi todo el día, pero a las cinco de la tarde un manto de nubes blanqueó el cielo. En la cocina, el vapor de las teteras empañaba los cristales de las ventanas.

—Voy a decirle a Erica que eche un vistazo a la carne —dijo Leslie.

—¿No eres capaz de abrir la puerta del horno para mirarlo tú? —bromeó Davis.

—Yo tengo genes para las matemáticas, no para la cocina —replicó ella.

Sonó el timbre y Joe dejó la cerveza sobre la mesa para desenfundar el arma.

—Joder, y ahora ¿qué pasa? Vik, ve a echar un vistazo por la ventana del salón.

Vik se acercó rápidamente al salón y volvió a los pocos segundos.

—Es otra vez el tipo del gasóleo.

—Por Dios... Ve a ver qué quiere.

—¿Hacemos algo? —preguntó Davis.

—No creo que sea nada —respondió Joe, quitándole no obstante el seguro a la pistola.

Vik abrió la puerta. El camión cisterna de Gasóleos Bailey estaba en el camino de entrada. Jim Bailey miró a Vik como un conejo asustado y sin decir palabra desapareció de su campo de visión.

De repente, apareció en el umbral de la puerta Pete Avakian, equipado con casco y chaleco antibalas. El Equipo de Rescate de Rehenes, que había volado desde Quantico esa misma mañana a primera hora, apareció por su izquierda, desde detrás del camión.

Avakian tironeó a Vik agarrándolo por el jersey. Otro agente le propinó una descarga eléctrica con un Taser y Vik cayó al suelo sin decir esta boca es mía. Tres hombres retiraron su liviano cuerpo y dos columnas de agentes entraron por la puerta principal.

—Estamos dentro —anunció Avakian por radio.

Joe escuchó un ruido desde la cocina.

—Vik, ¿va todo bien? —preguntó, levantando la voz y acercándose con cautela a la puerta del vestíbulo.

De repente, hubo en el salón un ruido de cristales rotos seguido de un estruendo. Una granada aturdidora había estallado en el interior de la casa. El segundo equipo del FBI había desembarcado desde una zódiac y, tras subir por la escalera del acantilado, asaltaba la casa desde la parte de atrás.

A través de la ventana de la cocina, Joe vio a un agente ataviado con un chaleco antibalas que maldecía a gritos en el jardín trasero. Subió corriendo por la escalera exterior, segundos antes de que más agentes entrasen en la cocina apuntando con sus armas y gritándole a Leslie y Davis: «¡FBI! ¡Arriba las manos! ¡No se muevan!».

Aterrorizados, cayeron al suelo y fueron esposados.

—¿Dónde está Tara O'Malley? —vociferó Avakian.

—No hables —espetó Davis desafiante, pero Leslie rompió a llorar.

—Arriba —confesó ella.

Avakian gritó la instrucción por radio.

—¡Está arriba! ¡Vamos a subir por la escalera de atrás!

Cyrus permanecía en el exterior, en el camino de grava, junto a Minot. Ninguno de los dos llevaba chaleco. Cuando escucharon la transmisión de Avakian, Cyrus echó a correr y Minot trató de retenerlo con una voz: «Por Dios santo, Cy. ¡Me prometiste que te quedarías quietecito hasta que la tuvieran!». Pero Cyrus ya entraba por la puerta principal.

Joe subió corriendo a la habitación de Tara. La chica se acababa de despertar y parecía confusa. Erica estaba plantada en mitad de la habitación, sin saber qué hacer.

—Joe, ¿qué pasa?

—¡Ayúdame a atrancar la puerta con ese baúl! —Pero Erica se había quedado helada—. ¡Vamos! —gritó Joe, agitando excitadamente el arma mientras se sacaba con la mano libre el móvil del bolsillo—. ¡Está aquí el FBI! ¡Daos la vuelta! —gritó al descolgar Alex.

—¡Maldito O'Malley! —replicó Alex—. ¿Dónde estás tú?

—¡En la habitación de la niña!

—Haz lo que dijimos. Joe..., te veré al otro lado, tío.

—Te esperaré allí de brazos abiertos, joder.

—Te quiero —dijo Alex.

—Yo también —respondió Joe, y acto seguido tiró el teléfono.

Erica seguía sin moverse. Estaba aún a medio camino entre Joe y Tara. Le tiritaba la mandíbula.

—Quítate de en medio —ordenó Joe.

—No, Joe. Déjala en paz.

—¡Te he dicho que te quites!

—¡No!

Joe disparó. La bala atravesó limpiamente el corazón de Erica y se incrustó en la pared de atrás. Ella dejó escapar un suspiro al tiempo que se hincaba de rodillas. Joe tenía paso libre y pudo ver a la niña. Tara gritó el nombre de Erica y trató de salir de la cama.

Joe apuntó a la frente.

Avakian abrió la puerta de una patada e irrumpió en la habitación junto con otro agente. No dijeron palabra. Abrieron fuego y le metieron a Joe seis balas en la espalda. Cuando cayó, Avakian le disparó dos veces más en la cabeza para terminar el trabajo.

Cyrus apareció en la puerta. Tara gritaba, salpicada de sangre. Como una exhalación, Cyrus la cogió en brazos y salió de la habitación.

—Ya está aquí papá, mi amor. Ya está aquí papá.

—Han caído dos sospechosos en uno de los dormitorios —anunció Avakian por radio—. La niña está bien. Repito, Tara está bien.

—¿Era Alex Weller? —preguntó Cyrus a gritos desde el vestíbulo.

Avakian dio la vuelta al cadáver con el pie.

—¡Creo que es su hermano!

En la radio crepitó la voz de un agente que se encontraba en la planta de abajo.

—¡Hay un hombre en la cocina que dice que Alex Weller no está aquí! ¡Que nunca lo cogemos!

«No, sí que cogemos a ese hijo de puta —pensó Cyrus, apretando a Tara contra su pecho—. Yo lo cogeré».

14 días

—¿Dónde vamos a ir? —preguntó Jessie con voz cansada, mirando fijamente los árboles desnudos que bordeaban la autopista.

—Hay un lugar en el que estaremos seguros —aseguró Sam.

Tras discutirlo unos momentos, Alex tomó la decisión. Abandonaron la autopista en la siguiente salida y cambiaron de sentido, hacia el sur. Hacia Nueva York.

Cuando faltaba una hora para llegar, la radio informó sobre la redada de Bar Harbor. Joe Weller y Erica Parris habían muerto y otros tres habían sido capturados. Tara O'Malley había sido rescatada. Alex Weller seguía en paradero desconocido. Cyrus O'Malley hizo una declaración en la que daba las gracias a sus colegas del FBI por su valor y por ayudarle a recuperar a su hija.

Nadie habló en la furgoneta durante un buen rato. Sam y Jessie se enjugaron las lágrimas en silencio. Steve apretaba los puños, lleno de rabia. Musitaba que jamás volvería a ver a Leslie. Estaba seguro de ello.

Por fin, Alex habló.

—No estoy triste por Joe y Erica y vosotros tampoco deberíais estarlo. Todos sabemos que han terminado de recorrer el camino. Imaginad lo felices que son ahora, la suerte que tienen de haber dejado atrás toda esta mentira. Pronto los acompañaremos, pero queda trabajo por hacer. Leslie, Davis y Vik estarán bien. No te preocupes por ella, Steve. Leslie es fuerte. Y claro que la volverás a ver. Si no aquí, allí. —Alex dio una palmada en el hombro al grandullón de Steve y suspiró—. Creo que es hora de pararle los pies a Cyrus O'Malley. Tiene gracia: lo odio a morir pero creo que conozco una manera de darle mejor vida.

Ya era tarde cuando cruzaron el río Bronx y entraron en el centro urbano. Sam encontró aparcamiento frente a un colmado cerrado, en un barrio hispano.

—Bienvenidos a Walton Avenue —anunció tras apagar el motor.

Hacía frío y no había mucha gente en la calle. Sam pidió a los demás que se quedaran en la furgoneta y se acercó a un sucio edificio de ladrillo, con una puerta de entrada negra muy estropeada. Pulsó el portero automático y al momento se escuchó un «¿Hola?». «Hola, mamá, soy yo», respondió él.

Asunción Rodríguez era delgada y llevaba el pelo entrecano bien recogido en un moño. Cuando vio a su hijo en la puerta de su apartamento del sexto piso se echó a

llorar, abrazándolo una y otra vez, entre aliviada y furiosa. Le preguntó dónde había estado, por qué no había llamado, si estaba bien, si se había metido en problemas, si había dejado la universidad, qué diría su padre.

«Todo está bien», la tranquilizó. Se había unido a un grupo de buena gente con quienes compartía planes importantes que estaba seguro de que su padre aprobaría.

—Mamá, he traído a unos amigos. ¿Se pueden quedar unos días?

Cuando Alex, Jessie y Steve entraron por la puerta, la señora Rodríguez miró fijamente a Alex y lanzó una encendida mirada a su hijo. Antes de que Sam pudiera presentarlos, ella se disculpó entre dientes y llevó a su hijo al dormitorio.

—¿Te crees que no sé quién es ese? ¿Te crees que no lo sé? ¿En qué andas metido? —le regañó.

—Es un buen hombre, mamá. Un gran hombre. Quiero que intentes ver las cosas de otro modo. Por favor, hazlo por mí. Si no dejas que nos quedemos, acabaremos metidos en un lío muy gordo.

La madre resolvió entonces ser práctica.

—¿Y dónde van a dormir?

Sam rió y la besó en la mejilla.

—La chica puede dormir en mi cama. Nosotros dormiremos en el salón, en el sofá o en el suelo. Estaremos bien.

—Tú te quedas con el sofá —amenazó ella con el dedo.

Marian corrió por el pasillo del hospital todo lo rápido que le permitieron sus altos tacones. Su marido la seguía a grandes zancadas.

Cyrus y Emily estaban en la puerta de la habitación de Tara, muy cerca uno de otro, hablando en voz baja.

—¿Cómo está? —preguntó Marian a voz en grito.

—Un poco floja, pero bien —respondió Cyrus—. Está dormida, pero despiértala.

Marian se le acercó hasta quedar a pocos centímetros de su cara.

—No me vuelvas a hacer esto jamás. Te odio. Todo esto ha sido por tu culpa.

Cyrus no abrió la boca. Pero Emily no pudo resistirse.

—No creo que esté usted siendo justa. Y tampoco está ayudando en nada con lo que está diciendo.

—¿Qué hace usted aquí, doctora Frost? —siseó Marian.

—Me ha llamado Cyrus. Estaba preocupada por Tara.

Marian le lanzó una mirada heladora y se abrió camino entre ambos.

—¿Estás bien, Cyrus? —se interesó Marty.

—Sí, estoy bien. Gracias por preguntar, Marty. Hemos tenido suerte.

Cuando se quedaron solos de nuevo, Cyrus dijo:

—Esta noche me quedaré por aquí, por si Tara quiere verme.

—Me quedo contigo —replicó Emily, cogiéndolo de la mano durante unos segundos, hasta que una enfermera salió de una habitación vecina y tuvo que soltarlo.

El FBI interrogó a Davis, a Leslie y a Vik de manera intensiva durante dos días, hasta que se convencieron de que no tenían ni idea de dónde estaba Weller. Los tres se negaron a revelar quién lo acompañaba. Nada podría descabalgarnos de su firme decisión de protegerlo. Cyrus volvió enseguida a trabajar, a la busca de pistas. Todos los que estaban en la casa de Bar Harbor eran miembros de la Sociedad Uróboros, así que tenía sentido pensar que quienes lo acompañaban en ese momento también lo eran. Si el FBI pudiese descubrir sus identidades, quizá podría obtenerse alguna pista sobre su paradero. La novia de Weller, Jessie Regan, seguía también desaparecida, y Cyrus estaba seguro de que era una de sus acompañantes. Se había identificado además a otro hombre, un transportista de la embotelladora de aguas Beaver Creek. Lo habían encontrado muerto en la cabina de su camión: suicidio por inhalación de monóxido de carbono. Quedaban otros dos hombres, que aparecían en las imágenes de una cámara de seguridad repartiendo agua en Nueva York: uno más bajo y el otro grande y barbado, ambos con gruesos abrigos y las capuchas puestas. En ningún momento se les distinguía el rostro. Por su complexión, ninguno parecía Alex Weller. Se desconocía su identidad.

Cyrus y Avakian hicieron un descanso para comer en el pub Kinsale, cerca de la oficina. Se sentaron en una de las mesas altas y pidieron un sándwich. Avakian miraba nostálgico la barra del bar mientras chupaba de la pajita de su refresco.

—Después del trabajo volveremos para tomar un trago de verdad —propuso Cyrus.

—¿Y cuándo será eso? —se preguntó Avakian—. Esto es una maratón.

Cyrus se sacó del bolsillo la lista de los miembros de la Sociedad Uróboros que tenían fichados. Emily se había mostrado eficaz al respecto: recordaba aún un par de nombres de aquel único simposio al que asistió. Los interrogatorios arrojaron luz sobre otros nombres, dos de ellos de miembros ya muertos: Virginia Tinsley y Arthur Spangler, que en teoría se habían suicidado a causa de la Apoteosis.

Cyrus desdobló el papel y sacó un bolígrafo.

—Sabemos que esta lista está incompleta, pero hagamos lo que siempre hacemos. Dividir para vencer. Tú te ocupas de una mitad y yo de la otra. Nos vemos aquí de nuevo a las siete.

—De acuerdo —gruñó Avakian, olisqueando el aroma a cerveza que flotaba en el aire y echándose la corbata sobre el hombro para no manchársela con la salsa de su sándwich de pastrami.

Entró en el pub un hombre de mediana edad acompañado de una joven asiática, y se sentaron ambos en una mesa cercana a la barra. Larry Gelb ojeaba nervioso una

carta con la boina y el abrigo aún puestos, mientras su novia, Lilly, iba al baño, bordeando rauda la mesa en que estaba sentado Cyrus.

De repente, Gelb se levantó del taburete con el rostro crispado, se echó las manos al pecho y se clavó de rodillas en el suelo, gimoteando. Una de las camareras lo vio caer y gritó que alguien llamase a una ambulancia.

Cyrus se levantó de un salto y se acercó a toda prisa al hombre. Avakian suspiró con fastidio y dejó a un lado su sándwich de pastrami para echar una mano.

—¿Está usted bien? —le preguntó Cyrus a Gelb mientras le buscaba el pulso en el cuello.

—El corazón... —murmuró Gelb.

—¿Lleva algún medicamento encima? —preguntó Cyrus.

—Creo que en el bolsillo...

Avakian rebuscó pero no encontró nada. Llegó el encargado y avisó de que la ambulancia estaba en camino.

Lilly salió del baño y fue directa a la mesa de Cyrus. Se cercioró de que nadie miraba y vació un cartucho de Apoteosis en la Coca-Cola Light de Cyrus y otro en el Doctor Pepper de Avakian, y los removió con las pajitas. Acto seguido echó a correr en dirección a Gelb, metida ya en el papel de histérica.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? —gritaba.

Cyrus se sintió aliviado al oír la sirena de una ambulancia proveniente con toda seguridad del Hospital General de Massachusetts, situado al otro lado de la calle.

—Ya llega la ambulancia —dijo a la joven.

—¡Hágale la reanimación cardiovascular! —gritó de nuevo ella.

Avakian se levantó del suelo.

—Señora, está consciente. No necesita reanimación.

En medio minuto llegó la ambulancia y los enfermeros se llevaron a Gelb en camilla. Lilly los acompañó. Cyrus y Avakian regresaron a su mesa y este comprobó que se le había enfriado el sándwich. El encargado se acercó a la mesa.

—Gracias, chicos. Muchas gracias, de verdad. Os invitamos al almuerzo.

—Jimmy, me encantaría no tener que pagarlo, pero ya conoces nuestras reglas —se disculpó Avakian—. Pero si me calientas un poco el sándwich, te estaré muy agradecido.

Avakian sorbió con ansia la pajita. Cyrus iba a hacer lo mismo cuando sonó su móvil.

—Marian —leyó en la pantalla. Contestó, escuchó y colgó—. Pete, es Tara. Tengo que irme.

Avakian leyó en los ojos de Cyrus lo que había ocurrido.

—Lo siento, Cy. Dame la lista, yo me encargo. Llámame más tarde y me cuentas cómo está.

Cyrus descolgó su abrigo del perchero y salió a paso vivo a Cambridge Street y paró un taxi. Avakian se quedó terminándose el refresco y esperando su sándwich recalentado.

Cuando hubo acabado de comer, Avakian pidió la cuenta. Se sentía algo aturdido. Al regresar a la mesa, la camarera lo encontró caído sobre ella, la cabeza precariamente apoyada en el borde.

—¡Jimmy! —gritó—. ¡Llama a la ambulancia otra vez!

El encargado se asomó desde el otro lado de la barra.

—¿Pero qué demonios pasa hoy?

13 días

La UCI parecía una jungla electrónica con todos aquellos monitores pitando y el ulular de la ventilación mecánica. Tara perdía y recuperaba la consciencia pero respiraba por sí misma. Los neurocirujanos le habían explicado a Cyrus que había empezado a sangrar por una cicatriz cercana al tumor. Había sufrido una prolongada crisis en planta antes de que la pasaran a la UCI, pero se mantenía relativamente estable. Por el momento. No había posibilidad de operar. No soportaría la cirugía.

Marian había bajado a por un café y Cyrus dio gracias de poder estar a solas con Tara, sin tener que soportar las venenosas miradas de su ex mujer. Le susurró al oído que estaba allí, a su lado, y le acarició suavemente la fría mejilla. Era última hora de la tarde. Había apagado el teléfono, pues era obligatorio en la UCI, y no había dedicado ni un solo pensamiento al trabajo hasta que una de las enfermeras entró en la habitación para decirle que tenían una llamada para él de Stanley Minot.

Cyrus cogió el teléfono en el mostrador de enfermería.

—Cy, soy Stanley.

—Gracias por llamar. Tara ha sufrido una crisis, debería haberte avisado de que no iba a volver.

—Llamo por Pete —dijo Minot—. Alguien le ha echado Apoteosis en la bebida mientras comíais. Se lo han llevado al Hospital General. Se despertó como en una nube. Sonriendo, diciendo que había visto a su padre. No podía estar más feliz. Y acto seguido cogió su arma y se pegó un tiro. Lo lamento, Cy.

La mente policial de Cyrus se impuso a sus emociones por unos momentos y dijo mecánicamente:

—En el pub había un tipo grueso. Le dio un ataque al corazón, pero seguramente fue fingido. Nos echó la droga en la bebida la chica asiática que lo acompañaba, estoy seguro. La ambulancia se los llevó al Hospital General.

—Cy —trató de explicar Minot con voz tranquila—, estamos todos trabajando en ello. El tipo pidió el alta voluntaria, en contra del consejo de los médicos. Sabemos quién es y estamos buscándolo. ¿Qué puedo hacer por ti ahora mismo?

Cyrus sollozó.

—¿Ha llamado alguien a Jeanne?

—Ya he hablado con ella. Viene para Boston.

—Quiero verla —dijo Cyrus, tratando de hilar las palabras—. Pero no puedo dejar a Tara sola.

—Yo hablaré con ella. Tú quédate con tu hija.

Tara murió esa noche.

Una hora antes de que falleciera hizo a sus padres un último regalo: un par de minutos de lucidez. Abrió los ojos, buscó su osito y sonrió cuando la mano palpó la felpa ya ajada. Miró a su izquierda y vio a su madre, que trataba de tragarse las lágrimas. Miró a su derecha y vio a Cyrus.

—Hola, papá.

—Hola, mi amor.

—Quiero zumo.

Marian salió corriendo a buscar zumo y Cyrus dijo con un nudo en la garganta:

—Sabes que te quiero, ¿verdad, mi amor?

—Yo también te quiero, papá.

—¿Te duele algo, estás cómoda?

—Estoy bien.

Marian trajo un zumo fresco y le puso la pajita en la boca a su hija.

—¿Cómo está mi niña? —preguntó Marian.

—Estoy bien. —Bebió un poco más y añadió—: ¿Puede Freddy venir conmigo?

Marian pareció no entender.

—Sí, Freddy puede ir contigo.

—No tengo miedo.

—Ya lo sé. Eres la niña más valiente del mundo —dijo Cyrus.

—Tengo sueño.

—Cierra los ojos entonces, mi amor. Mamá y yo estaremos aquí mismo cuando te despiertes.

Cuando su ritmo respiratorio comenzó a ser irregular llamaron al jefe del servicio de neurocirugía. El médico conocía bien a Tara y se mostró visiblemente afligido cuando les explicó a Cyrus y Marian que en su opinión Tara estaba volviendo a sangrar gravemente.

Marian la cogió de la mano. Cyrus acurrucó al oso de peluche bajo el brazo de la niña y le cogió la otra mano. El médico se quedó al pie de la cama, vigilando el monitor. Una enfermera de la UCI cerró la puerta de la habitación, echó la cortina y se unió a la vigilia.

Tara inspiró, largamente, por última vez y el monitor mostró un cero tras otro. Marian empezó a llorar y salió corriendo de la habitación. La enfermera fue tras ella para intentar consolarla.

Cyrus se quedó con Tara otra hora más, mientras las enfermeras la desconectaban y la preparaban para llevársela. No quería que estuviese sola.

Era demasiado.

Dos entierros en dos días.

Cyrus estaba como sonámbulo en el funeral de Pete Avakian. Se sentó junto a Stanley Minot en un banco atestado de compañeros de la oficina del FBI de Boston. El sacerdote armenio era un hombre joven de poblada barba negra, esplendorosamente ataviado con una túnica añil y dorada. Pero Cyrus se hallaba en otro lugar. Su mente deambulaba entre una niebla espesa, hasta que la belleza de las palabras pronunciadas por el sacerdote lo inundó y lo trajo brevemente al mundo de nuevo.

—En la Jerusalén celestial, en la morada de los ángeles, donde Enoc y Elías viven mansamente la senectud, en el digno esplendor del Jardín del Edén; oh, Señor, ten piedad del alma de nuestro hermano Peter, que ya marchó.

El funeral de Tara fue muy duro. Una pesadilla. Cyrus ocupaba el primer banco junto a Marian, con Marty interpuesto. Nada parecía real, como si no reconociese el familiar entorno que era la iglesia de St. Anselm y la melodiosa voz del padre Bonner. Los parientes y amigos le parecían extraños. El llanto sonaba a música desafinada. El pequeño féretro de Tara era una incongruencia. ¿Qué hacía ahí? ¿Dónde estaba ella? Entonces sintió el apremio de comprobar si el osito Freddy iba también dentro, con ella. Quizá Marty notó de algún modo que Cyrus estaba a punto de ponerse de pie porque le echó el brazo por encima hasta que se disipó el impulso.

En el exterior de la iglesia le esperaba Emily. No la había visto desde la muerte de Tara. Llevaba un vestido negro bajo la gabardina azul. A Cyrus le pareció recién comprado. El aire traía cierta tibieza. Creyó escuchar el primer canto de un pájaro desde el inicio de aquel largo invierno.

—¿Me acompañas al cementerio? —le pidió Cyrus a Emily. Ella asintió y un empleado de la funeraria los condujo hasta una de las limusinas.

Cyrus se alejó de uno de los corros que se habían formado en casa de una amiga de su ex mujer. De hecho, cuando pasó junto a Marian, una vez finalizado el rito de despedida junto a la sepultura, celebrado en el cementerio de St. Patrick, esta le dedicó aún otra mirada de odio, y él se preguntó si sería posible no tener que verla nunca más.

Cansado y aturdido, dejó que Emily tomara las riendas y esta lo llevó a cenar a un restaurante cercano a su apartamento. No había comido en dos días y, aunque seguía sin tener hambre, tomó algo para intentar salir del embotamiento. Ella no le pidió conversación, lo que Cyrus agradeció. Comieron casi sin decir palabra y cuando terminaron ella se ofreció a llevarlo a casa.

En una situación normal, habría mostrado reservas a la hora de dejarla entrar en la

leonera que era su apartamento, pero en ese momento aquello no le preocupó lo más mínimo. Ella entró tras él. Aunque era una tarde luminosa, el apartamento estaba oscuro. Emily abrió las contraventanas del salón y tras los cristales apareció la vista del aparcamiento en todo su esplendor. Ella, sin embargo, fijó la atención en las pilas de libros, que se elevaban desde el suelo como estalagmitas de una caverna. Acarició el primer libro de una de ellas, que le llegaba hasta la cintura.

—Vaya... Cuántos libros.

—Necesito estanterías —dijo él, ayudándola a quitarse el abrigo.

—A mí me gusta así.

—Es difícil sacar los de abajo del todo.

Cyrus fue a buscar una botella de vodka que tenía en el refrigerador mientras ella curioseaba por su biblioteca vertical. Shakespeare. Marlowe. Keats. Burns. Hawthorne. Eliot. Proust. Fitzgerald. Steinbeck. Faulkner.

Cyrus abrió la botella, se dejó caer en su sillón de leer y sirvió dos tragos. Ella cogió uno.

—Eres un hombre peculiar —dijo.

—¿Solo porque me gusta leer?

—No entras en ninguna categoría definida, como pasa con casi todo el mundo.

—¿En qué categoría entras tú? —preguntó Cyrus.

Emily se llevó el vaso al sofá, tragó el gélido y viscoso líquido y arrugó la nariz.

—Creo que voy a dejar que saques conclusiones por ti mismo.

Cyrus vio que se había fijado en un pequeño montón de coloridos libros infantiles apilados junto a la ventana.

—Esos libros son de Tara. Cuando venía los leíamos juntos.

—Era una niña encantadora.

Cyrus rellenó su vaso y lo vació de un trago. No quería llorar más si podía evitarlo.

El iPhone de Emily empezó a silbar desde su bolso y esta fue a buscarlo.

—¿Tienes que cogerlo? —preguntó.

—No, no estoy de guardia. Es una alerta de un servicio de noticias.

—¿Qué ha pasado?

Emily leyó la pantalla.

—«El presidente Redland acaba de dimitir. El vicepresidente va a jurar el cargo en breve».

—Supongo que deberíamos verlo —musitó, y se dispuso a buscar el mando a distancia, hasta que lo encontró bajo el sofá.

La pantalla de la televisión mostraba el ubicuo reloj de la Cruzada por la Paz Interior al pie de la imagen: once días. Un corresponsal informaba desde la Casa Blanca, con el pórtico de fondo.

«No ha habido más comunicados oficiales más allá del conciso anuncio de la Casa Blanca según el cual el presidente Redland dimitirá voluntariamente por razones de salud a las cinco de esta tarde. No obstante, hemos sabido por fuentes autorizadas que el presidente no ha llegado a recuperarse de su intoxicación por Apoteosis en la cumbre del G8 de Japón y que tanto el vicepresidente como el resto de altos cargos veían cada vez más inevitable este desenlace».

Cyrus cambió de canal.

Habían colocado otro reloj al pie de la mesa de los presentadores. Estos, hombre y mujer, miraban a cámara con gesto grave.

«Mientras esperamos la toma de posesión y la primera rueda de prensa del futuro presidente, el hasta ahora vicepresidente Killen, vamos a hacer un rápido tour para ver cómo se viven en la calle los críticos momentos que atraviesa el país. Se trata de una crisis económica, social y, cada vez más, política. Las causas, como todo el mundo sabe, son la epidemia mundial de Apoteosis y la Cruzada por la Paz Interior, movimiento mesiánico y, para muchos, siniestro, que se ha embarcado en una campaña de actos de sabotaje a escala mundial en pos de sus fines, aún desconocidos».

«Así es, Sally. La epidemia tenía un alcance alarmante ya la semana pasada, pero ha empeorado. Y mucho. El Instituto Nacional sobre Uso Indebido de Estupefacientes, que ha estudiado los patrones de consumo de Apoteosis, estima que entre quince y dieciocho millones de estadounidenses han consumido la sustancia al menos una vez, aunque ese número, según reconoce el Instituto, podría quedarse corto. Millones creen que la Apoteosis demuestra la existencia de otra vida, mientras que otros opinan que esa supuesta otra vida no es sino una quimera psicodélica. Sea como fuere, los efectos de la Apoteosis han devastado ciudades, pueblos y barrios de todo el país».

«Larry, lugares como Willow Run, en Michigan, han recibido un durísimo golpe a raíz de esta crisis, como ha comprobado nuestro enviado especial, Bob Tucker, en la cafetería Carlson's, local en el que suelen reunirse los consternados habitantes de esta ciudad».

Apareció en la imagen el enviado especial junto a la mesa de una cafetería y acto seguido hizo una pregunta a dos corpulentos hombres.

«¿Cómo es la vida en este pueblo?»

Uno de los hombres lo miró a los ojos.

«Un infierno. Peor que la última crisis económica. En el pueblo hay dos grandes empleadores y ambos van directos a la quiebra. Cuando tanta gente deja sin más de ir a trabajar porque ha tomado esa droga, la Apoteosis, las cadenas de montaje no pueden seguir funcionando. Tampoco llegan las piezas que necesitamos de los proveedores. Antes de que empezase todo esto, había tres turnos, y ahora solo hay

uno. Mucha gente se ha quedado sin empleo. No hay ningún negocio del pueblo que ofrezca trabajo. La mayoría de mis amigos viven de sus ahorros y de la prestación por desempleo. Estamos preocupados por nuestras casas».

El otro hombre colocó ruidosamente su taza en el platito.

«Encima, algunos de los que han probado la droga tienen muchos problemas personales. Gracias a Dios mi familia se ha librado, pero tengo amigos y vecinos que han perdido a seres queridos».

«¿Suicidio?», preguntó el reportero.

«Eso da igual. Cuando alguien prueba la droga, pierde la cabeza. Es como si se murieran», respondió el hombre.

Frente a Gracie Mansion, la residencia oficial del alcalde de Nueva York, informaba otro enviado especial, paraguas en mano.

«Soy Martin Flores, desde Nueva York. Esta ciudad, como otras grandes urbes de Estados Unidos, se ha visto duramente afectada por la crisis de la Apoteosis. Se añade al drama la impresión de que a la vuelta de la esquina esperan el conflicto y el deterioro social. Para quienes no tienen recursos o parten de una situación de desventaja, la vida en Nueva York es, en el mejor de los casos, difícil. En momentos como estos, a nadie sorprenden los violentos disturbios vividos en las calles de Mott Haven, la semana pasada, después de que la policía intentase arrestar a varios miembros de una banda local dedicada supuestamente al tráfico de Apoteosis en el vecindario. Hemos preguntado al alcalde, Alex Strauss, sobre los serios problemas a que se enfrenta hoy la Gran Manzana».

«Los problemas vividos la semana pasada en el Bronx —explicaba el alcalde tras su escritorio, gesticulando vivamente— podrían jugar un papel positivo si la gente se da cuenta de que debemos mantenernos unidos y luchar contra este problema en comunidad. La alternativa es la división y el desorden. Para mí, como alcalde, esa alternativa es inaceptable».

«La gente del barrio se enfadó porque la policía había cortado el suministro de Apoteosis en la zona. ¿Qué le hace pensar eso?», preguntó el periodista.

«Me hace pensar que se trata de una droga peligrosa y adictiva —replicó el alcalde, golpeándose la palma con el puño—. Me gustaría que se hiciera más en los campos del tratamiento y la rehabilitación. Yo me comprometo con la prevención y la rehabilitación. Ese es el camino».

En el siguiente plano aparecía el interior de la bolsa de Nueva York. La reportera estaba de pie, en medio de un torbellino de actividad.

«Soy Wilma Fiorentino, informando desde Wall Street. El día de hoy no es distinto a los anteriores en la bolsa neoyorquina: frenéticas compras, ventas de gran volumen y caídas en picado en el Dow Jones y otros índices. Hemos preguntado a David Mann, analista jefe de JP Morgan, hasta dónde podría caer el Dow».

«Bien, en realidad no podemos predecir cuándo se tocará fondo. Lo que ha ocurrido en los mercados en las últimas semanas no tiene precedentes. No estamos en caída libre, llevamos paracaídas, pero es muy pequeño y está lleno de agujeros. Wall Street espera que Washington tome alguna decisión política contundente, y no somos los únicos. Todos los mercados del mundo se han visto muy afectados. La economía necesita una terapia de choque y eso exige acciones decisivas por parte de la Casa Blanca y el Congreso, con el objetivo de poner coto a la Apoteosis, acabar con la Cruzada por la Paz Interior y devolver la confianza a la población».

Cyrus apagó la televisión.

—No quiero ver más.

—Solo con escuchar el nombre de Alex Weller me enfurezco —dijo Emily—. Es un narcisista salvaje y tiene una visión megalomaniaca del mundo. Su forma de ver las cosas lo ciega ante el dolor y el sufrimiento que está provocando. Y la gente que lo sigue como un mesías o un gurú no saben que es un asesino o deciden no creérselo. Por Dios, Cyrus, se llevó todo su equipo de laboratorio a Bar Harbor. Como una especie de doctor Frankenstein.

—Habría usado a Tara en sus experimentos, estoy convencido —musitó Cyrus, con la mirada perdida en la pantalla negra de la televisión—. Voy a matarlo.

Emily dejó escapar un suspiro.

—¿Qué quieres hacer ahora entonces? —preguntó.

—Esto es lo que quiero hacer —contestó él rellenando ambos vasos.

Para cuando hubo oscurecido, Cyrus estaba muy borracho, repantigado en su silla. Emily se había moderado algo, pero no estaba en condiciones de conducir.

Mientras él dormitaba, Emily entró en su dormitorio, quitó las sábanas de la cama y buscó otras limpias en el armario. Rehízo la cama, estirando bien las sábanas nuevas, y fue a buscar a Cyrus. Cuando cayó en la cama, se quitó mecánicamente pantalones y camisa, como un niño pequeño, y los tiró al suelo. Emily los recogió y los colgó.

—¿Me pasas ese libro? —dijo con voz alcohólica, señalando a su mesilla de noche. Era un breve poemario—. Quiero leer un poema.

—¿Cuál? —preguntó ella sentándose en la cama junto a él—. Yo te lo leo.

La habitación se movía de un lado a otro y el libro con ella. No sin cierta dificultad, Cyrus encontró el poema, y señaló una estrofa decididamente con el dedo.

—Este.

Cyrus dejó caer la cabeza sobre la almohada y Emily leyó.

*Y ahí la vemos, por el rabillo del ojo,
pequeño borrón desdibujado, helor que no cesa,
que hace al resuelto indeciso.*

*La mayoría de cosas nunca ocurrirán: esta sí,
y cobrar conciencia de ello nos quema*

*en miedo abrasador si estamos solos
o no hay vino.
El valor no vale: el valor es no asustar
a nadie.
El valor no te libra de la tumba.
Gimotees o aguantes, la muerte es la misma.*

Cyrus articuló un gruñido de aprobación, cerró los ojos y cayó rendido.

Emily no tenía sueño todavía pero se quitó los zapatos y se tumbó sobre las sábanas, junto a él. Cuando llegó la mañana, seguía allí.

10 días

Cyrus desoyó las vagas objeciones de Stanley Minot y volvió a zambullirse en el trabajo. Se había convocado una reunión de urgencia del Grupo Operativo en Washington y había resuelto asistir. Se levantó temprano para coger el primer avión, se quitó de encima como pudo la resaca y se despidió de Emily. Fue capaz de transformar la consternación en una rabia candente como el fuego. Rechazó seguir doliéndose. Volvería a ello tras detener a Weller.

Cuando Cyrus entró en la sala de reuniones no recibió más que graves apretones de manos y miradas bajas. El resto de miembros del Grupo trataron con torpeza de alentarle en su desgracia, pero él se obligó estoicamente a mantener en pie la fachada que había levantado. Se sentó y abrió el informe.

Había convocado esa sesión la DEA. Se había hallado una nueva pista importante, que requería acción inmediata. Chris Webber, director de inteligencia de la agencia, se acercó al estrado y encendió el proyector con el mando a distancia.

—Como saben todos, han surgido en América Latina y el resto del mundo múltiples centros de producción de Apoteosis, pero siempre hemos pensado que la mayor parte proviene de una única fuente, gracias a los análisis químicos que se han podido realizar. Disponemos así pues de pruebas sólidas que hablan de un gran centro de producción en Zapopan, en el estado mexicano de Jalisco. Hace dos semanas, un agente de la policía estatal de Texas detuvo un camión Mercedes-Benz de ocho toneladas con matrícula de Luisiana a las afueras de Beaumont, Texas, por una infracción de tráfico. El agente multó al conductor y, cuando estaba a punto de dejarlo marchar, reparó en la culata de una recortada asomando bajo el asiento. El agente detuvo al conductor y el registro dio como resultado un alijo de cien kilos de Apoteosis en cartuchos oculta dentro de sacos de abono. En la calle podrían haberse vendido por unos doscientos millones de dólares. —Mostró fotografías de una docena de sacos de gran tamaño mientras por la mesa se extendían los murmullos—. No queremos poner en riesgo a nuestras fuentes, así que la incautación se ha mantenido en secreto. Acompañaba al conductor un pasajero; ambos son estadounidenses. El conductor parece jugar un papel irrelevante: se trata de un lavaplatos desempleado de Nueva Orleans que no parecía saber apenas nada. Nos interesó el pasajero. Su nombre es Doug Greene. Es este. —En la pantalla apareció su foto—. Se trata de un camello bastante conocido en Nueva Orleans. Le presionamos bastante y al final se vino abajo y confesó. Al parecer, era su cuarta o quinta entrega de Apoteosis. La

banda para la que trabaja Greene maneja mucho dinero y es básicamente la franquicia de Apoteosis para el sureste de Estados Unidos. Su cometido era llevar el camión hasta Laredo, en la frontera mexicana, concretamente a una remota explotación agrícola situada al norte de la ciudad, muy cerca del límite. Aquí tenemos una foto aérea. Allí se encontró con un individuo de nacionalidad mexicana llamado Romo y le entregó unas cuantas maletas llenas de efectivo, unos diez millones de dólares, como pago por la transacción anterior. La DEA de inmediato sembró el lugar de micrófonos y pinchó los teléfonos. El encargado es un mexicano-estadounidense que, según hemos podido comprobar, es primo hermano de Romo. Hace como una semana, supimos que Romo se hallaba en la explotación agrícola, aunque no teníamos idea de cómo había llegado. Entonces escuchamos algunas conversaciones sobre un túnel. Asaltamos la granja y encontramos el túnel, que llegaba a un granero. El túnel se extiende casi un kilómetro hacia el oeste, por debajo de la verja. El otro extremo aparece en un almacén de otra explotación agrícola, en el lado mexicano. Además, incautamos otros diez kilos de Apoteosis que Romo llevaba consigo. Durante el interrogatorio, demostró ser un tipo bastante engreído. Se las dio de pez gordo y dio a entender que podría contarnos muchas cosas si llegábamos a un acuerdo. Le dijimos que lo consideraríamos siempre que la información fuera valiosa. No tardó en hablarnos de la Compañía Química Guadalajara, en Zapopan, y contactamos de inmediato con la Agencia Federal de Investigación de México. Querría presentarles ahora a su director adjunto, Luis Rocha, que nos va a informar sobre la operación conjunta que estamos planificando. Si todo sale según nuestros planes, asestaremos un duro golpe al tráfico de Apoteosis.

Luis Rocha sustituyó a Webber en el estrado.

—La Agencia Federal de Investigación y la Policía Federal de México han comenzado de inmediato a investigar la Compañía Química Guadalajara. Se trata de una pequeña empresa privada que desde hace treinta años fabrica productos químicos básicos para las industrias agrícola y farmacéutica. Se encuentra aquí, en un polígono industrial de la periferia de la ciudad. Últimamente está de capa caída. A los hijos del fundador no les interesaba demasiado el negocio, que empezó a ir de mal en peor. Hemos descubierto que estos traspasaron recientemente el negocio a un joven químico del D. F. que les hizo una oferta imposible de rechazar: una cuota en los beneficios de la venta de Apoteosis. Ese químico se llama Miguel Cifuentes. Esta es su foto de pasaporte.

Bob Cuccio, del FBI, giró la cabeza hacia Cyrus.

—¿Has oído hablar alguna vez de ese tío?

Cyrus negó con la cabeza.

—Hasta poco antes de Navidad trabajaba como químico en la facultad de Medicina de Harvard. ¿Cuántas probabilidades hay de que conociera a Weller?

—Yo diría que muchas —sentenció Cyrus—. Lo investigaré.

Rocha continuó exponiendo datos.

—Cifuentes ha comenzado a gastar dinero al puro estilo de un capo de la droga. Ha adquirido una hacienda, coches, barcos... Hasta un avión privado. También ha contratado a un pequeño ejército privado que vigila la fábrica. Llevamos una semana vigilando el edificio y ya hemos detectado sus puntos débiles. Entraremos mañana por la tarde.

Concluida la reunión, Cyrus se llevó a Cuccio a un rincón.

—Esta es una operación conjunta, ¿verdad?

—Ya has oído a Rocha. La DEA estará allí.

—¿No crees que el FBI tendría que desempeñar también su papel?

—¿A quién propones? —preguntó Cuccio.

—Iré yo.

—¿Te parece buena idea? Acabas de pasar por un mal trago.

—Digamos que me estoy jugando mucho en esto.

Cyrus desembarcó de un Learjet de la DEA, que había volado de incógnito y se había estacionado en un apartado rincón del aeropuerto de Guadalajara. Se colocó las gafas de sol para protegerse de la claridad de la primera hora de la mañana. Un agente de aduanas inspeccionó su pasaporte sobre la misma pista y le preguntó si iba armado. Cyrus negó y alguien le indicó con la mano que subiera al Cadillac Escalade de ventanas tintadas que lo esperaba junto al morro del avión. Se deslizó en el asiento trasero, donde había ya un tipo fornido de paisano que le alargó la mano.

—Soy el coronel Ramón Vázquez, subcomisario de la Policía Federal en Guadalajara. Siento mucho su pérdida, señor O'Malley. Veremos si podemos hacer algo al respecto.

El coche se internó en el congestionado centro urbano de Guadalajara y dejó a Cyrus y al coronel Vázquez en una estrecha calle, junto a un estanco. Cyrus vio a dos hombres que vigilaban a uno y otro lado del coche.

—Son agentes nuestros —aclaró Vázquez.

El mexicano lo condujo a un callejón transversal, del que partían unas escaleras de hormigón hasta un entresuelo desde el que se accedía a un anodino edificio de oficinas. Tomaron un ascensor hasta la quinta planta y entraron a una amplia sala en la que trabajaban numerosas secretarias, empleados y hombres armados, junto a un puñado de agentes estadounidenses de la DEA.

Vázquez lo condujo a su despacho. Se acercó a su escritorio y abrió un cajón.

—Si vas a venir a la fiesta, no te puedes presentar con las manos vacías —dijo, entregándole una Glock 25 y tres cargadores—. Son las armas de servicio de la Secretaría de la Defensa Nacional —anunció jactancioso—. Mire el lateral. —Estaba

grabado con las palabras S. D. N. MÉXICO D. F. C. O'MALLEY—. Ayer por la tarde pedí que la personalizaran con su nombre. Es un regalo. Que lo disfrute con salud.

A Cyrus le parecía imposible que en la sala de reuniones cupiera tanta gente. Vázquez detalló la operación. Alrededor de la mesa, sentados y de pie, había unos treinta hombres, la mitad de ellos fumando. Hacía calor y a Cyrus le picaban los ojos por el humo y la mareante mezcolanza de colonias. El plan, en cualquier caso, era diáfano en su sencillez. Un ataque de abrumadora potencia. En cierta medida, a Cyrus le resultó gratificante esa falta de matices.

A las tres de la tarde, la Compañía Química Guadalajara operaba a toda máquina. La fábrica consistía en una única nave bastante amplia, con cubierta metálica. Se ubicaba en un polígono industrial de Zapopan, al norte de Guadalajara. Una verja electrificada rodeaba desde hacía poco el edificio y junto a la puerta posterior, en un helipuerto señalizado en amarillo, descansaba un reluciente helicóptero Sikorsky.

Atendían la maquinaria unos sesenta trabajadores. Había un único producto en el catálogo: la Apoteosis. La materia prima necesaria para su producción, reactivos y aminoácidos, se recibía y procesaba en un extremo de la fábrica y, en el contrario, varios trabajadores no cualificados pesaban el producto final y empaquetaban las dosis en pequeños cartuchos de papel de colores. En el exterior, varios vigilantes paseaban el perímetro con armas automáticas ocultas bajo amplias chaquetas.

Junto a la entrada delantera estaban los pequeños despachos de los directivos. En uno de ellos se encontraba Miguel Cifuentes hablando por teléfono. A media tarde solía llamar a su mujer, que se había quedado en el D. F., para preguntar qué tal estaban ella y los niños.

La riqueza era más difícil de gestionar de lo que se había imaginado. Aunque ya no le preocupaba cómo satisfacer los deseos materiales de su mujer, tarea difícil con su anterior sueldo de profesor, otros asuntos le quitaban el sueño. La Apoteosis había generado tantos ingresos que se ahogaba literalmente en efectivo. Había dejado por imposible llevar las cuentas y había confiado la tarea a unos contables que, según sospechaba, le robaban. Gastaba de tal manera que había llamado la atención de las autoridades de Guadalajara y de la capital del país. Había empezado a pagar cuantiosos sobornos para ahuyentar a policía local e inspectores de hacienda. El miedo a que le robasen o lo secuestrasen lo empujó a gastar lo indecible en seguridad personal para sí y para su familia. Obligado a pasar largas temporadas en Zapopan, lejos de los suyos, le habían aflorado el sobrepeso y los tics nerviosos.

Cifuentes le dijo a su mujer que la quería y colgó. Se dispuso a masajearse las sienes, que le palpitaban. Su secretaria vio que ya no hablaba por teléfono y le entregó una carpeta con faxes de proveedores de aminoácidos de Grecia y Suiza. Los

hojeó y montó en cólera mientras.

—Estos tipos son unos ladrones. Han vuelto a doblar precios. Y ya ni siquiera se molestan en dar una explicación.

De repente, oyó el estruendo de un helicóptero volando bajo y acto seguido una serie de agudas explosiones, cada una de ellas como un signo de exclamación, provenientes de todos lados. Las ventanas de su despacho estallaron, bañándolo en esquirlas de vidrio. Perforaron el aire balas disparadas por armas automáticas.

Cifuentes trastabilló hasta el vestíbulo, sangrando por heridas superficiales en brazos, cuello y rostro. Sus empleados huían en desbandada.

—¿Qué está pasando? —gritó.

Uno de los guardias de seguridad entró en el edificio resollando. Se detuvo ante Cifuentes y sacó un cargador vacío de su pistola ametralladora.

—¡Nos atacan! —vociferó—. Es la Policía Federal. Nos tienen rodeados.

—¿Qué puedo hacer? —imploró Miguel.

—¿Que qué puede hacer? Usted sabrá —sentenció el vigilante, al tiempo que se sacaba un revólver del cinturón y lo hacía llegar al químico deslizándolo por el suelo enlosado. Acto seguido, salió corriendo mientras este lo miraba boquiabierto.

Cyrus y Vázquez supervisaban el ataque desde el helicóptero. Escuchaban a través de auriculares las comunicaciones entre los agentes. Cyrus sintió rabia por no comprender el velocísimo español de los agentes mexicanos, pero cada tanto intervenían con alguna frase en inglés sus compatriotas de la DEA.

Cyrus observó a los hombres de Vázquez echar abajo la verja y entrar con sus semiorugas blindados. En el primer ataque cayeron varios de los vigilantes. El resto se parapetaron tras una cámara frigorífica y otros cuantos más se retiraron al interior de la nave de hormigón. Desde sus nuevas posiciones mandaron una lluvia de fuego automático a la policía, que trataba de avanzar por todos los medios.

Vázquez gruñó a voz en grito que no le gustaba nada el cariz que estaban tomando las cosas.

—No me interesa en absoluto que esta operación se alargue —declaró, dando instrucciones al piloto de que aterrizase en un campo cercano a la fábrica.

Vázquez dio a sus hombres el alto el fuego y, megáfono en mano, se dispuso a hablar desde detrás de los semiorugas.

—Soy el coronel Vázquez, de la Policía Federal. Están rodeados. Depongan las armas y arrójenlas por las ventanas. Empiecen a salir con las manos en la cabeza. De lo contrario, morirán. Tienen un minuto.

Uno de los vigilantes de seguridad se asomó a una de las ventanas destrozadas. Tenía agarrada a una de las empleadas y la encañonaba en la cabeza.

—¡Fuera de aquí! —gritó—. ¡O mataremos a todo el mundo, empezando por las mujeres!

—¡No sean locos! —replicó Vázquez por el megáfono—. ¡Ríndanse o lo pagarán caro!

El pistolero desapareció.

—¿Cómo lo vamos a hacer? —le preguntó Cyrus al coronel.

—Si no se rinden en un minuto, lanzamos gas lacrimógeno y entramos. No quiero que esto se convierta en un estado de sitio.

Miguel aprovechó ese momento de calma para esconderse tras su escritorio. El despacho estaba arrasado. Comenzó a sacarse trozos de cristal de la mano, con la mente en blanco. Nadie lo oía, pero repetía una y otra vez en voz alta: «¿Por qué me metí en esto? ¿Por qué me metí en esto?».

Vázquez siguió con la mirada el segundero de su reloj y, cuando faltaban quince segundos para dar la señal, dijo a Cyrus:

—Esto no es un secuestro al uso. Los empleados que trabajan ahí dentro lo hacen por voluntad propia. No son rehenes. Así que vamos a acabar de una vez.

—Jugamos en su campo, coronel —replicó Cyrus.

Tras el lanzamiento de gases, unas cuantas personas trataron de huir del edificio y fueron capturadas. Vázquez ordenó asaltar la nave. Sus hombres se pusieron máscaras antigás y emprendieron el ataque. En la batalla campal que siguió cayeron casi cuarenta civiles y tres policías, antes de que el lugarteniente de Vázquez certificara el éxito de la operación.

—Venga —invitó a Cyrus—. Echemos un vistazo.

Entraron por la parte de atrás. En el interior, el panorama y el cáustico olor a carnicería hicieron parpadear a Cyrus, que lo observaba todo perplejo. Había cuerpos ametrallados y despedazados esparcidos por toda la fábrica. Los enfermeros y médicos corrían de un lado a otro tratando de localizar a los heridos más graves. Los depósitos perforados vertían un cóctel de productos químicos que en el suelo se mezclaban con la sangre y manchaban zapatos y pantalones.

Uno de los agentes de la DEA se acercó a los oficiales, bajó el rifle de asalto y palmeó a Cyrus en la espalda.

—¿Tenemos a Cifuentes? —preguntó Cyrus.

—No lo sé. Hay muchísimos cadáveres.

Cyrus y Vázquez se abrieron paso hasta la parte delantera del edificio con las armas empuñadas, protegiéndose tras cada obstáculo que encontraban. A la puerta de uno de los despachos oyeron a un hombre rezando en voz baja. Vázquez se llevó el dedo a los labios y entró de puntillas.

Cyrus entró tras él.

Un joven de rostro regordete y cuidada barba se acurrucaba contra la pared del fondo del despacho, tras un escritorio. Los apuntaba con una pistola y las manos le temblaban violentamente.

—¡Miguel Cifuentes! —lo llamó Vázquez en inglés—. Tire el arma. Está detenido.

—No —respondió Cifuentes como un niño caprichoso—. No quiero que me detengan.

—No tiene alternativa. ¡Tire el arma!

Cifuentes, sin embargo, levantó aún más el cañón.

—¡No! —gritó, histérico.

Vázquez mantuvo el dedo firmemente en el gatillo sin quitar ojo de encima a Cifuentes.

—Adelante. Hazlo por tu hija —le dijo a Cyrus.

Cyrus apretó los labios y sin dudarle un momento le disparó una única vez entre las cejas.

9 días

Con un único baño y cinco inquilinos, el pequeño apartamento se había convertido en un lugar superpoblado e incómodo. Y la señora Rodríguez no lo ponía fácil. Rechazó cualquier intento de acercamiento por parte de Jessie y ni siquiera la dejaba entrar en la cocina. Se negó a dirigir la palabra a los invitados, y se limitaba a regañar a su hijo en español.

—Sammy, ¿cuándo se van a marchar?

—Estamos haciendo planes. Nos iremos pronto.

—No quiero que te vayas con ellos.

—Tengo que irme con ellos, mamá. Cada vez que tomo Apoteosis hablo con papá, como estoy hablando ahora mismo contigo. Es lo mejor que me ha pasado nunca. Estamos intentando que todo el mundo viva esa experiencia. El mundo entero.

—Yo también hablo con él todos los días. Pero con el corazón. Así es como se habla con los muertos.

—Pero yo lo veo. A él, de verdad.

—La fe viene de aquí —dijo la madre, golpeándose el delgado tórax—. Tu padre está aquí. Dios está aquí. Eso es la fe. La fe no está en las drogas.

—No lo entiendes.

—No, tú eres quien no lo entiende. Quiero que esa gente se vaya y que tú vuelvas a la universidad —añadió, encerrándose en su dormitorio con un portazo.

Sam volvió al salón, donde Alex y los demás veían las noticias para ponerse al día de la situación de la Apoteosis.

Todos escuchaban anonadados la noticia sobre la muerte en México de Miguel Cifuentes. Así pues, el principal proveedor de Apoteosis del mundo estaba fuera de combate. Pero Alex se mostró imperturbable.

—No os preocupéis —los tranquilizó—. Estoy seguro de que la mitad de los sintetizadores de péptidos del mundo se están usando para fabricar Apoteosis. Da demasiado dinero. No se puede parar. No nos pueden parar.

Todos esperaban que las noticias dijese algo también sobre Cyrus O'Malley. Como siempre, Steve cambió de canal con gesto hosco, pasando por todos los canales hasta encontrar el que buscaba.

—¿Lo habrán conseguido Art y Lilly? —preguntó.

Alex asintió con la cabeza.

—Art sabe desenvolverse. Quizá O'Malley haya visto la luz —dijo con aire

travieso—. Quizá no volvamos a escuchar de él.

Sam se sentó en la alfombra con las piernas cruzadas, abrió su portátil y esperó a encontrar señal de wifi.

—Parece que tu madre está bastante enfadada —dijo Jessie—. Me siento mal.

—No te preocupes —respondió él ásperamente.

—Tenemos que salir de aquí —terció Alex—. Quedan apenas nueve días. Tenemos que fijar un nuevo destino.

Steve se levantó y comenzó a dar vueltas, irritado como un tigre en una jaula minúscula.

—Alex, hemos pasado por muchas cosas juntos y confío plenamente en ti, lo sabes. Pero ¿no crees que es hora de que nos cuentes qué pasará cuando la cuenta atrás llegue a cero? ¿No confías en nosotros?

Alex sofocó el impulso autocrático de mandar callar a Steve con alguna réplica acerada. ¿No resultaba obvio? Si hubiera aireado sus intenciones, la policía ya le habría sacado información vital a quienes capturaron en Bar Harbor. Sam y Jessie lo comprendían. ¿Por qué Steve no?

—A su tiempo, Steve. Os lo contaré a los tres muy pronto. Decidamos primero dónde vamos a ir. Sam, ¿qué opinas tú?

Sam seguía enfrascado en su portátil.

—Estoy comprobando si tenemos algún mensaje de ese tal Erik.

—Si no hay problema, esa seguiría siendo mi primera opción —señaló Alex.

Sam alzó la mirada.

—Aquí está. Mensaje de Erik. No hay problema. Podemos ir.

Alex rompió a aplaudir alegremente.

—Sam, ve a ver a tu amigo esta noche. Saldremos mañana por la mañana. Qué emoción. El nombre lo dice todo. Es una señal del destino. Amigos, nos vamos a Rising City.

—¿Será peligroso? —preguntó Steve, echando los cerrojos de la furgoneta.

—¿En una escala de uno a diez? Digamos once —valoró Sam.

Steve maldijo.

—Vive Dios que no me da miedo morir, pero no me gustaría que me torturasen antes de mandarme al otro barrio.

—Tú déjame hablar a mí. Quédate calladito y pon cara de malo.

—Soy profesor de escuela —rezongó Steve—. ¿Qué voy a hacer, amenazar a estos tipos con mandarlos al despacho del director?

Eran casi las doce de una noche sin luna y por la calle Ciento Setenta Este, en el sur del Bronx, paseaban pocos viandantes. Dos jóvenes con abrigo de plumón aparecieron en el portal de un desvencijado bloque de ladrillo.

—¿Y vosotros quiénes sois? —preguntó uno de ellos a Steve y Sam.

—Me llamo Sam. Estoy buscando a Jorge.

Los dos hombres inspeccionaron rápidamente la calle y los invitaron a pasar.

—Vuélvete —ordenó uno de ellos, señalando hacia los buzones del portal.

Los cachearon. Cuando encontraron la botella en la chaqueta de Steve, Sam les dijo que era para Jorge. Los hombres los guiaron hasta el segundo piso por unas escaleras, hasta un gran recibidor vacío. Tras varias puertas cerradas resonaban carcajadas y el ruido de una televisión.

Los tipos de los plumones tocaron a una de las puertas. La mirilla se oscureció y alguien descorrió los cerrojos. Sam y Steve entraron tras ellos.

Repantigado en un sofá los recibió un joven de piel bronceada y profundas marcas de acné. Alzó las manos como si estuviera saludando al papa.

—¡Oh, Dios santo, el maestro Sam! ¿Dónde cojones te habías metido?

—Hey, Jorge, qué hay.

—Te sigues viendo bien elegante. Cuando me dijeron que querías hablar conmigo no me lo podía creer. Y este ¿quién es? ¿Tu gorila? —preguntó entre risas, señalando a Steve—. Está acojonado, míralo. No te preocupes, tío, no te voy a hacer nada a menos que Sammy me lo pida.

Habían sido compañeros en primaria: Sammy, el listo, y Jorge, el cabezahueca, que siempre se metía en líos. Sam, por instinto, cuidaba de él y lo defendía verbalmente y Jorge le devolvía el favor zurrando a cualquiera que se metiera con sus gafas o su mochila llena de libros. Sam se convirtió en uno de los estudiantes más brillantes del Bronx sur, mientras que Jorge hacía el agosto en las calles, hasta llegar a dirigir una de las secciones de la violenta banda de los Latin Kings. No habían mantenido demasiado contacto desde entonces pero, al estilo de Androcles y el león, se recordaban el uno al otro y compartían recuerdos de infancia.

—¿Qué tal, tío? —preguntó Sam, observando las caras pantallas de plasma y los equipos de sonido que cubrían las paredes del modesto apartamento y mirando de reojo a las atractivas mujeres que entraban y salían de los dormitorios—. Parece que la vida te sonrío.

—No me quejo. ¿Qué coño haces por el barrio, tío?

—Tengo un par de asuntos que atender.

—Asuntos que atender... —repitió Jorge, riéndose—. Pensaba que tus asuntos a estas alturas serían dirigir Microsoft o algo así.

—He hecho cambios de planes. ¿Has oído hablar de la Apoteosis?

—Sí, claro que he oído hablar. ¿Estás metido en eso?

—Hasta las cejas.

—Pero ¿en qué, exactamente?

—En todo. Hasta las cejas.

Jorge se incorporó en el sofá, interesado.

—¿Ah, sí? No me importaría participar en algo así.

Sam le pidió a Steve la botella.

—Esto es Apoteosis. Mucha. Por todo lo que hay aquí dentro en la calle sacarías un cuarto de millón.

—No me jodas. Déjame ver. —Jorge destapó la botella y olfateó—. Y ¿qué quieres que haga yo?

—Es para ti —dijo Sam.

—¿Por cuánto?

—Por nada.

—¿Solo porque cuando teníamos ocho años le pegaba a los que se metían contigo?

—A cambio necesito que me hagas un par de favores.

—¿Qué favores? —inquirió Jorge, suspicaz.

—Quiero que la repartas en la calle. Quiero hacer algo así. Molaría mucho. Y, por otra parte, necesito armas y munición. Todo lo que puedas conseguir esta noche.

Jorge volvió a reír.

—¿Te vas a la guerra, Sammy?

—Sí, algo así.

Sam y Steve llegaron de vuelta al apartamento de Walton Avenue sobre las dos de la mañana. Arrastraban dos pesadísimas bolsas de nailon.

En cuanto abrió la puerta de su casa, Sam supo que algo iba mal. Su madre debería llevar horas dormida, pero no. Ahí estaba, sentada en el sofá del salón junto a Jessie, las mejillas húmedas.

—¿Mamá, qué pasa?

Ella se levantó de un salto, corrió hacia él y le echó los brazos al cuello.

—Sammy, he estado con papá. Se le veía tan bien. Estaba feliz, como tú dijiste. No puedo creerlo, no puedo creerlo.

Sammy se zafó de su abrazo y se giró hacia Alex, que salía de la cocina con una taza de té en la mano.

—Alex, ¿cómo te has atrevido? ¿Darle a mi madre Apoteosis sin pedirle permiso, sin pedirme permiso a mí?

—Mira qué contenta está, Sam. Era por su bien. Necesitaba saber si cuando mañana nos marchásemos nos seguiría teniendo por amigos. No podemos arriesgarnos a que nos atrapen cuando estamos tan cerca. —Sam agitó la cabeza frustrado pero se mordió la lengua—. Tienes razón, debería haber hablado contigo antes —añadió Alex—. Pero el fin justifica estos medios, Sam. Ya deberías saberlo.

8 días

Dos mil cien kilómetros. Al límite de velocidad, por la ruta más directa y con Sam y Steve turnándose al volante, calcularon que tardarían unas veintidós horas.

Atravesaban las llanuras que se extienden tras Cleveland, que se alejaba en el retrovisor. Por delante esperaban Chicago, luego el resto del estado de Illinois y toda Iowa. Si todo iba bien, llegarían antes del amanecer.

En el asiento trasero, Alex descansaba los pies sobre una de las bolsas con armas. Si las cosas no iban bien, si los paraban por el camino, echarían al aire unos cuantos cartuchos de I-80, eso era seguro.

«Siguiente parada, Nebraska. Nadie nos lo impedirá».

Jessie se despertó.

—¿Tienes hambre? —preguntó él.

—Un poco.

Alex le acercó una bolsa con sándwiches y fruta y Jessie cogió un plátano.

—¿Estás emocionada? —le preguntó Alex.

Ella asintió, pero agregó:

—Estoy un poco asustada.

—Todas las aventuras dan un poco de miedo.

—No me dejes, por favor. No quiero quedarme sola.

—No te dejaré nunca.

Rising City, Nebraska. Población: casi cuatrocientas personas. Aún faltaban un par de horas para que amaneciese cuando rodearon por el sur el pequeño pueblo, sin siquiera saber que habían llegado. Flanqueaba la carretera estatal la negrura de los campos de maíz, que no se sembrarían hasta dentro de más de un mes.

Steve daba indicaciones.

—Creo que casi hemos llegado —dijo—. Estamos a cuatro o cinco kilómetros.

Habían conducido por una carretera solitaria durante casi una hora. Sam, con los ojos ya secos, bizqueó ante unos molestos faros que aparecieron en su retrovisor.

—Adelántame ya, vamos —se quejó, reduciendo un poco.

El coche que los seguía también redujo.

Steve miró hacia atrás.

—No me gusta esto —le dijo a Alex. Detrás comenzaron a agolparse hasta media

docena de vehículos.

Alex abrió la cremallera de la bolsa y comenzó a repartir armas. Él se quedó con una maltratada pistola ametralladora TEC-9.

—Con lo cerca que estábamos... —dijo con abatimiento—. Es una pena.

—Si es la policía o el FBI, vienen en coche de incógnito —comentó Sam—. No lleva luces de ningún tipo.

—Creo que esa es nuestra salida —anunció Steve—. ¿Entramos o pasamos de largo?

—Entra —ordenó Alex—. Así descubriremos si nos están siguiendo.

Sam puso el intermitente y giró lentamente hacia la derecha justo en un buzón marcado con el apellido Bolz. Era un camino de grava al fondo del cual se levantaba una casa amarilla con las luces encendidas. Alrededor, se vislumbraban entre la oscuridad unos cuantos graneros. Más allá, la nada de los campos.

—Mierda —exclamó Sam—. El coche está girando también.

Alex quitó el seguro del arma.

—Yo no he disparado un arma en mi vida —se excusó consternado—. Ojalá estuviera aquí Joe.

Frente a la granja había un anchurón circular lleno de coches. En el porche esperaban unas cuantas personas bien abrigadas por el helor del alba. Un hombre de mediana edad saludó con el brazo y corrió hacia ellos.

—¡Seguro que es él! ¡Seguro que es Alex! ¡Eh, Alex! ¡Soy Erik! ¡Erik Bolz!

Sam frenó y Steve saltó del asiento del pasajero empuñando la pistola semiautomática.

—¡Nos sigue un coche! —le gritó Steve a Erik.

—¡No! —replicó Erik—. ¡Ese jeep que os sigue es un amigo mío, Ken Donovan! Y tras él viene Gus French. Han venido a conoceros.

—¿Cómo sabían que llegábamos? —preguntó Steve.

—Se lo he comentado a un par de conocidos —respondió Erik—. Pero no te preocupes. Todos toman Apoteosis. Todos están con nosotros. Dile a Alex Weller que puede salir. Aquí estará seguro. Estaréis todos seguros.

7 días

El sol se levantó espléndido sobre el horizonte plano y comenzó a entibiar lentamente el suelo de tierra apisonada.

La granja de los Bolz se levantaba sobre un terreno de cuatrocientos acres, extensión habitual de las explotaciones de la región. Alex recorrió los cultivos junto con Erik a la primera luz de la mañana. Al norte de la casa se extendía un campo de unos treinta acres, arado ya en ordenados surcos erizados del rastrojo de la cosecha anterior.

—He arado este campo por pura costumbre —explicó Erik. Era un luterano serio y bien afeitado que acudía sin falta a los servicios en la iglesia del pueblo. Uno de los puntales de la comunidad—. Pero no lo voy a sembrar —añadió, señalando con la palma de la mano hacia el norte y el oeste—. No voy a sembrar nada de nada. No le veo sentido. Todo lo que mi esposa y yo necesitamos nos lo da la Apoteosis —justificó, pateando uno de los caballones—. Aquí abajo todo es yermo e impío. Arriba todo cambia. Nos has cambiado la vida, Alex. Nuestro único hijo murió ahogado. Ahora lo visitamos un par de veces al día.

—Me alegro por ti, Erik, y te doy las gracias por dejarnos venir. Nos queda poco tiempo, pero con tu ayuda seremos capaces de hacer grandes cosas.

—La cuenta atrás ha alcanzado los siete días —observó Erik—. Todo el mundo está muy ilusionado por lo que pueda ocurrir el Día Cero.

Alex no estaba seguro de si Erik le estaba intentando sonsacar, pero se mostró confiado.

—Yo también estoy ilusionado. El Día Cero iremos más allá de todo lo imaginable.

Erik insistió en que Alex y su gente se alojaran en la granja. Él y su esposa se instalarían en una caravana que tenían aparcada en la parte de atrás. Pero la suya no era la única: alrededor habían montado campamento unos cuantos amigos de los Bolz. En total, una docena de autocaravanas, furgonetas y tiendas de campaña. Alex aceptó la invitación con cierta magnanimidad, consciente de sus obligaciones como cabecilla de aquel sucedáneo de comuna. En el dormitorio principal, vestido de cortinas de encaje que flameaban al viento, Alex palmeó satisfecho la cama recién hecha y se dejó atrapar por el mullido colchón. Agarró a Jessie y tiró de ella hasta que cayó sobre él en la cama.

—Esta gente cree que soy especial —dijo.

—Lo eres —contestó ella besándolo.

En la planta baja, Sam trabajaba sentado en un desvencijado sofá con tapicería de flores. Tenía los pies sobre la mesita de café, casi tocando los retratos familiares de los Bolz, y se había colocado el portátil sobre un cojín en el regazo. Tecleaba a toda velocidad, cumpliendo obedientemente las instrucciones de Alex al pie de la letra: subir un mensaje al sitio web con las coordenadas GPS de la granja. Cuando hubo terminado, subió las escaleras, buscó su habitación y se desplomó en la cama. Los ronquidos de Steve, que reverberaban a través de la pared, no le impidieron caer dormido de inmediato.

Alex durmió durante todo el día y se despertó desorientado en mitad de la oscuridad, hasta que notó a su lado a Jessie, que le recordó dónde estaban.

Por las ventanas abiertas del dormitorio entraban ruidos de motores, de gente hablando y riendo, de radios encendidas. Salió de la cama desnudo y pisando suave los tablones de madera del suelo fue a asomarse.

Contempló el camino de acceso a la casa y la carretera estatal. Por el este y por el oeste se extendían hileras de faros de coche que convergían en la granja.

—Dios santo —susurró Alex—. Dales pruebas y vendrán a ti.

El sheriff del condado de Butler estaba hasta la coronilla. No conocía al gobernador, pero no le caía demasiado bien y por supuesto ni se le había ocurrido votarlo. Pero ahora el tipo lo llamaba a cada hora. Sonaba el móvil otra vez dentro del coche que había aparcado en el arcén de la carretera estatal, a un par de kilómetros al este de la granja de los Bolz. Una fila de coches de policía bloqueaba ambos carriles. El sheriff había ordenado bloquear la carretera también a un par de kilómetros al oeste de la granja, y se había formado un atasco como no había visto en su vida.

—Sí, señor, entiendo que es muy importante controlar la situación, pero no podemos hacer mucho por evitar que la gente se salga de la carretera y atravesese los malditos campos con el coche para llegar a la granja de los Bolz. —Se masajeó el cuello dolorido con una mano mientras escuchaba gritar al gobernador—. Sí, señor, entiendo que la gente no se puede meter con un coche por mitad de una propiedad privada, pero no cuento con los efectivos suficientes. —Más gritos. Mientras, contempló los cientos de luces rojas de los coches que atravesaban a toda velocidad los campos secos de maíz—. Por supuesto que sí, gobernador. Envíe a la policía estatal. Envíe a quien sea. Esto sobrepasa con creces mis funciones.

Alex despertó a Jessie, Sam y Steve. Erik los esperaba en el porche. El aire

nocturno traía dulces aromas primaverales. Su esposa, Lu Ann, les ofreció comida y bebida, pero Alex tenía en mente otra cosa. Erik lo condujo junto al resto a la parte de atrás, donde el campamento matutino se había convertido en algo muy diferente.

Ya no se distinguía dónde terminaba el jardín de la casa y dónde comenzaba el campo porque solo se veían cientos de luces rojas y blancas extendiéndose por la negrura, creando una única mancha de luz.

Steve trató de persuadir a Alex de que no se acercase, pero este contestó:

—Quieren verme y yo quiero verlos a ellos.

Alex se internó en el campamento improvisado. Fue reconocido de inmediato.

Hombres y mujeres salieron a borbotones de coches, camionetas y autocaravanas para verlo, para hablar con él, tocar su ropa, contarle cómo la Apoteosis había cambiado sus vidas. Hombres y mujeres sostenían cartuchos de Apoteosis ante él, reían, lloraban. Rodeado de una masa de adoradores, Alex se giró hacia Jessie con lágrimas en los ojos.

—Los llamé y acudieron.

Alex se sentó a la mesa de la cocina de la granja junto a Sam, Jessie y Steve. La instantánea congregación de gente alrededor de ellos los tenía algo atolondrados. Tras la sustanciosa cena se sintieron todos eufóricos.

—Bueno, ya es hora —anunció Alex repentinamente, echándose para atrás en la silla.

—¿Hora de qué? —preguntó Jessie.

—La cuenta atrás marca siete días. Quiero grabar dos mensajes, uno que reproduciremos esta noche y el otro el Día Cero, por si acaso yo no estuviera.

—No hay problema. Usemos la cámara de Erik. Es mejor que la mía —intervino Sam, señalando su teléfono móvil.

—¿Qué vas a decir? —preguntó Steve.

—Ah —suspiró Alex—. Qué voy a decir... Es hora de que os lo cuente, mi leal gabinete, aquí en este solemne lugar —añadió, sonriendo y haciendo un gesto, como presentando el entorno de ollas y cazos—. Os habéis ganado el derecho a conocer mis intenciones. —Alex se puso de pie. Parecía apropiado mostrarse erguido, orgulloso. Los otros dejaron los cubiertos y se mantuvieron inmóviles—. Hoy, voy a decir a la gente que a todos nos quedan siete días para contemplar el mundo con todas sus imperfecciones, sus defectos, su maldad y su crueldad. Les diré que la Apoteosis nos ha mostrado un nuevo camino hacia la iluminación y la paz interior. Que este mundo nuestro es temporal y básico. Que la otra vida es eterna y gloriosa. Les diré que en seis días se inaugurará una nueva era, la era de la Paz Interior, y que en ella todo lo que conocemos cambiará. Para mejor.

Alex dirigió la mirada al exterior a través de la ventana. En la luz vespertina

brillaba la nube de polvo nacida de la continua cascada de coches que eludían los controles policiales y se lanzaban campo a través.

Se giró de nuevo hacia la mesa de la cocina y continuó hablando:

—La biblia dice que Dios creó el mundo en siete días. Es tan primitivo que casi mueve a la sonrisa. Pero es una idea evocadora, ¿no os parece? Démosle la vuelta. Iniciamos la cuenta atrás hace veintitrés días. Desde entonces, la Apoteosis ha corrido literalmente como la pólvora. Quién sabe cuántos la habrán probado. ¿Millones? ¿Decenas de millones de personas? Su impacto ha sido enorme. Espiritual, social y económico. La bomba está cebada. Hoy desharemos aquellos siete días bíblicos. Vamos a comenzar con la última fase de la cuenta atrás. En siete días dará comienzo nuestro regreso a Dios.

—¿Qué va a ocurrir, Alex? —preguntó Jessie en tono seco, apagado.

—En siete días diré a la gente que su hora ha llegado. Que la espera toca a su fin. Que es el momento de cruzar al otro lado para siempre, de reunirse con sus padres, madres, hermanos y hermanas, hijos e hijas, amigos y amigas, todos los seres queridos que se marcharon y que los esperan. Les diré cuánta Apoteosis deben tomar. Les diré que se tiren de lo alto de un edificio, que usen gas, que se abran las venas, que se cuelguen, que utilicen el medio que deseen para dejar este mundo y entrar en el siguiente. Para toda la eternidad. —Sus ojos bailaban. Su voz se elevó—. ¡Pensadlo! Si actúan diez millones de personas o más, o aunque solo lo haga una fracción de esa cantidad, el mundo jamás será el mismo de nuevo. Será una sociedad post-Apoteosis en la que quienes eligieron quedarse no dejarán de pensar ni un minuto en quienes decidieron marchar. Muchos recurrirán a la Apoteosis, quizá por primera vez, y muchos otros decidirán seguir el camino de los primeros. La marea seguirá pues su camino. La humanidad volverá la vista a su futuro, el espiritual, y dejará de reverenciar el pasado. El mundo no parecerá el mismo, no será el mismo. Será una nueva Edad de Oro. Será la gloria en la Tierra.

Nadie habló.

El viento de la tarde arrastraba gritos de niños que jugaban en el campo vecino.

—¿Nosotros nos marcharemos también? —preguntó Jessie por fin.

—Cada uno elegirá su camino. Pero yo me iré. Mi padre me espera.

La voz de Jessie sonó como el piar de un pajarillo.

—¿Si yo voy también, estarás esperándome?

—Claro que estaré esperándote.

El teléfono de Cyrus sonó amortiguado. Rebuscó con la mano y dio con él en el suelo, junto a la cama, bajo el vestido de Emily, justo antes de que saltara el contestador. Era sábado por la tarde y estaban echando una siesta.

Era Stanley Minot.

Cyrus escuchó y encendió la lámpara de su mesita de noche. Emily emergió de entre las sábanas con los ojos entrecerrados y atendió a la conversación. Cuando terminó, Cyrus volvió a tirar el teléfono al montón de ropa de ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó Emily.

—Hemos encontrado a Alex Weller.

—Buena noticia, ¿no?

—No exactamente —puntualizó Cyrus mientras se ponía los calzoncillos. Se levantó, descorrió las cortinas y volvió a la cama para besar la espalda desnuda de Emily—. Gracias a Dios que estás en mi vida.

6 días

«¿Quién detendrá la lluvia, quién domará la marea?»

Al sol de la mañana, Alex caminaba a través de la comunidad a la que había comenzado a llamar «Nueva Ciudad Naciente», inspirado por las fuerzas de la naturaleza.

«Tampoco a mí se me podrá detener».

Eran miles de personas.

Miles.

El campo arado de Erik estaba lleno y seguía llegando gente que se instalaba en los terrenos aledaños, formando barrios y pueblos dentro de la nueva ciudad. En respuesta al mensaje de Alex, habían traído consigo provisiones, comida, agua, propano. Sustento para una semana.

—Soy Alex —dijo, presentándose a una joven familia que preparaba unos huevos con bacon en una pequeña cocina de gas, junto a una tienda de campaña y una camioneta.

—Sabemos quién eres —aseguró la mujer, que sostenía a un bebé en brazos. Le pidió a Alex que tocara la cabeza de la niña y este accedió y le acarició el sedoso pelo.

—Me alegro de que hayáis venido.

—No se me ocurre mejor lugar en el que estar —aseguró el hombre—. ¿Quieres comer con nosotros?

—Lo agradezco. Pero he de visitar a los demás. Hay mucha gente.

—Lo entiendo —dijo el hombre.

—¿Me seguiréis, pues? —inquirió Alex.

—Sí, te seguiremos —afirmó la mujer mientras le daba el pecho al bebé—. Hemos leído tu último mensaje. Seis días. Estamos contigo. Dios te bendiga, Alex.

Alex hinchó el pecho y se dispuso a saludar a la siguiente familia.

Erik Bolz se encargaba de la logística. Y no se le daba mal. Sus valiosas tierras le importaban poco ya, pero sí lo hacían todas aquellas almas. Como anfitrión se sentía responsable de su bienestar. El grandullón de Steve Mahady encajó perfectamente como mano derecha en esas labores. Temprano, esa mañana, ambos se montaron en un tractor y se abrieron paso hasta el centro de la masa humana, donde resonaba una voz llamativamente poderosa. A las puertas de una autocaravana cubierta de pegatinas alusivas a la Apoteosis, un tipo hablaba a voces por un megáfono que le fue

confiscado por el bien de la mayoría.

La gente se mostraba dispuesta a ayudar. No faltaban hombres con fusiles y pistolas y en poco tiempo se organizó una milicia que comenzó a patrullar el perímetro para impedir que medios y fuerzas de seguridad pusieran pie en propiedad privada. Steve reunió una anárquica escuadrilla formada por granjeros, estudiantes, obreros, tenderos, incluso un abogado y un contable, y se dirigió a ellos con gran dignidad. Eran los milicianos del movimiento, ciudadanos-soldado prestos a luchar y morir por proteger la misión de Alex Weller: traer una nueva era de espiritualidad al mundo. Alex, les dijo, no tenía miedo. Sabía que las autoridades lo perseguían y que harían cualquier cosa, como acusarle de cargos falsos, a fin de eliminar el movimiento. Pero el líder no había tenido miedo de revelar su presencia en Rising City. Rodeado de tanta gente que lo secundaba en sus ideas se sentía sano y salvo. Les pidió a los milicianos que intercambiasen números de teléfono móvil. «Mantengámonos en contacto, mantengámonos alerta, mantengámonos fuertes».

Cuando hubo finalizado, los hombres se dispersaron para cubrir el perímetro de Nueva Ciudad Naciente.

—Ha sido impresionante, Steve. ¿Has estado en el ejército? —dijo Erik.

—Casi —respondió—. Era maestro de primaria.

Erik se enfrascó en tareas más prosaicas. Montó en su retroexcavadora y buscó un lugar en el que construir unas letrinas y un vertedero. Junto con algunos hombres más sacó unas cuantas mangueras del granero e improvisó duchas y fregaderos al aire libre.

—No sé si con esto habrá suficiente —declaró a su mujer al final del día—. Pero es mejor que nada. Nunca he visto una cosa así.

—Es como Woodstock —señaló Lu Ann, haciendo visera con la palma de la mano a la luz del ocaso.

—No me imagino a esta gente en un concierto de rock. Se parece más al gentío que se reúne en las quinientas millas de Indianápolis.

Los suicidios planteaban un problema delicado. La gente había llevado Apoteosis, y mucha. Aunque aquí y allí se olía la marihuana y el suelo estaba sembrado de latas de cerveza vacías, la droga predominante en la granja era la Apoteosis. Fue inevitable que unos pocos, en el arrebató, decidieran consumir hasta la sobredosis o quitarse la vida de algún otro modo. Algunos limpiamente, otros no tanto.

Cuando se encontró el primer cadáver, esa tarde, Erik preguntó por el megáfono si había entre la muchedumbre algún empleado de funeraria. Se presentó un señor mayor llamado Jennings, que muy voluntariosamente se responsabilizó de amortajar los cuerpos y enterrarlos en un rincón apartado.

Las alarmas saltaron en Washington en cuanto Cyrus convocó la nueva reunión.

Los medios habían enviado helicópteros con cámaras que sobrevolaban la granja de los Bolz a todas horas; esa era mejor fuente de información que la imagen fija de los controles de policía en la carretera. Políticos y altos funcionarios no quitaban ojo a las televisiones de pago.

El Grupo Operativo Apoteosis organizó una conferencia telefónica de urgencia. Se concluyó que no había nada ilegal *per se* en una concentración en propiedad privada, por masiva que fuera. Y esgrimir con vehemencia la ley antinarcoóticos no parecía la estrategia ideal. El objetivo de sus esfuerzos debía ser Alex Weller. Era un reconocido fugitivo sobre el que pesaba una orden de detención federal. Así pues, la operación de captura correspondía al FBI, con apoyo de los U. S. Marshals. Al cargo de la operación estaba Bob Cuccio, quien la coordinaría también sobre el terreno. La Casa Blanca estaba al tanto. «Haz lo que tengas que hacer, pero, por Dios santo, que no se convierta en otro Waco», le advirtieron.

Cuando hubo finalizado la conferencia telefónica, Cyrus llamó a Cuccio.

—Bob, quiero participar.

—¿No te parece que es demasiado pronto?

—Volví a trabajar hace días. Haré el duelo cuando le echemos el guante a Weller.

—De acuerdo, Cy. Bienvenido al equipo. Nos vemos en Nebraska.

5 días

Cyrus descansó la cabeza contra la fría ventana de plástico del Learjet. A sus pies, la tierra parecía un patchwork de tonos pardos.

—La Tierra es plana, mira —dijo.

Emily estiró el cuello para ver.

—No. Nebraska es plana.

Eran los únicos pasajeros. De repente, sonó la voz del piloto por megafonía: «Aterrizaremos en Lincoln en quince minutos».

A Cyrus le traían sin cuidado los conflictos de intereses: los había dejado atrás. Le había explicado a Stanley Minot que necesitaba llevar a Rising City a un psiquiatra profesional para que le asesorase al respecto de Alex Weller. Recomendó a Emily Frost por su experiencia en psicología de la muerte y porque había tratado a Weller y conocía su carácter. A Cyrus se le olvidó contar que se acostaba con ella, y le importó poco si el detalle trascendía en el futuro y le traía consecuencias negativas. Además, iba a ahorrarle al gobierno el coste de una habitación de hotel.

Era un magnífico día de sol y Alex estaba de un humor excelente. Estaba disfrutando, extrañamente, de unos pocos minutos para sí mismo. Esa mañana se había paseado por Nueva Ciudad Naciente como un rey que visitase a sus súbditos. El asentamiento se había extendido hasta uno de los campos más alejados de la propiedad de Erik, al oeste. Eran ya más de treinta hectáreas atestadas de acólitos. Nadie los había contado pero no importaba. Alex sabía que había miles y que seguirían llegando más.

Se reclutaron más hombres armados para patrullar el perímetro, que hacían bien su trabajo. Desde campamentos instalados en granjas cercanas, los agentes del FBI los vigilaban a través de poderosos prismáticos. Entre unos y otros se extendía una tierra de nadie de campos sin cultivar.

Los helicópteros revoloteaban aquí y allá. Su zumbido constante molestaba al principio pero después entró a formar parte del permanente paisaje sonoro. Alex dejó de oírlos. Había helicópteros de la televisión, del FBI y de la policía estatal. Cuando Alex caminaba entre su rebaño portaba consigo una sombrilla abierta y, para protegerlo, todo el mundo lo imitaba y abría sombrillas a su alrededor. Desde el aire parecían flores, eclosionando por toda la granja al sol de la mañana.

Después del almuerzo, Alex tomó Apoteosis. Cuando despertó del viaje, Jessie se fue a la cocina y lo dejó solo. Echado sobre el almohadón, sintió una paz y una placidez completas. Abrió su portátil y se lo colocó en el regazo. Sam le había dicho que había publicado un nuevo artículo de prensa en el sitio web de la Cruzada que probablemente le gustaría leer.

Alex abrió el artículo de *BusinessWeek*: ¿PLANTEA LA APOTEOSIS UNA AMENAZA A LA ECONOMÍA GLOBAL? Traía una foto de un ejecutivo con maletín abriendo la puerta de cristal de una oficina con el siguiente pie de foto: «¿Son sus empleados miembros de la Cruzada por la Paz Interior?».

A Scott Truro, vicepresidente de recursos humanos de la editorial French-Casper, con sede en Manhattan, lo embarga la preocupación. En el mes pasado, se ha visto obligado a advertir en tres ocasiones a su superior, la presidenta de la empresa, Charlotte Giddings, de que los problemas de personal estaban afectando gravemente a la capacidad productiva y a la competitividad de la editorial. No es culpa de los sindicatos ni de las bajas por enfermedad. El problema es la Apoteosis, la droga que altera la conciencia y embarca al consumidor en todo un viaje espiritual. Según Truro, «la Apoteosis ha destrozado la vida a mucha gente y está arruinando a nuestra empresa».

Los problemas en French-Casper son la prueba fehaciente de que el consumo de Apoteosis tiene un profundo impacto en un amplio abanico de compañías de nuestro país, afectando tanto a empleados cualificados como a directivos. En las últimas dos semanas, Truro se ha enfrentado en dos ocasiones a faltas de personal de graves consecuencias en la imprenta que la empresa posee en Newark, viéndose obligado a parar literalmente las rotativas de populares revistas como *New York Style*, *Teen Celebrity* o *Millenium Computing*. El absentismo roza últimamente un inverosímil 18 por ciento. Cuando sobrepasa el 25 por ciento, la empresa se ve obligada a cerrar la imprenta. En las oficinas de Manhattan, las ausencias de diseñadores y redactores alcanzan tasas parecidas, si bien algo menores. El redactor jefe, Martin Holyoke, se vio obligado a cancelar la reunión mensual de redactores de *New York Style* cuando comprobó encolerizado que se ausentaban dos veteranos redactores y varios maquetadores y periodistas, e incluso el director de publicidad. «Lo que más me irrita es que algunos colegas con los que me unía una amistad de años lo han dejado todo sin dar explicaciones, siquiera una llamada de teléfono», explica Holyoke.

Escenas parecidas se repiten en comercios, fábricas y oficinas de todo Estados Unidos y el resto del mundo industrializado. La Apoteosis se ha convertido, según el Instituto Nacional sobre Uso Indebido de Estupefacientes, en la droga más consumida del país. Aviva el fuego, por si fuera poco, la siniestra organización conocida como Cruzada por la Paz Interior, fundada por un médico de Harvard, Alex Weller, al que el FBI busca por asesinato. Weller quiere llevar a la mayor cantidad de personas que sea posible por el que él considera el buen camino. Gracias al altavoz que le brinda internet, su precariamente estructurada organización ha sido capaz de reunir a cientos de miles de seguidores. Como en su día Timothy Leary, el gurú del LSD, quien en los años sesenta del siglo pasado proclamaba «enciéndete, conéctate, elige», Weller ha galvanizado el movimiento con sus eruditos testimonios personales sobre una supuesta vida ultraterrena y ha puesto en marcha una enigmática cuenta atrás en internet. Quedan cinco días para que dicha cuenta atrás llegue a cero y las autoridades de todo el mundo se preguntan con nerviosismo qué ocurrirá entonces. Weller afirma encontrarse ahora en un campamento nacido espontáneamente en una granja de Rising City, Nebraska, y que ha crecido hasta concentrar a miles de ocupantes en autocaravanas y tiendas de campaña. La policía federal, que ha cercado el lugar, teme que se repita la tragedia de Waco.

La Apoteosis se distribuye principalmente en unos pequeños tubos de papel de color que en la calle se conocen como «cartuchos». Desde su aparición han surgido decenas de versiones que han inundado el mercado. Por todo el mundo se multiplican los laboratorios domésticos que producen cápsulas, pastillas y otras presentaciones. Pese al cierre en México del mayor centro de producción conocido, el precio de la dosis ha caído hasta los veinticinco dólares.

El extendido consumo de Apoteosis comienza a dejarse notar muy significativamente en una economía que depende de la productividad de su mano de obra. Gordon Simms, analista jefe de Goldman Sachs, fue uno de los primeros en llamar la atención sobre los efectos que el consumo de Apoteosis tendría sobre la economía

estadounidense, tras detectar el vínculo entre el consumo de la droga y el incremento en los cierres de pequeñas y medianas empresas. Desde entonces, Simms estudia muy de cerca el fenómeno: «En una economía del volumen de la estadounidense, la productividad debe reducirse sobremanera para que produzca efectos visibles. Los indicadores, no obstante, me hacen pensar que este trimestre veremos un descenso del 4 o 5 por ciento en el PIB, lo que yo atribuyo directamente al impacto que la droga ha tenido sobre la productividad del trabajador estadounidense».

Simms cita a Fairmont Industries, fabricante de equipamiento pesado con sede en Illinois. Fairmont, que manufactura turbinas y otras piezas para centrales hidroeléctricas, se muestra incapaz de entregar la mercancía a tiempo a sus clientes, y su cartera de pedidos es todo un desbarajuste. El director, Laurence Lichtenstein, cumplió con la penosa responsabilidad de presentarse ante los accionistas en la junta general anual, celebrada la semana pasada, para anunciar una caída de ingresos de un 20 o 30 por ciento para el presente ejercicio. El motivo: cientos de empleados han dejado sus puestos de trabajo y la productividad se ha desplomado. Como si no hubiera problemas suficientes, las acerías que proveen a Fairmont también atraviesan dificultades. Lichtenstein lamenta desconsoladamente que las acciones de su empresa hayan caído desde los sesenta y tres dólares hasta los veintitrés en cuestión de semanas. «Las cosas nos han ido muy bien, hasta esto. Es como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago».

Lichtenstein no es el único jefe de empresa vapuleado últimamente. Entre los golpeados por la Apoteosis figuran reconocidos iconos corporativos y empresas incluidas en Fortune 500. Los beneficios empresariales caen en picado hasta cifras de hace un quinquenio y el promedio industrial Dow Jones cae a un ritmo sin precedentes (véase el artículo «La antiapoteosis del Dow Jones»).

El país resbala hacia una recesión tan cierta como profunda y la onda expansiva afecta ya a la economía global. El consumo de Apoteosis no está tan extendido en Europa y Asia como en Estados Unidos, pero crece cada vez más rápidamente. El secretario de Estado para Asuntos Internos británico, Douglas Smythe, quien entre otros cargos ostenta el de director de las fuerzas de seguridad, habló la semana pasada en una cumbre económica de la Unión Europea, en la que describió el aumento del consumo de Apoteosis en Europa como un «peligro inminente». «Pronto alcanzaremos e incluso sobrepasaremos las tasas de consumo de los Estados Unidos, a menos que nos mostremos implacables con los laboratorios ilegales. Esta es hoy por hoy la máxima prioridad del gobierno británico», aseguró. Caen todas las plazas bursátiles europeas —Frankfurt, París, Milán, Ginebra, Londres y Madrid— y los índices de productividad evidencian una mano de obra dispersa y desafecta. Incluso en Japón, bastión de la estabilidad y la fidelidad laboral, se vive una oleada de retrasos en la producción y cierres de fábricas vinculados al consumo de Apoteosis. Yuichi Fuyama, director de la farmacéutica Kotami, cree que la Apoteosis es especialmente tentadora para los japoneses. «En nuestra cultura se reverencia muy significativamente a los ancestros. Una sustancia que permite reencontrarse con los seres queridos que marcharon resulta muy seductora. Yo he tratado de razonar con algunos de mis empleados, les he explicado que la droga engaña al cerebro, sin más. Me escuchan educadamente por mi cargo, pero al final dejan el trabajo y se quedan en casa».

Hay alguien, sin embargo, que tiene más trabajo que nunca. Se trata del doctor Vincent Desjardines, uno de los principales expertos nacionales en los efectos que la Apoteosis tiene sobre la conducta. Desjardines, ex psiquiatra en el Centro Médico Tufts-Nueva Inglaterra, fue uno de los primeros profesionales de la salud en detectar el consumo de la droga en la calle. El psiquiatra, consciente de la necesidad de abordar el problema, dejó de ejercer y fundó Desjardines Associates, consultoría que asesora a clientes corporativos para evitar el consumo de Apoteosis en el lugar de trabajo e intentar rehabilitar a quienes lo necesitan. Desjardines, cuyo aspecto es más el de un erudito profesor que el del consultor de altos vuelos en que se ha convertido, reconoce que la prevención es lo más eficaz y que es muy difícil reconvertir al consumidor. «Hay que entender que se trata de una droga muy potente. El individuo se convence absolutamente de que su experiencia ha sido real, de que Dios existe y de que los espera la otra vida. Para muchos, la cotidianidad se vuelve intolerable e intrascendente. Levantarse e ir a trabajar deja de tener sentido. Si no se suicidan, lo que no siempre es el caso por suerte, se quedan en sus casas, consumiendo una dosis tras otra, a costa de sus ahorros. Los esfuerzos por rehabilitar a los usuarios no han dado muchos frutos, la verdad sea dicha, ni siquiera con terapias de inmersión. La esperanza, como en tantas otras enfermedades, radica en la prevención más que en la cura».

Así pues, ¿cuáles son las medidas preventivas que deberían aplicarse? Hasta ahora, Desjardines ha promovido los seminarios intensivos y obligatorios, a fin de informar a los empleados sobre los peligros de la Apoteosis. En ellos se ofrecen testimonios de suicidios o rupturas familiares. Según el psiquiatra, se consigue así desacelerar la propagación del consumo dentro de las organizaciones. La medida más importante, no obstante, es la

identificación y despido de aquellos empleados que se sospeche puedan pertenecer a la Cruzada por la Paz Interior (CPI) o simpatizar con sus propuestas. Desjardines se enerva cuando habla de la CPI: «Algunos consumidores de Apoteosis no abandonan sin más, sino que se encierran en sí mismos y se obsesionan con la idea de extender la palabra, como misioneros en busca de infieles. Suelen ser personas extrovertidas y de convicciones firmes. Pero no nos confundamos: una vez se alían formal o informalmente con ese movimiento, se convierten para cualquier empresa en peligrosos y destructivos quintacolumnistas. Los seguidores de la CPI no dudan en ganar adeptos a través de la persuasión o del sabotaje».

El presidente Killen, que conoce de primera mano los trastornos que la Apoteosis puede provocar en cualquier organización, dedica cada vez más atención a la crisis económica y social que, contagiada a la política, plantea una prueba de fuego al liderazgo político de un gobierno recién formado. El nombramiento de Jeffrey Wheadon, senador por Illinois, como responsable de las operaciones contra la Apoteosis fue bien recibido, pero las encuestas demuestran que los estadounidenses exigen progresos en el desmantelamiento del suministro de droga y piden cuentas al alto cargo y el resto del gobierno.

Ann Rosenberg, nueva directora de recursos humanos del gigante textil Four Seasons Apparel, con sede en Georgia, recibe un apercibimiento tras otro del director financiero de la empresa a cuenta del deterioro económico de la misma. Al parecer, Four Seasons tiene varios frentes abiertos. Sus proveedores, la mayoría de Hong Kong, Singapur y Malasia, han comenzado a dar signos de precariedad en los envíos, debido al consumo de Apoteosis entre sus empleados. En el almacén y centro logístico de Four Seasons, en Atlanta, unos cuantos empleados fundaron una filial de la CPI que sembró el caos en la empresa. Por si fuera poco, la demanda es la más endeble de la historia. Aun así, Rosenberg se muestra satisfecha con su ascenso, aunque aún no ha tenido tiempo siquiera de decorar su nuevo despacho. «Hubiera preferido, no obstante, que mi predecesor no hubiera abandonado el puesto por tomar Apoteosis», declara.

Por Robert McWilliams, en colaboración con Stephanie Vogt desde Atlanta, Gregory Creighton desde Boston, Nicholas French desde Londres y Susan Tabor desde Tokio.

Nota de redacción: El pasado miércoles, *BusinessWeek* experimentó de primera mano los estragos que causa la Apoteosis. Stephanie Vogt, redactora de veintiséis años y colaboradora de este artículo, que desde hacía cuatro años trabajaba para la revista, se quitó la vida tras consumir una única dosis de Apoteosis.

Alex sonrió y decidió añadir un comentario más a los muchos que se habían publicado sobre el artículo, pero su tren de reflexiones se vio interrumpido por el zumbido cada vez más atronador, aunque más grave de lo habitual, de las palas de un helicóptero que se acercaba. Los motores rugían como una agresiva manada de leones.

Fuera se oyeron voces y alguien gritó su nombre desde la planta de abajo.

Alex se calzó, corrió escaleras abajo y se dirigió al jardín trasero. Allí vio a Erik salir de su caravana. Él y Steve señalaban hacia el este.

—¡Vienen hacia aquí! —vociferó Steve—. ¡Nos atacan!

Cuatro helicópteros Apache AH-64 con la insignia de la Fuerza Aérea avanzaban velozmente a baja altura.

Alex quedó estupefacto. El FBI había llamado a la granja Bolz para tratar de abrir una vía de comunicación, pero él no había dado permiso.

El día anterior, las autoridades dejaron caer sobre los campos octavillas en las que pedían a la gente que abandonasen el lugar e instaban a Alex Weller a que se entregase a las autoridades para evitar el enfrentamiento. ¿Estaban dispuestos a dar ese paso tan rápidamente? ¿Se arriesgarían a causar una enorme cantidad de bajas con un ataque frontal?

Steve elevó el rifle de caza que uno de los milicianos le había regalado.

—¡No dispaes! —gritó Alex—. Esperemos a ver qué hacen.

—Alex, entra en la casa, por favor —dijo Steve.

Alex hizo caso omiso, fascinado por el espectáculo.

Uno de los helicópteros se adelantó a los otros tres y ralentizó el vuelo hasta quedar suspendido a unos diez metros sobre el jardín trasero con un ensordecedor zumbido, levantando polvo y lanzando al aire objetos de todo tipo. Se abrió la portezuela y se asomó un soldado, megáfono en mano:

—¡Alto el fuego! —exclamó—. ¡Venimos en son de paz!

—¿Quiénes sois? —aulló Steve con toda la fuerza de sus pulmones.

—Soy el comandante Ben Thomas, de la Fuerza Aérea, Ala 55^a del Mando de Combate Aéreo, Base de la Fuerza Aérea de Offutt, Nebraska.

—¿Qué queréis? —intervino Alex con decisión.

—Queremos unirnos a vosotros. Estamos aquí para protegeros —vociferó el comandante—. Mis hombres y yo no respondemos ya ante el gobierno de los Estados Unidos, sino ante Dios.

3 días

Moreno Stasi ponía ya punto final a su noticia para RAINNEWS 24 a las puertas del Duomo de Milán. Todos los periodistas del planeta trabajaban en noticias similares en las principales ciudades del mundo.

Las cadenas de televisión presentaban, en decenas de idiomas distintos, imágenes de la cuenta atrás de la CPI, y unos cuantos redactores habían tenido la misma idea que Stasi y se habían acercado a iglesias, catedrales, mezquitas y sinagogas para dar un telón de fondo sugerente a sus piezas informativas.

Cada poco se intercalaban imágenes en directo tomadas desde los helicópteros que sobrevolaban la masa humana de la granja de los Bolz en Nebraska y los inútiles controles de carretera que solo retenían a los menos resueltos.

Muchos profesionales de la información aportaban nuevos puntos de vista a la historia. Varios acudieron sin más a la granja, campo a través y en vehículos de incógnito, abriendo brechas en el perímetro del FBI para unirse a la concentración. Una vez dentro, armados de cámaras, parabólicas y generadores, se entremezclaron con los habitantes de la polvorienta Nueva Ciudad Naciente y la recorrieron de esquina a esquina, entrevistando a cualquiera que deseara hablar con ellos y tomando planos largos de los agentes federales apostados al otro lado de la tierra de nadie. Erik Bolz era blanco fácil y en ocasiones se prodigaba en declaraciones, pero el objetivo más codiciado era el siempre esquivo Alex Weller, pues huía de los medios que escapaban a su control, limitándose a subir vídeos a su sitio web.

El centro de mando del FBI se había instalado en la cafetería de la escuela primaria de Rising City. Las escuelas permanecían cerradas y los padres no dejaban a sus hijos salir de casa o los mandaban con familiares de otros pueblos. El equipo del FBI encabezado por Bob Cuccio estaba integrado por personal de Washington y Quantico, al que complementaban varios agentes de la oficina local de Nebraska. Patrullaban el perímetro del campamento, que no cesaba de ensancharse, agentes y U. S. Marshals de los estados contiguos.

Cyrus y Emily llegaron para la reunión de información convocada por Cuccio desde el motel Super 8 en el que se habían alojado, en la vecina ciudad de Columbus, a unos treinta kilómetros al norte de Rising City.

—¿Estás seguro de que yo puedo entrar? —preguntó ella en el aparcamiento.

—Bob quedó impresionado con lo que explicaste ayer. Considérate parte del equipo.

—Esta es una experiencia nueva para mí —confesó mientras contemplaba el mar de vehículos policiales y del FBI.

—Esta es una nueva experiencia para todo el mundo.

Cuccio había sido un gran jugador de baloncesto en la universidad y seguía haciendo gala de un cuerpo alto y espigado. Las pequeñas mesas y sillas de la cafetería de la escuela infantil que lo rodeaban le hacían parecer un extravagante y larguirucho gigante. Pero a nadie se le escapaba la risa. El mensaje que Cuccio transmitía a la atestada estancia era de una gran gravedad.

—El presidente, el fiscal general, los secretarios de Seguridad Nacional y Defensa, todo el mundo, y cuando digo todo el mundo quiero decir todo el mundo, nos vigila con lupa —comenzó—. Señoras y señores, estamos a tres días de que la cuenta atrás de la CPI llegue a cero. Y cuanto más nos acerquemos, más se parecerá a un polvorín todo eso que tenemos ahí fuera. Ya hemos considerado todo tipo de hipótesis sobre qué hará Weller cuando el reloj marque cero. Sé que mucha gente cree que no es más que un farol, pero tenemos que tener en cuenta cualquier contingencia. Al presidente, y lo sé porque me lo ha dicho cara a cara, le preocupa que se dé el peor de los casos: que ocurra algo apocalíptico, que haya una llamada general a la violencia o al disturbio social. Sinceramente, nadie en la Sala de Emergencias de la Casa Blanca tiene intención de quedarse de brazos cruzados y esperar a ver qué ocurre.

Uno de los adjuntos de Cuccio conectó un proyector y otro desenrolló una pantalla que habían tomado prestada del almacén de la escuela. Las fotografías mostradas por Cuccio se habían tomado poco después del amanecer de esa mañana desde un helicóptero y mostraban que la concentración de personas había seguido creciendo durante la noche. Algunos daban estimaciones de hasta diez mil personas, y en tres días, con toda la publicidad que estaba recibiendo el caso, ese número no haría sino incrementarse. Cuccio recordó a todos que en Woodstock se reunieron cuatrocientas mil personas.

—Este es el edificio principal —indicó Cuccio, señalando el tejado de la granja—. Sospechamos que Weller se encuentra aquí, aunque no tenemos pruebas directas. Hemos intentado localizarlo en las fotos aéreas de la muchedumbre, pero es una especie de *¿Dónde está Wally?* Aunque se trata de una propiedad privada, estoy convencido de que en este lugar se están cometiendo una larga lista de ilegalidades, entre ellas consumo de estupefacientes, desatención y maltrato a menores e incluso sepultura de cadáveres sin licencia, a juzgar por esta fotografía de ayer por la tarde. En cualquier caso, nuestro objetivo prioritario es Weller. Nos respalda una orden de detención federal por asesinato castigable con la pena de muerte. Tenemos que

descabezar la CPI y eso quiere decir acabar con Weller. La cuenta atrás llegará a cero el domingo a las diez de la mañana en punto, hora central. Tenemos órdenes directas de la Casa Blanca y el departamento de Justicia de no dejar que eso ocurra. Voy a informar a mis superiores de que lo más sensato es seguir tratando de negociar e instar a Weller a que se rinda voluntariamente. De lo contrario, entraremos en la granja el domingo a las 8.15 para capturarlo por la fuerza, si fuese necesario.

Durante la hora siguiente hablaron varios especialistas en rescate de rehenes del FBI, y U. S. Marshals y policía federal de Nebraska debatieron cuestiones tácticas. Todos los oradores abrieron y concluyeron sus intervenciones de la misma manera: «no queremos otro Waco».

Cyrus estaba sentado junto a Emily en medio de la estancia, con las piernas encajadas bajo un pupitre de niño. Para él ninguna de las propuestas tácticas se sostenía. Alex Weller no se dejaría atrapar. Habría sangre, un terrible derramamiento de sangre. Lo de Waco quedaría en una fiesta de cumpleaños. Rising City sería la nueva tacha nacional. La última persona en hablar, un hombre de mediana edad, se acercó al centro de la sala desde un lateral, donde se encontraba junto a la bandera. Si no fuera por el uniforme, su expresión amable y modestos ademanes lo habrían hecho pasar por un cargo medio de cualquier empresa.

—Soy el general de brigada Evan Kates, del Ala 55ª, Base de la Fuerza Aérea de Offutt. Sé que mi presencia aquí hoy puede parecer controvertida. Créanme, lo sé todo sobre el *posse comitatus* y sobre el papel que el ejército desempeñó en Waco y los juicios vertidos a posteriori. Pero Rising City plantea una situación especial. —Su voz se resquebrajó cuando se proyectó en la pantalla una fotografía de los cuatro helicópteros Apache posados en uno de los campos de Bolz—. Y, maldita sea, esto es algo que en la Fuerza Aérea debemos tomarnos personalmente.

Emily dio un leve codazo a Cyrus y le preguntó al oído:

—¿Qué es eso del *posse comitatus*?

—Es la ley que prohíbe al ejército participar en acciones policiales dentro del territorio del país —susurró por respuesta—. Pero se la van a pasar por el forro. Si no, al tiempo.

El general describió el poder de destrucción de los Apache y habló de la experiencia de los pilotos que habían desertado.

—Si deciden despegar y emprender acciones hostiles, los cañones automáticos, las ametralladoras de 30 milímetros y los misiles Hellfire con que van equipados darán al traste en un segundo con cualquier medida emprendida por las fuerzas de seguridad civiles. Esa es la razón por la que, en mi opinión, se está debatiendo al más alto nivel una manera legal de que el ejército estadounidense proporcione material y efectivos que asistan a FBI y policía en sus planes operativos. Yo seguiré órdenes, que provendrán en su caso de una larga cadena de mando iniciada en el secretario de

Defensa y el Comandante en Jefe. Fueron mis subordinados los que tomaron ilegalmente esos helicópteros y serán mis subordinados quienes los recuperen.

Tras la sesión informativa, Cyrus y Emily estuvieron esperando a Cuccio durante una hora. Cuando estuvo disponible, entraron ambos en el despacho del director, donde Cuccio se había instalado.

—Estoy como en casa. Cuando era niño pasaba mucho tiempo en el despacho del director de mi escuela —bromeó tras invitarlos a tomar asiento.

Cyrus no estaba de humor.

—Bob, no conoces a Weller como lo conozco yo.

—Por eso estáis aquí —replicó.

—Bien. Quiero que escuches la evaluación que hace la doctora Frost de sus reacciones probables.

—Adelante —dijo Cuccio.

—Alex sufre un trastorno de la personalidad severo de índole narcisista —comenzó a explicar Emily—. Ya antes del descubrimiento de la Apoteosis le interesaban el poder y el prestigio. La Sociedad Uróboros era el templo en el que daba rienda suelta a todo ello. Yo asistí a uno de sus simposios en una ocasión y me pareció perturbadoramente controlador y ególatra. En el hospital tenía reputación de ser tan brillante como soberbio. El colosal e inimaginable éxito y capacidad de influencia de la CPI no ha hecho sino avivar esa llama. En mi opinión, debe de sentirse omnipotente, como una especie de caudillo o incluso como una deidad. No me sorprendería que sufriese síntomas paranoicos, que lo harían especialmente peligroso. No se rendirá. Buscará el martirio. Es más que probable que la Apoteosis le haya quitado cualquier tipo de temor a la muerte.

Cyrus decidió intervenir.

—Si asaltamos la granja habrá muchísimas bajas, Bob. Creo que lo sabes. Probablemente tengan cientos de armas y ya has oído de qué son capaces esos helicópteros. Si Weller se siente acorralado quizá le dé por acelerar la cuenta atrás y comunicar su mensaje antes de tiempo. Obtendremos igualmente un resultado apocalíptico. Nosotros creemos que hay otra forma.

—Soy todo oídos —respondió Cuccio.

—La doctora Frost y yo queremos entrar y negociar con él directamente. Ambos lo conocemos. Él estuvo tratando a mi hija. Puede parecer imposible, pero existe una mínima posibilidad de convencerlo de que si sale de la granja y evita un baño de sangre sus seguidores lo adorarán aún más.

—Si acepta dejaros entrar, estaréis a su merced. Podría ponerlos Apoteosis en el agua o en la comida. Es una de sus técnicas.

—Llevaremos comida de fuera —dijo Cyrus.

—Podría tomaros como rehenes. Si no os salís con la vuestra y la Casa Blanca

ordena entrar, no importará que vosotros dos estéis en la línea de fuego. Eso tenedlo por seguro.

—Lo entiendo.

—¿Y usted? ¿Lo entiende, doctora Frost? Usted es civil. Podría resultar gravemente herida o algo peor.

—Lo entiendo perfectamente —respondió con firmeza—. Quiero acompañar a Cyrus.

Cuccio se reclinó pensativo en el sillón del director de la escuela.

—Voy a consultarlo con los peces gordos —propuso.

Esa noche, Alex cenaba con Jessie, Sam y Steve en la cocina. Alguien tocó a la puerta.

Era Erik Bolz. En la mano aferraba un teléfono móvil.

—Me ha vuelto a llamar el FBI —anunció.

—No, no voy a hablar con ellos —respondió Alex entre risas.

—Era otra persona. Un tipo llamado Cyrus O'Malley. Pidió que te dijera que estaba con la doctora Emily Frost. Quieren venir los dos a hablar contigo.

Alex entrecruzó los dedos y se colocó las manos tras la nuca.

—Vaya, ¡qué interesante! —exclamó satisfecho.

—Me da miedo —atajó Jessie—. Seguro que es una trampa.

—Bueno, a mí no me da miedo —aseguró Alex—. Erik, devuélvele la llamada y dile que lo consultaré con la almohada.

1 día

Alex estuvo jugando al gato y el ratón con Cyrus y hasta el viernes por la noche no accedió a franquearles el acceso a él y a Emily. Acordaron dejarlos entrar el sábado por la tarde.

Era un día luminoso y cálido para esa época del año. Cyrus ajustó el aire acondicionado del coche. Dedujo por la rigidez de Emily que, pese a negarlo, estaba un poco asustada. Él no temía meterse en la boca del lobo. Anhelaba de tal forma echar el guante a Weller que hasta podía saborear la rabia en la boca.

Solo le preocupaba la seguridad de Emily. Esa mañana le había asaltado la duda y había intentado convencer a Emily de que no lo acompañara. Discutieron cuando aún no se habían levantado de la cama y siguieron discutiendo mientras ella se maquillaba, mientras desayunaban y de camino a la granja. Pero ella se mostró impasible. Quería llegar hasta el final y se aferraba a la determinación de que su ayuda podría ser fundamental a la hora de tratar con Weller.

Más allá de los controles de la carretera estatal no se veía ni un solo vehículo. Cyrus giró en el buzón de los Bolz. Les esperaba un grupo de hombres armados con fusiles.

—Allá vamos —dijo, dejando escapar un suspiro.

—No parecen alegrarse mucho de vernos —comentó Emily.

Cyrus bajó primero. Un corpulento hombre con barba se acercó y se presentó.

—Soy Steve. Estoy con Alex. Tenemos que cachearte y registrar el coche y todo lo que traigáis.

—Lo sé —dijo Cyrus—. Lo acordé con Alex. No traemos armas ni móviles, como se nos exigió.

Steve registró a Cyrus y otro hombre le pidió que abriera el maletero.

Emily protestó entre dientes mientras Steve le manoseaba el pecho y las piernas, antes de que Cyrus pudiera siquiera darse cuenta.

—¿No es la norma que a las mujeres las cacheen mujeres? —susurró enfadada.

—Aquí no seguimos la norma —gruñó Steve.

También escudriñaron el interior de sus mochilas.

—¿No te fías de nuestra comida? —dijo Steve, carcajeándose al ver los víveres.

—No queremos abusar de vuestra amabilidad —respondió Cyrus.

Steve los guió hasta la granja y se detuvo ante el porche.

—¿Cómo sé que no lleváis encima un microtransmisor que comunique vuestra

posición?

—¿Por qué molestarse? —preguntó Cyrus—. Saben que estamos aquí —indicó, señalando el helicóptero que sobrevolaba la casa en ese momento—. Imaginamos que Weller está en la casa. Si quiere ir a dormir a uno de los graneros, o en una tienda de campaña, o en un agujero en el suelo, a nosotros nos parece bien.

Steve se encogió de hombros y les abrió la puerta.

Alex estaba en la cocina, sentado donde solía, en la cabecera de la mesa. Se había acostumbrado a llevar el pelo suelto, al aire, como le gustaba a Jessie. A lo Jesucristo, describía ella con entusiasmo. Alex se levantó y saludó a Cyrus y a Emily como si fueran amigos más que adversarios, haciendo alarde de la hospitalidad del más generoso de los anfitriones.

—¡Buenas tardes, agente especial O'Malley! ¿Debo seguir llamándolo así? ¿No puedo llamarte Cyrus, sin más? Ah, y buenas tardes para ti también, Emily. Me sorprende sobremanera tu presencia aquí. No entiendo muy bien qué hacéis metidos en esto, pero estoy seguro de que me lo sabréis explicar. Por favor, sentaos.

Cyrus lo miró con el ceño fruncido, pero Emily sonrió dulcemente al darle la mano.

—Hola, Alex. Has recorrido un largo camino desde el Hospital Infantil.

—Un camino muy largo, sí —concedió, sentándose a la mesa junto con los demás. Cyrus y Emily lo imitaron—. Quiero que conozcáis a los integrantes de mi círculo más íntimo. Esta es Jessie, el amor de mi vida. Sam, nuestro genio informático. Y Steve, a quien ya conocéis, mi ángel de la guarda. El círculo ha menguado, en parte gracias a vuestro trabajo en Bar Harbor. La novia de Steve, Leslie, fue detenida. A mi hermano lo matasteis.

—Secuestraste a mi hija y fui a buscarla —dijo Cyrus llanamente.

—¿Cómo está?

Cyrus tomó aire profundamente para controlar su rabia.

—Ha muerto.

—Siento mucho oír eso.

—No me digas —dijo Cyrus.

—Lo siento de verdad.

—¿Por qué la secuestraste?

—Quería que nos dejaras en paz. Pero no funcionó.

—El trauma que le hicisteis vivir aceleró su muerte.

—Nosotros la cuidamos muy bien. La mató su tumor, Cyrus. No yo.

—Vete al carajo —espetó Cyrus, que no se levantó de la silla por poco. Le había prometido a Emily controlar sus emociones, pero le resultó imposible—. Estás detenido. Vas a venir conmigo y vamos a terminar con todo esto.

Alex respondió con una sonrisa forzada.

—Me temo que no voy a ir a ningún lado. Mañana es el gran día. No me gustaría perdmelo.

Emily reprendió a Cyrus con la mirada e intervino hábilmente.

—Alex, ¿recuerdas que en una ocasión estuve en uno de vuestros simposios?

—Sí, lo recuerdo. Lamenté no volver a verte por allí. Habrías aportado mucho.

—No soy muy de grupos y asociaciones, pero la verdad es que parecía fascinante. Antes de nada, quiero decirte que en mi opinión el descubrimiento de la Apoteosis es toda una hazaña. Si te hubieses limitado al aspecto científico de todo este asunto, estoy segura de que habrías ganado el Nobel.

—Muy amable por tu parte, Emily, pero los premios no me interesan. Dime, ¿por qué has venido tú?

—Yo también traté a Tara y ahora Cyrus y yo somos buenos amigos. Le ofrecí ayuda.

—¿Haciendo mi perfil psiquiátrico? ¿Psicoanalizándome para encontrar mis puntos débiles?

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—Sobre todo para evitar que se te tirase al cuello.

A Alex le hizo gracia el comentario e incluso Cyrus relajó las facciones.

—Entonces, Cyrus —continuó Alex—, aquí estás, como Daniel en la guarida del león. Te admiro.

—Daniel sobrevivió.

—Y tú también sobrevivirás. Podéis marcharos cuando queráis. Pero si preferís quedaros hasta el Día Cero, sois más que bienvenidos. Podéis dormir en la habitación de invitados de la planta baja. Nos encantaría teneros aquí.

Steve hizo un gesto de aceptación y añadió:

—Además, si os quedáis, hay menos opciones de que alguien lance un misil contra la casa.

—Steve tiene una imaginación calenturienta —dijo Alex con tono jocos—, ¿Os puedo ofrecer algo de comer o beber?

—Han traído su propia comida —se adelantó Steve.

—¿Creéis que os vamos a envenenar? —inquirió Alex.

—Ya lo intentaste una vez. Mi compañero, Avakian, murió por tu culpa.

—¿De verdad? ¿Qué le pasó?

—Se suicidó.

—Muchos han elegido ese camino cuando han descubierto lo que les espera. Bueno, yo voy a ponerme otro café. Comed lo que habéis traído, si lo preferís.

Emily sacó una botella de agua de su mochila pero Cyrus no movió ni un dedo.

Jessie le sirvió a Alex café que este comenzó a tomar a sorbitos.

—Para vuestra información, en caso de que haya un ataque contra la granja, lo

único que tenemos que hacer es pulsar la tecla intro de un ordenador portátil y la cuenta atrás bajará directamente a cero. ¿No es así, Sam?

—Así es —contestó Sam, que no había abierto la boca todavía.

—Y ¿qué pasará entonces? —preguntó Cyrus.

—Ya lo veréis —continuó Alex.

—¿Qué es lo que pretendes conseguir? —inquirió Emily.

—¿No has visto mis vídeos? —preguntó a su vez con expresión levemente dolida.

—Claro que sí. Quería escucharlo de viva voz.

—La verdad es que siempre que trato de explicarlo suena pretencioso —admitió Alex sacudiendo la cabeza—. Pero este movimiento, la Cruzada por la Paz Interior, intenta mostrar al mundo las soluciones que yacen en el interior de nuestra alma. Hay una cita que me encanta de Carl Jung: «Hasta donde podemos discernir, el único propósito de la existencia humana es encender una luz en la oscuridad del mero ser». Es increíble. Jung, aquel genio inimitable, supo intuir la verdad mucho antes de la llegada de la Apoteosis. Todo el mundo posee el poder de cambiar su vida. Colectivamente, tenemos el poder de cambiar el mundo. Estamos llegando a un punto de no retorno.

Emily asintió con la cabeza.

—Jung, no obstante, también dijo: «Todas las formas de adicción son malas, ya sea a un narcótico, al alcohol o al idealismo».

Alex hizo palmas de alabanza.

—¡Bravo! Estoy impresionado.

—Sabía que te gustaba Jung —dijo Emily con mirada astuta—. Me informé antes de venir.

Cyrus parecía disgustado.

—Así que en pos de salvar el mundo estás dispuesto a que la gente tome Apoteosis aun en contra de su voluntad. Eres... —A punto estuvo de acusarlo de asesino, pero Emily lo había instado a refrenarse en ese aspecto, especialmente ante sus seguidores—. ¿Qué pretendes con esa pantomima de la cuenta atrás? ¿Asustar a millones de personas, amenazar al planeta entero?

—Como médico, sé de buena tinta que las terapias a menudo tienen efectos secundarios.

—Así que mañana a las diez vas a anunciar la terapia —dedujo Cyrus con desdén.

—Algo así.

—Yo lo impediré.

—No podrás, Cyrus. Ni tú ni nadie. La Apoteosis es imparable. Cerraste el centro de producción de Miguel Cifuentes y ¿qué ha pasado? En su lugar aparecieron decenas. La Apoteosis fue descubierta por mí y existirá mientras el hombre habite la faz de la Tierra... Vamos, hace un día precioso. Os voy a enseñar Nueva Ciudad

Naciente.

A Cyrus le sorprendieron muchas cosas durante ese paseo vespertino. La primera fue la adoración por la persona de Alex. Caminar a su lado era como acompañar al Elegido. La gente salía trastabillando de sus tiendas y caravanas, y hombres y mujeres se amontonaban para hablar con él, para tocarlo, para que los tocara. Un enjambre de niños lo seguía a todas partes y sus padres los miraban contentos...

También le llamó la atención el campamento en sí. Reinaban en él el orden y la paz. No era en absoluto la ciudad sin ley vaticinada por Cuccio y compañía. Desde el aire no se distinguía que la mayoría de habitantes de la granja de los Bolz eran sal de la tierra. Trabajadores. Familias. No era Woodstock ni de lejos. Ni siquiera se veía basura.

Por último, le impactó la presencia cruda, poderosa y salvaje de los helicópteros Apache que descansaban en un rodal de tierra, como abejorros al sol. Los pilotos, serios y educados, les mostraron los equipos y armas con que contaban los aparatos. «En mi vida habría pensado hacer una cosa así, pero después de tomar Apoteosis empecé a ver las cosas de otra manera. Espero que no intenten nada. No quiero disparar contra gente amiga, pero, si vienen, emprenderé el vuelo y defenderé a Alex Weller», dijo a Cyrus el comandante de la escuadrilla, el general de brigada Thomas.

Al principio, Emily se quedó algo atrás, paseando junto a Jessie e intentando hacer a esta hablar sobre sí misma y sobre la relación que mantenía con Alex. Pero Jessie se sentía incómoda y se mostró poco comunicativa, como temiendo decir algo que no debiese. Repitió una y otra vez que lo amaba mucho, que confiaba plenamente en él y que lo seguiría adondequiera que fuese, para luego marcharse excusándose con que tenía que preparar la cena.

Emily caminó en soledad unos minutos, hasta que Sam se acercó a ella risueño.

—Hola —la saludó, esbozando una sonrisa que le hacía dos hoyuelos.

—Hola. Alex dijo que tú eres el informático, ¿cierto?

—Eso dijo.

—¿Desde cuándo lo conoces?

—Lo conocí poco antes de que descubriera la Apoteosis.

—¿Te interesaban los simposios?

—Al principio no. Fui por una chica. Erica. Ella estaba en Bar Harbor. Es la que murió.

—Lo lamento.

—No te preocupes. Está en el otro lado. Más feliz que nosotros, eso seguro.

—¿No eres feliz?

—Hay mucha tensión. La granja, la cuenta atrás, ya sabes.

—¿Qué va a pasar mañana, Sam?

—No me preguntes eso, por favor.

—Lo siento. No lo volveré a hacer. Imagino que tú también has probado la Apoteosis.

—Unas cuantas veces, sí.

—¿Fueron tus experiencias muy profundas?

—Impresionantes.

—¿Quién se te aparece a ti?

—Mi padre.

—¿Cuándo murió?

—Siendo yo niño. Le robaron y apuñalaron cuando volvía del trabajo.

—Qué horror. Lo siento mucho, de verdad.

—No pasa nada. Me encanta estar con él cuando tomo Apoteosis.

—Pero nunca has considerado el suicidio.

—No me resulta atractivo. Pero haré lo que tenga que hacer.

—¿A qué te refieres?

—A nada en especial. No me hagas caso.

—¿Tienes hermanos o hermanas?

—No, solo está mi madre.

—¿Sabe ella que eres uno de los cabecillas de la CPI?

—Sí, lo sabe. Antes no le parecía demasiado bien.

—¿Antes de qué?

—Antes de que ella misma tomara Apoteosis.

—¿También quería ver a tu padre?

—En realidad no quería tener que ver nada con esto. Alex le puso un poco de Apoteosis en el té.

Emily se detuvo en seco.

—¿De verdad?

—Sí, eso hizo —dijo Sam con un suspiro.

—¿Cómo te hizo sentir eso?

—Me enfadé bastante pero, como siempre, Alex tenía razón. Ella cambió de opinión. Como decía Alex, con la Apoteosis el fin siempre justifica los medios.

Una vez en la habitación de invitados, Cyrus y Emily se quitaron las mochilas y se tumbaron en la cama. Los tabiques eran delgados y se oía a Alex y a los demás hablando animadamente en la cocina. Ellos trataron de hablar en voz baja.

—Creo que esto no tiene sentido —reflexionó Cyrus—. No se va a rendir.

—Es poco probable —coincidió Emily—. Sufre de un complejo de divinidad galopante.

—Quizá debiera agarrar un cuchillo y matar a ese hijo de puta, sin más.

—Tú no harías una cosa así —alegó ella con voz débil.

—Si tú no estuvieras aquí me lo plantearía. Mira, si esta tarde no hacemos ningún avance, saldremos de aquí antes de las diez e informaremos esta misma noche a Cuccio.

—Alex está absolutamente perdido, pero Sam y Jessie, especialmente Sam, podrían entrar en razón. Ahí es donde deberíamos presionar. Me gustaría intentar hablar con Sam a solas otra vez.

—Adelante —alentó Cyrus—. Saca brillo a tu varita mágica.

Jessie tocó a la puerta de la habitación de invitados a la hora de la cena. Cyrus y Emily sacaron unos sándwiches, fruta y agua de sus mochilas y volvieron a meterlas bajo la cama.

La ternera estofada con patatas asadas olía bien pero Cyrus y Emily comieron sin rechistar sus sándwiches, no demasiado jugosos, mientras escuchaban a Alex especular emocionadamente sobre lo que las grandes mentes de la historia habrían pensado de la Apoteosis.

Tras la cena, Emily intentó que Jessie aceptara su ayuda para lavar los platos, pero esta agitó su larga melena rojiza y le espetó: «No quiero hablar contigo, ¿de acuerdo? Lo único que quieres es hacerle daño a Alex. Déjame en paz».

Alex alzó una botella de vino e insistió en que todo el mundo se reuniese en el comedor, pues tenía una sorpresa reservada que resultó ser, para decepción de muchos, un largo concierto de piano interpretado por la esposa de Erik Bolz, que tenía un amplio repertorio de piezas de Bach, Mozart y Chopin.

Cyrus pasó la siguiente hora mirando el reloj y tratando de hacerse una imagen mental de cómo se desarrollaría el asalto a la granja. Sabía que él no formaría parte del equipo pero imaginaba con anhelo cómo, llegada la hora, lo llamaban para identificar el cuerpo de Alex Weller.

Emily se había sentado junto a Sam, quien parecía disfrutar de que aquella atractiva mujer le dedicase su atención. La música clásica no iba demasiado con él, así que le preguntó a Emily si quería salir a dar una vuelta. Esta no desaprovechó la oportunidad.

Era esa época del año en que la tibieza del día se disipaba rápidamente y las noches seguían siendo frías. Sam le ofreció a la chica su chaqueta.

Ella hizo un gesto con la mano señalando las luces de faroles y cocinas portátiles que se extendían por el campamento.

—Cuánta gente... Es tan triste.

—¿El qué?

—Que vayan a morir mañana.

—¿Cómo lo sabes? —dijo él dando un respingo.

—Hablo de las vidas que se perderán si Alex no se entrega y los de arriba

ordenan el asalto. ¿A qué te refieres tú?

—A nada.

—Sam, ¿qué planes tiene Alex para mañana? Por favor, cuéntamelo. No diré nada, te lo prometo.

—Habrà una llamada a la acción.

—¿Qué tipo de acción?

—Un suicidio en masa. Alex piensa que millones de personas se suicidarán mañana si él lo hace también.

—Dios santo —susurró Emily.

—Sí, es duro.

—¿Tú qué vas a hacer?

—Si Alex lo hace, yo también lo haré. No me importaría nada volver con mi padre para quedarme.

El viento trajo carcajadas que provenían del campamento.

—¿Y toda esta gente?

—Toda esta gente está aquí porque quiere estar aquí. Y el que quiera seguir a Alex lo hará por su propia voluntad. Nadie le va a obligar.

—Y ¿qué pasa con los niños?

—Sí, yo también creo que eso es un asunto espinoso —reconoció Sam—. Pero, ya sabes, el fin justifica los medios, ¿recuerdas?

Volvieron dentro y se sentaron otra vez en la alfombra. Desde el otro lado de la sala, Cyrus señaló su reloj de pulsera y se encogió de hombros: quería marcharse en veinte minutos. Ella asintió vehemente.

Cyrus se levantó para ir al baño y después entró en la habitación de invitados para coger la mochila. Le quedaba una botella de agua. Comprobó que el precinto seguía en su sitio, la abrió y le dio un trago. Era imposible que se diese cuenta de que alguien había perforado el cuello de la botella y había sellado el agujero con pegamento.

Cuando volvió al comedor, Steve y Alex lo siguieron con la mirada. Steve no pudo aguantar la sonrisa a la vista de la botella de agua que traía en la mano, ya medio vacía.

Cyrus se acercó a Alex y le dijo con voz gélida:

—Nos vamos ya. No tiene sentido que sigamos aquí.

Alex gesticuló, como ofendido.

—Quedaos hasta que Lu Ann termine de tocar. No querréis herir sus sentimientos.

—Quince minutos —aceptó Cyrus.

A la mitad del *Rondó para piano n.º 3* de Mozart a Cyrus le empezó a pesar la cabeza y le invadió un irrefrenable deseo de echarse a dormir. Trató de resistirse,

intentó ponerse de pie. Pero apenas pudo incorporarse.

Cyrus golpeó contra el suelo. Emily dejó escapar un grito y la música se interrumpió abruptamente.

Día cero

Cyrus se despertó en brazos de Emily. Era muy tarde, ya de madrugada. Estaban solos en la habitación de invitados.

Ella respiró visiblemente aliviada cuando Cyrus abrió los ojos. Le dijo que estuviera tranquilo, que no estaba solo.

De sus ojos brotaron lágrimas que se le derramaron por las mejillas. Se quedó ahí tumbado, inmóvil, con la mirada clavada en el techo.

—¡Tara! —dijo, atragantándose—. ¡He estado con ella! Saltaba arriba y abajo como siempre hace, se pone tan contenta que no es capaz de resistirse. Quería cogerla en brazos y abrazarla y decirle que la quiero pero no he sido capaz de llegar, Emily. No he podido cruzar al otro lado.

—Oh, Cyrus —decía Emily, atusándole el pelo—. Cariño mío...

—Tengo que volver. Sé que es feliz, pero está allí sola. —Reflexionó un instante—. Aunque no está sola del todo, en realidad. Hay algo más. No se veía, pero se sentía. He sentido a Dios.

Alguien tocó a la puerta. Era Alex.

—He oído voces. ¡Has vuelto! ¿Cómo está el paciente?

—Déjanos en paz —rugió Emily.

—No, quédate —pidió Cyrus incorporándose—. He visto a Tara.

—¿Cómo está? —preguntó Alex con una sonrisa.

—Guapa. Tenía muy buena cara.

—Qué bien, Cyrus. Me alegro.

—Quiero más.

—¿Más Apoteosis?

—Sí.

—Puedes tomar toda la que quieras. —De una riñonera que llevaba sacó un puñado de cartuchos y los tiró sobre la cama—. Quizá deberías esperar a la mañana. Tomaste una dosis bastante elevada. No sé cuánta agua bebiste. Me pareció que tenías bastante sed.

—No tienes vergüenza, Alex —dijo Emily asqueada—. Eres despreciable.

—Me caes bien, Emily —replicó él—. Pero, con todos los respetos, no estoy de acuerdo contigo. Pídele a Cyrus que te dé su opinión.

—Weller me da igual ahora —aseguró Cyrus—. Lo que quiero es volver con mi hija.

—Tomaré eso como un cumplido —sentenció Alex, y acto seguido abrió la puerta para marcharse—. Os veré por la mañana. Os espero bien descansados. Será un gran día.

—Ahora tenemos que irnos —le propuso Emily a Cyrus—. Yo conduzco. Cyrus se dejó caer sobre la almohada.

—No, yo me quedo —dijo él con un hilo de voz, alargando la mano para coger otro cartucho de Apoteosis.

—¡No! —vociferó ella—. ¡No te voy a dejar!

—Y yo no puedo dejar sola a Tara. Tengo que ir con ella.

Emily lo agarró por las manos con una fuerza inesperada, tiró de su cuerpo hasta sentarlo en el colchón y lo arrastró de los pies hasta sacarlos de la cama. Se colocó en pie ante él y le alzó la barbilla para que la mirase a los ojos.

—Cyrus, escúchame. Yo no he probado la Apoteosis ni quiero hacerlo, pero no dudo del poder de la experiencia que acabas de vivir.

—No ha sido una experiencia. Ha sido real.

—No estoy diciendo que no lo fuera. No estoy diciendo que no exista esa otra vida y no estoy diciendo que no exista Dios. Lo que digo es que un niño puede morir pero sus padres tienen que seguir adelante y vivir sus vidas, por ellos mismos y por las personas que los quieren. Llegará tu momento, Cyrus, esperemos que cuando seas viejo, tras una vida llena de emociones, de amor, de libros y poesía. Y Tara seguirá allí, esperándote, la misma niña, igual de guapa que hoy. Así es como debe ser.

—¿Por qué esperar? —preguntó con una voz que era poco más que un susurro.

—¡Maldita sea, Cyrus! ¡Por mí! ¡Porque te quiero y porque no quiero perderte! Te lo suplico. Escoge la vida. Escógeme a mí.

Cyrus se quedó callado durante unos momentos, mirándola fijamente, escrutando su expresión resuelta, sus ojos llorosos. Por fin, dejó escapar una exhalación.

—Si no fuera por ti, Emily Frost...

Ella dejó que se volviera a echar y lo tapó con una manta.

—Duerme un poco. No me separaré de ti en toda la noche.

El domingo trajo el amanecer más hermoso y colorido que nadie pudiera recordar. La mayoría de los habitantes de Nueva Ciudad Naciente estaban ya despiertos cuando salió el sol y contemplaban el tornasolado espectáculo a la vez que vigilaban la cuenta atrás.

Emily no había echado las cortinas esa noche, confiando en que el sol la despertase. Cyrus dormía a su lado, hecho un ovillo, respirando suavemente.

—Cyrus, hay que levantarse —le musitó al oído.

—¿Qué hora es...? —masculló tras un momento de desorientación.

—Las ocho menos veinte. Cyrus, tengo que contarte lo que Sam me explicó

anoche, antes de que te dieran la Apoteosis. Cuando la cuenta atrás toque a su fin, Alex va a pedir un suicidio en masa. Van a morir millones.

Él se levantó con las piernas aún temblorosas.

—No nos queda mucho tiempo.

En la cafetería de la escuela de primaria de Rising City había un ambiente de caos controlado. Varios ordenadores, atendidos por personal del FBI equipado con intercomunicadores, mostraban mapas en tiempo real con la posición de varios helicópteros en vuelo.

—¿Alguna noticia de O'Malley? —vociferó Bob Cuccio—. No debería haberle dejado entrar —se dijo a sí mismo, maldiciendo.

—Tomaste una decisión de mando —arguyó el general Kates.

—Tomé la decisión de mando equivocada. Podrían haberlo matado.

—Tenemos treinta y cinco minutos hasta las ocho y cuarto —calculó Kates—. ¿Cuándo obtendremos luz verde de la Casa Blanca?

—A las ocho. ¿Todo listo por su lado?

—Tengo ocho Apaches ya en el aire, sobre Columbus. Se encargarán de los helicópteros desertores, con un poco de suerte antes siquiera de que despeguen. Hay asimismo cuatro carros M1A1 posicionados a unos ochocientos metros al norte, sur, este y oeste de la granja respectivamente, y dieciséis Bradleys. Todos ellos están operados por personal del Departamento de Justicia para no infringir el *posse comitatus*, pero mis ingenieros se mantendrán alerta por si necesitamos su asistencia.

—Tenemos autorización especial del presidente para que los Apache sí los piloten militares.

El general asintió.

—Pase lo que pase, creo que usted y yo vamos a estar el resto de nuestra carrera profesional testificando ante el Congreso.

—Vamos a terminar primero con el trabajo de hoy —propuso Cuccio.

En la cocina olía a beicon. Jessie cortaba rebanadas de pan recién hecho y Sam estaba haciendo unos huevos revueltos. Steve escudriñaba nervioso el cielo desde la ventana. Y Alex estaba sentado tranquilamente a la mesa, como si no tuviera de qué preocuparse.

—¡Buenos días! —saludó cuando Cyrus y Emily aparecieron en el comedor—. ¿Habéis dormido bien? —Cyrus respondió afirmativamente con la cabeza—. Venid, desayunad. Os juro que no le hemos echado Apoteosis. Esa parte de la misión ya la hemos cumplido.

Ambos tenían hambre y sed, pero rechazaron la oferta. Eran las ocho menos

cinco. Habían pergeñado un plan al vuelo mientras Cyrus se vestía, y disponían de un tiempo precioso y cortísimo para ponerlo en marcha. Si no salía bien, Cyrus sacaría de allí a Emily antes de que Cuccio diera la orden de asalto.

—¿Disfrutas manipulando a la gente, verdad? —preguntó Cyrus.

Alex le devolvió una mirada sorprendida.

—Disfruto iluminándolos. ¿No te iluminé a ti?

—¿Quieres que te diga la verdad? —preguntó Cyrus.

—¿Por qué no?

—Sí, me iluminaste.

—De nuevo se demuestra, por tanto, que el fin justifica...

—Y una mierda —atajó Cyrus—. Eres un hijo de puta egoísta y manipulador.

Steve dio un paso adelante, con la mano bien plantada sobre la culata de una de las pistolas que le colgaban del cinto.

—Tranquilo, Steve. No pasa nada. Cyrus está dando rienda suelta a su yo batallador, nada más. La Apoteosis no ilumina a todo el mundo por igual.

—Te voy a decir una cosa —dijo Cyrus, intentando controlar la ira— y quiero que tus amigos escuchen con atención. Ahora que he tomado Apoteosis te entiendo mejor. Tú tienes una ventaja sobre otros mesías y profetas. La mayoría son impostores y mentirosos. Pero la Apoteosis es real. Y a ti te ha endiosado de tal manera que no dudas un instante en tomar decisiones sobre las vidas de la gente. Hoy quieres que millones de personas se maten como homenaje a ese estatus que te arrogas.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó Alex inquisitivamente. Sam apartó la mirada—. Está bien, Sam. Ya no importa. Los profetas siempre han sido objeto de ataques, en todos los momentos de la historia.

—Si yo decidiera erigirme en profeta, predicaría un mensaje muy distinto al tuyo —dijo Cyrus.

—¿Y cuál sería ese mensaje?

—Que estamos en este mundo para algo. Para qué, no se sabe. Pero que el final de la vida, de esta vida que cada uno vive como mejor puede, no es el final en realidad. Hay algo más allá, algo bueno que responderá a todas las preguntas que nos hemos estado haciendo desde que tenemos uso de razón.

Alex resopló ante las palabras de Cyrus.

—El mismo mensaje agotado que quienes preconizan la fe frente a la razón llevan propagando desde hace siglos. Ahora que la Apoteosis demuestra la existencia de la vida eterna y, más allá, de una vida eterna plena de gloria, no queda ni una sola razón por la que seguir esperando.

En ese momento, Cuccio colgaba su teléfono móvil.

—General Kates, acabo de recibir autorización. Voy a ordenar a mis hombres que entren. Haga lo propio.

—Que Dios nos asista —replicó Kates asintiendo con la cabeza.

—Querías una prueba —respondió Cyrus en tono suave—. Estabas dispuesto a cualquier cosa para conseguirla, ¿verdad? —Alex lo observó con la mirada perdida— Tú asesinaste a Thomas Quinn, ¿verdad?

—Thomas se suicidó. Yo estaba con él. Ya le he explicado a todo el mundo lo que ocurrió.

—¿Que se suicidó? ¿Me estás diciendo que se rompió la cabeza a sí mismo y luego se clavó una aguja en el cerebro?

Jessie había permanecido en silencio, con la mirada fija en su desayuno inacabado.

—¿Thomas tenía heridas? —preguntó, alzando la cabeza.

—¿Alex tampoco te contó que recogió a cinco mujeres inocentes de la calle, cinco jóvenes prostitutas, un par de ellas adolescentes, las estranguló y les agujereó el cráneo mientras aún vivían?

—¿Alex, es eso cierto? —inquirió Jessie.

Cyrus no cejó en la presión.

—Así fue como descubriste la Apoteosis, ¿verdad? Y eso es lo que querías hacerle también a mi hija, ¿verdad?

Jessie se levantó bruscamente de la mesa y se plantó ante Alex con una mirada vidriosa, confusa.

—¿Es eso cierto, Alex? ¿Mataste a Thomas? ¿Mataste a esas mujeres?

Alex se levantó también.

—Ahora están en un lugar mucho mejor que aquel del que provenían. Yo les ayudé a llegar.

Cyrus y Emily también se levantaron.

—¿Te haces idea de lo enfermo que estás? Es la justificación de un asesinato más lamentable que he oído en mi vida.

Alex, por fin, montó en cólera.

—Asesinato. Suicidio. Accidentes. Enfermedades. Todo lleva al mismo lugar. Un lugar apoteósicamente mejor que este, maldita sea.

—El asesinato es otra cosa, tío —intervino Sam con tono triste.

A Alex le hervía la sangre.

—¿Me estás llamando asesino, Cyrus? —vociferó, el rostro rojo de furia.

—Sí, te estoy llamando asesino.

—Y quieres castigarme, ¿cierto?

—Sí.

Alex alargó la mano hacia Steve.

—Dame tus armas.

—¿Por qué, Alex? —preguntó Steve.

—¡Dámelas, te digo! —insistió con un grito, cogiéndolas por sí mismo y entregándole una a Cyrus—. Castígame entonces —instó—. Adelante, dispárame.

Cyrus quitó el seguro del arma.

—Lo único que quiero es detenerte.

Estaban a dos metros uno del otro. Alex levantó el arma y apuntó al pecho de Cyrus.

—¡No! —gritó Emily.

Cyrus lo apuntó a su vez.

—¡Te he dicho que me dispires! No tienes elección. ¡Aquí estoy yo al mando, no tú! —aulló Alex.

—¡Alex, no! —gritó Jessie.

—No tienes que hacer esto —dijo Cyrus, con el arma aún empuñada.

—Tengo ventaja sobre ti, Cyrus. No puedo perder. Sam, cuando yo no esté te quedarás tú al cargo. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Alex... —masculló Sam.

—Hazlo, Sam. Voy a contar hasta cinco, Cyrus, y luego te mataré si no me matas tú a mí primero. —Dirigió una mirada a Jessie—. Te quiero, mi amor —musitó—. ¡Uno!

Cyrus sintió el peso del arma, la resistencia que ofrecía el gatillo a su dedo.

—¡Dos!

Jessie rompió a llorar.

—¡Tres!

—¡Por favor, Alex, no! —suplicó Emily.

—¡Cuatro!

Cyrus bajó el arma. Y disparó a Alex en el abdomen.

Alex gimió y cayó de rodillas con las manos en el vientre. La pistola se deslizó entre sus dedos. Jessie corrió a su lado.

Cyrus no vio venir a Steve, que embistió como un toro enfurecido y con su corpachón lo tiró al suelo de bruces para a continuación hacerse con su arma y apuntarle con ella a la cabeza.

—No lo matéis —pidió Alex rechinando los dientes. Jessie apretaba la mano contra la camisa ensangrentada, tratando de detener la hemorragia—. Ha hecho lo que quería que hiciese. Sam, pulsa la tecla.

El portátil de Sam estaba sobre la encimera, junto a la hornilla. Sam tenía el dedo puesto en la tecla intro.

Pero la voz de Emily se impuso a los sollozos de Jessie.

—¡Sam! Esa es una decisión muy importante. Si pulsas esa tecla morirán miles de personas, personas impresionables, buenas personas que no deberían morir hoy.

Alex se esforzaba por hablar.

—No le hagas caso, Sam. ¡Pulsa la tecla!

—¿Qué hay de tu madre, Sam? Ella te quiere. Te necesita.

—¿Y qué hay de mi padre? —replicó Sam.

—Llevarás el amor por él dentro de ti. Cuando llegue tu hora, él estará allí, esperándote. Lo sabes.

Sam empezó a gimotear incontrolablemente. Cerró despacio el portátil y se dejó caer hasta el suelo.

Cyrus tenía ante los ojos el cañón de la pistola con que lo apuntaba Steve.

—Steve, todo ha terminado. Tú no eres mala persona. Tu novia te necesita. Baja el arma —le dijo Cyrus.

Steve miró a Alex, que estaba a su lado, resollando, con los ojos clavados en el suelo. De la boca se le derramaba la sangre. Steve empezó a balbucear como un niño. El gran pecho se hinchaba y deshinchaba. Por fin, bajó el arma y se la entregó a Cyrus. Este se puso en pie.

—Sam, necesito que te conectes a internet y digas que la cuenta atrás se ha cancelado. Que Alex ha cambiado de parecer, que solo quiere que la gente viva una vida buena y plena. Algo así, ¿de acuerdo? Luego, coge el megáfono y dile a toda esta gente que regrese a su casa en paz. ¿Podrás hacerlo, Sam?

—Sí —respondió aturdido.

—Ve, entonces. Date prisa. —Eran las ocho y diez—. Y, por Dios santo, que alguien me deje un teléfono.

Sonó el móvil de Bob Cuccio, que no reconoció el número en pantalla.

—¡Bob, soy Cyrus! ¡Se ha terminado! He disparado a Weller. ¡Hay que abortar!

Cuccio miró el reloj y se frotó los ojos.

—Gracias a Dios —respondió, y comenzó a dar órdenes como un poseso a sus hombres.

Emily se arrodilló junto a Alex para comprobar su pulso. Apenas se sentía. Tenía la camisa empapada de sangre.

—Lo siento, Jessie —se lamentó—. No creo que lo consiga.

Alex movía los labios. Jessie se inclinó sobre él, acercándole la oreja a la boca, hasta que el pecho de él se detuvo.

Jessie se dejó caer sobre el suelo, con los vaqueros empapados de la sangre de Alex.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Emily.

Jessie le devolvió la mirada y con voz frágil y quejumbrosa respondió:

—Me ha dicho: «Ven conmigo».

Y antes de que nadie pudiera reaccionar, se abalanzó sobre la pistola que él había dejado caer y se disparó en la sien.

Alex se sintió flotar como una brizna de hierba en una corriente de aire. La cocina estaba regada de sangre. Pero la visión de su cuerpo y el de Jessie no lo perturbaba. Todo había terminado. Estaba listo para aquel viaje.

Cuando partió, todo resultó tan maravilloso como siempre. Incluso mejor.

El túnel parecía más oscuro, los fogonazos de luz más intensos, la luz al fondo, del blanco más puro que pudiera imaginar.

Corría hacia el horizonte verde con el desenfreno de un niño. Divisó por fin el río luminoso, más hermoso que nunca, su rumor más dulce que cualquier otra vez. Lloró.

Su padre parecía loco de alegría por verle. Agitaba los brazos con tanta energía que Alex pensó que se le desprenderían del cuerpo.

Iba por la mitad de la hilera de piedras y saltaba sin dificultad de una a otra.

—¡Lo has conseguido! —gritó Dickie—. ¡Has venido para quedarte!

Alex saltó desde la última piedra a la orilla y abrazó a su padre, notó la aspereza de su barba incipiente contra la mejilla.

—Hola, hijo mío —gimoteó Dickie.

Entonces, llegó el momento que Alex llevaba esperando casi toda su vida. Sintió los fuertes brazos de su padre alrededor de sus hombros, su pecho contraído en un amoroso abrazo.

—Papá...

—Alex, hijo mío...

—Te he echado de menos.

—Lo sé. Vamos. Caminemos juntos.

La llanura verde era interminable y el horizonte parecía eterno. Alex sintió una fuerza poderosa y pura que lo llenaba de euforia. Siguieron un camino de un verde más oscuro que el resto de la llanura, que a Alex le pareció hierba pisoteada.

Caminaban de la mano como cuando él era pequeño.

Pero entonces Dickie aminoró la marcha hasta detenerse.

—¿Por qué nos paramos? —preguntó Alex.

Dickie no dijo nada, pero sus ojos parecían tristes.

Entonces, Alex miró adelante y lo vio.

Ante ellos había una bifurcación. Cada uno de los caminos se alejaba en direcciones distintas hacia el infinito horizonte.

Epílogo

Del fértil montón de tierra que se levantaba frente a la tumba de Tara despuntaban ya algunos capullos de azafrán. La primavera estaba cerca.

Cyrus le llevaba un oso de peluche. Emily, un ramo de flores.

Emily no pudo contener las lágrimas y Cyrus se dejó llevar. Ambos colocaron sus ofrendas ante la lápida y se sentaron en un banco de granito negro que Cyrus había mandado instalar.

—Dios santo, cómo la echo de menos —dijo, llorando.

El banco era pequeño y Emily se apretó contra él. Sacó un paquete de pañuelos de papel del bolsillo, se enjugó las lágrimas y le ofreció uno a Cyrus.

—Volveré a verla, en algún momento —aseguró él.

—Lo sé. Pero es responsabilidad mía recordarte todos los días que tienes que seguir viviendo. Te quiero demasiado como para perderte. Y tú eres muy terco y no vas a dejar que Alex Weller se salga con la suya, ¿verdad?

—Tienes toda la razón —concedió él, rodeándola con el brazo.

Regresaron a casa de Emily. Su compañera estaba en el trabajo y tenían el apartamento para ellos solos. Hicieron el amor y después se quedaron tumbados en la cama, cogidos de la mano. Ella recibió un mensaje de texto. Uno de sus pacientes había vuelto a ingresar y los padres querían verla. Se vistió y le dijo a Cyrus que volvería para la hora de la cena. Le besó en la frente y se marchó.

Después de vestirse, Cyrus curioseó por el salón. Gracias a él, Emily había comenzado una pequeña colección de obras de Shakespeare, que iba colocando ordenadamente en una estantería.

Cyrus sabía exactamente el pasaje que quería leer y rebuscó entre las páginas de *Macbeth*:

*El mañana, el mañana y el mañana
se desliza con pasos sigilosos
un día y otro día,
hasta la sílaba final, escrita
sobre las páginas del tiempo. Y todos
nuestros ayeres han iluminado
a los locos la senda que conduce
al polvo de la muerte. Oh, breve luz,
apágate, apágate. La vida
es tan solo una sombra pasajera.*

Apoyó el libro en el regazo y rebuscó en el interior del bolsillo del pantalón. Había un único cartucho de Apoteosis.

Desenrolló el papel por uno de los extremos y se vertió sobre la lengua los cristales, que se derritieron como los últimos copos de nieve del invierno sobre el suelo tibio.

Avance de
Piedra de fuego

Inglaterra, en la actualidad

Era un día anormalmente caluroso para estar a principios del mes de marzo. Durante el corto trayecto desde el aparcamiento hasta la oficina, Arthur Malory percibió los fuertes olores orgánicos que desprendía la tierra húmeda y volvió el rostro hacia el sol, el tiempo suficiente para notar una sensación de cosquilleo en la piel. Por primera vez desde el final del invierno había dejado el abrigo colgado en casa y solo había cogido una chaqueta fina. Sin el abrigo acolchado, los guantes y el gorro de lana se sentía tan liberado como los crocus que brotaban de la tierra. Se echó el maletín a un lado con un gesto alegre. No había mejor forma de empezar la semana.

Harp Industries Ltd. tenía los departamentos de administración y marketing centralizados en Basingstoke. Las únicas plantas de producción de la empresa en el Reino Unido se encontraban al norte de Durham. Por lo demás, la compañía había distribuido la fabricación por todo el mundo, en busca de mano de obra barata, gran parte de la cual se encontraba en Asia. A Arthur le gustaba viajar a los centros de producción, reunirse con los ingenieros y los trabajadores, comer con ellos, empaparse de su cultura y aprovechar los viajes para visitar lugares de interés histórico. Siempre les decía a sus superiores que no podía vender bien los productos de Harp si no participaba de todos los aspectos del ciclo de desarrollo del producto en cuestión. Sin embargo, la era de Skype y de la videoconferencia se le había echado encima y, para su consternación, le habían ido cortando las alas poco a poco.

En el vestíbulo, la recepcionista, una mujer anodina, lo recibió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenos días, tesoro.

—Sé que soy irresistible, pero a menos que te hayas peleado este fin de semana, estás casada, cariño.

—No soy yo quien lo dice —añadió la mujer, mostrándole un montón de boletines informativos de la empresa—, sino esto.

—Oh, Dios, dame uno. No debería haber aceptado.

De camino al despacho tuvo que soportar las bromas sin malicia de sus colegas, a las que replicó con un «Ya me vengaré...» o un «Ya verás cuando te toque a ti», pero cuando cerró la puerta de su despacho estaba convencido de que se había sonrojado. Se sentó y empezó a leer la primera página, en la que aparecía una fotografía suya sentado en una esquina de su escritorio, mirando a la cámara con sus ojos azules y sinceros.

PERFIL DEL LUNES: ARTHUR MALORY, UN DIRECTOR DE MARKETING QUE ES UN VERDADERO TESORO

por Susan Brent

Si alguien pide a sus compañeros que describan al director de marketing Arthur Malory es probable que oiga palabras como «entregado», «brillante», «atractivo», «considerado» y «respetuoso». Todos los que trabajan en la central de Basingstoke conocen sus dotes de organización, pero ¿cuántos saben que es un cazador de tesoros?

Arthur se incorporó a Harp Industries hace ocho años, recién salido de la Universidad de Bristol, donde se licenció en Ciencias Químicas. ¿Qué hace un químico en una empresa que se dedica a la física?

Un artículo que escribí para el periódico universitario sobre los retos de comunicar las cuestiones científicas más complejas a un público profano en la materia llamó la atención de Martin Ash, director general de marketing de Harp. «Me di cuenta de que este joven tenía un don para la comunicación y para identificar los mensajes clave del complejo flujo de información en el que vivimos inmersos. Por entonces él no lo sabía, pero era un experto en marketing como hay pocos. Cuando lo llamé pensé que uno de sus compañeros estaba gastándole una broma, pero, como dicen, lo demás es historia».

Arthur ha ascendido en varias ocasiones y ahora está al mando del departamento de marketing para usos industriales de nuestros imanes de neodimio. Pero ¿cuántos empleados saben que en su escaso tiempo libre Arthur se dedica a la caza de tesoros? Armado con su fiel detector de metales, Arthur prefiere pasar los fines de semana caminando por el campo en busca de tesoros enterrados en lugar de ir de bares o discotecas. Y no solo lo hace para mantenerse en forma ahora que ya no juega a rugby. Tiene un cofre de monedas antiguas, incluidas algunas de la época romana, joyas victorianas, e incluso un valioso reloj de bolsillo que atestiguan su pericia.

¿A qué atribuye su fascinación por el pasado? «No sé si será del todo cierto, pero según la leyenda de mi familia y nuestro árbol genealógico, los Malory somos descendientes de Thomas Malory, el autor del siglo XV que escribió *Le Morte d'Arthur*. De ahí mi nombre, ¡que han llevado varios de mis antepasados! Cuando era pequeño, me volvía loco todo lo relacionado con el rey Arturo y supongo que fue entonces cuando nació mi interés por la historia».

Cuando le pregunté si ese interés había perdurado hasta la actualidad, me aseguró que así era, y cuando inquirí sobre la posibilidad de aunar la pasión que le producía la búsqueda de tesoros y la leyenda artúrica, respondió afirmativamente.

«Me gustaría encontrar Camelot. Me gustaría encontrar *Excalibur* y, sobre todo, me gustaría encontrar el Santo Grial».

¿Sabe dónde puede buscarlo?

«Tengo algunas ideas», respondió entre risas. «Pero si te las contara tendría que matarte. Sinceramente, si alguna vez me dan un mes de vacaciones, creo que podría hacer avances importantes».

Alguien llamó a la puerta, y Arthur dejó el boletín de la empresa.

—Adelante.

Era Susan Brent, de Recursos Humanos.

—¿Te ha gustado?

—De hecho, me da un poco de vergüenza.

Susan le lanzó una sonrisa maliciosa. Era soltera. Él también. Pero, por suerte, al menos desde el punto de vista de Arthur, como ella estaba al mando de las políticas de acoso sexual de la compañía jamás se le había insinuado.

—No te avergüences. Todo el mundo dice que es un artículo fantástico —dijo—. Además, quizá conocerás a gente de la organización que piense lo mismo que tú. Tenemos dos mil empleados. Este tipo de relaciones se fraguan en las circunstancias más inesperadas.

A última hora de la mañana, Arthur se había cansado de responder a mensajes de

correo electrónico y llamadas de teléfono de compañeros de otras sedes de Harp que le tomaban el pelo por el artículo, por lo que decidió dejar de contestar el teléfono fijo del escritorio. Sin embargo entonces vio por el rabillo del ojo quién lo llamaba. Era Andrew Holmes y respondió encantado.

—Hola, Andrew —dijo Arthur, activando el manos libres—. Menuda sorpresa. ¿En qué andabas metido?

Holmes era uno de los profesores de Oxford que gozaba de mayor fama en el mundo académico, y su asignatura «Introducción a la Gran Bretaña Medieval» era obligatoria para los estudiantes de primero desde tiempos inmemoriales. Entre sus múltiples encantos figuraba una excentricidad desmesurada aderezada por un estilo de vestir casi eduardiano y una voz muy engolada, típica de las clases más altas. No obstante, no reservaba su dicción para las clases y los alumnos, por lo que no dudó en obsequiar a Arthur con su peculiar deje.

—¡Hola, Arthur! Me alegra encontrarte. No puedo evitar ponerme triste cuando tengo que dejar uno de esos horribles mensajes de voz.

—A tu servicio.

—Maravilloso, maravilloso. Escucha, Arthur, sabes que siempre he hecho gala de mi gran sentido de la igualdad cuando se trata de mantener informados a los miembros de la Oxford Union sobre aquellas cuestiones que juzgo más interesantes, pero me ha parecido que debía informarte a ti primero sobre un descubrimiento reciente.

Aquello era una novedad. Aunque Holmes y él eran buenos amigos, Arthur no era consciente de haber recibido ningún tipo de información antes que los otros miembros de su grupo, los *loons* del Grial, tal y como los apodaba Andrew. Según la noche se reunía un grupo de hasta diez personas. Los encuentros se celebraban varias veces al año en el pub favorito de Oxford de Holmes para intercambiar teorías descabelladas sobre el Santo Grial y beber, pero sobre todo para beber. Si la suya era, como decían algunos de ellos en broma, una versión moderna de la mesa redonda, entonces Holmes era el rey Arturo, no solo el mayor, sino el más sabio y, sin lugar a dudas, el de mayor prestigio académico. Ninguno de sus colegas se atrevería a cuestionar al erudito artúrico más preeminente de Gran Bretaña.

Arthur pasó a formar parte del grupo unos ocho años antes, gracias a un amigo común: Tony Ferro. Tony y Arthur se habían conocido en Bristol. Por aquel entonces Tony era un estudiante de posgrado de Historia que daba parte de un curso en el que se había matriculado Arthur para diversificar su currículum científico universitario. En cuanto Tony supo que Arthur era un probable descendiente de Thomas Malory, empezó a mostrar un gran interés por el joven alumno y no tardaron en hacerse amigos. Tony impartía ahora Historia Medieval en el University College de Londres y acababa de añadir un nuevo curso: «El rey Arturo: mito o realidad», al que Arthur

esperaba poder asistir como oyente algún día.

Holmes siempre se había mostrado muy selectivo con la elección de nuevos miembros de su círculo interno del Grial. No toleraba lo más mínimo a hippies new age, adivinos o fanáticos religiosos. Cada uno de los *loons* debía aportar algo concreto a la mesa, por lo que la mayoría de ellos eran estudiosos reconocidos de un campo u otro, aunque si no poseían el requisito imprescindible, e intangible, del «espíritu», Holmes los vetaba. Arthur se ganó la admisión antes de acabar la primera pinta. Su respuesta a la primera pregunta de Holmes lo convirtió en alguien digno de ese honor.

—¿Por qué me interesa la búsqueda del Grial? —repitió Arthur para ganar un poco de tiempo y poner las ideas en orden—. Mira, creo que el mundo moderno en el que vivimos nos ha hecho desviar la atención de objetivos elevados. Nos bombardean con mensajes de que podemos conseguir la satisfacción instantánea para muchas de nuestras necesidades. ¿Tenemos hambre? Hay comida rápida. ¿Necesitamos información sobre algo? Google. ¿Nos sentimos solos? Citas en línea. ¿Tristes? Hay medicamentos para remediarlo. Sin embargo, no existe una satisfacción instantánea para una búsqueda espiritual, ¿no es cierto? Para ello se requiere mucho trabajo y compromiso. Quizá al final de la vida te sentirás realizado espiritualmente, o quizá no. Creo que la búsqueda del Grial es una encarnación real de esa búsqueda espiritual. Es una búsqueda antigua, pero no veo por qué no debería ser también moderna y relevante. Además, ¿y si es una búsqueda que trasciende la metáfora? ¿Y si el Grial existe de verdad? Sería maravilloso sostener esa preciosidad en las manos.

Entonces Arthur cogió el auricular y desconectó el altavoz.

—Soy todo oídos, Andrew. ¿Qué has descubierto?

—Bueno, me siento como si me hubiera encontrado un carro lleno de herraduras. Nadie debería ser tan afortunado. O tal vez sea una habilidad mía, no sé...

—¿Tiene algo que ver con la carta de la que nos hablaste a todos hace dos meses? ¿La de Montserrat?

—Pues no. Dispongo de más detalles sobre la carta que publicaré dentro de poco, pero no es el motivo que me ha llevado a llamarte. Se trata de un segundo descubrimiento, mucho más importante; es un documento que podría desembocar en importantísimas repercusiones. Tiene que ver contigo, viejo amigo.

—¿Conmigo?

—Sí, un tal Arthur Malory, residente en Wokingham, Inglaterra, genio del marketing de día, buscador del Grial de noche. Es el producto de una investigación llevada a cabo a la antigua usanza y de la que me siento muy orgulloso. Había pocas probabilidades de que tuviera éxito, por eso estoy muy satisfecho de haberlo logrado. Ha sido espectacular.

—Por Dios, Andrew, escúpelo de una vez.

Tras una deliciosa pausa muy holmesiana, Andrew prosiguió con el relato.

—¿Te gustaría encontrar el Grial, amigo? Me refiero a encontrarlo de verdad.

Arthur no pudo reprimir una sonrisa.

—Sabes que sí.

—Bien. Porque, si tengo razón, el Grial lleva escrito tu nombre. Creo que es posible encontrarlo, pero voy a necesitar tu ayuda.

—Lo que quieras, Andrew. Sabes que siempre me apunto a todas. Estoy ocupado, pero no dejo escapar ni una.

—Sí, yo también ando bastante atareado. Aparte de estar inmerso en la vorágine de todo lo que ha sucedido, tengo una gran carga lectiva y también tengo que ocuparme del desastre provocado por ese imbécil que ha entrado en los despachos del departamento y ha saqueado varios, incluido el mío. No creo que se haya llevado nada, pero aún tenemos que hacer el inventario. Por suerte tengo los papeles más importantes en casa. Arthur, entre tú y yo podríamos solucionar este glorioso enigma. ¿Puedes venir el jueves por la noche? Es el cumpleaños de Ann y nos gustaría que cenaras con nosotros. Hemos reservado una mesa en su restaurante favorito. Te lo contaré todo entonces.

—Claro, contad conmigo.

—Solo una cosa más antes de que te deje volver a tu trabajo de tentar a la gente para que compre cosas que tal vez no necesiten. No tendrás una costilla de más, ¿verdad?

Arthur puso una mueca de sorpresa al oír la pregunta.

—Pues, sí, Andrew, la tengo. ¿Cómo diablos lo sabes?

Era un hombre bajo y con prominentes entradas, en una gran sala oscura con una única lámpara halógena que recordaba la de un teatro. La mujer de Jeremy Harp llamó a la puerta cerrada de la biblioteca y él la dejó entrar de malos modos. Ella sabía perfectamente que su santuario era sacrosanto, pero no le iba a quedar más remedio que recordárselo una vez más, ¿verdad?

—¡Caray, Lillian! Más te vale que la casa esté en llamas.

—Lo siento, Jeremy, pero Stanley Engel está al teléfono. Llama desde el Tíbet. — Le lanzó una mirada de preocupación, como si esperara una bronca. Era una mujer esquelética debido a su dieta basada en un alto consumo de proteínas y de cigarrillos, con una tez demasiado suave gracias al uso de productos cosméticos.

—No se ha dado mucha prisa en llamar. Lo cojo aquí.

Había oído sonar el teléfono y había dado por supuesto que era el estúpido hijo de su mujer que llamaba para pedir más dinero para drogas, algo que hacía con cierta asiduidad. Cuando se casó con Lillian, poco después de su divorcio, el chico era un niño pequeño muy mono. Cumplidos los treinta, ya no era tan mono.

—Stanley. Ya era hora. ¿Qué demonios haces en el Tíbet?

Había una fuerte distorsión digital.

—Estoy llamando con un teléfono por satélite. Siento la calidad de la conexión. Estoy caminando por la montaña. Acabo de recibir tu mensaje de correo electrónico en el hotel. —A pesar de que hacía tiempo que era profesor de Física en la UC Santa Barbara, aún tenía un fuerte acento nasal de Brooklyn—. Estoy llamando por una línea segura, ¿verdad?

—Si utilizas el teléfono que te di, sí, es seguro. Te he enviado un archivo de audio encriptado de una llamada de teléfono que Andrew Holmes le ha hecho a Arthur Malory hoy por la mañana. ¿Qué te parece?

—Es interesante, claro. Muy interesante. Últimamente el pinchazo del teléfono de Malory nos ha aportado información suculenta. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Ya has oído que Holmes ha dicho que guardaba los documentos importantes en casa. Eso explica que Griggs saliera con las manos vacías de su despacho. Pero lo que es más importante es que parece que ha encontrado algo más que la carta de Montserrat. Parece que está tras la pista de algo muy concreto. Quiero entrar en casa de Holmes el próximo jueves por la noche cuando estén en el restaurante. Es una oportunidad perfecta. Casi nunca salen.

—¿No crees que es muy arriesgado?

—Sin riesgo no hay recompensa. Pero Griggs se encargará de minimizarlo.

—Entonces, ¿qué quieres de mí?

—Funcionamos por consenso. Me gustaría contar con tu beneplácito para adoptar una estrategia más agresiva.

—Pues adelante. ¿Qué dicen los demás?

—Todos han dicho que debería hacerlo.

—Bien. Pues yo digo lo mismo. ¿Contento?

—Encantado.

—¿Qué es eso de la costilla, por cierto? —preguntó Engel.

—No tengo ni idea. Es algo nuevo. Me muero de ganas por saber algo más. Debo confesarte que es la primera vez en mi vida que albergo ciertas esperanzas de encontrar el Grial. Esperanzas de verdad. Es un presentimiento muy intenso.

—Un presentimiento, ¿eh? Una afirmación muy convincente desde un punto de vista empírico por parte de un científico de fama mundial.

Harp soltó un gruñido.

—El Grial lleva dos mil años perdido, Stanley. Estoy dispuesto a utilizar la cabeza, el corazón e incluso el alma para encontrarlo. Y nadie va a detenerme.

Barcelona, 1883

Con un porte imperial y treinta años recién cumplidos, era un hombre que intentaba hacerse un lugar en el difícil y competitivo mundo de la arquitectura profesional de una ciudad que se definía a sí misma como la joya arquitectónica de Europa.

Ya se había granjeado una reputación como joven promesa y caminaba erguido, con la cabeza alta, los hombros rectos y avanzaba a grandes zancadas y con paso decidido. Aunque no destacaba por su altura ni por su gran atractivo, no eran pocas las personas que volvían la cabeza a su paso. Era por esa seguridad en sí mismo, su pelo rojizo, su barba imponente y sus maravillosos ojos azules.

Salió del edificio donde vivía, se deleitó con la cálida brisa otoñal y con el aroma de pan recién hecho y carne asada que impregnaba el aire, y echó a andar por la estrecha calle del Call. Disponía de una hora hasta la cita que había concertado en el barrio del Ensanche y caminó a un ritmo moderado para llegar a la hora en punto.

—Buenos días, señor Gaudí —lo saludó un sastre que se encontraba frente al escaparate de su taller.

El joven arquitecto estaba ensimismado en sus pensamientos y respondió sobresaltado.

—Buenos días. Sí, tiene razón. Hace un buen día. No hay ni una nube en el cielo.

Tenía muchas cosas en la cabeza. Tan solo habían transcurrido cinco años desde que había obtenido su título universitario, pero no habían parado de lloverle los encargos: una cooperativa de trabajadores, la Obrera Mataronense; la Casa Vicens, una gran residencia privada situada en el barrio de Gracia. Y un pabellón de caza para un influyente industrial, Eusebi Güell, que le había insinuado que cabía la posibilidad de que le encargara más proyectos familiares si todo salía bien. La reunión de ese día era un pequeño incordio. Un librero llamado Bocabella, al que no conocía en persona, pero que tenía fama de excéntrico, había puesto en marcha un proyecto eclesiástico financiado por él mismo: una nueva catedral en una ciudad que ya tenía una, la venerable catedral de la Santa Cruz y Santa Eulalia.

Al parecer, el librero había tenido problemas con el primer arquitecto que había contratado. Francisco de Paula del Villar solo había aguantado un año, frustrado por sus relaciones con Bocabella. Joan Martorell, uno de los antiguos profesores de Gaudí y gran defensor del inmenso talento del joven, propuso a su exalumno como sustituto, y Gaudí accedió a reunirse con el librero por respeto a su antiguo maestro.

Al acercarse a la obra, situada por encima de la avenida Diagonal, llena de carruajes y una de las calles más modernas de Barcelona, Gaudí vio a alrededor de un centenar de peones en un terreno cubierto de maleza. Habían puesto una parte de los

cimientos, pero era imposible adivinar la filosofía de diseño que escondía la obra. Había oído que iba a ser un edificio neogótico, aunque no había prestado demasiada atención al asunto ya que debía atender sus propios proyectos.

Bocabella lo vio antes que él y se apresuró a saludarlo.

—Usted debe de ser Gaudí —le gritó desde lejos—. Me habían dicho que era pelirrojo ¡y es el único que veo por aquí!

Bocabella tenía una mata de pelo blanco y un tupido bigote blanco. Doblaba en edad a Gaudí, pero se movía como un joven, con pasos pequeños y rápidos y con una energía en apariencia infinita. Cuando se encontraba muy cerca del arquitecto se detuvo y lo miró fijamente.

—¡Esto es obra de la providencia! No existe otra explicación. Hace un par de noches soñé que el hombre que salvaría mi proyecto, que el sinvergüenza de Villar ha intentado destruir, ¡tendría los ojos azules! ¡Y usted tiene los ojos más azules que haya visto jamás!

Gaudí no sabía cómo reaccionar.

—Bueno, me alegro de conocerlo —se limitó a decir el arquitecto—. Conozco de sobra sus obras filantrópicas en nombre de la Iglesia.

Bocabella era el fundador de la Asociación Espiritual de Devotos de San José, un grupo dedicado a honrar a San José ya que consideraba que nunca había recibido el mismo respeto que la Virgen María. «¡Toda la familia es importante! —exclamaba Bocabella—. No pretendo restar importancia a la Santa Madre y al Santo Hijo. Pero José fue el marido de María y para los cristianos no hay nada más importante que la familia, sobre todo para los pobres y desdichados. ¡Este será un templo para los pobres!»

Su iglesia se llamaría Basílica y Templo Expiatorio de la Sagrada Familia, aunque todo el mundo la llamaba por su nombre abreviado. Las obras habían empezado en 1882. Villar había concebido una iglesia que siguiera la tradición gótica, tomando como punto de partida la forma de una catedral tradicional.

El librero acompañó a Gaudí en la visita de rigor a la obra. El arquitecto vio la estructura excavada de una cripta, inspeccionó los cimientos y reparó en el desdén con el que trabajaban los picapedreros.

—Sí, *senyor* —dijo Bocabella—. Los obreros son como un barco sin timón. Yo no puedo supervisarlos. Sé de libros, pero nada de piedras.

Gaudí repasó los planes arquitectónicos de Villar y los desdeñó en silencio por considerarlos ordinarios y carentes de toda inspiración. Gaudí ya había forjado su propio estilo estético, que lo había llevado a abrazar las posibilidades del modernismo y a trascenderlo para incorporar más rasgos naturalistas. No podía atravesar un parque sin coger un tulipán para examinar su tallo, o cruzarse con un pájaro muerto sin examinar sus alas. Y un amigo médico había llegado a dejarlo entrar en la sala de

anatomía de la facultad de Medicina para examinar el esqueleto humano despojado de carne.

Al final de la visita Bocabella cedió al impulso y le ofreció el encargo de la obra ahí mismo.

—Usted es la persona más adecuada para esto, *senyor* Gaudí. No me cabe la menor duda. ¿Quiere encargarse de la construcción del templo? ¿Me ayudará a dar forma a mi visión?

Gaudí respondió educadamente que consideraría la oferta, pero le advirtió a Bocabella que estaba ocupadísimo y que no estaba muy seguro de que pudiera hacer justicia a un proyecto de ese tamaño y envergadura. Sin embargo, le dejó muy claro que en el improbable caso de que aceptara, no se sometería al diseño de Villar, sino que deseaba asumir el control arquitectónico absoluto de la obra.

Bocabella asintió con entusiasmo, aceptando sus condiciones.

—¿Cuándo podrá darme una respuesta? —preguntó.

—Voy a tomarme unos días de retiro en Montserrat —respondió Gaudí—. Le responderé a la vuelta.

—¡Montserrat! —exclamó el librero—. ¡Sabía que era el hombre adecuado! Peregrino varias veces al año a Montserrat. En una de las últimas ocasiones vi la imagen de la Sagrada Familia en un cuadro y tuve una revelación: en ese momento supe que debía construir un templo en su honor. Vaya a Montserrat y rece. Estoy convencido de que regresará con buenas noticias para mí.



GLENN COOPER creció en Nueva York, se licenció en arqueología con mención honorífica por la Universidad de Harvard y en medicina por la Escuela de Medicina de la Tufts University. Actualmente, además de guionista y productor, es presidente de una empresa de biotecnología de Massachusetts.

Su exitoso debut, *La biblioteca de los muertos* (Grijalbo, 2010), y sus secuelas *El libro de las almas* (Grijalbo, 2011) y *El fin de los escribas* (Grijalbo, 2013), le han merecido millones de seguidores en todo el mundo y, particularmente en nuestro país, constituyeron una auténtica revelación.

Autor también de *La llave del destino* (Grijalbo, 2012) donde volvió a abordar uno de los temas que más le seducen, el destino, y de *La hora de la verdad* (Grijalbo, 2013), un relato perteneciente a la trilogía de *La biblioteca de los muertos*, Glenn Cooper se ha consagrado como uno de los maestros del thriller histórico.

Notas

[1] «Señor, es ya noche cerrada / y el viento arrecia. / Se quebranta mi corazón, no sé cómo, / no puedo seguir adelante». (*N. del T.*) <<